

ARIADNA BAKER

Mariana

EL JUEGO
HA TERMINADO

Bilogia Dos mundos 2



Mariana

EL JUEGO
HA TERMINADO

Biología Dos mundos 2

ARIADNA BAKER

Mariana

EL JUEGO
HA TERMINADO

Bilogía Dos mundos 2

ARIADNA BAKER

Primera edición.

Mariana. El juego ha terminado. Bilogía Dos mundos n°2

©Ariadna Baker.

©noviembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Mariana. El juego ha terminado. Bilogía Dos mundos n°2

©Ariadna Baker.

©noviembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

[RRSS](#)

Capítulo 1



Mariana

Habían pasado dos semanas desde que Stefano ejecutó su obra maestra, esa que lo hizo salir victorioso y que Georgina aplaudiera por todas las redes y medios que se acercaban a sacarle unas palabras y que ella cedía tan gustosamente.

A mí me había destrozado la vida en todos los sentidos. Me había visto en la obligación de sentar a mis padres juntos y contarles la verdad de todo, así como a mis jefes, con los que también me sinceré.

Mis padres se volvieron locos y buscaban la manera de que pudiera probar toda mi versión, pero como ya les dije, no tenía ni ganas ni fuerzas y solo deseaba comenzar de cero de la mejor manera posible.

Por no hablar de que no tenía ni una sola copia de esos contratos que me hizo firmar, lo único que podría haber demostrado que fue cosa suya, y no mía, tal como había dicho en aquella entrevista.

A mis jefes les comuniqué ese día que dejaba la revista, que ahora no era momento de escribir ningún artículo ni nada ya que iba a generar mucha controversia y odio entre los lectores. Me ofrecieron trabajar en un segundo plano, cosa que les agradecí, pero no podía, no era momento ni tenía mi cabeza en su sitio. Me quedaban por delante muchas heridas que sanar y no sería nada fácil conseguirlo.

Además, ellos al igual que mis padres, ya sabían que iban a ser abuelos, y todos, para sorpresa de Sara, se volcaron con la noticia y les mostraron todo el apoyo. Eso a ellos les llenó de felicidad.

Y a mí también, puesto que la noticia llegó en uno de los peores momentos de mi vida, y cada día que pasaba tenía más ganas de verle la carita.

Mi hermano estaba pletórico, incluso le veía más maduro, más como ese chico que cuando me aconsejaba, parecía una década mayor.

Le hacía una ilusión tremenda ser padre, algo que ni mis padres ni yo nos esperábamos, y las veces que habíamos quedado para comer con ella o con él, nos dejaba claro que iba a ser un buen padre para ese bebé.

Estaban siendo las dos semanas más duras de mi vida, en las que todas mis redes estaban siendo acribilladas por comentarios de todo tipo que incitaban al odio y se llenaban de insultos, así como todos los titulares que no se dejaban de suceder en todo momento.

Aquello era un agobio, cada vez que me saltaba una notificación de mis redes, veía el modo en el que me atacaban

y me ponía malísima.

Diana, que fue quien estuvo la noche de la entrevista y vio la crisis de ansiedad que me dio, me pedía que dejara de ver todo eso que me estaba haciendo más mal que bien.

A veces, cuando me metía en la cama por la noche, pensaba que ojalá al día siguiente al despertar me diera cuenta de que todo se trataba de un mal sueño, uno que procuraría que no se volviera a repetir, simplemente, con no acercarme a Stefano Conti en Miami en ningún momento sería suficiente.

Pero cuando amanecía el nuevo día, todo seguía igual que cuando me acosté la noche anterior.

Mi nombre estaba por todos los lados y me había convertido en una de las personas más odiadas del mundo. El poder que Stefano tenía fue suficiente para hacer creer a todos que yo era esa persona sin escrúpulos ni corazón que había pintado, cuando la realidad era otra. Salió victorioso en su papel como víctima y a mí me dejó en un lugar muy difícil para salir adelante.

Me había destruido como persona y periodista, me había dejado indefensa a defenderme ante nada porque nadie me iba a escuchar y, si decía algo, todo el mundo me iba a atacar. Eso hacía el poder, el maldito poder de quien sabe que no le supondrá ningún esfuerzo controlar a un mundo que solo escuchaba al que más voz tenía.

Tuve que pedirle a mi familia y a mis amigas que me dejaran sola un tiempo, que no estuvieran encima de mí, aunque sabía que todos me querían ayudar y les importaba, ahora necesitaba estar sola conmigo misma y buscar algo que, por muy poco que fuese, me ayudara a tomar algún rumbo en mi vida.

Porque estaba muerta en vida, no tenía ni ganas ni fuerzas para nada, ni siquiera me apetecía salir, durante esas dos semanas había estado encerrada en casa por el temor a que cuando saliese me reconocieran y me dijeran algo.

Mi madre venía para traerme comida, mi padre se quedaba alguna que otra tarde a tomar café y asegurarse de que comiera algo, Martín también se acercaba para dejarme algunos dulces, y Diana se volvió a quedar a dormir en mi casa un viernes por la noche para animarme. Acabamos viendo una película de miedo con la que, estaba segura, tendría pesadillas durante meses.

Estaba muy mal por lo que me rodeaba, y, a pesar de todo, me dolía saber que lo amaba con todo mi corazón, porque así era, aunque tuviera claro que era a la última persona que quisiera ver en mi vida. Era inconcebible la frialdad que había tenido conmigo y de la manera que se había asegurado de que, de esta, no tuviera lugar en el mundo que apareciera sin ser mal vista. Había quedado totalmente repudiada por la opinión pública.

Yo, que fui engañada por él con esas malas artes que empleó para llevarme a su terreno y vengarse por algo que no fue más que una tontería, era la mujer más odiada del mundo.

¿Habría habido alguna vez en la historia alguna otra a la que odiaran tanto como a mí? Ahora mismo no estaba segura, pero de ser el caso, seguro que yo la ganaría por goleada.

Pasaba los días entre el sofá y la cama, llorando, revisando los titulares y queriendo que el tiempo avanzara hasta que hubieran pasado diez años, quizás para ese entonces nadie se acordaría de mí, la periodista que se volvió loca y destruyó la habitación de la casa de Florencia de Stefano Conti.

Me habían llamado de todo, no había un solo apelativo despectivo hacia mí que no hubieran utilizado en las redes o en esos artículos en los que otras revistas y se habían hecho eco de la entrevista del señor Conti.

Por no hablar de los programas de televisión, esos de cotilleos de máxima audiencia donde incluso la gente de a pie y por medio del *hashtag* en cuestión del programa, me habían vestido de limpio, como decía Diana.

Era un desastre, mi vida era un completo desastre y así mismo me sentía yo. Vagaba por mi casa como un alma en pena y cada vez que me miraba al espejo, juraría que me veía más pálida. A esas alturas bien podría interpretar el papel de la novia cadáver si hicieran el musical.

Dos días atrás Manuel y Rocío vinieron a mi casa para hablar conmigo, y es que me habían conseguido un empleo de profesora de español en una academia de Praga y me aseguraba que, con mi inglés, era suficiente ya que tenía todos los títulos de Cambridge. Realmente allí se hablaba el checo, pero por lo visto era un alumnado que hablaba inglés como primer idioma a la perfección ya que eran de un colegio privado británico que vivían en este país por cuestiones laborales de los padres. Familias ricas, básicamente.

En cuanto me dijeron aquello supe que, como solía decirse, me había venido Dios a ver. Aquello era una clara señal de que debía poner distancia con todo ese asunto y el entorno que me rodeaba, una oportunidad para alejarme del circo mediático que envolvía mi vida.

Acepté sin dudar, me daba la impresión de que en aquel país iba a pasar mucho más desapercibida y, si encima trabajaba en algo que no tenía nada que ver con los medios de comunicación, mucho mejor.

No se hicieron una idea mis jefes de lo mucho que con eso habían hecho por mí, al menos ganaría en salud y estabilidad, porque manteniendo la mente y gran parte del día ocupados en algo que hacer que no fuera morirme de pena en vida tirada en el sofá, me iba a venir bien.

Todos apoyaron mi decisión de irme allí, era la única manera de poner un poco de tierra de por medio a todo el revuelo que se había formado. Debía esperar a que el tema se fuera enfriando y, al menos, mi nombre no causara tanta repulsa. Las gemelas y Diana me amenazaron con ir a verme pronto, cosa que les dije que allí las esperaba con los brazos abiertos.

No esperaba menos de ellas, de esas tres mujeres que se habían convertido en un pilar importante en mi vida.

Estaba bastante emocionada por esa vuelta de hoja que iba a darle a mi vida, comenzar lejos con una nueva ilusión y, lo más importante, que me daba esas ganas de seguir adelante que poco a poco se me habían ido en esos días desde que estalló todo, la noche del evento.

Me dediqué a buscar un lugar adecuado en el que alojarme en Praga, algo que no estuviera demasiado lejos de la academia en la que iba a trabajar dado que allí no me llevaba el coche y no quería andar alquilando uno, tampoco tener que ir en taxi a todos sitios.

Y fue en la segunda noche de búsqueda, mientras cenaba, que di con el lugar perfecto para mí. No tardé en ponerme en contacto con el anunciante y llegamos a un acuerdo.

Preparé mis maletas, transferí la fianza de la casa que iba a alquilar, y quedé con todos los míos para despedirme, por separado eso sí.

La primera a quien vi fue a mi madre, que me abrazó nada más entrar en su casa.

—No llores más, mamá —le pedí con mis propias lágrimas cayendo como ríos por las mejillas—. Me voy a Praga, no a la selva donde no hay cobertura.

—Solo habría faltado eso, que te fueras en mitad de la selva por culpa de las mentiras de ese hombre.

¹

—¿Y qué iba a hacer yo allí? Los mosquitos, que deben ser como aviones, me acribillarían el primer día, acabaría hinchada como un globo.

²—Ay, hija, te voy a echar de menos. —Volvió a abrazarme con fuerza y cerré los ojos evitando llorar más, pero fue imposible.

Después de comer con ella, tomé café con mi padre, quien me abrazaba como si me fuera a morir.

—No te vas a librar de mí, papá —le aseguré secándole las lágrimas—. Yo te hago una videollamada de vez en cuando y hablamos.

—Eso lo sé, cariño, pero nadie sabe cuánto duele separarse de un hijo, hasta que se convierte en padre.

—¿Y la de fotos chulas que os voy a mandar? —sonreí.

—Así me gusta verte, hija. —Me acarició la barbilla—. Con esa sonrisa.

El café fue de esos amargos por el motivo que era, una despedida, aunque no era para siempre, que yo volvería a casa tarde o temprano.

Me encontré con Martín y Sara en casa de mi hermano, donde me tenían preparados unos pasteles de crema y de chocolate de una pastelería cercana que estaban para chuparse los dedos.

Sara estaba sensible y encima la pobre decía que, de no haber sido por ese evento de Miami al que fuimos, yo no tendría que estar ahora huyendo de mi país como si fuera una fugitiva.

¹La abracé y le acaricié la barriguita diciéndole que yo estaría de vuelta para ver nacer a mi sobri así se estuviera acabando el mundo y me dijeran que no había vuelos para España.

Martín me pidió que me cuidara y que, por nada del mundo, me encerrara en mí misma. Que no llorase más de lo que ya lo había hecho y que disfrutara de aquel país.

Noemí y Diana me dieron ese mismo consejo, y lloraron lo más grande conmigo cuando nos despedimos, eso sí, quedando en que no habría un solo día que no nos enviásemos un mensaje o hiciéramos una videollamada rápida.

Iba a echar de menos a los míos, pero sabía que necesitaba esto, necesitaba alejarme para sanar, dentro de lo que pudiera, el dolor tan grande que tenía en el alma.

Y ahora iba de camino hacia el aeropuerto para coger el avión que me llevaría a la que, por ahora, sería mi nueva vida.

El taxi me dejó en la terminal donde cogí dos carritos para poner las tres maletas, mínimo iba para seis meses con

lo cual necesitaba mucha ropa y cosas.

Me había dejado el pelo más liso que nunca con las planchas, además de haberme hecho unas mechas rubias encima de mi color moreno, me había quedado muy bien. Llevaba un gorro de lana y unas gafas de sol grandes, no quería que nadie me reconociera, además con la bufanda tapaba la parte del cuello y la barbilla. Y conseguí pasar desapercibida, así que, punto para Mariana.

Todo el vuelo lo pasé echando un vistazo a la guía de Praga que me habían regalado Manuel y Rocío, con dedicatoria incluida.

«Para nuestra querida Mariana. Eres luz, y queremos que sigas brillando como tú sabes hacerlo. Ilumina Praga, preciosa.

Con cariño, Manuel y Rocío»

Eran un amor, de verdad que sí.

Aterricé en Praga donde el chico de la agencia inmobiliaria tuvo el detalle de recogerme y llevarme hasta la casa, donde firmamos el contrato de entrega de llaves y me explicó un poco todo.

Era un apartamento muy coqueto en una de las calles más céntricas que daban a la Plaza de la Ciudad Vieja. Contaba con un pequeño balcón que daba a la calle y se podía ver el ir y venir de la gente y la de negocios que había.

La cocina era tipo americana, pequeñita y coqueta, quedando separada del salón por una mesa tipo barra. También había un baño grandecito y mi dormitorio. Lo bueno que el salón tenía un sofá en forma de L que, al abrirlo, cabían tres personas y era de lo más cómodo.

Apenas eran las cinco de la tarde y estaba oscuro, pero la vida que tenía la ciudad era increíble. Bajé para ir a un supermercado que estaba a unos pasos y hacer una compra para llenar la nevera y despensa.

Llené un pequeño carro con algo de productos personales y de limpieza, además de comida y bebida. No es que comprara mucho porque ya lo iría haciendo a lo largo de los días y según lo que me fuera faltando, pero sí lo necesario para no echar en falta algo que no tuviera a mano.

Coloqué la compra y después de ducharme y ponerme el pijama, vacié mis maletas antes de liarme con la cena.

Preparé una tortilla francesa y me calenté un caldo que había comprado de tarro. No tenía mucha hambre, pero algo caliente me tenía que llevar al estómago.

Me costó coger el sueño, me repetí a mí misma mil veces que la vida, aunque fuese más tarde que pronto, me volvería a dar de alguna manera la oportunidad de ser feliz, de tener una vida tranquila en cualquier rincón del planeta, fuera de todo ese mundo por el que luché con mis estudios y al que ya nunca más quería regresar.

lo cual necesitaba mucha ropa y cosas.

Me había dejado el pelo más liso que nunca con las planchas, además de haberme hecho unas mechas rubias encima de mi color moreno, me había quedado muy bien. Llevaba un gorro de lana y unas gafas de sol grandes, no quería que nadie me reconociera, además con la bufanda tapaba la parte del cuello y la barbilla. Y conseguí pasar desapercibida, así que, punto para Mariana.

Todo el vuelo lo pasé echando un vistazo a la guía de Praga que me habían regalado Manuel y Rocío, con dedicatoria incluida.

«Para nuestra querida Mariana. Eres luz, y queremos que sigas brillando como tú sabes hacerlo. Ilumina Praga, preciosa.

Con cariño, Manuel y Rocío»

Eran un amor, de verdad que sí.

Aterricé en Praga donde el chico de la agencia inmobiliaria tuvo el detalle de recogerme y llevarme hasta la casa, donde firmamos el contrato de entrega de llaves y me explicó un poco todo.

Era un apartamento muy coqueto en una de las calles más céntricas que daban a la Plaza de la Ciudad Vieja. Contaba con un pequeño balcón que daba a la calle y se podía ver el ir y venir de la gente y la de negocios que había.

La cocina era tipo americana, pequeñita y coqueta, quedando separada del salón por una mesa tipo barra. También había un baño grandecito y mi dormitorio. Lo bueno que el salón tenía un sofá en forma de L que, al abrirlo, cabían tres personas y era de lo más cómodo.

Apenas eran las cinco de la tarde y estaba oscuro, pero la vida que tenía la ciudad era increíble. Bajé para ir a un supermercado que estaba a unos pasos y hacer una compra para llenar la nevera y despensa.

Llené un pequeño carro con algo de productos personales y de limpieza, además de comida y bebida. No es que comprara mucho porque ya lo iría haciendo a lo largo de los días y según lo que me fuera faltando, pero sí lo necesario para no echar en falta algo que no tuviera a mano.

Coloqué la compra y después de ducharme y ponerme el pijama, vacié mis maletas antes de liarme con la cena.

Preparé una tortilla francesa y me calenté un caldo que había comprado de tarro. No tenía mucha hambre, pero algo caliente me tenía que llevar al estómago.

Me costó coger el sueño, me repetí a mí misma mil veces que la vida, aunque fuese más tarde que pronto, me volvería a dar de alguna manera la oportunidad de ser feliz, de tener una vida tranquila en cualquier rincón del planeta, fuera de todo ese mundo por el que luché con mis estudios y al que ya nunca más quería regresar.

Capítulo 2



Me desperté y salí directa a por un café para tomarlo en el balcón y ver la luz del primer amanecer en la ciudad. Se veían todos los tejados de blanco y hacía un frío que traspasaba hasta la mantita que me había echado por los hombros, pero solo por las vistas, merecía la pena aguantarlo.

Cerré los ojos y respiré hondo, cuando miré de nuevo a ese amanecer que me daba la bienvenida en Praga, sonreí y, finalmente, tomé una decisión que hasta ahora no había barajado.

Cerré todas las redes sociales de forma definitiva, no quería tener cuentas de ningún tipo ni seguir dejando a la gente un lugar al que ir para llenarlo de comentarios injustos que me causaban mucho dolor.

Stefano para mi asombro, y del mundo entero, se estaba dejando ver más de lo normal y se paraba mucho a contestar a los medios, era la otra cara de lo que todo ser humano estaba acostumbrado de él. Ahora iba de simpático por la vida y se paraba con todo el mundo que le pedía una foto.

Sí, a pesar de que me había ido para alejarme de todo lo que me rodeaba, seguía con esa vena periodística que no podía quitarme y entraba a ver cualquier cosa que pudiera encontrar.

Lloraba con cada imagen o noticia que veía, pero no podía evitar estar entrando a esos medios para saber qué estaba pasando. Era contradictorio, quería pasar desapercibida y que no supieran de mí, pero estaba enganchada a esa historia que tantas heridas me abrían.

Si era difícil perder a alguien que amas porque te deje, se enamore de otra o ya no sienta lo mismo, nadie se podía imaginar lo duro que era separarse del hombre que había jugado con mis sentimientos y encima ser pisoteada mediáticamente de una manera tan cruel. No sabía ni cómo aún respiraba, pero se había llevado hasta mis ganas de vivir.

Era martes y hasta el lunes no comenzaba en la academia, pero tenía que hacer unos trámites en una asesoría en la que debía de firmar el contrato esa mañana. Gracias al GPS del móvil llegué andando rápido y sin necesidad de preguntar.

—Buenos días, soy Mariana. Vengo por el contrato como profesora de español en la academia —dije al entrar, momento que aproveché para hablar en mi fluido inglés.

—¡Ay, sí! Hola, Mariana. Bienvenida a Praga. ¿Ya estás instalada? ¿Necesitas algo?

Sonreí ante la efusividad de aquella chica que me hacía sentir súper cómoda.

Le dije que sí, que llegué el día anterior y ya me había instalado en la casa, y que aprovecharía esos días para conocer mejor la zona en la que vivía y un poco de la ciudad.

Fueron muy amables conmigo y me explicaron todo, incluso me ayudaron a abrir una cuenta bancaria *online* en un banco nacional en la que me abonarían el sueldo todos los meses. En unos días me llegaría la tarjeta.

Me fui hacia la tan famosa Plaza de la Ciudad Vieja y me senté a tomar un café mientras veía el ambiente que había de turismo de todas las nacionalidades, y es que la ciudad era una preciosidad la mirases por donde la mirases.

Vivía tras esas gafas de sol para no ser reconocida, pero por ahora estaba de lo más tranquila viendo que nadie se fijaba en mí, más que algún que otro baboso queriendo captar mi atención.

Debía reconocer que era un alivio que no me reconocieran, no sabía qué habría hecho si me anduvieran señalando con el dedo como esa loca desquiciada y chantajista que Stefano quiso mostrar al mundo.

Aproveché aquel momento de paz y tranquilidad para tirarme un selfi poniendo morritos y con los dedos en “V” delante y se la mandé a todos con el mismo texto: «Iluminando Praga».

No se hicieron esperar los mensajes de respuesta.

Mis padres dijeron que no se podía tener una hija más guapa, Martín dijo que, si no fuera su hermana y él no tuviera mujer e hijo en camino, me tiraría los tejos, algo que hizo que soltara una carcajada.

Manuel y Rocío insistieron en que así debía ser, que tenía que iluminarlo con mi sonrisa y no permitir que nadie me la borrara nunca.

Diana: *Guapa, guapa y guapa. Si es que has llegado allí para iluminarlo todo, claro que sí. Y esa sonrisa, cómo me gusta verla. Disfruta de estos días antes de empezar a trabajar. Te quiero, cariño.*

Mariana: *Eso haré, aprovechar para conocer la zona un poco y hacer algo de turismo.*

Diana: *Fotos, haz muchas fotos y me las mandas, así, para dar un poquito de envidia.*

Mariana: *Qué boba eres. Cuando quieras vienes y te haces todas las fotos que quieras.*

Diana: *Eso no lo dices, que cualquier finde me tienes por allí para darte un poco de guerra. Te dejo, que tengo un montón de trabajo estos días.*

Sonreí pensando en ella, me había dicho de todo para abrirme los ojos y yo no lo hacía, pero no me dejó sola en ningún momento.

Noemí: *Más bonita que tú, no la hay, te lo digo yo. Te ha sentado bien irte, tienes mejor color de cara.*

Sara: *Guapísima estás, hija. ¿Qué te han dado los checos que tienes ese brillo en los ojos? Ya te echo de menos y te acabas de ir.*

Mariana: *Si seguís piropeándome tanto, en la próxima foto voy a tener más colores que Heidi.*

Noemí: *Esos ya los tienes, pero por el frío que debe hacer allí. Chiquilla abrígate a ver si te vas a coger una pulmonía.*

Mariana: *Tranquila que a partir de mañana salgo como si fuera una lechuga, llena de capas.*

Sara: *Ay, Mariana, que te he visto andando como las muñecas de Famosa, despacito, despacito, porque no vas a poder caminar como te forres de ropa.*

Otra carcajada que me hacía soltar, y así pasé el rato de tomarme el café en aquella terraza disfrutando de las vistas y del ambiente.

⁰ Cuando me trajeron la cuenta me quedé impactada, siete euros por el café, ni que tuviera gotas de oro. Obviamente era porque estaba en todo el centro en la plaza más famosa de la ciudad, estaba claro que eso había que pagarlo, pero no sabía yo hasta qué punto.

La plaza era de lo más acogedora y rodeada por callecitas que se veían de lo más bonitas para pasearla. Los edificios de la plaza eran dos iglesias y el Ayuntamiento, en donde en una de sus paredes estaba el reloj astronómico, que era uno de los atractivos turísticos más fotografiados, sobre todo cada hora donde se abrían las ventanas superiores y comenzaba el desfile de los doce apóstoles. En esos momentos se concentraban decenas de turistas haciendo fotos o grabando un video de ese hecho.

Era un espectáculo digno de ver, y como justo en ese momento aparecieron los apóstoles, lo grabé para enviárselo a todos.

Emocionada me quedé al verlo y con los vellos de punta, era una pasada.

A la una llegué a la academia donde me iban a entregar el material para irme preparando los temarios y clases durante esta semana. Quería empaparme bien de todo para saber el orden que debía de llevar y cómo tenía que evaluar.

—Hola, soy Mariana, la nueva profesora de español.

—Hola, bienvenida —la chica de recepción sonrió estrechándome la mano.

Le dije a lo que iba y me pidió que la siguiera. Mientras me enseñaba todo fuimos hablando.

Se llamaba Chris y se veía muy simpática, tenía más o menos mi edad, así que algo me decía que íbamos a llevarnos bien. Me dijo que estaba siempre tanto en el turno de mañana como en el de tarde.

Yo iba a trabajar en el de mañana con personas mayores que tenían el C1 de Cambridge y ahora querían aprender español. Por la tarde iban los estudiantes, pero me habían comunicado que me habían adjudicado el turno de mañana.

¹ Me dio todo el material, me presentó a algunos de los profesores que estaban en un descanso, y acabó abrazándome antes de que me fuera diciendo que me esperaba el lunes.

Me encerré en casa y preparé unas lentejas para el día siguiente mientras me hacía unos filetes a la plancha con unas patatas para comer, porque tenía ya un poquito de hambre.

La tarde la pasé preparando el temario que, al ser nivel uno, era de lo más fácil y ameno. Me gustaba cómo clasificaban esos temas y de la manera que lo introducían al aprendizaje inicial de lo más básico.

Sin darme cuenta la tarde se me había pasado volando y ya estaba cenando. No tendría vida para agradecer a los padres de las gemelas que me hubieran buscado algo así para intentar salir de ese bloqueo tan grande que tenía.

Me quedé un rato en el sofá viendo las noticias internacionales que nada tenían que ver con las del corazón. De esos temas quería desconectar un poco en las noches para no acostarme saturada y que eso provocara que no conciliara el sueño. Demasiado tenía con empaparme de ellas durante todo el día, aunque hoy, gracias a lo entretenida que había estado, era lo que menos había hecho, no había mirado casi nada de lo que se decía de él y de mí.

Era consciente de que me iba a costar mucho sanar de todo eso, incluso el hecho de olvidarme de él sería toda una misión imposible en un breve espacio de tiempo, pero lo conseguiría.

Antes o después, sanaría de todo ese dolor.

Me encerré en casa y preparé unas lentejas para el día siguiente mientras me hacía unos filetes a la plancha con unas patatas para comer, porque tenía ya un poquito de hambre.

La tarde la pasé preparando el temario que, al ser nivel uno, era de lo más fácil y ameno. Me gustaba cómo clasificaban esos temas y de la manera que lo introducían al aprendizaje inicial de lo más básico.

Sin darme cuenta la tarde se me había pasado volando y ya estaba cenando. No tendría vida para agradecer a los padres de las gemelas que me hubieran buscado algo así para intentar salir de ese bloqueo tan grande que tenía.

Me quedé un rato en el sofá viendo las noticias internacionales que nada tenían que ver con las del corazón. De esos temas quería desconectar un poco en las noches para no acostarme saturada y que eso provocara que no conciliara el sueño. Demasiado tenía con empaparme de ellas durante todo el día, aunque hoy, gracias a lo entretenida que había estado, era lo que menos había hecho, no había mirado casi nada de lo que se decía de él y de mí.

Era consciente de que me iba a costar mucho sanar de todo eso, incluso el hecho de olvidarme de él sería toda una misión imposible en un breve espacio de tiempo, pero lo conseguiría.

Antes o después, sanaría de todo ese dolor.

Capítulo 3



Stefano

No había día que no recibiera un mensaje de Georgina agradeciendo lo bonito que hablé de ella y pidiendo disculpas por ese día que me increpó en el evento al no saber lo de mi coacción.

La partida me había salido de lo más victoriosa y ahora tenía al mundo comiendo de mi mano y posicionados totalmente a mi favor.

A la que no tenía tan contenta era a mi madre que, no sabría decir por qué razón, siempre se posicionaba al lado de Mariana, era como si estuviera abducida, pero bueno, al fin y al cabo, su hijo era yo y lo suyo no era más que una opinión que ya se le iría pasando.

Franco estaba de lo más contento con la espera de su hijo y no dejaba de hablar sobre ello, y eso que era parco en palabras, pero esta situación le había movido el corazón a unos límites insospechados.

Con respecto a Mariana, parecía que la tierra se la hubiera tragado ya que no había señales de vida de ella por ningún lado y no publicaba ningún artículo desde antes de irse a Miami. De todas maneras, si lo hacía, sabía la que le iba a caer encima y posiblemente estuviera trabajando bajo el nombre de algún compañero para así poder seguir ejerciendo, aunque fuese en un segundo plano.

No estaba seguro de en qué momento cambié, pero de que lo hice, lo hice.

Ya no era el hombre de antes que huía de las cámaras, ahora me gustaba ser objeto de esas noticias que hablaban de mí y todo para bien. Estaba claro que, de algún modo, yo solo hablaba de lo que quería y había informaciones de mi vida que seguirían quedando para mi intimidad.

Tenía que reconocer que ansiaba tener alguna noticia de Mariana, era curiosidad por saber cómo estaba y cómo se sentía después del varapalo que le había dado y que se merecía por completo. Pretendió jugar en una liga en la que no estaba a la altura y ahora, de algún modo, estaba pagando las consecuencias.

Estábamos preparando mi cumpleaños, ese que se celebraría en un par de semanas y que iba a ser una fiesta en un evento que me estaba preparando una empresa, que era de las más codiciadas de Italia. Tenía que dar una imagen de impecabilidad y que de ese modo las imágenes recorrieran todos los rincones del mundo.

Romeo se traía algo entre manos y es que cuando lo veía, estaba contestando mensajes con una sonrisa suelta. Solo me decía que era una linda sirenita deseosa de que la sacara de ese mar en el que estaba sumergida. Cosas de alguien como él.

Podría decirse que todos estábamos en un buen momento que se hacía un tanto diferente desde aquel día en el que concedí la entrevista. Hasta yo me había decidido a abrir un perfil de Instagram la noche anterior del que millones de personas se hicieron eco. En menos de catorce horas, tenía un millón y medio de seguidores y mi foto alcanzaba la friolera de un millón cien mil «me gusta». La cosa no había hecho más que empezar y ahora me disponía a poner un post sujetando la taza de café con una reflexión.

«La vida es un complemento a la calidad de nuestros corazones»

Le di a publicar y ahora a esperar que todas esas voces comenzaran a comentar y aplaudir mis palabras. Así eran las redes, un medio para mostrar la mejor versión de uno mismo. Era divertido no solo cómo había arrastrado a Mariana a mis pies, también lo había hecho con el mundo entero.

Hablando de logros, había conseguido tener de nuevo una buhardilla de lo más cálida y acogedora, llena de innumerables juguetitos que daban ese toque más sensual y perverso, y donde alguien como yo, podría llevar a satisfacer a cualquier mujer dispuesta a dejarse llevar por los placeres a los que la sometería. Eso sí, debía ser alguien que produjese en mí esos deseos que la llevaría a ese rincón para el que no cualquiera era apto.

Había quedado para ir a casa de mis padres a comer y la verdad que no me apetecía mucho, pero debía de cumplir para no enfurecer a una madre que últimamente estaba un tanto enojada conmigo, pero bueno, tendría que lidiar^e con sus indirectas y malos gestos que le salían con miradas intimidatorias a modo de reprimendas.

Me dispuse a tomar el último café de la mañana antes de marcharme hacia la casa de mis padres. Encendí la tele y como no podía ser de otra manera, estaban hablando de mi decisión de abrir una cuenta de Instagram que, por cierto, ya me habían verificado y aparecía con la insignia azul que confirmaba la veracidad de la cuenta.

Dado que se había hecho público lo de mi estreno en la red social, se fueron incrementando más por cada segundo que pasaba la cantidad de seguidores que subían por cientos de miles. Me sentía el nuevo rey de las redes, estaba claro que todo lo que tocaba lo convertía en oro.

Los medios se habían hecho eco de que unos turistas habían visto en el aeropuerto dos días atrás a Mariana, pero las imágenes no eran claras, aunque algo de similitud era palpable, lo que no se sabía era, en caso de ser ella, a dónde se dirigía ni en calidad de qué hacía ese viaje. Esperaba que los días dieran todas las respuestas a ese titular que aún era un tanto dudoso, aunque no por eso debía ser falso. Como decía mi madre, el tiempo ponía todo en su lugar y te daba las respuestas que necesitas.

Cogí el coche para ir a ver a mis padres, no quería pedirle a Franco que me llevara ese día porque así me aseguraba el poder irme con cualquier excusa, en el caso de que la conversación se fuera por otros derroteros.

!

² Quería a mi madre, de verdad que sí, la adoraba y sabía que siempre sería la mejor esposa y madre que dos hombres pudieran tener en la vida, pero cuando me sacaba el tema de Mariana, no podía con eso.

Llegué y tras abrirme ella la puerta, supe que iba a ser una de esas comidas relativamente incómodas.

—Hola, mamá —sonreí mientras me inclinaba para darle un beso.

—Hola. —Si ya se mostraba seria y escueta, no quería imaginar cómo acabaría el día.

Entré y fui directo al salón donde sabía que encontraría a mi padre, y no me equivoqué.

Copa de vino en mano, sentado en el sofá, viendo las noticias.

En pantalla de nuevo hablando del posible avistamiento de Mariana en el aeropuerto, como si de un OVNI se tratase, lo estaban comentado porque, desde que di la entrevista, nadie había conseguido una sola imagen suya.

—Papá. —Lo saludé, me miró y se puso en pie para darnos un abrazo.

—Hola, hijo. —Mal asunto era que él también estuviera tan serio.

—¿Cómo va todo? —pregunté sentándome en el sofá que quedaba al lado del suyo.

—No muy bien, al parecer. —Dio un sorbo a su copa, y supe que, como pasaba con Franco, mi padre estaba a punto de hablar y hacer subir el pan, la pasta y hasta el petróleo.

—¿Problemas con los negocios? —Curioseé, a sabiendas de que no eran esos los motivos.

—Familiares, más bien.

—¿Algo grave?

—Si a mi único hijo no le parece grave todo este asunto —señaló la televisión—, no sé qué se lo parecerá.

—Papá.

—Vas a escucharme, Stefano —dijo mirándome como cuando tenía ocho años y, por error, rompí un ventana de la casa con el balón—. Tu madre y yo no te educamos para esto. No te dimos todo lo que teníamos para que, al ser un hombre adulto, arrastraras por el suelo a una mujer de ese modo.

—No sabéis lo que pasó.

—Hijo, al igual que Romeo se encarga de averiguar todo sobre los medios de comunicación que asistirán a los eventos donde te invitan, yo también tengo maneras de obtener información. Esa chica tiene un expediente periodístico intachable. Nunca hizo nada semejante como eso de lo que la has acusado.

—Papá.

—No. —Levantó la mano para que no me atreviera a interrumpirle—. Siempre mantuviste un perfil bajo, y ahora estás en todas las revistas, en televisión, y tienes una cuenta con cientos de miles de seguidores. No sé qué cambió, pero este no es el hijo que yo conozco. Y no critico que quieras dejarte ver, siempre te dije que deberías ser menos hermético. Pero lo que has hecho con esa chica, eso... —suspiró y vi a mi madre en la puerta.

—La mesa está lista —dijo y mi padre asintió.

Tras ponerse en pie apagó la televisión y salió de allí con la copa de vino medio vacía en la mano.

Me quedé unos segundos sentado, ¿era posible que mi padre se sintiera defraudado conmigo?

Ni él ni mi madre conocían a Mariana, no sabían el modo en el que ella y esas dos gemelas se comportaron en Miami, fue una jugada sucia por su parte querer humillarme con aquellas preguntas.

No iba a disculparme ante mis padres por haber hecho lo que debía, por defenderme de unas acusaciones que no eran ciertas y de una mujer que empezó una guerra contra mí que bien sabía que no podría ganar.

Mariana simplemente había tomado de su propia medicina, eso era todo. ¿Quién en su sano juicio no se habría defendido?

Negué mientras me levantaba, fui al comedor donde mi padre estaba sentado en su sitio de siempre, presidiendo la mesa, y yo me senté a su izquierda.

Mi madre apareció con una sopera y tras servirnos, se sentó a la derecha de su marido, que no dudó en cogerle la mano y, tras darle un apretón, ella sonrió.

Eso me dijo lo que ya sabía, ella le había pedido que hablara conmigo.

Bastante tiempo permaneció en silencio y en un segundo plano con respecto a esta situación.

Comimos mientras la conversación se centró en la celebración de mi cumpleaños, cosa que agradecí con tal de que mi madre no comenzara a decir nada de Mariana, algo que debía de reconocer que me extrañaba, puesto que toda ocasión que tenía para hacerlo, ella la aprovechaba siempre al máximo.

Me quedé unos segundos sentado, ¿era posible que mi padre se sintiera defraudado conmigo?

Ni él ni mi madre conocían a Mariana, no sabían el modo en el que ella y esas dos gemelas se comportaron en Miami, fue una jugada sucia por su parte querer humillarme con aquellas preguntas.

No iba a disculparme ante mis padres por haber hecho lo que debía, por defenderme de unas acusaciones que no eran ciertas y de una mujer que empezó una guerra contra mí que bien sabía que no podría ganar.

Mariana simplemente había tomado de su propia medicina, eso era todo. ¿Quién en su sano juicio no se habría defendido?

Negué mientras me levantaba, fui al comedor donde mi padre estaba sentado en su sitio de siempre, presidiendo la mesa, y yo me senté a su izquierda.

Mi madre apareció con una sopera y tras servirnos, se sentó a la derecha de su marido, que no dudó en cogerle la mano y, tras darle un apretón, ella sonrió.

Eso me dijo lo que ya sabía, ella le había pedido que hablara conmigo.

Bastante tiempo permaneció en silencio y en un segundo plano con respecto a esta situación.

Comimos mientras la conversación se centró en la celebración de mi cumpleaños, cosa que agradecí con tal de que mi madre no comenzara a decir nada de Mariana, algo que debía de reconocer que me extrañaba, puesto que toda ocasión que tenía para hacerlo, ella la aprovechaba siempre al máximo.

Capítulo 4



Mariana

Los medios se habían hecho eco de que Stefano se decidió a abrirse una cuenta de Instagram en la que estaba arrasando.

Después de haber cerrado las mías decidí abrir un perfil falso con otro nombre y una foto de una taza de café en el balcón de mi apartamento. En el fondo necesitaba tener toda la información de primera mano y controlar cada cosa que ponía. Era un no querer, pero, a la vez, sentir que debía.

No le dije a nadie lo de mi perfil nuevo, ni siquiera a las niñas, y aproveché que ya era viernes y llevaba estos días de encierro preparando lo de los temarios, para por fin salir y hacer fotos bonitas para ir subiendo a la red de este nuevo perfil en el que me había autollamado Andrea Cech, un apellido de lo más checo y un nombre que siempre me había gustado para poner en caso de algún día tener una hija.

Me puse unas botas de agua en color rosa que nunca había estrenado, con unos pantalones negros ceñidos, del mismo color que el abrigo, debajo llevaba un jersey blanco a juego con el gorrito de lana.

Aproveché el blanco de la nieve para tirar una foto hacia el suelo en el que se me viera la parte baja del abrigo, los pantalones y las botas rosas, quedó preciosa para ponerla a modo invernal. Además, yo era muy cuidadosa en la calidad de las imágenes, era algo que siempre me obsesionaba.

La subí mientras me tomaba un café que había comprado para llevar, así que me senté en un banco y puse un comentario sobre el texto.

«La emoción de sentir que cada día es un nuevo reto para enfrentarnos a todas las dificultades que nos pone la vida».

Coloqué varios *hashtag* y la publiqué, aunque no tenía seguidores alguno podía aparecer en cualquier momento, pero yo iba a cuidar esa página como si se tratase de una profesional, sería otro medio de entretenimiento. No pondría mi cara jamás, pero la haría tan bonita que trabajaría para tener ese rincón en que desahogarme a base de reflexiones e imágenes que yo misma fuera haciendo. Además, con el vaso de café había tirado una preciosa de mano y viéndose de fondo la plaza, esa la subiría al día siguiente dando los buenos días a mis no seguidores.

Comencé a pasear por allí y llegué hasta un parque donde la nieve cubría los árboles en una estampa tan bonita, que no dudé en hacer algunas fotos, incluso a ese café que me serviría para dar los buenos días en más de una ocasión.

Y me tiré una sonriendo, con el brazo bien estirado hacia abajo para salir bien y que se me viera con un par de árboles nevados, el gorro y el abrigo.

Había quedado preciosa.

Se la mandé a mi familia y a las niñas, y no tardaron en piropearme de ese modo que hacía que me viera con el guapo subido.

Llevaba poco en Praga, pero no tenía la menor duda de que dejar todo atrás y tratar de sanar y empezar de cero de alguna manera, había sido una buena idea.

Lo de Stefano no era normal, había pasado los tres millones de seguidores y subía por momentos. Tenía un nombre y una maldad suficientes para conseguir captar la atención de cualquier persona sedienta de noticia.

Desde luego que había dado un giro de lo más radical a su vida privada, mostrándose más que antes y dejando a un lado ese hermetismo. O al menos parecía ser la imagen que ahora quería darle al mundo de él mismo.

|

¿Tal vez se tratase de una simple estrategia de *marketing*?

Aparté los pensamientos de Stefano una vez más, esos que iban solos hacia él y que me llevaban, muchas de esas veces, a que las lágrimas se escaparan de mis ojos sin previo aviso.

Pasé por una papelería que tenía el escaparate más bonito y dulce que había visto en mi vida. Entré y me hice con unas libretas, bolígrafos, *post-it*, blocs de notas y hasta un lapicero. Todo lo compré en tonos rosas y celestes. Estaba loca de contenta con esas adquisiciones que pondría en mi mesa de escritorio del salón en donde tenía el portátil.

Compré el pan y me dirigí a casa para ponerme a cocinar y colocar todo, estaba un tanto más animada ese día, al haber salido e ideado nuevas ilusiones en mi vida, pequeñas cositas que me ayudarían a sentirme un poco más entretenida.

Fue en ese momento que mi padre y Diana respondieron a la foto que les envié, supuse que no habían podido verla antes.

Papá: *Más bonita no podía ser mi hija.*

Diana: *Te va a salir un novio checo, lo estoy viendo.*

Solté una carcajada, era única, de verdad que sí.

Me puse a cocinar una sopa de pollo con tomate y fui grabando todo el proceso paso a paso para luego montar un reel y una historia bonita para mi red. Con el amor y los medios que tenía estaba convencida que lograría tener una página que me sirviera como entretenimiento y así plasmar un poquito de todo lo que me apasionaba.

Porque sí, no solo el periodismo era mi pasión, la fotografía y la cocina eran algo que siempre me había gustado, por no hablar de lo relajante que era esta última.

Mi padre decía que eso lo heredé de mi madre, y es que cuando había tenido una semana muy agotadora, pasaba el sábado por la mañana en la cocina entre ollas y fogones como si de uno de esos chefs de estrella Michelin se tratase.

Tenía música de fondo y mientras cocinaba y grababa, canturreaba moviendo las caderas.

Llamaron a la puerta y me sobresalté al no esperar a nadie, pero imaginé que podría ser un vecino para decirme algo. Quité la música no fuera a ser por eso, y fui hacia la puerta. Abrí mientras me secaba las manos en el paño que llevaba y por poco me caigo de culo al ver quién tenía delante.

—¿¡Qué es esto!? —grité lanzándome a mi padre y a Diana que estaban en la puerta con una bolsa de viaje cada uno.

—¡¡¡Sorpresa!!! —gritó ella emocionada.

—Hemos venido a verte, hija, estaremos solo hasta el domingo. Una visita exprés que esperamos que te sirva para no sentirte tan sola.

—Pasad, por Dios, que me va a dar algo. Qué ilusión más grande.

—Sabía que te alegrías de vernos —dijo mi padre acariciando mi espalda.

—O sea que, cuando os mandé la foto, estabais metidos en un avión.

—Básicamente —rio mi padre.

—He aprovechado que sabes que tengo libre de viernes a domingo para venir a verte, dirás que no soy buena amiga. —Diana puso cara de angelito con sus manos bajo la barbilla.

—¿Y de quién fue la idea? —pregunté cuando dejaron las bolsas en el salón y me dispuse a abrir la botella de vino blanco que habían traído.

—De tu padre —contestó Diana señalándole de forma rápida y él la miró a modo reprimenda conteniendo la sonrisilla.

—Verás, hija, la realidad es que queríamos aprovechar la visita para contarte algo.

—Que no sea malo, por Dios, no estoy para más sobresaltos.

—No sé si te hará mucha gracia —dijo Diana y le dio un trago grande a la copa para luego ponerse bizca.

—Soltadlo que me estáis causando un pellizco en el estómago.

—Diana y yo tenemos una relación desde hace más de un año.

—¿¡Qué!? —Me senté en el sofá a plomo porque de esta me daba. Poco fue la impresión que me llevé de lo de mi hermano y Sara, para lo que me estaba llevando de esta.

!l

—Espero que no me odies por esto...

—Diana ¿por qué no me lo has contado antes? —le pregunté un tanto enfadada.

—Por lo mismo que no lo hizo tu padre. —Lo señaló—. Teníamos miedo a que no aceptaras nuestra situación.

—Madre mía, que no gano para sobresaltos, de verdad. ¿Os habéis empecinado todos en ser de mi familia? —Solté el aire.

—Para mí ya sabes que eres como una hermana.

—Una hermana a la que le guardas el mayor de los secretos. Joder que sabía que te ponía mi padre, pero no mirando a Cuenca. —Me tuve que reír y conseguí lo mismo en ellos.

^l Aquello sí que me había dejado descolocada y en conmocionada, no esperaba que mi padre me soltase semejante noticia, pero claro, ahora entendía algunas cosas que había visto en él durante los últimos meses.

—Hija, quiero que entiendas que muchas veces no somos conscientes de lo que pasa, pero pasa. Sé que podría ser mi hija, pero es la única mujer que consigue que me sienta como lo llevo haciendo este último año.

—De verdad que esto es de locos. —Los miré negando—. Pero ¿quién soy yo para criticar lo que hagáis cuando yo he hecho lo que me dio la gana y mirad cómo estoy ahora? Estoy en *shock*, pero me alegro infinito que estéis en un bonito momento. —Me levanté para abrazarlos y romper a llorar. Estaba de lo más sensible.

—Gracias por entenderlo —murmuró Diana y la miré con la ceja arqueada.

—Con la de ranas que has besado a lo largo de los años, hija de mi vida, ya era hora de que te llegara un señor de la cabeza a los pies. Eh, y con uniforme, que cuando se viste de gala parece un príncipe. —Ambas reímos y mi padre me miró con un amor que me hizo lanzarme de nuevo a sus brazos.

Nos sentamos a comer, que a todo esto hay que decir que menos mal que yo, al igual que mi madre, cocinaba para un regimiento y de ahí que nos hubiéramos sacado unos buenos platos además de poner unas empanadas que ellos habían comprado antes de subir en la panadería que había abajo. Momento que aproveché para contarles el perfil que había abierto y lo feliz que me hacía, eso sí, pero que no me siguieran ni pusieran lo más mínimo para que no me relacionaran con ellos y pudieran tirar del hilo. Me animaron muchísimo y me dieron un montón de ideas, sobre todo Diana que era una profesional de las ediciones.

—Pues nos vamos a pasar la tarde en la cocina, hija mía —dijo Diana y me tuve que reír.

—Espera, espera, ¿voy a tener que llamarte mamá?

—No, no, que ya sabes lo que dicen, madre no hay más que una, y la tuya vale millones.

Sonreí y ambas recogimos la mesa mientras mi padre hacía el café.

ⁱ Cogió una de las libretas y boli que había comprado ese día, y empezó a apuntar ingredientes para hacer pasteles y

algunos platos salados para llenar mi perfil con reels e historias del paso al paso y el emplatado final.

—¿Puedes bajar al súper a por todo esto, amor? —le preguntó a mi padre dándole la hoja con los ingredientes.

—Claro. —Tras cogerlo, se inclinó sobre ella y le dio un beso en los labios.

En cuanto nos quedamos solas, me miró cruzándose de brazos.

—Venga, suéltalo —dijo.

—¿Soltar qué?

—Lo que sea que se te esté pasando por la cabeza.

—No es nada malo, en serio, solo... Es raro ver a mi mejor amiga como la novia de mi padre. Pero me alegro, de verdad.

—¿En serio? Es que estaba cagada de miedo de contártelo.

—Pues ya me lo habéis dicho —sonreí—. ¿Estás feliz?

—Mucho.

—Con eso me basta. Eso sí, una advertencia. —La señalé con el dedo—. No le des mucha caña, que ya tiene una edad y de un infarto se te queda en el sitio.

—¡Serás bruta! —Muertas de risa acabamos.

Nos metimos en la cocina y mientras preparábamos todo esperando a mi padre con los ingredientes, me fue dando consejos de cómo grabar y demás.

l
; Le enseñé lo que tenía de esa sopa de pollo que habíamos comido y le gustó.

—No voy a mostrar mi cara en este perfil —le aseguré—, todo lo que saldrán son mis manos y la cocina.

—Mejor, mucho mejor así.

Cuando mi padre regresó cargado con varias bolsas, entre los tres nos pusimos a preparar la cena y unos pasteles. Grabamos varios reels e historias y los fuimos subiendo.

—Este reel ha quedado muy chulo —dijo Diana dando palmas.

—Sí, parece hasta profesional —sonreí.

7 —Pues así tienes que subirlos todos, y las historias también.

—Hija, ¿seguro que no se te ve la cara?

—No, papá, tranquilo que en eso voy a ser muy cuidadosa. No se va a ver ni en las fotos, ni en los vídeos.

—Bueno, que yo lo que no quiero es...

—No te preocupes, que esto es para distraerme cuando no esté trabajando —sonreí y él asintió.

Después de cenar Diana entró para ver cómo iba el perfil, y nos quedamos locas al ver que tenía mis primeros veinte seguidores.

—No me lo creo. —Me llevé las manos a la boca.

—Pues créetelo. Mira, mira los comentarios.

Todos buenos, halagando la cuidada elaboración y la buena pinta que tenía lo que había cocinado.

Algunos incluso decían que iban a prepararlo el fin de semana.

No se me iba la sonrisa, es que no se me iba. Aquello había resultado ser una buena idea, y estaba la mar de ilusionada.

Mi padre y Diana se quedarían a dormir en el sofá esos días, por suerte al convertirse en cama era grande y parecía cómodo.

Le di un abrazo a cada uno y mi padre me besó la frente como solía hacer cuando era una niña.

—Descansa, mi pequeña —dijo mirándome con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenas noches, papá.

—Venga, que mañana cuando te levantes tienes un millón de seguidores —comentó Diana.

—Sí, vamos, ni que fuera yo una de las Kardashian. —Volteé los ojos.

—No, tú eres más guapa y tienes un cuerpo mucho más bonito.

—Eso es que tú me ves con buenos ojos, mamá. —Le hice una burla sacándole la lengua y me tiró un cojín a la cara—. Que descanséis.

—Igualmente —respondieron al unísono.

Y no me pude contener cuando estaba entrando en mi habitación, y solté lo más grande.

—¡Y no hagáis cochinadas, que eso me crearía un trauma! —grité.

—La mato —rio Diana, y solté una carcajada mientras cerraba la puerta.

Desde luego que no me esperaba esa noticia, pero debía reconocer que tanto mi padre a mi mejor amiga, como ella a él, les haría bien la otra persona.

—La mato —rio Diana, y solté una carcajada mientras cerraba la puerta.

Desde luego que no me esperaba esa noticia, pero debía reconocer que tanto mi padre a mi mejor amiga, como ella a él, les haría bien la otra persona.

Capítulo 5



Me levanté pensando en esos dos petardos que tenía en mi salón y que habían venido a darme la noticia que más me cogía por sorpresa, mucho más que lo de Sara, porque de sobras sabía que bebía los vientos por mi hermano. Aunque Diana siempre fantaseó con mi padre, en la vida pude imaginar que iba a convertir sus sueños en realidad. Siempre creí que mi padre la miraba como a una hija y no, como un objeto de deseo. Pero debía aceptarlo, por el amor que sentía hacia ambos y por ser la menos indicada para juzgar algo donde, al menos, los sentimientos eran mutuos.

Cuando salí de la habitación vi que estaban en el balcón con una mantita por sus hombros como hacía yo y un café entre las manos.

—Esperadme, que me hago un café —les dije, sin tan siquiera darles los buenos días.

Necesitaba ese primer chute y fumarme un cigarrillo con ellos mientras nos congelábamos vivos, pero solo por la estampa merecía la pena ese ratito.

—Buenos días, hija —dijo mi padre con una sonrisa de oreja a oreja.

Les di un beso a cada uno y me comentaron lo bien que habían dormido en el sofá, pero viendo la cara de los tortolitos, juntos dormirían bien en cualquier lado. Me chocaba mucho verlos como pareja, pero reconozco que lo veía felices y solo por eso merecía la pena.

El amor así, como decía aquella vieja y famosa canción, que llegaba de esa manera y uno no se daba ni cuenta.

Si me había llegado incluso a mí, llamando a mi puerta de un modo que me descolocó por completo, solo que era algo más unilateral dado que él...

No, no pensaba dejar que esos pensamientos enturbiaran el fin de semana tan bonito que se me habría presentado.

Ni que decir tenía que no quería ni pensar en cómo se tomaría mi madre la relación de ambos con el carácter que tenía y que encima la veía como una hija. En fin, el choque iba a ser brutal.

Además, las cosas que tenía mi amiga y que solo se le ocurrían a ella, como, por ejemplo, cuando fue al juzgado a que mi madre la ayudara con el tema de la cancelación de la deuda de su hermano, y en ese momento ya llevaba bastante tiempo con mi padre. De chiste, todo era de chiste, pero se notaba que se amaban por la forma en que se miraban y cuando había algo así, iban a ir en contra del mundo por defender su amor.

No les importaría el qué dirán y ni tan siquiera la llegada del Apocalipsis podría hacer que esos dos que tenía

delante, se dejan de amar con todas sus fuerzas.

—Propongo ir a desayunar a la plaza, estoy loco por conocerla. Os invito a llenaros el estómago.

—Papá, que un café vale siete euros, con un desayuno para tres te vas a dejar un riñón.

—Siempre me quedará el otro. —Me hizo un guiño.

—Vale, pues vamos a ir a ver cómo despeluchan tu cuenta.

—Hija, el dinero está para disfrutarlo que para eso lo trabajo. Además, hay lugares que hay que pagar para disfrutarlos y no veo mejor momento que este.

—Tú y tus filosofías —me reí.

—Cualquiera diría que tienes la cuenta temblando —me dijo Diana con segundas y haciéndome una burla.

é —Por ahora, no quiero tocar ni saber nada de ese dinero, me puedo defender con mis ahorros, y lo que gane en la academia me servirá para pagar los gastos.

—Sonríe, estás más guapa cuando lo haces —me dijo echándome el brazo por el hombro y besando mi mejilla.

Nos abrigamos bien y salimos a la calle dirigiéndonos hacia la plaza, el sol estaba brillando sobre la nieve que aún quedaba en la ciudad y nos mostraba un día de lo más bonito y claro.

Ni un minuto perdí en tirarme una foto con mi padre y otras tantas con mi amiga, eso sí, alguna muy de nuestro estilo, sacando la lengua, haciendo un guiño o poniendo morritos y dedos en “V”.

^s Mi padre se partía de la risa al vernos, pero no dudaba en tirarnos fotos o grabarnos mientras nosotras mismas nos reíamos.

Nos sentamos en una terraza, ellos frente a mí, y no tardó en aparecer un camarero al que le pedimos el desayuno, momento que cuando me trajeron el chocolate calentito con nata por encima y lo cogí entre mis manos, Diana aprovechó y me tiró una foto sin que saliera mi cara, solo el primer plano de mis manos sujetando el vaso y de fondo la chaqueta rosa que llevaba puesta.

Era una imagen de lo más bonita e invernal, me encantaba y no dudé en subirla dando los buenos días y llevándome la sorpresa de que ya tenía más de cien seguidores que, además, muchos de ellos comentaban mis pos y le regalaban un corazoncito.

—Venga, que esos seguidores van a empezar a subir como la espuma —me dijo ella al ver los seguidores.

l —La que decía que hoy tendría un millón —reí—. Te han faltado algunos ceros.

—Mujer, poco a poco que Roma no se construyó en un día.

—Deja a los italianos, que no quiero saber nada de ellos —le pedí y sonrió.

He de decir que las terrazas contaban con infinidad de estufas arriba de las mesas y que calentaban hasta tal punto que sentías la necesidad de desabrigarte y quedarte solo con el jersey, cosa que hicimos los tres.

Entré en el perfil de Stefano y, casualmente, acababa de subir una foto similar, sentado en una terraza de la Plaza de la Señoría y sujetando un café en su manos, pero a él se le veía de cuerpo entero, haciéndose el interesante, como la frase que había escrito.

«Siempre hay una razón para regalarnos una pausa y disfrutar de un buen café».

En fin, él y sus frases misteriosas que volvía locas a todas las féminas que le pedían ir a tomar uno con él. No sabían qué clase de hombre era y de lo que era capaz por conseguir su cometido. Su suerte era que había utilizado su poder de interés mediático para meterse a todos en el bolsillo de la manera más asquerosa del mundo. Atacando directamente con falsedades, no en plan preguntas como le hice yo en su día de manera intencionada, no, lo de él fue todo un propósito de intenciones para hundirme en todos los sentidos.

—¿Un paseíto turístico por Praga? —pregunté cuando nos levantamos para ponernos de nuevo los abrigos.

—Venga, vamos a ir de españoles por el mundo —dijo Diana.

—Por Praga, de momento por Praga —reí.

Les hice una foto a los dos juntos en el centro de la plaza con la Iglesia de San Nicolás y el Ayuntamiento de fondo, y luego les pedí que se dieran un beso, esa quedó una pasada de bonita.

Comenzamos turisteando, como dijo Diana, admirando las casas señoriales que rodeaban la plaza, todas en tonos pastel donde cabía destacar la Casa Storch y la del Unicornio Blanco. Esta recibía el nombre por una figura de piedra que había en su fachada, esa que todo el mundo confundía con un unicornio, pero que en realidad era un cordero.

Nos metimos en la Iglesia de Nuestra Señora de Týn, donde llamaba la atención esa deslumbrante fachada de estilo gótico con dos torres de ochenta metros de altura que culminaban en forma de aguja, y nos sorprendió la decoración, así como el impresionante altar y el órgano más antiguo de Praga.

Tras algunas fotos que hicimos ante los diferentes edificios que rodean la plaza, continuamos paseando hasta llegar a la conocida calle Celetná, por donde fuimos a la Torre de la Pólvora, otro lugar que según la guía que me habían regalado Manuel y Rocío, era visita obligada.

Se trataba de una torre gótica considerada una de las trece entradas que había en la Ciudad Vieja, y le dieron ese nombre tras haber sido usada como almacén de pólvora durante el siglo XVII.

El exterior era una maravilla, lleno de estatuas de reyes de Bohemia y escudos. Mi padre, que era todo un aventurero y sin vértigo, propuso que subiéramos esos sesenta y cinco metros de altura para contemplar las vistas del centro de la ciudad.

Tuve que reconocer que fue un acierto hacerlo, porque realmente las vistas eran una auténtica maravilla.

Fuimos hacia la parte vieja de la ciudad y llegamos al Barrio Judío, donde pudimos ver las hermosas sinagogas

que había en esa zona, así como el cementerio.

Hicimos una parada al salir del barrio en una de las muchas cafeterías que se encontraban en la elegante calle Karlova y nos tomamos un café con un dulce típico de allí, el *trdelník*, que nos rellenaron con chocolate, lo coronaron con nata y chispas de chocolate por encima.

—Dios mío, me voy a ir de Praga con tres kilos más por lo menos —dijo Diana.

—Tranquila, que eso en una semana lo bajas.

—Con tu padre, seguro.

—Vale, no necesito datos. —Me tapé los ojos y ambos se echaron a reír.

Después de aquella sobredosis de azúcar y cafeína paramos en algunos de los preciosos escaparates de las tiendas que se encontraban en esa misma calle y acabamos comprando algunos recuerdos.

Llegamos hasta el Puente de Carlos, otro de los lugares más bonitos de la ciudad, que unía la Ciudad Vieja con la Ciudad Pequeña.

Allí nos hicimos infinidad de fotos, algunas de ellas las subiría a mi perfil de Instagram, tanto sentadas en el puente como con varias de las estatuas que lo bordeaban. Entre ellas, y según ponía en la guía, se encontraba la de San Juan Nepomuceno, santo patrón de Bohemia, ubicada en el lugar en el que, se decía, que fue lanzado al agua por orden del rey y de la que existía una leyenda.

Según esta, si se apoyaba la mano en la cruz de latón del santo, con un dedo sobre cada estrella, se te concedería un deseo.

No dudé en coger el móvil, colocar la mano tal como rezaba la leyenda, enfoqué y, con una sonrisa, tiré la foto a mi mano y la subí a mi red con un texto.

«¿Será que esta cruz me concederá un deseo? Lo veremos, con el tiempo lo veremos»

Otra cosa que hacía de este punto uno impresionante, eran las tres torres góticas que se encontraban en él, donde la que más destacaba era la situada en la orilla de la Ciudad Vieja.

Caminamos hasta llegar a la parte baja del puente y disfrutamos de los huertos y molinos, como el Molino del Gran Prior, de la época medieval, rodeados por el río Moldava y el riachuelo Certovka.

Siguiendo la guía llegamos hasta otro de los puntos de mayor interés de esa parte de la ciudad, el Puente de los Candados, o del Amor como también era conocido, un lugar romántico donde las parejas habían colocado infinidad de candados.

Diana se quedó mirándolos mientras paseaba de la mano con mi padre, y yo sonreí con una idea en mente.

Me aparté un poco y tuve la suerte de ver que había un chico por allí con varios candados en la mano, así como un rotulador permanente. Le compré uno, puse el nombre de ambos en un lado y en el otro, el nombre de Praga y el

año en el que estábamos.

—A ver, tortolitos, de aquí no os podéis ir sin poner un candado —dije acercándome a ellos.

—¿Qué dices? No, no, Mariana, que tu padre no va a...

—¿No voy a querer, preciosa? —Terminó él la frase y la miró con la ceja arqueada—. ¿Por qué piensas eso?

—Pues no sé, amor, es que estamos con tu hija, no en un viaje solos.

—¿Y? —respondimos mi padre y yo al unísono.

—Ahora mismo estoy con las dos mujeres más importantes de mi vida. —Mi padre me quitó el candado de la mano, se inclinó para besarla a ella, y colocó el candado—. Ya puedes poner esta llave en el juego que tienes de mi casa —le dijo a ella entregándole una—, que yo pondré esta con las tuyas.

—Por favor, qué bonito, papá. Me vais a hacer llorar. —Y no bromeaba, en ese momento que acababa de vivir de primera mano, estaba con los sentimientos a flor de piel.

Entramos en un restaurante a comer y pedimos un poco de todo para probar y compartir.

¹ Empezamos por la típica *kulajda*, una sopa calentita elaborada a base de nata agria, puré de patatas, setas y eneldo. No estaba mal, a pesar del sabor agrio que tenía.

¹ Probamos el *smažený sýr*, que era un plato de queso frito acompañado de patatas fritas, ensalada y pan.

Y acabamos con un *svíčková*, un rico plato de solomillo de ternera con salsa de verduras y nata condimentada con pimienta negra, pimienta de Jamaica, laurel y tomillo.

—Lo que yo diga, que me voy con tres kilos más —rio Diana después de comer mientras esperábamos el café.

—Entonces cuando yo regrese a España, no me vais a reconocer —reí.

Salimos después de tomarnos un café y continuamos conociendo la ciudad.

Malá Strana, el barrio más bohemio de Praga, fue nuestra siguiente parada.

Recorrimos sus calles y tiendas comprando algunos regalos, me iba a quedar una casa la mar de mona con los adornos que había escogido para decorarla.

Llegamos hasta el Castillo de Praga y allí cayeron más fotos, para el recuerdo y para subir a mis redes, y un café antes de seguir con la visita.

¹ Los últimos lugares que vimos antes de volver a casa para cenar, fueron el Monasterio de Strahov, una maravilla arquitectónica; el Monte Petrin, situado a casi ciento cuarenta metros de altura sobre la ciudad, siendo el mirador más alto, y desde el que las vistas eran una pasada.

Y acabamos en la Plaza de Wenceslao, en el corazón de la Ciudad Nueva, llena de tiendas, restaurantes y clubs nocturnos.

Nos hicimos algunas fotos más, y volvimos a casa, donde preparamos unos sándwiches mixtos para cenar.

—Se me ha hecho corta la visita —dije mientras recogíamos tras un buen chocolate caliente que tomamos antes de irnos a dormir.

—Tranquila que no será la única. —Diana me abrazó y frotó mi espalda.

—Eso por descontado, hija. No voy a dejarte aquí sola eternamente.

—Papá, que no quiero llorar —protesté.

—Anda, vete a la cama. —Me besó la frente y sonreí—. Descansa, pequeña.

—Y tú, papá.

—¿Y yo no? A mí que me den. —Diana volteó los ojos metiéndose bajo las mantas del sofá.

—Pero si tú eres la que más guerra le darás a mi padre, seguro —reí.

—A la cama, jovencita. —Solté una carcajada al escucharla con ese tono de madre enfadada.

Les di las buenas noches y los dejé allí, había sido un día bonito, pero también algo agotador, necesitaba descansar.

Y acabamos en la Plaza de Wenceslao, en el corazón de la Ciudad Nueva, llena de tiendas, restaurantes y clubs nocturnos.

Nos hicimos algunas fotos más, y volvimos a casa, donde preparamos unos sándwiches mixtos para cenar.

—Se me ha hecho corta la visita —dije mientras recogíamos tras un buen chocolate caliente que tomamos antes de irnos a dormir.

—Tranquila que no será la única. —Diana me abrazó y frotó mi espalda.

—Eso por descontado, hija. No voy a dejarte aquí sola eternamente.

—Papá, que no quiero llorar —protesté.

—Anda, vete a la cama. —Me besó la frente y sonreí—. Descansa, pequeña.

—Y tú, papá.

—¿Y yo no? A mí que me den. —Diana volteó los ojos metiéndose bajo las mantas del sofá.

—Pero si tú eres la que más guerra le darás a mi padre, seguro —reí.

—A la cama, jovencita. —Solté una carcajada al escucharla con ese tono de madre enfadada.

Les di las buenas noches y los dejé allí, había sido un día bonito, pero también algo agotador, necesitaba descansar.

Capítulo 6



Si algo tenía claro en la vida, es que amaba a los míos, por mucha necesidad que tuviera de alejarme de todo y todos. Me había despertado un tanto más triste de lo habitual sabiendo que hoy regresaban a España.

Abracé a Diana que estaba preparando los cafés mientras mi padre se duchaba.

—Os voy a echar mucho de menos.

—Y nosotros a ti, Mariana. Quédate tranquila que animaré a tu padre para que regresemos pronto.

—Sí, por favor. La verdad es que me habéis dado una gran alegría. Ha estado genial el fin de semana y me has ayudado mucho con el tema de Instagram. Me quedo con un montón de truquitos para ir mejorando los post.

—Iré viendo cada día tu página y guiándote para que vayas mejorando. Me va a costar mucho no seguirte, comentarte o interactuar, pero seré tu mayor fan.

—Lo sé, cariño. —Nos abrazamos y apareció mi padre.

—Nada de llantos, que os conozco a las dos —dijo sonriendo mientras me abrazaba.

—Ay, papá, es que teneros tan lejos...

—Ya lo sé, pequeña, qué te voy a contar yo que también lo sufro. —Me besó la frente—. Pero por suerte vivimos en un mundo de lo más tecnológico y hay una cosa llamada móvil. —Arqueó la ceja y sonreí—. Alguna videollamada haremos —asentí y volví a abrazarle, eso era algo que siempre me había gustado, perderme entre los brazos de mi padre.

Desayunamos juntos en mi casa y luego los acompañé hasta el portal donde ya les esperaba el taxi que los llevaría hasta el aeropuerto.

Prometí no llorar, y no lo hice, más que nada porque mi padre me miraba con la ceja arqueada en ese plan de «si lloras, te llevo a casa ahora mismo».

Me eché en el sofá con tristeza pues habían pasado muy rápido los dos días, aunque habían sido de lo más intensos. Aún reconozco que estaba en *shock* por esa relación de mi padre y Diana. Bien que todos se habían guardado durante tanto tiempo las relaciones, asombrosamente no solo fueron Sara y Martín.

Sentía envidia sana de ver lo bonito que se miraban, esa complicidad que había entre ellos, irradiaban felicidad.

Así sentía que yo era como miraba a Stefano los días que estuve con él, pero no era recíproco. Dolía mucho pensar cómo me había destruido el hombre que no podía sacar de mi corazón.

Y su perfil no hacía más que subir de seguidores por miles, era increíble cómo se había convertido en el hombre del momento, ese que se estaba convirtiendo en una persona muy activa en las redes y aunque no hablaba de su vida, sí que ponía muchas fotos con frases que no se las creía ni él y que eran aplaudidas por muchísima gente.

Me quedé pensando en lo que me había dicho Diana acerca de darle publicidad pagada en Instagram a algunos de los reels de comida que habían salido muy bonitos y divertidos. Como por ejemplo el de la tarde que pasamos cocinando que había salido muy chulo. Me animé a hacerlo y promocioné ese y el de la taza de chocolate con la reflexión. Le metí poco a cada una para ir probando.

Sentía un cansancio que no era normal y me encontraba muy baja de fuerzas. Rezaba por no estar incubando una gripe o algo similar ya que al día siguiente comenzaba mi primer día de clases.

Me llegó una notificación de que las dos publicaciones estaban ya en promoción. Iría mirando si la había segmentado bien y atraía al público.

Era una suerte contar con Diana y su ayuda, al menos con esto del perfil culinario-reflexivo, teníamos un motivo más para hablar a menudo, aunque sabía que ella no me fallaría nunca, ni me dejaría allí sola durante mi estancia.

Y no podía dejar de mirar el perfil de Stefano y rompía a llorar. De no querer ver nada de lo que publicaba él a estar enganchada. Me dolía mucho el corazón, dolía porque, a pesar de haberme jodido la vida de un modo que no me hubiera imaginado ni en mis peores pesadillas, no podía arrancarlo de mi cabeza.

A eso de la una de la tarde me duché, me puse un pijama limpio ya que no me pensaba mover en todo el día, y me metí en la cocina para cocinar unos solomillos que iba a hacer a la pimienta. De paso lo fui grabando todo.

El paso a paso acababa siendo de lo más divertido, y es que a veces me equivocaba y cortaba para volver a empezar.

Me mantenía la mar de entretenida y eso era pura vida en unos momentos de tanto dolor como esos en los que me encontraba.

s

Mientras comía revisé de nuevo mi perfil y me salió una sonrisa de oreja a oreja al ver que tenía nuevos seguidores que además algunos de ellos me habían dejado comentarios. Nada que ver cómo se le inflaba la cuenta a Stefano y se venía arriba, hasta subía fotos de platos de comida preparados delicadamente.

Estuve tomando notas de algunos reels que encontraba para usar ideas, algo me decía que iba a empezar a aficionarme de una manera brutal, y, mientras me tomaba un chocolate calentito, me llegó un mensaje de mi hermano.

Martín: *¿Cómo está la hermana más guapa del mundo?*

Mariana: *Sentada en el sofá con una taza de chocolate, y el futuro papá, ¿qué tal lo lleva?*

No tardó en llamarme y sonreí.

r—Hola, hermano.

—Hola, hermana. Estoy mirando algo y tengo una duda.

—¿Qué estás mirando?

—Quiero regalarle algo a Sara.

—Todavía no es su cumpleaños.

—Ya lo sé, es por lo del bebé.

—Oh, qué mono Martín. Cógele una pulsera con charms de Pandora. Que lleve un chupete, simbolizando al bebé, y un corazón que os representa a los tres.

—Sabía que tú ibas a tener una buena idea. ¿Cómo te ha ido en esos días por allí?

—Genial —sonreí—. Estoy deseando empezar mañana el trabajo.

—Lo harás bien, no tengo ninguna duda.

' —Pero os echo de menos —suspiré.

—Y nosotros a ti, hermanita. Bueno, te dejo que voy a encargarme de la pulsera para tu cuñada.

—Mándame una foto cuando te llegue, ¿sí?

—Eso está hecho. Te quiero.

—Y yo.

Dejé el móvil en la mesa con una sonrisa, seguí apuntando ideas y algunas de las recetas que podía preparar en esas tardes sin nada que hacer en casa, y me entró un mensaje de mi madre.

Mamá: *Hola, mi vida. ¿Qué tal por Praga? A ver si ahora no vas a tener tiempo de escribir a tu madre.*

Me eché a reír porque aquello sí que era bueno. Ni a miles de kilómetros dejaría de protestar.

Mariana: *Estoy bien, haciéndome a todo. Lista para empezar mañana en mi nuevo trabajo.*

Mamá: *Abrígate, hija, que por allí hace más frío y estás sola, como te cojas una gripe, a ver quién te cuida.*

Mariana: *Vaya, y yo que pensaba que serías la primera en coger un avión y venir a cuidar a tu hija pequeña.*

Mamá: *Eso ni lo dudes, mi niña. ¿De verdad que estás bien? Es que... No paran de salir noticias de ya sabes quién.*

Mariana: *Ah, ¿sí? Pues ni idea, porque no las veo. Me he enganchado a una serie nueva de Netflix, que lo he contratado para verlo aquí también.*

Una pequeña mentira con tal de que mi madre no se preocupara.

Mamá: *Sabes que me tienes para cuando necesites hablar, ¿verdad?*

Mariana: *Lo sé, y lo mismo te digo. Te quiero, mamá.*

Mamá: *Y yo, mi niña, más que a mi vida. Cuídate.*

Sonreí a sabiendas de que a mi madre en ese momento se le había escapado alguna que otra lagrimilla por tenerme lejos.

Fui a la cocina para preparar un pastel de manzana que tendría para la merienda de los próximos días, y aproveché para hacer un reel y una historia que subí, así como un post con la foto del pastel acompañado de una taza de chocolate con un texto.

«No hay mal que un dulce no cure»

Me reí al subirla, y no tardé en ver algunos comentarios en los que me ponían que, con unos dulces como esos, era imposible tener males.

Vi que mis seguidores habían subido otra vez, y ya estaba cerca de los doscientos.

Al final me iba a hacer una *influencer* de las más cotizadas y sin que se me viera la cara.

Iba a prepararme una sopa para la cena cuando empezó a sonar mi móvil y vi que era una videollamada de las gemelas.

—¡Hola! —grité al verlas.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —preguntó Noemí.

—Bien, a punto de cenar para irme a la cama, mañana es mi primer día como persona activa en el mundo de los trabajadores.

—Por eso llamábamos, para desearte mucha mierda.

—Joder, Noemí —protestó Sara—, eso se dice en los espectáculos. No le hagas caso, que lo que queremos es que tengas mucha suerte.

—Gracias, chicas —sonreí—. ¿Cómo está mi sobri?

—Revoltoso, que me he pasado la mañana con náuseas.

—Menos mal que nuestra madre ya pasó por esto y le he dado un té con jengibre. Mano de santo, chica —dijo Noemí—, que ya la veía yo en plan niña del exorcista.

—Qué bruta eres —reí—. Menos mal que yo voy a ser la tía serena y sosegada.

—Coño, ¿y yo qué voy a ser? —protestó Noemí.

—La loca de la familia. —Sara volteó los ojos—. Me meo, ahora vengo.

—Esa es otra, todo el día con muelle flojo —comentó Noemí—. No voy a tener hijos, que lo sepáis.

² —Eso dices ahora, pero en cuanto le veas la carita a nuestro sobri, se te caerá la baba y querrás dos.

₃ —Mejor tres, que así me divierto más —resopló.

—¿Qué tal con Julio? —pregunté, aprovechando que estábamos solas.

—Igual. —Se encogió de hombros—. Sigue todo igual.

₄ —¿Vas a hablar con él?

—Eso haré, pero primero necesito un poco más de tiempo.

—Estoy aquí, ¿vale? Da igual la hora, ¿sí?

—Lo sé —sonrió y dio un beso con la mano en la pantalla.

Sara regresó y seguimos charlando unos minutos, nos despedimos quedando en hablar o hacernos una videollamada pronto, y me preparé la sopa para cenar, esa que tomé mientras revisaba mi perfil donde había cinco seguidores más a los que les encantaban mis platos.

Me metí en la cama con una sensación buena, esa de saber que, tal como esperaba, poco a poco mis heridas irían sanando.

—Gracias, chicas —sonreí—. ¿Cómo está mi sobri?

—Revoltoso, que me he pasado la mañana con náuseas.

—Menos mal que nuestra madre ya pasó por esto y le he dado un té con jengibre. Mano de santo, chica —dijo Noemí—, que ya la veía yo en plan niña del exorcista.

—Qué bruta eres —reí—. Menos mal que yo voy a ser la tía serena y sosegada.

—Coño, ¿y yo qué voy a ser? —protestó Noemí.

—La loca de la familia. —Sara volteó los ojos—. Me meo, ahora vengo.

—Esa es otra, todo el día con muelle flojo —comentó Noemí—. No voy a tener hijos, que lo sepáis.

—Eso dices ahora, pero en cuanto le veas la carita a nuestro sobri, se te caerá la baba y querrás dos.

—Mejor tres, que así me divierto más —resopló.

—¿Qué tal con Julio? —pregunté, aprovechando que estábamos solas.

—Igual. —Se encogió de hombros—. Sigue todo igual.

—¿Vas a hablar con él?

—Eso haré, pero primero necesito un poco más de tiempo.

—Estoy aquí, ¿vale? Da igual la hora, ¿sí?

—Lo sé —sonrió y dio un beso con la mano en la pantalla.

Sara regresó y seguimos charlando unos minutos, nos despedimos quedando en hablar o hacernos una videollamada pronto, y me preparé la sopa para cenar, esa que tomé mientras revisaba mi perfil donde había cinco seguidores más a los que les encantaban mis platos.

Me metí en la cama con una sensación buena, esa de saber que, tal como esperaba, poco a poco mis heridas irían sanando.

Capítulo 7



Sentía los nervios metidos en el estómago en ese primer día en el que comenzaría a trabajar en algo que nunca había hecho, pero siempre había una primera vez y tenía que enfrentarme a ella.

Me tomé el café con el cigarrillo y salí directa hacia la academia. Chris me recibió muy sonriente y simpática. Me indicó cual sería mi clase y me acompañó hasta esta, donde ya estaban algunos alumnos del primer turno sentados. Los saludé y me presenté ante ellos al igual que a los que iban entrando.

La clase en general me dio muy buena impresión, personas entre treinta y cincuenta años que se veían con mucha educación y saber estar. Debían tener buenas vidas para poder venir todos los días un par de horas por la mañana. Luego llegaría otro grupo, en total trabajaba cuatro horas cada día. Eso sí, los sueldos de aquí eran mucho mayores que los de España trabajando ocho horas allí en un empleo normal.

Si alguien me hizo gracia ese fue Erick, un joven de unos treinta años que tenía más salidas que un torero y que pronunciando el español era lo más raro que yo había escuchado en mi vida. Nos tuvimos que reír toda la clase con sus intentos de dar unos buenos días decentes, pero no, no le salía, parecía un robot quedándose sin pilas. No me quería imaginar cuando tuviera que enseñarle a decir frigorífico.

—Lo conseguirás, Erick —dije dándole una palmada en el hombro al pasar por su lado—. Antes de que acabe el curso, dirás buenos días perfectamente.

—Menudos ánimos, si no me dices que lo estaré diciendo antes de acabar la semana —rió.

Se me pasaron las dos horas de lo más amenas gracias a Erick que, por cierto, caía muy bien a toda la clase.

Los del siguiente turno eran igual de simpáticos, atentos, amables y muy educados. En este caso la graciosa era Amy, irlandesa, una chica de unos treinta y pocos años que por un comentario deduje que era la mujer de algún abogado afamado de la ciudad de Praga. Nos hizo reír lo más grande con las comparaciones que hacía con las palabras en los dos idiomas. Ella decía que solo aprendió dos palabras en español cuando estuvo de viaje con sus padres hacía muchos años; olé y paella.

—Lo típico que aprende todo el mundo —dije con una sonrisa.

La mañana había sido un regalo de la vida, como una tregua a todo lo feo que pasaba en mi vida. Había reído como hacía semanas no lo hacía y no me había dado lugar a pensar en nada.

Las clases se pasaron tan rápido que ya estaba deseando que llegara el martes y continuar con ese trabajo que, sabía, me iba a dejar muy buenos recuerdos.

—¿Qué tal el primer día? —me preguntó Chris al verme.

—Oh, muy bien. Son unos alumnos majísimos —sonreí.

—Te lo dije. —Me devolvió el gesto—. Nos vemos mañana. —Nos dimos un cálido abrazo y salí de la academia para irme hasta el día siguiente.

Compré el pan antes de llegar a la casa. El día anterior había dejado preparado por la noche unos muslos de pollo al limón, así que me dispuse a cortar patatas y freírlas para acompañarlo.

Miré mi perfil y había ganado casi cien seguidores en la mañana, estaba de lo más feliz, tanto que no quise entrar al de Stefano para no amargarme el momento. Aunque eso era consuelo de tonta porque solo de pensarlo ya me venía abajo.

Pero en ese primer día de trabajo donde todo había ido perfecto y con el buen rollo que había salido de la academia, no quería enturbiarlo con todo aquello que me afectaba por lo que sentía por ese hombre.

Fue después de la siesta cuando me levanté tan mal que tuve que ir a la clínica privada con la que yo tenía el seguro. Todo me daba arcadas y estaba de lo más decaída.

—Estás embarazada —me soltó sin anestesia aquel joven médico después de recibir las pruebas de sangre y orina que me habían acabado de hacer.

—Es imposible... —murmuré en *shock* mientras negaba.

—¿Tomas la píldora?

—No.

—¿Has tenido relaciones sexuales después de tu última regla?

—Sí.

—Ahí lo tienes, no es imposible —sonrió con cierta calidez—. Además, como me has comentado, llevas un retraso de dos semanas.

—Pero eso es normal en mí.

—Esta vez no, esta vez está claro que estás embarazada. Debes pedir una cita en administración para que te vea el ginecólogo.

No podía ni reaccionar, como si fuese una zombi fui a pedir la cita. Me dieron para el lunes de la semana siguiente a las cuatro de la tarde.

Estaba tan incrédula que pasé por la farmacia y compré un predictor.
Al entrar en el edificio me topé de lleno con alguien.

—Dios, qué golpe. —Me froté la frente.

—¿Estás bien? —preguntó una voz masculina de lo más rasgada.

—Sí, sí, de esta no me muero —contesté con una sonrisa y, al mirar hacia arriba, me encontré con un hombre alto de mandíbula cuadrada, cabello rubio y ojos azules—. Perdón, que iba un poco...

—¿Distraída? —sonrió con la ceja arqueada.

—Eso mismo. Soy Mariana, por cierto, no sea que me vayas a conocer por la que va chocando por ahí con todo el mundo.

—Luca. —Me estrechó la mano.

Resultó que era un vecino nuevo y que estaba justo al lado de mi puerta. Acababa de llegar para pasar una temporada allí y en ese momento salía para hacer algo de compra.

Nos despedimos quedando en eso de que, si necesitábamos algo, ya sabíamos dónde llamar, y subí a casa.

En cuanto entré me fui directa para el cuarto de baño a hacerme el test, este que no tardó en arrojar el mismo resultado. Positivo, así que, sí, estaba embarazada.

¿Qué más me tenía preparada la vida? ¿Qué más para asumir más dolor del que ya estaba soportando? Un hijo del ser más malo sobre la faz de la tierra, ese hombre que no tendría escrúpulos en quitármelo o hacer algo para hacernos desaparecer. Lo tenía claro, jamás se podría enterar.

Era de risa, después de todo era de risa el pensar que en aquella entrevista juró falsamente por su vida que no se había acostado conmigo, de risa, ahora dentro de mí tenía la prueba contundente de que mentía, pero como dije, sería el mayor de mis secretos.

Pasé el resto del día en casa metida mirando esas pruebas que me decían que iba a ser madre.

Las tenía en la mesa y no dejaba de pensar en el modo de contárselo a todos.

Finalmente decidí que debía hacerlo, tenía que coger el toro por los cueros como solía decirse, y cree un chat grupal con todos, enviando un mensaje para que se conectaran en cuanto yo les llamara en cosa de diez minutos.

Diez minutos que para mí serían los más largos de mi vida, no tenía ninguna duda.

Me preparé un chocolate y sonreí, ahora sabía por qué me apetecía tanto una taza de ese delicioso dulce.

La dejé en sobre la mesa, cogí el móvil y tras ponerlo en el soporte de modo que me enfocara bien, llamé a todos.

—Mariana, hija, ¿qué pasa? —preguntó mi madre con preocupación.

—Niña, estás pálida como un muerto —dijo Noemí.

—No, muy buena cara no tienes —añadió Rocío, su madre.

Todos, estaban todos al otro lado de la pantalla, mis padres, mis antiguos jefes, mi hermano, las gemelas y Diana.

—¿Qué pasa, Mariana? —Esa vez fue mi padre quien preguntó.

—Tengo que contaros algo —dije tras soltar el aire.

—Hermana, habla ya que me va a dar un infarto y soy joven —me pidió Martín, y sonreí.

—No puede salir de aquí, esto no puede saberlo nadie más que vosotros y yo.

—No te estarás muriendo, Mariana. —Miré a Diana que tenía los ojos muy abiertos.

—No, no eso no.

—¿Entonces? —Corearon todos al unísono.

—Acabo de enterarme de que estoy embarazada.

Se hizo un silencio de esos en los que, si pasara una mosca volando, podríamos escucharla todos.

Las miradas de todos iban de mí al resto de los que había en su pantalla.

Mi madre suspiró y vi que se secaba una lágrima furtiva.

—Nos tienes aquí, hermanita —Martín fue el primero en hablar, y yo empecé a llorar mientras me tapaba la cara con ambas manos—. Nos tienes a todos. Decidas lo que decidas...

—Lo voy a tener —le corté—. No se me pasaría otra cosa por la cabeza.

—Lo sé —sonrió.

—Y estás allí sola, hija —dijo mi madre mientras negaba.

—Pero estaré bien, os lo prometo.

—En junio te vuelves para casa —no era sugerencia de mi padre, era, sin lugar a duda, una exigencia.

—Eso ya lo veremos. El trabajo me gusta, gracias por conseguirlo, Manuel, Rocío —les dije con una sonrisa.

—Lo que sea por nuestra mejor periodista.

—Ey, que estamos aquí —protestó Noemí, y ellos se echaron a reír.

—No puede saberlo nadie, por favor os lo pido, y mucho menos él —les repetí.

—Porque es suyo por mucho que el capullo negara ciertas cosas ante todo el mundo —Diana resopló dejándose caer hacia atrás en el sofá.

—Es que es un demonio con traje de Emidio Tucci —soltó Noemí.

—No, de Stefano Conti, que ese no se pone ropa que no sea de su firma —le corrigió Sara.

—¿Y cómo te sientes, cariño? —preguntó mi madre muy flojito.

—Estaba algo cansada, me levanté de la siesta con náuseas y creí que, por el cambio de temperaturas, había cogido un virus. Pero no. —Me encogí de hombros.

—Pues te aviso, las náuseas te harán compañía un tiempo, hermana —me advirtió Martín.

—Y vas a pasar más tiempo sentada en el váter meando, que un bebé en pañales —dijo Noemí, haciendo que todos nos riéramos.

—¿Qué hacemos, Mariana? Te damos la enhorabuena o el pésame, chiquilla —preguntó Diana.

—Lo primero, lo primero —reí—. Que, aunque el padre sea un demonio, mi bebé va a ser angelito.

Lloré mientras me felicitaban, y tanto mi madre como Diana y las gemelas estuvieron llorando conmigo. Rocío se emocionó y vi que se secaba los ojos, pero sin dejar que las lágrimas cayeran sin control.

Nos despedimos tras hacerles prometer que ese sería mi mayor secreto y que yo les asegurara a mi madre y las niñas que hablaríamos más a menudo.

Cuando corté la videollamada me recosté en el respaldo del sofá con los ojos cerrados y, de manera inconsciente, llevé ambas manos a mi vientre.

—Vamos a estar bien, chiquitín —dije mirándole mientras me acariciaba el vientre—. Tú y yo solos contra el mundo, mi precioso bebé, contra viento y marea si es necesario. Y nunca, nadie, te separará de mí.

—No puede saberlo nadie, por favor os lo pido, y mucho menos él —les repetí.

—Porque es suyo por mucho que el capullo negara ciertas cosas ante todo el mundo —Diana resopló dejándose caer hacia atrás en el sofá.

—Es que es un demonio con traje de Emidio Tucci —soltó Noemí.

—No, de Stefano Conti, que ese no se pone ropa que no sea de su firma —le corrigió Sara.

—¿Y cómo te sientes, cariño? —preguntó mi madre muy flojito.

—Estaba algo cansada, me levanté de la siesta con náuseas y creí que, por el cambio de temperaturas, había cogido un virus. Pero no. —Me encogí de hombros.

—Pues te aviso, las náuseas te harán compañía un tiempo, hermana —me advirtió Martín.

—Y vas a pasar más tiempo sentada en el váter meando, que un bebé en pañales —dijo Noemí, haciendo que todos nos riéramos.

—¿Qué hacemos, Mariana? Te damos la enhorabuena o el pésame, chiquilla —preguntó Diana.

—Lo primero, lo primero —reí—. Que, aunque el padre sea un demonio, mi bebé va a ser angelito.

Lloré mientras me felicitaban, y tanto mi madre como Diana y las gemelas estuvieron llorando conmigo. Rocío se emocionó y vi que se secaba los ojos, pero sin dejar que las lágrimas cayeran sin control.

Nos despedimos tras hacerles prometer que ese sería mi mayor secreto y que yo les asegurara a mi madre y las niñas que hablaríamos más a menudo.

Cuando corté la videollamada me recosté en el respaldo del sofá con los ojos cerrados y, de manera inconsciente, llevé ambas manos a mi vientre.

—Vamos a estar bien, chiquitín —dije mirándole mientras me acariciaba el vientre—. Tú y yo solos contra el mundo, mi precioso bebé, contra viento y marea si es necesario. Y nunca, nadie, te separará de mí.

Capítulo 8



Stefano

Estaba de lo más animado con mi perfil de Instagram. Me sorprendía hasta a mí mismo, con lo que yo había criticado el tema de las redes y los postureos de la gente, y ahora era el puto rey.

Había quedado con Jaqueline, una *influencer* americana afincada en Florencia con la que me había intercambiado mensajes por Instagram y habíamos quedado en vernos para ir a comer a un restaurante a las afueras de la ciudad donde preparaban las mejores carnes a la brasa que había comido en mi vida.

Estaba comenzando a tener una vida social que hasta ahora había obviado ya que prefería no ser reconocido en ningún sitio, ahora me daba igual, increíble pero cierto.

Pasé a recogerla por debajo de su apartamento, apareció sonriente y con esa inocente mirada. Para ser *influencer* era de lo más tímida, y preciosa, todo había que decirlo, aunque no era para mí el prototipo de mujer que me gustaba realmente, muy bonita, sí, pero no tenía temas interesantes de conversación, todo rodeaba a su mundo de seguidores. Pero yo quería la foto con ella y me había encargado de filtrar que comería allí. Necesitaba seguir siendo actualidad, que viera esa mujer, estuviera donde estuviese, que aquí el único que había ganado era yo.

No sabía por qué razón me seguía acordando de Mariana. Debía ser de sentir el placer de ver cómo le di un jaque mate que la dejó fuera de juego. Ella provocó todo esto, ella solita intentando ir en contra de la persona más rencorosa del mundo, o sea, yo, que no permitía que nadie me soplara en un ojo.

La verdad es que la comida fue de lo más aburrida del mundo, pero estábamos siendo noticia ya que había habido algún chivatazo porque teníamos a la prensa esperándonos fuera y no solo eso, nos hicimos una foto muy bonita que subió ella a las redes y me añadió de colaborador. Los «me gusta» subían por cientos de miles. Y su frase fue un tanto graciosa...

«Disfrutando de una cita con el innegable galán de las redes...»

Después de una corta sobremesa en la que tomamos un café, salimos de allí con todos los focos sobre nosotros y sin contestar a ninguna pregunta, solo saludando con una sonrisa. Hasta que no me pude reprimir más en una de ellas.

—Stefano, ¿nueva conquista? —preguntó uno de los periodistas cuando estábamos a punto de entrar en el coche.

—Solo hemos quedado para comer, no saquéis otras conclusiones —sonreí mientras abría la puerta de Jaqueline para que subiera, pero antes de hacerlo, mostrando su timidez y una sonrisa, posó para las cámaras.

Me lo puso a huevo para rodearle la cintura y posar con ella, los dos sonriendo, antes de entrar en el coche y marcharnos del restaurante.

—Parece que te tienen vigilado —dijo ella cuando nos alejábamos.

—Desde que me dejo ver más a menudo, no hay día que no me encuentre con algún periodista en busca de una noticia.

Jaqueline sonrió. Yo ya había cumplido con mi cometido, tenía unas cuantas fotos para la prensa y que hicieran algún que otro artículo, esos que me mantendrían en la cima del candelero y, por qué no decirlo, a Jaqueline también le vendría bien para subir seguidores.

Todos ganábamos.

La llevé a su casa y no hablamos de volver a quedar, más que nada porque no era mi intención perder otras tres horas de mi vida con alguien que, cuanto más tiempo hablaba, más claro tenía que no había ni la más mínima afinidad entre nosotros. Lo que más me sorprendía es que alguien así tuviera tantos millones de seguidores.

Mi madre me llamó justo cuando estaba llegando a casa, y antes de contestar, cogí aire.

—Hola, mamá.

—¿Ahora eres el nuevo *playboy* italiano? —preguntó sin tan siquiera saludar.

—¿Qué he hecho ahora? —Me hice el que no sabía, pero de sobra tenía claro que me llamaba por esa foto que Jaqueline había subido etiquetándome, por no hablar de que en la televisión también me debería haber visto.

—Sabes de sobra lo que has hecho, Stefano.

—Si te refieres a salir a comer con una *influencer*, quien podría dar buena publicidad a mi empresa, no veo que sea algo tan malo.

—Estás irreconocible, hijo, de verdad que no sé qué te hizo cambiar a esto.

—¿Ahora vas a decirme que no estoy haciendo bien las cosas? Siempre me aconsejabais de no ser tan hermético, a que me dejara ver más allá de los eventos. Y por si lo has olvidado, el último al que acudí en Miami resultó ser un desastre.

—Porque te comportaste como un niño enfadado, Stefano —reprochó—. En lugar de tomarte a risa el ingenio de aquella pobre chica, te enfadaste. ¿Tanto daño tu ego para que la humillaras públicamente delante del todo el mundo? No sabía que había criado un hijo tan rencoroso.

—¿De verdad sigues de parte de ella? No lo entiendo, mamá, de verdad que no. Me estafó, me chantajeó, me robó.

—Stefano, soy tu madre, te llevé en mi vientre nueve meses, te parí entre dolores durante horas, y soy quien más

te conoce, eso te lo puedo asegurar. Quisiste tu venganza, bien, ya la obtuviste destrozando la vida de Mariana. No destruyas también tu imagen, porque esto tarde o temprano puede acabar mal para ti. Tu padre te lo dijo, investigé a Mariana, y esa chica sería incapaz de hacer lo que dices que hizo.

—¿De verdad vas a creer a una cualquiera, antes que a tu propio hijo?

—Hasta que no vuelva el hijo que yo conocía, creeré a cualquiera antes que a él.

Esta vez fue ella quien me colgó, y acabé por dar un golpe en el volante. Alucinaba con mi madre y su manera de beatificar a Mariana. Joder, si parecía que fuera la presidenta de su club de fans.

Ver para creer.

Aparqué el coche en mi casa y lo primero que hice fue servirme un whisky, necesitaba ese trago quemándome en la garganta.

No tardé en recibir un mensaje de Romeo diciéndome que volvía a ser noticia y que, si seguía así, me acabarían llamando para entrevistarme y hacer una sesión de fotos en una revista donde me proclamarían hombre del año.

Solté una carcajada, pero no sonaba tan descabellado.

Lo peor de todo es que casi podía ver a mi mejor amigo y mano derecha en la empresa llamando a todas las revistas del país y del mundo para ver si me daban ese título.

Estaba tan loco que no sería de extrañar que ya estuviera maquinando en su cabeza el modo de llevarme aún más alto de esa cima mediática en la que me encontraba desde la entrevista donde me mostré a corazón abierto y dejé claro el tipo de persona que era la mujer que decía llamarse periodista.

De sobra era sabido que, quien juega con fuego, tarde o temprano acaba quemándose.

te conoce, eso te lo puedo asegurar. Quisiste tu venganza, bien, ya la obtuviste destrozando la vida de Mariana. No destruyas también tu imagen, porque esto tarde o temprano puede acabar mal para ti. Tu padre te lo dijo, investigó a Mariana, y esa chica sería incapaz de hacer lo que dices que hizo.

—¿De verdad vas a creer a una cualquiera, antes que a tu propio hijo?

—Hasta que no vuelva el hijo que yo conocía, creeré a cualquiera antes que a él.

Esta vez fue ella quien me colgó, y acabé por dar un golpe en el volante. Alucinaba con mi madre y su manera de beatificar a Mariana. Joder, si parecía que fuera la presidenta de su club de fans.

Ver para creer.

Aparqué el coche en mi casa y lo primero que hice fue servirme un whisky, necesitaba ese trago quemándome en la garganta.

No tardé en recibir un mensaje de Romeo diciéndome que volvía a ser noticia y que, si seguía así, me acabarían llamando para entrevistarme y hacer una sesión de fotos en una revista donde me proclamarían hombre del año.

Solté una carcajada, pero no sonaba tan descabellado.

Lo peor de todo es que casi podía ver a mi mejor amigo y mano derecha en la empresa llamando a todas las revistas del país y del mundo para ver si me daban ese título.

Estaba tan loco que no sería de extrañar que ya estuviera maquinando en su cabeza el modo de llevarme aún más alto de esa cima mediática en la que me encontraba desde la entrevista donde me mostré a corazón abierto y dejé claro el tipo de persona que era la mujer que decía llamarse periodista.

De sobra era sabido que, quien juega con fuego, tarde o temprano acaba quemándose.

Capítulo 9



Mariana

Y pensar que ese indeseable estaba jugando con más mujeres a las que enseñaba como trofeos y se ganaba el aplauso de un público, que había creído la palabra del ser más maquiavélico de este mundo.

No era capaz de gestionar mis emociones ni ponerlas en orden, solo sabía que estaba embarazada y que todo eso cambiaría el rumbo de mi vida, esa que estaba rota en mil pedazos.

Miré las redes, apenas eran las seis de la mañana y me encontré con la sorpresa de que mis seguidores habían pasado los diez mil, se me había viralizado un reel y me había dado una visibilidad muy grande.

—Esto se merece un chocolate caliente, ¿verdad que sí, chiquitín? —dije con la mano en mi vientre.

Era sorprendente cómo, en apenas unas horas que llevaba siendo consciente de que estaba embarazada, apenas si lo había asimilado.

Era una personita que crecería dentro de mí durante los próximos meses, que haría que mi cuerpo cambiara y que cuando naciera, se convertiría en una realidad.

Hice el chocolate y me lo tomé en la terraza, el ir y venir de la gente a pesar de la hora tan temprana era increíble.

En cuanto acabé fui a vestirme y prepararme para ese nuevo día de trabajo.

Y el primer mensaje de mi familia llegó justo antes de que fuera a ponerme el gorro.

Mamá: *Buenos días, mi niña, ¿cómo te sientes? Espero que mi nieto no te dé mucha guerra. Ay, Mariana, que al final os habéis puesto de acuerdo tu hermano y tú en hacerme abuela. Y tan joven, qué cosas.*

Mariana: *Buenos días, mamá. Por el momento estoy bien, veremos cómo se da el día. A ver si tengo suerte y tu nieto no me hace pasarlo mal. Una abuela guapísima, eso eres. No te quejarás, que te hemos hecho una oferta de Carrefour. dos por uno en nietos.*

Me reí mientras me ponía el gorro y ella me mandó un mensaje con un montón de emojis llorando de risa. Me dijo que tuviera un buen día y que la llamara si necesitaba algo, y la respondí con un te quiero y un corazón.

Y de nuevo la mano en mi vientre mientras me miraba en el espejo.

Eran momentos en los que no sabía qué iba a pasar con mi vida, cómo iba a volver a España dentro de unos meses si el ser ese se había encargado de hacer que no pudiera levantar la cabeza y estar señalada por el mundo entero.

No podía dejar de mirar las redes de Stefano y ver que no solo la vida le sonreía, sino que era feliz con todo lo que le estaba pasando ahora y que no tenía nada que ver con el hombre que era conocido hasta hace poco y que se escondía de todos los medios. Y encima era el padre de mi hijo...

—Buenos días, vecina. —Miré hacia la puerta de al lado y sonreí a ver a Luca.

—Buenos días, vecino.

—¿A dónde vas tan temprano?

—Al trabajo —respondí yendo hacia el ascensor, y subimos juntos—. ¿Y tú?

—A una reunión, a ver si me compran mis productos. —Se encogió de hombros.

—¿Y qué vendes?

—Electrodomésticos de cocina industriales para restaurantes y hoteles.

—Pues a ver si vendes muchos.

—Eso espero, que además del sueldo, voy a comisión.

Luca era bastante agradable, nos acabamos preguntando la edad y dijo que tenía cuarenta años, cosa que no lo aparentaba, no le habría echado más de treinta y cinco.

Nos despedimos en la calle y me fui al trabajo donde Chris me recibió tan feliz como siempre y Erick consiguió que las clases de nuevo fueran de lo más divertidas. Al igual que Amy, esa chica que tenía mucha gracia y a todo le sacaba comparaciones, al marido lo ponía fino, pero se notaba que lo amaba.

Precisamente, cuando terminé la clase, Amy comenzó a hablarme en la puerta de la academia y a contarme que su marido la inscribió aquí para que hiciera algo ya que siempre andaba en las redes. Sorpresa la mía cuando me enseñó y confesó que tenía un millón de seguidores. Era preciosa y las fotos que se hacía eran lo más grande.

—Me gustaría hablar contigo relajadamente —me comentó en un tono que me hacía presagiar que algo le pasaba.

l —Cuando quieras, si quieres podemos tomar algo.

—¿Me aceptas que te invite a unas *pizzas*?

,

—Claro —sonreí.

Nos sentamos en la terraza de un restaurante bajo una de esas estufas y pedimos una *pizza* familiar y dos refrescos

¿ —Tenía muchas ganas de hablar contigo —me confesó con tristeza.

—¿Estás como yo sola en la ciudad?

¿

—Casi, me vine por amor, mi marido es de aquí y lo conocí en Irlanda, es diez años mayor que yo, buena persona pero no me hace feliz, solo vive dedicado a su trabajo y a mí me tiene como un jarrón de adorno al que regar cuando le viene en gana —sonrió apretando los dientes—. Aguanto porque quiero, pero bueno, no sé cuánto tiempo más.

—Lo siento. —Le acaricié la mano.

—Pero no es de eso de lo que quería hablar. —Puso cara de tristeza.

—Dime, puedes confiar en mí, aunque me conozcas de hace poco.

—Te reconocí ayer, sé que eres la periodista que Stefano Conti pisoteó sin escrúpulos. Yo no lo creí. —Me agarré la mano y comenzó a acariciármela—. No se lo diré a nadie, además aquí en República Checa poca gente te reconocerá, pero sé que estás aquí buscando salir del foco mediático del que te han apartado.

—Gracias. —Comencé a llorar sin poder evitarlo.

—Tranquila Mariana, aquí tienes un hombro y una amiga para llorar. Puedes confiar en mí por completo.

—Mi vida se va a pique y no sé por dónde cogerla.

—Pues agarra mi mano y vamos a hacer que nuestras vidas sean mejor de lo que son. Reconozco que lo estoy pasando mal también y no tengo a nadie en la ciudad, más que nada porque estoy con un hombre de mucho poder y no puedo confiar en nadie para desahogarme.

—Puto poder... —dije con rabia.

—¿Puedo confesarte algo?

¿

—Claro, sin miedo. No soy el ogro que él pinto.

—Lo sé —sonrió—. Mi marido sí que es un ogro, esa es la realidad. Se llama Adam, por cierto, pero no quieras conocerlo, es el primo hermano gemelo de Stefano —dijo bromeando y sacándome una risilla—. No me quiere ni lo más mínimo y ya han sido dos veces las que me ha levantado la mano.

—¿¡Te pegó!? —pregunté asombrada y con rabia.

—Me dio las dos veces una buena bofetada que me cruzó la cara, una de ellas estuve sin salir tres días de cómo me puso la mejilla.

¿, —Pero ¿por qué no te separas?

—Si lo hago no tengo a dónde ir. No tengo familia, mi madre que era lo único que tenía y murió hace cinco meses, y mis amigas todas están casadas en Irlanda y tienen sus vidas. Ahora estoy ganando algo con las redes haciendo colaboraciones, pero claro, no todas las que quisiera porque él no me deja asistir a ningún sitio, solo hacerme fotos con prendas que me mandan o publicitando algún producto.

—No llores...—Le acaricié la mano.

—Tú también has llorado. —Hizo una mueca provocándome una sonrisilla—. Lo estoy odiando, es un narcisista que me está jodiendo la vida.

—No sabes cuánto te entiendo.

—Y quiere un hijo, está loco, lo que no sabe es que me estoy tomando las pastillas anticonceptivas. ¡Lo que me faltaba era un hijo de él! —Aquellas palabras me causaron un pellizco en el estómago.

»Mi madre, la pobre, no me pudo dejar en herencia nada, la casa era alquilada con un contrato de hace más de cincuenta años y vivía con una pequeña pensión. Así qué, ¿adónde voy a ir yo cuando mi marido me mete en una tarjeta una paga semanal de dos mil quinientas coronas checas para comprar algo que se me antoje o mis cosas personales? —Al cambio, eso eran solo cien euros, lo que la dejaba con cuatrocientos al mes.

»Hasta lo que he ganado en las redes me hizo sacarlo y dárselo. Y para mayor desgracia para mí, si nos separamos no me queda nada porque él hizo un contrato de esos que lo suyo es suyo, y lo mío también como pude comprobar.

—Te entiendo, pero deberías hacer algo.

—¿Meterme a puta y ahorrar? Porque si aceptara eventos en los que me pagan un pastón, la puedo liar mucho ya que saldría en los medios y él lo vería. Me tiene cogida por el cuello y no puedo firmar nada de colaboraciones sin ser revisadas por él.

Volví a cogerle la mano mientras se secaba las lágrimas y acabó sonriendo, agradeciéndome que la hubiera dejado desahogarse.

Sinceramente la comida con ella y esas confesiones me hizo irme con un nudo en la garganta. Hasta estuve a punto de ofrecerle que se viniera a vivir conmigo, pero, me daba un poco de miedo ya que mi vida iba de aquella manera, no sé, sentía remordimientos, pero, estaba sola en la ciudad al igual que yo. De alguna manera la tenía que ayudar...

Nos habíamos comenzado a seguir en las redes ya que nada nos relacionaba y hacía que mi perfil tuviera más credibilidad. No solo eso, por la tarde reposté un post mío mencionándome y el resultado fue asombroso. Más de setenta mil personas comenzaron a seguirme.

Le di las gracias por privado y estuvimos charlando un rato por los mensajes privados de Instagram. La verdad es que había empatizado mucho con ella y ahora, no solo tenía en la cabeza mi embarazo, sino también la situación de Amy.

Desde luego que era curioso cómo la vida de una persona podía cambiar por culpa del amor.

2

1

0

2

Capítulo 10



Me levanté y me preparé un café, cosa que no debía por el embarazo, pero que era incapaz de quitármelo por ahora, al igual que ese cigarrillo con que lo acompañaba, pero ambas cosas solo lo hacía a primera hora de la mañana, luego fuera cafeína y nicotina, estaba claro que iba a cuidar de aquel bebé al que todavía era incapaz de aferrarme, era como si no fuera conmigo. Tenía una sensación de lo más extraña.

Casi me caigo de culo cuando vi que tenía más de doscientos mil seguidores. ¿De dónde salía tanta gente?

Me di cuenta de que Amy también había colocado otro post mío como historia suya, eso debió de darme aún más visibilidad, además ponía el enlace de mi cuenta.

Era muy buena chica y se le notaba que detrás de todas esas bromas que soltaba, estaba sufriendo muchísimo. No se me quitaba de la cabeza lo que me confesó de que su marido le había pegado en un par de ocasiones.

Me quedé en el sofá un buen rato ya que era tan temprano que aún faltaba para la hora de estar en la academia. Incluso decidí que saldría un rato antes a dar una vuelta a la manzana, más grande de lo habitual, para hacer tiempo y de paso mover un poco las piernas.

—Vecina —sonreí al escuchar la voz de Luca.

—Vecino. ¿Qué tal ayer?

—Bastante bien, la reunión fue bastante bien.

—¿Vendiste mucho?

—Me hice con un hotel, sí —sonrió.

—Eso es genial. ¿Vas hoy a otra visita?

—Efectivamente. ¿Y tú al trabajo?

—Bueno, aún no, voy a dar una vuelta.

—¿Puedo acompañarte?

—Claro, la calle es de todos. —Se echó a reír.

Tras salir del edificio nos encaminamos por la manzana de nuestro edificio y paramos en una pastelería de la que salía un olor a pan recién hecho y bollos, que se nos hizo la boca agua.

Entró aun diciéndole que no era necesario que me invitara, y salió con dos bollos que eran de esos con los que acabarías por chuparte hasta los dedos.

Me dijo que estaría por allí unos días, no cuántos, porque eso dependía de su jefe, y las ventas que consiguiera, y yo le conté que era profesora en la academia.

Hubo un momento que noté un leve mareo, me agarré a la pared que tenía al lado y Luca se acercó preocupado cogiéndome por la cintura.

—Ey, ey. ¿Estás bien?

—Sí, solo ha sido un mareo.

—Eso es que no habías desayunado y no querías aceptarme el bollo. Muy mal, señorita.

—No, es por el embarazo —dije de manera inconsciente, y cuando me di cuenta de lo que había dicho, miré a Luca que me observaba con los ojos muy abiertos y llenos de sorpresa.

—¿Estás embarazada? —preguntó.

—Sí.

—Vaya, pues... eh... Felicidades.

—Gracias, pero no te apartes como si fuera una apestada —sonreí—. Que no muerdo.

—No, ya, ya. —Me devolvió la sonrisa y se le veía nervioso—. Perdona, es que no me esperaba esa respuesta.

—Bueno, te aseguro que yo tampoco me esperaba al bebé.

Después de que me sintiera un poco mejor, nos separamos y fui hacia la academia.

Chris era un encanto, siempre con una sonrisa de oreja a oreja detrás de la recepción.

—Buenos días —saludé a los alumnos, y vi que todos seguían callados—. ¿Ocurre algo?

—Buenos días —fue Erick quien lo dijo y sonreí al tiempo que abría los ojos.

—Desde luego, esto sí que es una sorpresa —dije.

—Con lo que le ha costado, ya puede serlo —comentó una de las chicas con una risita.

Esa mañana tras las clases charlé con Amy un poco en la puerta de la academia ya que ese día sí comía su marido en casa, pero al día siguiente él se iba a Berlín por trabajo hasta el sábado, así que le dije de venir a comer a mi apartamento al día siguiente. Aceptó encantada.

Comí casi sin ganas, con un nudo en la garganta impresionante, estaba de lo más triste y decaída y sentía que mi vida no tenía un rumbo fijo, eso era lo peor, de haberlo tenido todo a sentir que ahora mi futuro era de lo más incierto.

Era increíble cómo la vida podía cambiar tanto. Me maldecía mil veces por ese evento en Miami, en el que debí callarme y haber pasado de él. Me culpaba de todo, nadie más que yo tenía la culpa. Me metí donde no me llamaban, mentí con preguntas que provocaron el tsunami de acontecimientos que me fueron pasando hasta llegar a donde estaba ahora. Sola, esperando un hijo de la persona más indeseable del mundo y encima, a pesar de saberlo, seguir amándolo como si fuera lo único que pudiera calmar mis heridas. ¿Se podía ser más idiota?

La tarde la pasé preparando un poco del temario ya que había unos cambios que quería hacer y que sabía que le vendría mejor al primer turno. Tengo que reconocer que estaba muy lenta porque mi cabeza estaba puesta en Stefano, el bebé y Amy, para qué mentir. Todo me tenía de lo más sensible.

Mi móvil empezó a sonar y se me dibujó una sonrisa al ver que era mi hermano.

—Hola, papá del año.

—Hola, mamá del año —rio.

—¿Qué tal Sara y mi sobri?

—De maravilla, están los dos bien. Ahora iré a buscarla porque se viene unos días conmigo a casa.

—Lo que no sé es cómo no la has hecho mudarse ya.

—Estoy en ello, esto es solo un pequeño paso —rio.

—¿Te llegó la pulsera?

—Sí, luego te mando una foto, voy a dársela esta noche, que le he preparado una cena.

—Espera, ¿tú has cocinado?

—En realidad no, me lo han preparado todo en un restaurante.

—Ya me extrañaba —reí.

—Oye, que ya me he enterado de que tengo madrastra.

—¿Papá ha hablado contigo?

—Y Diana, se acaban de ir. Joder, qué fuerte, ¿no?

—Pero se quieren, lo vi en sus ojos cuando estuvieron el fin de semana pasado.

—Eso he visto yo. ¿Tú cómo lo llevas?

—Mejor de lo que los tres podríamos imaginar. Me alegro mucho por ellos.

—Se lo van a contar a mamá el sábado.

—Entonces me llamará el domingo. Veremos cómo se lo toma ella.

—Esperemos que bien.

Charlamos un poco más y nada más colgar, me envió la foto de la pulsera, era una preciosidad y estaba segura de que a Sara le iba a encantar.

Di por finalizada la noche tras grabar un reel de unas magdalenas con chispas de chocolate que eran una perdición para mí y dejé preparadas para comerlas el día siguiente con un café, y un sándwich de pavo que me tomé de cena con un vaso de leche caliente.

Menos mal que la mañana del viernes se pasó rápida y, además, Amy se vino conmigo a mi casa. Antes de subir cogimos comida de un restaurante asiático donde yo había la había encargado.

Amy era una persona con una gran fortaleza a pesar de estar rota en mil pedazos. Decía que se sentía como una puta de lujo mantenida por un hombre al que ya no amaba. Fue con el tiempo que descubrió su verdadera cara y nada tenía que ver con la que un día la enamoró.

Tuvimos una comida de risas y confesiones, lo del embarazo aún no me había atrevido a contárselo. Y, sin embargo, a mi vecino se lo solté sin darme cuenta, para darme un premio a la torpeza, vaya.

Por la tarde me grabó unos videos de lo más bonitos, tanto es así que habíamos bajado antes a comprar decoración de cocina en tonos pasteles para darle un toque más llamativo y fue todo un acierto, no pudieron quedar más bonitos.

Subí uno haciendo un pudding de caramelo que quedó de lo más rico y bonito. La presentación final fue una maravilla. Lo subí a Instagram y le di una publicidad un poco más alta que las anteriores.

Hablamos de Stefano y de su nueva faceta de *influencer*. A Amy le caía fatal y decía que siempre lo vio un falso y que no creyó su entrevista. Yo le di mi versión de los hechos, pero tapando ciertas cosas que no me apetecía desvelar del todo y mucho menos debía.

—Cualquier día lo provocho con una publicación —dijo entre risas.

—Ni se te ocurra meterte con ese hombre, es peor que tu marido.

—No, no, pero no en la forma en que piensas, sino que hablaría de firmas dejando la suya en mal lugar, en un segundo plano para que pasase totalmente desapercibida, dejando claro que no es una de mis preferidas, ni mucho

menos. Eso le tocaría los huevos y el ego, sin tener nada que ver con él.

—No merece la pena —sonreí negando.

—Ese tío se merece un escarmiento, lo que no entiendo es cómo puede tener locas a tantas mujeres. Diga lo que diga, siempre es aplaudido. Aunque de vez en cuando le caen comentarios negativos pero sus seguidoras contestan liando una guerra impresionante.

—Sí, de eso me di cuenta.

—Caerá, tarde o temprano caerá, todo lo que se hace se devuelve en la vida.

—No sé, esta a veces es muy injusta.

—Pues sí, las dos tenemos motivos para pensarlo...

1 Durante la cena le ofrecí el venirse aquí un tiempo si lo necesitaba, eso sí, no le garantizaba que yo me fuera a
1 quedar en la ciudad más de cinco meses, pero que el tiempo que estuviera aquí, podía venirse conmigo y
comenzar a trabajar más en serio en sus redes y poder hacer todos esos eventos para los que la llamaban.

Me dio las gracias de lo más emocionada y me dijo que lo pensaría, que quería hacer números y ver cómo salir adelante antes de dar un paso tan importante. Como le dije, en mi casa no le iba a faltar un plato sobre la mesa.

Sentía en ella una nueva amiga, su mirada, su forma de hablar, era lo más dulce, pese a su lado cómico. Me veía reflejada en ella en muchos temas.

Cuando se marchó hasta me dio tristeza, me había sentido tan cómoda a su lado que ahora de nuevo volvía a mí esa desolación que no conseguía quitarme de ninguna manera.

1 Me quedé un rato mirando los comentarios que le hacían a Stefano en sus publicaciones, esas que cada vez eran
1 más continuas y aplaudidas. No lo reconocía, juro por mi vida que no lo reconocía. ¿Cómo podía haber cambiado todo? ¿Dónde quedó ese hombre que detestaba las cámaras?

Sin duda alguna, esto era, como solía decirse, ver para creer.

menos. Eso le tocaría los huevos y el ego, sin tener nada que ver con él.

—No merece la pena —sonreí negando.

—Ese tío se merece un escarmiento, lo que no entiendo es cómo puede tener locas a tantas mujeres. Diga lo que diga, siempre es aplaudido. Aunque de vez en cuando le caen comentarios negativos pero sus seguidoras contestan liando una guerra impresionante.

—Sí, de eso me di cuenta.

—Caerá, tarde o temprano caerá, todo lo que se hace se devuelve en la vida.

—No sé, esta a veces es muy injusta.

—Pues sí, las dos tenemos motivos para pensarlo...

Durante la cena le ofrecí el venirse aquí un tiempo si lo necesitaba, eso sí, no le garantizaba que yo me fuera a quedar en la ciudad más de cinco meses, pero que el tiempo que estuviera aquí, podía venirse conmigo y comenzar a trabajar más en serio en sus redes y poder hacer todos esos eventos para los que la llamaban.

Me dio las gracias de lo más emocionada y me dijo que lo pensaría, que quería hacer números y ver cómo salir adelante antes de dar un paso tan importante. Como le dije, en mi casa no le iba a faltar un plato sobre la mesa.

Sentía en ella una nueva amiga, su mirada, su forma de hablar, era lo más dulce, pese a su lado cómico. Me veía reflejada en ella en muchos temas.

Cuando se marchó hasta me dio tristeza, me había sentido tan cómoda a su lado que ahora de nuevo volvía a mí esa desolación que no conseguía quitarme de ninguna manera.

Me quedé un rato mirando los comentarios que le hacían a Stefano en sus publicaciones, esas que cada vez eran más continuas y aplaudidas. No lo reconocía, juro por mi vida que no lo reconocía. ¿Cómo podía haber cambiado todo? ¿Dónde quedó ese hombre que detestaba las cámaras?

Sin duda alguna, esto era, como solía decirse, ver para creer.

Capítulo 11



Stefano

Eran las once de la noche, viernes, momento perfecto para salir a un local al que nos habían invitado a Romeo y a mí ya que se inauguraba en la ciudad. Era del dueño de un restaurante muy lujoso al que solíamos ir y que ahora se había atrevido a montar un negocio de copas en el que había invertido un pastón en el local.

Franco no quiso venir ya que prefería quedarse con su mujer que estaba con vómitos y malestar por el embarazo. Así que cogí un taxi y fui a por Romeo, ninguno pensaba en conducir ya que íbamos de copas.

—Jefe, qué guapetón estás —dijo dándome unas palmadas en el hombro cuando tomó asiento en el asiento de atrás, yo iba de copiloto.

—No me seas más pelota y no me llames jefe. —El taxista sonrió. Era uno de confianza que tenía siempre a mano por si me fallaba Franco o no podía por algo.

Llegamos a la inauguración y como ya había previsto, los medios estaban allí. Lo que no esperaba era encontrarme a esas dos gemelas que no tenían bastante con ver cómo había acabado con su amiga que se la jugaban a que a ellas de alguna forma también me las pudiera cargar.

—Stefano, ¿contento por haber conseguido que el mundo caiga rendido a tus pies y salir impune del dolor que le has provocado a una persona con tus falsas acusaciones donde manipulaste unos hechos para salir airoso de la situación? —preguntó una de ellas, no sabría decir cual, porque era difícil para mí diferenciarlas en ese momento.

—Veo que tenéis menos vergüenza que ella. Normal que trabajarais juntas.

—¿Y qué te vas a inventar de nosotras? —Tanteó la otra.

—La realidad es que para hablar mal de vosotras no me tengo que inventar nada, cosa que vosotras de mí, sí.

—Esas son frases hechas de las redes, Stefano, ¿Por qué no cuentas que le has pagado a Georgina por guardar silencio? —Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Me lo puedes demostrar?

—Claro. —Sacaron una copia de mis transferencias que tenían en su móvil.

—Necesitaba dinero y me lo pidió prestado. ¿Qué pretendéis demostrar con eso?

—Que eres un sinvergüenza y que ahora Georgina va a hablar. No eres tan listo como te creías, y aquí has dejado un cabo bien grande suelto. Te invito a ver nuestro programa *online* que se emitirá en directo a las diez de la noche. Nuestra invitada está deseando hablar. Buenas noches, señor Stefano. —Y así, con una sonrisa de lo más diabólica, las gemelas quisieron dar la charla por terminada.

—¿Y habéis venido hasta aquí para amenazarme? —reí.

—No, hemos venido hasta aquí porque sabíamos que iban a haber muchos medios importantes, y que la noticia cobrará relevancia para que mañana la sociedad esté pendiente del circo que se va a volver a montar en tu vida, pero esta vez, te garantizo que las pruebas hablaran por sí solas.

—Procurad hacer bien vuestro trabajo si no queréis verme la cara en los tribunales.

—Adelante, pero déjanos decirte, que reces para que no salga a la luz algo que no solo te dejaría por el ser más mentiroso del mundo, sino que como hombre te dejaría por los suelos. Buenas noches, y ya no tenemos nada más que hablar contigo.

—Suerte —sonreí de medio lado—, viendo que jugáis tan sucio como vuestra amiga, la vais a necesitar.

Me hicieron una peineta ambas a la vez antes de girarse y marcharse con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Habían venido hasta aquí para advertirme ante el mundo? ¿No sabían que con Stefano Conti no se podía jugar? A estas alturas ya deberían tenerlo claro.

Romeo estaba escandalizado por la manera en que me habían entrado y más lo estuvo cuando le confesé que le había estado pagando a Georgina para que no hablara.

—Pero se supone que tienes un contrato de confidencialidad.

—Sí, por eso me extraña, ¿cómo se la va a jugar? Le di cincuenta mil euros y en caso de que hablase de mí tendrí que devolverme ciento cincuenta mil.

—¿Y si la revista ha buscado patrocinadores y le van a pagar a esta lo suficiente como para enfrentarse a tu demanda y para que a la vez saque provecho de esto?

—No es una cadena tan fuerte como para pagar esas cantidades.

—Vete tú a saber, pero por lo que sea, ella va a hablar y estas saben del tema, de lo contrario no te hubieran enseñado esos pantallazos ni te hubieran dado con la realidad en la cara.

Marqué el número de teléfono de Georgina, pero este daba apagado. Algo me decía que intencionadamente para que no pudiera comunicarme con ella.

Me estaba comenzando a sentir muy nervioso y eso era malo en mí. Algo me decía que Georgina iba a hablar más de la cuenta y que me iba a poner en algún aprieto, pero de ser así, iba a ir a por ella hasta que no pudiera sacar su cuerpo a pasear, como hice con Mariana, que esperaba que no estuviera detrás de esto o se iba a arrepentir aún más el resto de su vida.

Vimos al dueño del local, lo saludamos y posamos con él para algunas fotos, le dije que subiría una a mis redes y lo agradeció, quería toda la publicidad posible para ese nuevo paso en su negocio que había dado.

Muchos medios se acercaban para preguntarme, pero me limitaba a sonreír y decir que era la noche del dueño del local y no la mía, por lo que se conformaron con algunas fotos y ya.

Romeo miraba la hora de vez en cuando en su reloj, y también le vi tratando de hablar con alguien por teléfono, cuando le pregunté dijo que estaba intentando localizar a una conocida que tenía en prensa por si se había enterado de algún cotilleo sobre algo que pudiera pasar esta noche.

Vi a las gemelas por allí rondando de un lado a otro, hablando y sonriendo de lo más amables con unos y otros, pero en el momento en el que sus ojos se fijaban en mí, el gesto les cambiaba a un asco que era de lo más palpable.

No me gustaba nada, la situación que me habían pintado esas dos periodistas españolas no me gustaba nada en absoluto y menos aun cuando insistí en llamar a Georgina y el móvil seguía apagado.

—Esto es de locos —dije tras dar un sorbo a mi copa—. Han venido nada más que para amargarme la noche.

—¿En serio crees que se han subido a un avión para eso, Stefano? A mí me huele a que, por lo que sea, Georgina te ha jodido, amigo.

No quería pensar en eso, de verdad que no, pero algo en lo más profundo me decía que tal vez estaba en lo cierto.

Tomamos unas copas más, felicitamos al dueño por ese nuevo paso en su negocio deseándole toda la suerte del mundo en esa aventura, y salimos de allí directos al taxi que me había comunicado que ya se encontraba en la puerta. Los medios se agolparon a mi alrededor preguntándome sobre aquello que me habían dicho las gemelas y si estaba preocupado. Sonreí intentando aparentar tranquilidad y me monté en el coche sin contestar a nada. Tendría que esperar a ver la entrevista y una vez supiese lo que iba a decir, preparar mi defensa, pero conmigo no iba a poder.

Al día siguiente hablaría con mis abogados para que también estuvieran atentos a todo lo que se dijese, y así poder buscar una solución y que yo pudiese salir airoso, una vez más.

Seguro que Mariana estaba detrás de todo esto, me olía que sí, había desaparecido del mundo y estaba claro que estaba buscando los medios para hundirme. No iba a poder conmigo, que lo tuviera claro.

Romeo se vino a mi casa para poder tomarnos una copa tranquilamente, fuera de todos esos ojos que había puestos en nosotros en el evento de la inauguración.

¿Cómo había estado preparando esto Georgina si hasta ayer me hablaba con mensajes llenos de amor y cariño? ¿Cómo podía ser tan mala persona de pagármelo de esta manera? ¿Qué le habían dicho para que se dejara llevar por ese medio y esas personas que se supone que intentaron arruinar mi vida?

Joder, que me había creído sin el menor atisbo de duda cuando vio mi entrevista y conté que Mariana me había chantajeado.

¿Qué había cambiado de un día para el otro?

Esto era surrealista, en serio, algo que no tenía sentido.

Me iba a tener que pagar ciento cincuenta mil euros por jugármela, ¿de dónde había sacado los cien mil? Porque dudaba mucho que su exmarido le hubiera dejado a ella sumas indecentes de dinero en la herencia al morir, si ya no estaban juntos.

°—¿Otra copa? —preguntó Romeo cuando vio que iba a por una nueva botella

—Las que sean necesarias, porque algo me dice que, esta noche, voy a tener que beber mucho para no romper las paredes a base de golpes.

¿Qué había cambiado de un día para el otro?

Esto era surrealista, en serio, algo que no tenía sentido.

Me iba a tener que pagar ciento cincuenta mil euros por jugármela, ¿de dónde había sacado los cien mil? Porque dudaba mucho que su exmarido le hubiera dejado a ella sumas indecentes de dinero en la herencia al morir, si ya no estaban juntos.

—¿Otra copa? —preguntó Romeo cuando vio que iba a por una nueva botella

—Las que sean necesarias, porque algo me dice que, esta noche, voy a tener que beber mucho para no romper las paredes a base de golpes.

Capítulo 12



Mariana

Si me pensaba que el sábado por la mañana lo pasaría relajadita y sin sobresaltos, estaba de lo más equivocada.

Tenía varios mensajes de las gemelas en los que me decían que no me preocupara por nada, que lo tenían muy bien atado y que la venganza estaba servida.

También vi dos llamadas perdidas de Amy. ¿Qué estaba pasando?

Me metí a buscar información y no tuve que indagar mucho cuando vi la publicación de las gemelas frente a Stefano en una inauguración en Florencia. ¿Qué hacían allí? Se suponía que Sara iba a quedarse unos días con mi hermano, no a viajar a Florencia. Me quería morir.

Llamé a Noemí que era la que más increpó a Stefano.

—Noemí, por Dios. ¿Qué habéis hecho? —pregunté tal como sentí que descolgaba.

—Hola, mi niña. Quédate tranquila que este hoy no va a saber dónde meterse. Estamos en el aeropuerto de regreso a España.

—¿Cómo que me quede tranquila? —grité mientras me paseaba por el salón, nerviosa— Sabéis cómo es. ¿Por qué habéis hecho eso?

—Georgina contactó conmigo a través de las redes una semana después de la entrevista de Stefano. Ella no se fiaba mucho y se la ha jugado. Firmó los contratos a sabiendas que lo iba a vender, y lo va a hacer. Sabe muchas cosas de este y, además, grabó algo de él que demuestran cosas con las que perderá la credibilidad. Confía en nosotras.

—La va a fundir en los juzgados —suspiré puesto que sabía que ese hombre tenía el poder suficiente para destruir a cualquiera que se interpusiera en su camino.

—Que lo haga, responderemos nosotros. Hemos negociado con el Canal Mexieri para que se retransmita allí también en directo, van a cubrir todos los gastos derivados de la demanda, y nosotros a ella le vamos a pagar treinta mil euros. Esa tía quiere fundirlo, Mariana, descubrió algunas cosas...

—No entiendo nada —resoplé mientras observaba la calle por la ventana.

—Es difícil de explicar cuando estoy a punto de abordar un vuelo, pero confía en nosotras, somos de la familia y todo esto va apoyado por mis padres, que son los primeros que quieren que se haga justicia.

—No se os olvide que es el padre de mi hijo —murmuré con tristeza.

—No te doy una hostia porque no te tengo delante. Ese no es padre de mi sobri, ese es un desgraciado al que tú, con ese tema, lo tienes cogido por los huevos. Decía que no se había acostado contigo. ¡Ja! ¿Qué más prueba que un ADN? Ya te llegará la hora.

—No quiero...

—No quieres, pero has jodido tu vida por su culpa. ¿Cuándo vas a espabilar? Bueno, debo irme, ya están embarcando. Mira la entrevista esta noche y después de ella hablamos.

Cuando colgó, se me quedó un nudo en el estómago de esos que hacen que los nervios no te dejen ni comer.

No sabía hasta qué punto todo aquello iba a salir bien ni por qué se metían en algo que, sabiendo cómo se las gastaba, les podía estallar en la cara a cualquiera de ellas o a la revista.

Aquel día se me haría tan largo como el de la entrevista de Stefano, esa en la que, a pesar de saber que podía ir contra mí, quise pensar que era un buen hombre y no lo haría.

Y ahora Georgina quería destapar algo que según las gemelas había descubierto de Stefano a pesar de lo mucho que le alabó después de ponerme a mí por los suelos.

Yo no entendía nada, de verdad que no, y acabaría por volverme más loca de lo que ya estaba.

¶ Iba a llamar a Amy cuando sonó la puerta y sabía que era ella.

—¿Te has enterado ya? —dijo entrando precipitadamente.
é

—Sí, me acabo de enterar, hablé con las gemelas.

—Joder, sí que son valientes y le han plantado cara.

—No sé cómo va a salir la cosa y eso me preocupa mucho.

· —Alguien tiene que plantarle cara, Mariana, y es muy bonito lo que hicieron tus amigas y compañeras.

—Sara está embarazada de mi hermano, ya son de la familia.

—¿En serio? Felicidades, vas a ser tita. Qué bonito por favor. Pues que sepas que tienes una cuñada que vale millones.

—Lo sé, las dos son muy especiales para mí, pero esto me preocupa mucho y por lo que me dijo Noemí, todo fue

avalado por los padres.

—Esa tal Georgina, salió muy mal parada por su culpa, pero luego él limpió su imagen. Está claro que lo hizo para no tener otro frente abierto.

—Eso siempre lo pensé. De todas maneras, a ver si esto no me salpica más aún.

—Él piensa claramente que es obra tuya desde un segundo plano, es como dice ese refrán vuestro, «se cree el ladrón que todos son de su condición» —sonrió.

—Si yo quisiera hablar, tengo la baza perfecta. —Me eché a llorar.

Sabía que Noemí estaba en lo cierto, que con lo que habíamos descubierto hacía solo unos días, Stefano quedaría como el más miserable de los mortales por lo que dijo y lo que no dijo en su entrevista.

—¿Qué te pasa cariño? —Amy se sentó a mi lado y me pasó la mano por la espalda.

—Estoy esperando un hijo de él —le confesé con un nudo en la garganta.

La dejé en *shock*, me abrazó durante un buen rato y me dijo que estaba ahí para mí, que no me iba a dejar sola en este proceso y que el lunes me acompañaría a la cita con el ginecólogo.

Era un alivio para mí haberme sincerado con ella porque me sentía muy sola en esta parte del mundo viviendo algo tan grande como un embarazo, el cual aún ni había asimilado. No pensaba ni si sería niño o niña o cómo lo llamaría, esas cosas es que aún ni entraban en mi cabeza por lo impactada que todavía estaba.

—¿Qué te parece si hacemos cositas de *influencer*? —propuso con una sonrisa.

—Pues qué me va a parecer, todo lo que sea mantenerme ocupada y con la mente en otra cosa que no sea el circo que me rodea, me va perfecto.

—Pues no se diga más, levanta el culo del sofá, que le vas a dejar forma. —Me eché a reír, porque esa mujer era lo que se definía como un soplo de aire fresco para mis días en soledad y penitencia.

Se quedó toda la mañana conmigo y hasta cocinamos juntas, fue justo después de comer cuando se marchó ya que su marido llegaba del viaje y quería estar en ese momento en casa.

Aún faltaban unas horas para la emisión de esa entrevista para la que millones de personas estaban preparadas. No se hablaba de otra cosa en las redes y todo el mundo apuntaba que yo estaba detrás de todo esto, cosa que él, en cierto modo, se estaba encargando de dejar caer.

Estaba preparándome un chocolate caliente cuando llamaron a la puerta y fruncí el ceño. No esperaba a nadie y solo me faltaba que alguien de la familia apareciera ahora por sorpresa otra vez en mi casa.

—Luca, ¿ocurre algo? —pregunté al verle en mi puerta con un trapo de cocina envuelto en la mano.

—Dirás que soy un torpe, pero... ¿Tienes un botiquín o algo? Me estaba preparando algo de picar y me he

cortado, ni siquiera he comprado tiritas. —Volteó los ojos.

—Anda, pasa —sonreí.

—Siento la intrusión, igual esperas a tu novio o...

—No hay novio, tranquilo. No va a intentar tirarte nadie por la ventana pensando que estás ligando conmigo.

—Pues qué alivio —rio.

Fuimos al cuarto de baño, se quitó el paño y aunque era un corte limpio en el dorso de la palma de la mano que no necesitaba puntos de sutura, sangraba escandalosamente, como todas las heridas.

Lo limpiamos bien con agua, le puse un poco de desinfectante, pomada cicatrizante y una gasa para cubrirlo.

—Ahora mismo me voy a la farmacia para hacerme las curas en casa, no voy a venir a molestarte para esto —dijo cuando terminamos.

—No sería molestia, tranquilo —sonreí—. Iba a hacerme un chocolate, ¿te apetece?

—Gracias, pero debo irme. Mi jefe está a punto de hacerme una videollamada para hablar de las ventas de esta semana.

—¿Cómo han ido?

—Bastante bien, no me voy a quejar.

Le acompañé a la puerta y antes de marcharse me preguntó si estaba bien, que me notaba la carita un poco tristonera. Le dije que sí, que solo era cansancio y asintió diciéndome que procurara descansar dado mi estado.

Fue cerrar la puerta y sonarme el móvil, sonreí al ver quién me estaba llamando.

—Hola, papá. —Saludé.

—Hola, pequeña.

Estuve hablando con mi padre un rato, me dijo que debía estar tranquila y haciendo todo lo posible por, de algún modo, calmarme. Por su tono sabía que confiaba en lo que iba a pasar esa noche y lo apoyaba. Para él debía ser frustrante ver lo que ese tío había hecho con su hija.

—No estás sola, ¿vale cariño?

Cerré los ojos y se me escapó una lagrimilla, esa que retiré rápido mientras me despedía.

No encontré consuelo en sus palabras ni en las de Diana, estaban juntos en la casa de esta cuando me llamó, así que hablé con los dos.

Después de hablar con ellos me dispuse a tumbarme un rato para intentar echarme una siesta, sabía que no iba a conseguir conciliar el sueño, pero necesitaba cerrar los ojos y procurar olvidarme del mundo, ese que ahora se ponía oscuro y que me daba miedo. Miedo por saber las consecuencias que podían acarrear esas declaraciones de Georgina y cómo iba a salpicar a la revista. Si algo tenía claro es que Stefano no se iba a quedar de brazos cruzados e iba a ir a por todo el que estuviera detrás de lo que iba a suceder.

,

,

Después de hablar con ellos me dispuse a tumbarme un rato para intentar echarme una siesta, sabía que no iba a conseguir conciliar el sueño, pero necesitaba cerrar los ojos y procurar olvidarme del mundo, ese que ahora se ponía oscuro y que me daba miedo. Miedo por saber las consecuencias que podían acarrear esas declaraciones de Georgina y cómo iba a salpicar a la revista. Si algo tenía claro es que Stefano no se iba a quedar de brazos cruzados e iba a ir a por todo el que estuviera detrás de lo que iba a suceder.

Capítulo 13



Eran las diez en punto de la noche y estaba sentada en un rincón del sofá con una mantita por encima y las piernas recogidas entre mis brazos, esperando que diese comienzo la entrevista de Georgina, la que iba a realizar para las gemelas. Sentía tal presión en el pecho que creí que iba a desmayarme.

La entrevista comenzó con una Noemí a la que no le temblaba el pulso.

—Buenas noches, Georgina, es un placer tenerte aquí.

—Buenas noches a todos. Gracias por darme voz.

—Es sorprendente que, tras la entrevista del señor Conti, en la que hizo que pasaras de ser la más criticada a que todos cayeran rendidos a ti, estés hoy aquí.

—Sí, en eso se basa su poder, en poder poner y quitar las piezas como mejor le venga. Trata a las personas como si fueran mercancía.

—En un primer momento te creíste las palabras que defendían tu honorabilidad —continuó Noemí, seria, tranquila y mostrándose muy profesional.

—Sí, hasta que dos días después me di cuenta de que me esquivaba, me respondía a los mensajes, sí, pero no con un tono acorde a las palabras que había dicho. Y no tardé en darme cuenta de todo...

—¿Qué pasó? —Noemí ladeó la cabeza mientras se cruzaba de piernas y entrelazaba las manos sobre la rodilla.

De verdad que, desde que conocía a esas dos, jamás las había visto tan tranquilas, con lo hiperactivas que ellas eran, sobre todo Noemí.

—Lo llamé por teléfono y él pensó que me había colgado, pero nada que ver con la realidad, momento en que lo escuché hablar con su mano derecha, Romeo, descubriendo en su boca infinidad de cosas que me estremecieron como mujer y que, por supuesto, me puse a grabar desde el móvil toda esa conversación que ya habéis escuchado y he puesto a disposición del programa.

Así que eso era a lo que se refería Noemí cuando la llamé, esas eran las pruebas que tenía Georgina, su as bajo la manga, para desprestigiar a Stefano.

Pero ¿y si era un montaje? ¿Y si Georgina estaba siendo una mujer despechada por la indiferencia de Stefano? A fin de cuentas, no hacía mucho que se le había visto con una mujer en un restaurante.

—¿Qué te parece que las escuchemos? —preguntó Noemí con una leve sonrisa en los labios. La muy jodida, que ya habría escuchado antes esa grabación, sonrió con una malicia que le daría envidia a todas las villanas de cuento.

—Adelante.

La sonrisa de Georgina fue aún más amplia y sincera, por lo que algo me decía que no se trataba de un montaje, sino de una grabación real y eso, eso se le había escapado a Stefano y por esa razón era por la que anduvo echando balones fuera todo el tiempo pensando que iba a salir victorioso.

; Cuando su voz comenzó a emitirse en esa conversación, los vellos se me pusieron como escarpas. Decía que había conseguido cargarse a la puta de Mariana, o sea, a mí, que el mundo entero lo había creído, que no iba a tener lugar en la tierra para esconderme, que era el mejor dinero invertido. No solo eso, hablaba también de lo satisfecho que se sentía por haberme tenido casi dos semanas sometida y humillándome hasta niveles que nadie creería. Además, también hablaba de Georgina, a la que decía le haría un contrato de confidencialidad para acallarla, de lo contrario, ella iría como una perra salida detrás de él y así él podría ir en su contra. Así mismo, se había referido a ella, al menos tres veces, con el término de puta.

Las caras de las gemelas mientras escuchaban todo aquello, era de incredulidad total, mezclada con el dolor y el asco de saber que yo había salido tan mal parada de algo como aquello.

Cuando ambas miraron a Georgina, esta negó elevando ambas cejas, en su rostro se veía también ese gesto de repulsa hacia lo que escuchaba. Y pensar que ella, a sabiendas de lo que pretendía hacer Stefano, había accedido a firmar ese contrato de confidencialidad solo para poder desenmascararle y humillarlo delante de cientos de millones de personas, tal como él me había humillado a mí.

Esto era el mayor hachazo que le podía caer a Stefano, ese hombre que tenía todo controlado hasta que se le perdió una pieza. Las declaraciones no solo dejaban claro cómo se las gastaba, sino también que se había reído y me había ganado la batalla a costa de aquel público de féminas al que tenía encantado.

—Ahora entendemos todo —prosiguió la entrevista esta vez Sara—. ¿Por qué accediste a ese contrato?

—Porque a través de él podía demostrar que esa conversación no era solo una metedura de pata, tal como probablemente él mismo hubiera alegado, sino que era intencionada. Así que era mi carta para demostrar que no tenía escrúpulos y que todo lo que se le ocurría, lo ejecutaba.

—Ahora suponemos que te demandará por el supuesto incumplimiento del contrato —siguió hablando Sara, y Georgina asintió.

—Así es, pero gracias a vosotras lo tengo todo atado, para en el caso de perderlo si él interpusiera la demanda, poder hacer frente a todo. Lo único que me importa es que se sepa la verdad y que no siga causando daño gratuitamente. ¿Dónde está vuestra amiga? A nadie le importó cómo lo debía estar pasando y a él mucho menos, ese hombre que consiguió hundirla y encima brindar mil veces por su triunfo. No es justo que, por aquella entrevista, que queda claro que fue intencionada y con un objetivo, una persona que lo único que hizo fue caer en sus garras, esté escondiéndose del mundo. Es joven, tiene toda una vida por delante, y no debería estar en a saber dónde.

—Me acaban de comunicar —dijo Noemí tocándose el pinganillo de la oreja— que el señor Stefano Conti acaba

de cerrar sus redes personales.

—Claro ejemplo de que está muy nervioso —respondió Sara con inclinación afirmativa de su cabeza.

—En estos momentos debe estar pensando en cómo limpiar su imagen, pero creo que cualquier persona que sea sensata y comprenda la gravedad de la situación y de las palabras dichas por el señor Conti, no volverá a aplaudir el mal hacer de este hombre nunca más. No se debe permitir que ninguna persona, sea del género que sea, utilice su influencia y poder para acabar con la trayectoria personal de una persona como hizo en el caso de nuestra compañera Mariana —dijo Noemí.

—Además, me hacen saber los chicos de la redacción de sociedad, que están trabajando en lo que se dice en las redes, que se viralizó un *hashtag* en el que se pide que vuelva Mariana y que se condenen los hechos de Stefano a través de la justicia, ya que se entiende que fue acosada de tal manera que las injurias de este señor la llevaron a aislarse de la sociedad —añadió Sara.

—Todos somos Mariana —murmuró Georgina asintiendo con la cabeza.

La entrevista de hoy había dado un vuelco a todo. Yo no quería ni asomar la cabeza porque me iba a estallar. Estaba en tal *shock* que era incapaz hasta de levantar el teléfono para llamar a las gemelas, pero estas, lo hicieron tal como se cerró la emisión.

—Lo teníais todo muy atado, sí. Os felicito, aunque confieso que estoy muy nerviosa por la reacción que pueda tener —dije sin darles tiempo a saludarme.

—Mariana, a este nos lo hemos comido con papas, la sociedad no lo volverá a mirar igual y, mira si es cobarde, que para no aguantar cómo lo atacaban en sus redes las ha cerrado. Nadie te va a atacar más, nadie, y la gente tendrá que agachar la cabeza cuando te vean —contestó Sara.

—No quiero ser vista, no estoy en un buen momento ahora y todo esto me está superando, pero, os doy las gracias de corazón por lo que habéis hecho, al menos se demuestra que yo no era ese ogro que le increpó para sacarle dinero.

—Cariño, ya nadie hablará mal de ti y, si te doy un consejo, yo era tú, no ahora, pero sí dentro de unos meses, y le contaba al mundo lo de tu embarazo.

—No sé si quiero que él sepa que va a nacer un hijo suyo, es capaz de quitármelo.

—Ese no tiene cojones ni a rozar a mi sobri, no tiene cojones, no va a poder con nosotras, hay que plantarle cara en todos los términos —aseguró Noemí.

—Necesito pensar mucho, de verdad, ahora mismo mi cabeza no está para eso.

—Descansa y mañana hablamos.

—Os quiero.

—Nosotras a ti también, cariño.

Después de hablar con ellas me mensajé con Amy que estaba flipando en colores y feliz de saber que mi nombre se había limpiado. Quedamos en desayunar juntas en la plaza a la mañana siguiente.

Fue mi madre quien me llamó poco después, llorando de alegría la pobre.

—Mamá, no llores, que como me ponga a llorar yo también, va a ser una conversación sin que hablemos.

—Pues llora hija, que las lágrimas de felicidad son lo mejor que hay. Qué bien lo han hecho esas dos chiquillas, qué bien —dijo sin parar de llorar.

—Se han arriesgado mucho, esto les puede salpicar de la peor manera.

—¿Y crees que no lo saben? Por supuesto que sí, sus padres las habrán instruido bien para esto. Hija, si quisieras volver...

—Mamá, ahora no tengo cabeza para mucho, de verdad, estoy saturada. No me esperaba esto, de verdad que no, pero necesito poder pensar y respirar con calma.

—Claro, hija, claro. Pero que yo te quiero de vuelta, que voy a ser abuela y mi nieto necesita a su familia.

Me despedí de ella llevándome la mano al vientre, ese lugar en el que mi hijo, nuestro hijo crecía, y casi no me hacía a la idea, era como si se tratase de una especie de ensoñación o algo así.

Esa noche me costó coger el sueño y, además, no dejaba de mirar todos los titulares que hablaban de lo mismo, la caída del personaje del año.

Desde luego que la vida daba muchas vueltas, tanto era así que la noria en la que estaba subido Stefano giró y giró, hasta hacerle caer de esa cima donde se había encumbrado.

¿Dónde estaba ahora esa legión de seguidoras que sacaban las garras por él como leonas? Porque desde luego que con la grabación que había sacado Georgina a la luz, quedaba más que demostrado que no sería posible defenderlo indefendible.

Stefano Conti había sido expuesto al escarnio público, de eso ya no había la menor duda. Eso sí, había tardado mucho menos que yo en cerrar todas sus redes.

Después de hablar con ellas me mensajé con Amy que estaba flipando en colores y feliz de saber que mi nombre se había limpiado. Quedamos en desayunar juntas en la plaza a la mañana siguiente.

Fue mi madre quien me llamó poco después, llorando de alegría la pobre.

—Mamá, no llores, que como me ponga a llorar yo también, va a ser una conversación sin que hablemos.

—Pues llora hija, que las lágrimas de felicidad son lo mejor que hay. Qué bien lo han hecho esas dos chiquillas, qué bien —dijo sin parar de llorar.

—Se han arriesgado mucho, esto les puede salpicar de la peor manera.

—¿Y crees que no lo saben? Por supuesto que sí, sus padres las habrán instruido bien para esto. Hija, si quisieras volver...

—Mamá, ahora no tengo cabeza para mucho, de verdad, estoy saturada. No me esperaba esto, de verdad que no, pero necesito poder pensar y respirar con calma.

—Claro, hija, claro. Pero que yo te quiero de vuelta, que voy a ser abuela y mi nieto necesita a su familia.

Me despedí de ella llevándome la mano al vientre, ese lugar en el que mi hijo, nuestro hijo crecía, y casi no me hacía a la idea, era como si se tratase de una especie de ensoñación o algo así.

Esa noche me costó coger el sueño y, además, no dejaba de mirar todos los titulares que hablaban de lo mismo, la caída del personaje del año.

Desde luego que la vida daba muchas vueltas, tanto era así que la noria en la que estaba subido Stefano giró y giró hasta hacerle caer de esa cima donde se había encumbrado.

¿Dónde estaba ahora esa legión de seguidoras que sacaban las garras por él como leonas? Porque desde luego que, con la grabación que había sacado Georgina a la luz, quedaba más que demostrado que no sería posible defender lo indefendible.

Stefano Conti había sido expuesto al escarnio público, de eso ya no había la menor duda. Eso sí, había tardado mucho menos que yo en cerrar todas sus redes.

Capítulo 14



Stefano

Si no hubiera sido por esa puta llamada que descolgué sin querer, me la hubiera comido con papas, pero reconozco que eso le había servido de obra maestra para desenmascarar todo lo que un día hice saliendo victorioso.

No me lo esperaba, de Georgina no me esperaba aquella jugada que tanto había planeado mientras me hablaba por mensaje como si fuéramos tan amigos y seguía con esas insinuaciones.

Me había pillado fuera de juego por completo.

Había cerrado las redes tal y como se escuchó mi voz grabada de esa conversación y ya me estaban acribillando a insultos millones de personas. Todo se había visto en una buena parte del mundo y de la sociedad.

No eran ni las siete de la mañana, casi no había dormido esta noche porque me había ido desvelando continuamente, a pesar de que me dieron las tantas hablando con Romeo y Franco, que eran realistas y decían que ahora iba a tener un camino muy complicado por delante.

Las redes pedían un boicot a mi firma y hacían memes de ellas, lo veía a través de un perfil falso que había creado y en el que me sangraban los ojos de impotencia de leer tantas acusaciones. Menos mal que cerré el mío porque, a estas alturas, debería de haber estado que daba pena.

Estaba tocado y hundido, esa era la realidad, pero no por eso iba a quedarme de brazos cruzados. No quería ser ese hombre de por vida del que hablaban en las redes. No podía una niñata venir a arrancarme todo lo que había construido en mi vida. Necesitaba pensar y buscar la manera de llevar todo a la calma de la mejor manera posible.

Si pensaba que el día no podía empezar con más sorpresas, llegó la llamada de mi padre para dejarme claro que me equivocaba.

—Buenos días, papá. —Saludé al descolgar.

—¿Eres consciente de todo lo que esto le va a hacer, no solo a tu firma, sino a la familia? —Ni me dio los buenos días, y su tono era de estar molesto, muy, muy molesto.

—Lo soy —suspiré.

—No, no lo eres. Si lo fueras, para empezar, no habrías hecho todo eso que dices en la grabación. Y no te atrevas

a hacerme creer que es un montaje, porque sé perfectamente cómo es la voz de mi hijo. Tu madre está destrozada, Stefano, se pregunta en qué hemos fallado para que hayas llegado a esto.

—Papá.

—No te reconocemos, hijo, y cuando unos padres dejan de reconocer al hijo que siempre han admirado, es para preocuparse. ¿Ves normal lo que has hecho con esa pobre chica? ¿Y con la viuda? Por el amor de Dios, Stefano, ¿en qué fallé como padre para que mi hijo dejara de ser el hombre que era, para convertirse en esto que estoy viendo en las últimas semanas? Siempre quisiste pasar desapercibido, fuiste sumamente hermético y receloso de tu vida, y ahora, ahora estás en boca de todos, el apellido Conti está en boca de todos. Tu madre no se merece este dolor, hijo, no lo merece.

Mi padre colgó y yo me quedé sentado allí pensando en sus palabras.

Ellos no habían fallado en nada, todo esto lo había hecho yo, solo yo. Mis padres me dieron la mejor educación, me dieron cariño, me amaron y siempre estuvieron ahí para apoyarme en todo lo que les consulté y necesité.

El asunto de Mariana, añadiendo el de Georgina, se me había ido por completo de las manos.

Tenía todo a mi favor y con esa llamada, esa maldita llamada, se había ido todo al traste.

Me puse un café y lo tomé en el salón mientras las noticias estaban puestas de fondo y yo observaba la calle desde una de las ventanas.

Seguía siendo noticia y era consciente de que habría Stefano Conti al que apalea para rato.

Esto tenía que ser cosa del karma, no había otra.

Romeo apareció por mi casa sobre las nueve para desayunar conmigo. Me dio un abrazo nada más traspasar la puerta.

—Me parte el alma verte así —me dijo sentándose en la cocina.

^e —Saldré de esta.

—Stefano, hoy quiero ser muy sincero contigo.

—Dime —murmuré preocupado mientras echaba los cafés.

—No eres mal tío, yo te conozco, a mí nadie puede venir a decirme que eres mala persona. Aunque por mucho que intente defenderte ante personas que no te conocen de nada, por mucho que les dijera, siempre verían al hombre sin escrúpulos que jugó con las mujeres.

—¿No me ves mala persona? —pregunté sorprendido ante aquellas palabras.

—No, pero con Mariana y Georgina lo fuiste. Una cosa es que fueses un controlador porque no conocías el amor ni ganas de ello, te acostabas con quien te daba la gana y lo hacías con arte para que nadie hablase de ti, pero

siempre habías sido una persona generosa e incluso altruista.

—Romeo...

—No. —Levantó el dedo para hacerme callar—. Yo sé quién es el verdadero Stefano Conti. Nadie se puede imaginar hoy, con la imagen que han dado de ti, que eres la persona anónima que paga los desayunos de todos los niños desfavorecidos del país desde hace años.

»Nadie se puede imaginar que alguien como tú, eres el que está detrás de los edificios que se hicieron para reconstruir las casas de todas las personas que fueron sacudidas por el mayor terremoto del país. Nadie se puede imaginar que eres el que regalas mil carros de comida al mes para los más desfavorecidos de la ciudad. Nadie se puede imaginar que un veinte por ciento de tus beneficios mensuales son para ayudar al mundo... —Agarraba mi cuello y me miraba fijamente.

»Yo te conozco y sé quién eres, pero como amigo debo decirte que se te fue la cabeza con Mariana, que no fuiste justo ni mucho menos legal, que esto ya no se trataba de ponerla en su sitio, se trató de jugar con ella, someterla a tus deseos y luego pisotearla como a una cucaracha, cuando se notaba que ella estaba enamorada de ti. Lo tuyo fue desproporcionado por mucho que ella comenzara la guerra.

»Soy tu amigo, pero no por eso voy a decir que no pasa nada y que ya las aguas volverán a su cauce. No podría mentirte y menos ahora que te has chocado con la realidad. Debes de ser honesto contigo mismo y reconocer que lo que tú hoy estás pasando, es lo que pasó ella sin medios y perdiendo su trabajo.

»¿Te has puesto en su lugar? No se sabe dónde está, cómo está, no se la ve por la calle, por ningún sitio, y eso que los medios merodean su casa. Sé que hoy lo estás pasando mal, pero espero de corazón que te haga reflexionar y darte cuenta de que destruiste la vida de una persona. Es aún muy jovencita, una niña que comenzaba a volar.

Me soltó y dejé que las palabras de mi mejor amigo calaran en lo más hondo de mi ser.

Todo lo que había dicho era cierto, solo mi círculo más íntimo, en el que se encontraban mis padres, esos que ahora no me reconocían, sabían que aportaba ayuda con mis medios a los más desfavorecidos de la ciudad.

Había estado dando vueltas a un tema durante la noche, y ahora que Romeo dejaba las cartas sobre la mesa, era el momento de yo hacer lo mismo y sincerarme con mi mejor amigo.

—¿Sabes lo peor de todo esto? —dije mirándole a los ojos.

—No, pero miedo me da.

—Cuando se marchó para siempre y di la entrevista, me comencé a dar cuenta de que mi corazón se había quedado un poco vacío. La maldecía y me intentaba recrear en mi victoria, pero la realidad de todo es que era por no decirlo a vosotros, ni a mí mismo, que esa mujer se había llevado mi corazón.

—Espera, macho, que me va a dar algo. —Se sentó de nuevo—. ¿Me estás diciendo que estás enamorado de ella?

—Sí — confesé y se me cayeron las lágrimas.

—Gilipollas, eres un gilipollas de mucho cuidado. Acabas de cargarte tu reputación y estás llorando por una mujer a la que has pisoteado —se rio mientras negaba de manera incrédula—. ¿Estás llorando porque estás enamorado y no por lo que pasó? ¿En serio? Esa mujer te debe estar odiando con todo su corazón, pero déjame decirte algo.

—Dime —murmuré en voz muy baja ya que no me salía ni la voz.

—Te vas a currar la manera de pedirle perdón de la forma más sorprendente del mundo. Te va a mandar a la mierda, eso que te quede claro, porque ahora mismo eres peor que el diablo para ella y su entorno. Las gemelas, ya nos ha quedado claro, no son miembros de tu club de fans. —Se encogió de hombro—. Pero lo harás, te lo vas a currar a lo bestia y valdrá para comenzar a limpiar tu alma y quiero ver a ese hombre que vivía en ti, bueno no, nada de contratitos ya con las mujeres, eso lo dejamos en el pasado que es mejor que se quede allí, pero te ayudaré a resurgir como el Ave Fénix y no para salir otra vez por la puerta grande, sino para que comiences a vivir dignamente y sin pisotear a más nadie.

»Ese no eres tú, no me gustaba la persona en la que te estabas convirtiendo. Y olvídate de esa mujer a la que amas, nadie en su sano juicio perdonaría el dolor que le causaste haciéndole perder su vida por completo. Pero debes pedirle perdón para comenzar a sanar tu alma, por muy fea que sea su respuesta. —Casi ni respiró para darme aquel sermón que ni mi padre se habría atrevido en esos momentos.

—Y qué hago, ¿me planto en la puerta de su casa y llamo? —Solté el aire y me pasé la mano por la cabeza.

—No sabemos si está en su casa, pero nos vamos a encargar a partir de ahora de obviar todo lo que se diga y dedicarnos a buscar la forma de llegar hasta ella. Yo tengo algo pensado que no sé cómo saldrá, aunque haré todo lo que pueda.

Sonreí levemente ante esa respuesta, porque así era él, así era Romeo, siempre con sus ideas que podrían o no salir bien, pero el tío lo intentaba.

—¿Y si cuando le pida perdón le ofrezco una suma importante por daños y perjuicios?

—¡Gilipollas! —Me dio una colleja que ya le hubiera gustado ver a mi madre—. Que eres un gilipollas y no me cansaré de decírtelo. Deja ya de pensar en billetes, joder, que eso te llevó a esto. —Volteó los ojos y resopló—. Que te quede clara una cosa, colega —me advirtió señalándome con el dedo para dar más veracidad a sus próximas palabras—, no hay dinero en el mundo que pague el dolor que debió pasar y lo humillante que fue para ella. Pide perdón de corazón, Stefano, que, aunque no te perdone, tú habrás comenzado por reconocer tus errores.

No es que me estuviera pidiendo algo imposible, pero sí que sería difícil. Pedir perdón era algo sencillo, lo sabía, y, al mismo tiempo, jodida y extremadamente complicado.

—Dime —murmuré en voz muy baja ya que no me salía ni la voz.

—Te vas a currar la manera de pedirle perdón de la forma más sorprendente del mundo. Te va a mandar a la mierda, eso que te quede claro, porque ahora mismo eres peor que el diablo para ella y su entorno. Las gemelas, ya nos ha quedado claro, no son miembros de tu club de fans. —Se encogió de hombro—. Pero lo harás, te lo vas a currar a lo bestia y valdrá para comenzar a limpiar tu alma y quiero ver a ese hombre que vivía en ti, bueno no, nada de contratitos ya con las mujeres, eso lo dejamos en el pasado que es mejor que se quede allí, pero te ayudaré a resurgir como el Ave Fénix y no para salir otra vez por la puerta grande, sino para que comiences a vivir dignamente y sin pisotear a más nadie.

»Ese no eres tú, no me gustaba la persona en la que te estabas convirtiendo. Y olvídate de esa mujer a la que amas, nadie en su sano juicio perdonaría el dolor que le causaste haciéndole perder su vida por completo. Pero debes pedirle perdón para comenzar a sanar tu alma, por muy fea que sea su respuesta. —Casi ni respiró para darme aquel sermón que ni mi padre se habría atrevido en esos momentos.

—Y qué hago, ¿me planto en la puerta de su casa y llamo? —Solté el aire y me pasé la mano por la cabeza.

—No sabemos si está en su casa, pero nos vamos a encargar a partir de ahora de obviar todo lo que se diga y dedicarnos a buscar la forma de llegar hasta ella. Yo tengo algo pensado que no sé cómo saldrá, aunque haré todo lo que pueda.

Sonreí levemente ante esa respuesta, porque así era él, así era Romeo, siempre con sus ideas que podrían o no salir bien, pero el tío lo intentaba.

—¿Y si cuando le pida perdón le ofrezco una suma importante por daños y perjuicios?

—¡Gilipollas! —Me dio una colleja que ya le hubiera gustado ver a mi madre—. Que eres un gilipollas y no me cansaré de decírtelo. Deja ya de pensar en billetes, joder, que eso te llevó a esto. —Volteó los ojos y resopló—. Que te quede clara una cosa, colega —me advirtió señalándome con el dedo para dar más veracidad a sus próximas palabras—, no hay dinero en el mundo que pague el dolor que debió pasar y lo humillante que fue para ella. Pide perdón de corazón, Stefano, que, aunque no te perdone, tú habrás comenzado por reconocer tus errores.

No es que me estuviera pidiendo algo imposible, pero sí que sería difícil. Pedir perdón era algo sencillo, lo sabía, y, al mismo tiempo, jodida y extremadamente complicado.

Capítulo 15



Mariana

Llegué hasta la plaza donde ya me esperaba Amy para desayunar. Se levantó con una sonrisa de oreja a oreja y me dio un abrazo.

—Mi niña, la cara bien levantada y quítate ya esas gafas, nadie va a reconocerte y si lo hacen, tú no has hecho nada de lo que avergonzarte.

—Tengo una sensación muy fea, y es que lo va a pagar conmigo, me va a buscar bajo cielo y tierra y se va a encargar de hundirme más.

—¿Tú eres tonta? ¿Cómo puedes decir eso? No creo que sea tan torpe de atacarte de nuevo cuando sabe que tiene al mundo en su contra. Y que tenga narices de hacerlo, la que le puede caer es menuda, que ahora no solo tienes a los de España dándote su apoyo, sino también a la irlandesa más guerrera, esa que lucha por todo el mundo menos por ella misma —sonrió al tiempo que volteaba los ojos.

—Esa es la verdad. Deberías salir ya de esa casa y comenzar una nueva vida.

—Cada día me lo estoy planteando más. Eso sí, si lo decido, al menos un mes o dos me vas a tener que aguantar.
—Apretó los dientes.

—Y un año si hace falta y así me ayudas con el bebé, lo malo es que, para entonces, nos habríamos ido a España.

—¿Yo en España? ¿Con el buen clima que tenéis? Firmo ahora mismo —se reía emocionada de pensarlo.

—Puedes contar conmigo. —Le agarré la mano por encima de la mesa.

—Y tú y ese bebé, que viene en camino, también conmigo porque para mí también será mi sobrino o sobrina.
¿Qué te gustaría?

—Ser feliz —me reí—, el sexo me da igual, solo quiero que tenga una madre feliz, no el zombi que soy ahora.

Estuvimos tirando fotos al desayuno para subirlo a las redes, esas que no dejaban de subir en seguidores y es que estaba quedando mi muro de Instagram de caramelo. Todo muy cuidado y cálido.

Amy, al igual que Diana, era una ayuda enorme en ese sentido, dando consejos y haciendo su magia para que mis

post quedaran de lujo, como ambas decían.

Pasamos la mañana juntas hasta la hora de la comida. Estuvimos por la parte del río paseando y echando fotos de todos los estilos, además de grabar videos.

Se fue a la hora de la comida ya que su marido la esperaba para el almuerzo. Con pocas ganas se despidió de mí dejándome en la puerta de mi casa y quedando en que nos veríamos al día siguiente en la academia.

Mientras hacía la comida apareció en directo Stefano ya que tenía a muchos medios concentrados en la puerta de su casa. Junto a él iba su inseparable mano derecha, Romeo.

—Stefano ¿qué piensas del vuelco que dio toda la historia? —preguntó uno de los periodistas.

² —Todo en la vida sale a la luz —murmuró mientras continuaba andando.

—¿Estás reconociendo los hechos? —indagó otra.

—Así es.

—¿Piensas que puedes ser demandado por Mariana, o que esto le dé lugar a hacer una aparición pública a modo entrevista? —curioseó otro.

—Está en todo su derecho.

;

—Señor Conti ¿qué piensa hacer ahora que tiene a todo el mundo en su contra?

—Ya se irá viendo, nadie sabe lo que nos tiene preparado el destino.

—Tienes dinero suficiente para pasar una vida relajada en cualquier parte del mundo sin que nadie te moleste, ¿será esa una opción que barajar para el futuro? —Aquello sí que le sacó una sonrisa ladeada.

—Hacer eso sería de cobardes. Buenas tardes. —Se despidió metiéndose en un restaurante cerca de su casa.

No podía ser que ahora, de repente, él quisiera mostrarse al mundo asumiendo su culpa con lo narcisista que era. Seguro que eso se debía a algún tipo de estrategia que le había recomendado su equipo de asesores o algo por el estilo.

Terminé de hacer la comida y me senté un rato en el sofá antes de comer. No acababa de poner el plato sobre la mesa, cuando justo en ese momento, Stefano volvía a salir de nuevo en directo junto a Romeo y dos señores que decían que eran sus abogados. Había comido con ellos.

—Stefano, ¿has estado reunido para tomar medidas legales en contra de Georgina?

—En absoluto, ni de Georgina ni de nadie. No soy yo el que tiene derecho a hacerlo.

—¿Estás asumiendo tu culpa o estás intentando salir del paso? —Ahí estaba la clave, muy buena pregunta esa.

—Estoy asumiendo mi culpa. —Se paró—. Comencé un juego en el que perdí el control. Me he comportado como un imbécil y reconozco que no actué de manera lícita ni limpia. Dicho esto, entiendo que la gente esté decepcionada conmigo, lo estoy hasta yo, pero por mucho que diga en estos momentos no va a servir para nada. E tiempo hablará por sí solo.

—¿Piensas cerrar las empresas? —preguntó un hombre a su izquierda.

—De ellas comen miles de personas que no tienen la culpa de lo que está pasando, el único culpable soy yo. Lo que haga o no, ya se verá, ahora está todo muy reciente y es muy pronto para hablar precipitadamente de asuntos tan delicados. Ya os iréis enterando. Gracias.

Se metió en su casa con Romeo y los medios se quedaron en la puerta diciendo que, si volvía a haber algún movimiento, conectarían de nuevo en directo.

Yo estaba en *shock*, hice una videollamada al grupo que tenía con las gemelas y estas no tardaron en cogerlo.

—¿Habéis visto a Stefano? —les pregunté.

—Sí, sí, lo hemos visto —sonrió Noemí—. Si anda con los abogados...

Estaban tan impactadas como yo, no era posible que, de buenas a primeras, reconociera todo el daño que había hecho y que quisiera dar esa imagen de arrepentido. Las tres pensábamos lo mismo, y es que era parte de una estrategia que le habían aconsejado.

Es más, como decía Sara, de no querer hablar no hubiera salido hoy por la puerta de su casa y menos para ir andando, aunque fuese a la esquina, sabiendo que estaba todo lleno de paparazis deseosos de dar noticias de la exclusiva del año, porque sin duda lo había sido, la de Georgina dejó a la suya en pañales ya que consiguió desenmascarar la verdadera realidad.

—¿Cómo está mi sobri? —le pregunté antes de despedirnos.

—Dando guerrita, que hoy me tiene con las náuseas que no veas —suspiró—. ¿Y el mío?

—Pues parece que tranquilo, de momento no tengo muchas náuseas.

—Reza para que así sea, cuñada, que las visitas al señor Roca son lo peor del embarazo.

—Menudos ánimos le estás dando —dijo Noemí riendo.

Me acosté un rato con la tele encendida por si volvía a salir algo. En cierto modo me interesaba saber todo lo que decía, no sé para qué, pero quisiera o no, yo era parte de la noticia. Para mi desgracia.

Por la tarde llamaron a mi puerta y para mi sorpresa era Amy que venía con pasteles.

—Le dije a mi marido que iba a venir a visitarte y se lo tomó bien, así que me fui sin mirar atrás —decía riendo.

—¿Has visto las declaraciones de Stefano?

o

—Sí, en los numerosos reels que están circulando por las redes. Cerró las redes y es más viral que nunca.

l

—Muestra arrepentimiento —murmuré negando—. Ese hombre no tiene escrúpulos.

—Yo me lo encuentro por la calle y le pongo un calzo con el pie que pierde los dientes y no dice más tonterías.

—Qué bruta eres —me reí.

—¿Acaso no se lo merece?

—No, nadie se merece una agresión de ningún tipo.

—Pues él te lo hizo a ti, verbalmente, pero te lo hizo.

—Espero que esta cosita no salga a su padre. —Me toqué la barriguita.

—Mañana tenemos cita con el ginecólogo.

—Sí —sonreí— no sé qué sentiré si le escucho el corazón.

—¿Qué vas a sentir? Emoción, mucha emoción —negaba riendo.

—Tengo miedo, te juro que tengo miedo y no me atrevo a decirlo, pero no sé si estoy preparada para ser madre, me da miedo no ser suficiente para el bebé.

—Dios mío, luego dices que la burra soy yo. —Volteó los ojos—. ¿Cómo no vas a ser suficiente? Vas a ser la mejor mamá del mundo. No vuelvas a decir algo así o me enfado.

—Quiero darle todo lo que le va a faltar por la parte paternal, quiero ser suficiente.

—Serás más que suficiente, deja de evaluarte, eres increíble, una mujer con un corazón enorme. Ese niño viene al mejor hogar del mundo y, además, tienes una familia en España deseosa de darle mucho amor, por no hablar de su tita irlandesa. Va a ser la criaturita más consentida del mundo.

Me vino muy bien ese rato que pasó conmigo animándome e intentando subirme la autoestima, esa que tenía por los suelos.

Se marchó tras darme un abrazo de esos que dan paz, y volví al sofá con mi manta.

El resto de la tarde no hubo más noticias de Stefano, estuvo todo el tiempo encerrado en su casa sin dejarse ver.

Los titulares y artículos no dejaban de sucederse, incluso hablaban del futuro de su empresa por la forma directa que afectaba todo lo que había pasado, no había que olvidar que era el dueño.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era mi padre, sonreí al descolgar.

—Hola, papá.

—Hola, cariño. Tengo el manos libres conectado porque estoy con tu madre.

—Hola, mi vida.

—Hola, mamá. ¿Está todo bien? O sea, papá, ya has...

—Sí, tu padre y Diana me han puesto al tanto de todo.

—¿Y?

—Pues qué voy a decirles, hija, si se quieren ¿quién soy yo para decir nada? Pero no llamamos por esto, sino por todo lo que ha salido de Stefano. ¿Cómo estás?

—Sin poder creer aún que esa conversación haya visto la luz, mamá, así estoy.

—Pues yo me alegro de que esa mujer lo hiciera y de que las gemelas hayan hecho que fuera posible —dijo mi padre—. Ha quedado claro que mi pequeña no es la mala persona que pintó ese hombre.

—Por ese lado siento alivio, papá.

—Y yo, hija, y yo.

Charlé con ellos un rato más mientras me decían que estaban deseando que volviera a casa y me pedían que me cuidara.

Querían verme sonreír de nuevo, esa sonrisa que lucía en la foto que les envíe a todos en mi primer paseo por la Plaza de Praga.

Eran poco más de las ocho, acababa de terminar de grabar el paso a paso de la lasaña que iba a cenar porque me había dado un poco de antojo, y no había hecho más que meterla en el horno cuando llamaron a la puerta.

—Hola, vecino —sonreí al ver a Luca—. ¿Qué tal la mano?

—Bien —sonrió de vuelta—. ¿Puedo pasar, Mariana?

—Claro, pero ¿qué ocurre? —pregunté cerrando la puerta.

—Vengo a hablar contigo.

—¿Conmigo? —Fruncí el ceño—. No te entiendo.

—Siéntate, por favor —me pidió cuando se puso al lado del sofá, y lo hice.

Él cogió una de las sillas y la colocó frente a mí con el rostro serio.

—Luca, me estás poniendo nerviosa. ¿Qué pasa?

—No soy comercial, Mariana.

—¿Qué? Pero...

—Soy investigador privado.

—¡Ay, Dios mío! —Me puse en pie de golpe, temblando y temiéndome lo peor—. Te envía Stefano, ha sabido todo este tiempo dónde estoy —dije nerviosa mientras me intentaba alejar.

—Ey, ey. —Se levantó para cogerme de las manos—. Tranquila, no le demos más sobresaltos a ese bebé que bastantes lleva.

—Entonces sabes quién soy, tú sabes...

—Sí, lo sé —me cortó—, pero no por Stefano, sino por su madre.

—¿Su madre? Ni siquiera la conozco.

—No, no os conocéis, pero ella nunca creyó que fueras la clase de mujer que su hijo hizo ver.

—Ay, Dios, me estoy mareando. —Me llevé la mano a la frente.

—Recuéstate, anda —dijo mientras me ayudaba.

—Así que, no eres solo un vecino casual.

—No.

—Ahora entiendo por qué me resultaba raro que fueras comercial de electrodomésticos, no te pegaba.

—Fue lo primero que se me ocurrió, no ha sido mi mejor mentira, te lo aseguro —rio.

—¿Por qué te contrató la madre de Stefano? —pregunté, muerta de curiosidad.

—Porque quería encontrarte y darte la oportunidad de contarle tu versión. Vaya por delante que quiere a su hijo, pero no creyó nada de eso. Es más, a mí me dijo que ya desde el encontronazo en Miami, veía que eras buena chica, de armas tomar, sí, pero buena chica. Cuando me dijiste lo del embarazo, se lo comuniqué a ella. Y quiso hablar contigo dado que su hijo había asegurado que no hubo nada entre vosotros.

—Pues tengo dos pruebas que puedo enseñarte.

Me puse en pie y cogí los resultados que me dio el médico y el predictor que me hice después en casa, asegurándole que no me inventaría nada como eso para ir a por Stefano.

—Susanna quiere hablar contigo.

—No sé si estoy preparada.

—Es una buena mujer, y solo quiere hacerte saber que puedes contar con ella.

—Vale —asentí tras un largo suspiro.

Luca cogió el móvil, marcó un número y me lo dio. Poco después, una mujer algo mayor que mi madre, pero guapísima, rubia y con los ojos ámbar que sin duda alguna Stefano había heredado de ella, apareció ante mí con una sonrisa.

—Mariana, mi niña, ¿cómo estás?

—En *shock*, si le soy sincera —sonreí.

—Mal, a mí no me llames de usted, llámame Susanna, por favor.

—Está bien.

—¿Qué tal se porta el bebé?

—¿Cómo está segura de que el bebé es de Stefano?

—Querida, estoy cien por cien segura de que no podría ser de otra persona.

—De momento se porta bien —sonreí.

—Me alegro. Luca no va a moverse de ahí, y mucho menos ahora con todo lo que salió a la luz de mi hijo. Mariana, quiero pedirte disculpas por el trato que te dio, en mi nombre y en el de mi esposo, ninguno de nosotros reconoce a nuestro hijo.

—No es culpa vuestra.

—Aun así, lo lamento profundamente. Sé que eres una buena chica, y no merecías todo esto.

Seguimos hablando un poco mientras Luca se mantenía serio y callado frente a mí. Susanna resultó ser una mujer encantadora, nada que ver con su hijo, y cuando le dije que al día siguiente tenía la primera visita con el ginecólogo, me pidió que la mantuviera al tanto a través de Luca de cualquier cosa.

Tras hablar con ella, Luca sonrió cogiendo de nuevo su móvil y antes de irse a su piso, me dijo que, cualquier cosa, con dar unos fuertes golpes en la pared le tendría en la puerta.

Era extraño el haber conocido a la madre de Stefano y que me dijera que Luca se quedaría allí el tiempo que yo permaneciera en Praga a modo de protección.

Extraño, sí, pero también notaba cierto alivio al saber que, en caso de necesidad, contaba con alguien que salvaguardaba mis espaldas.

Era extraño el haber conocido a la madre de Stefano y que me dijera que Luca se quedaría allí el tiempo que yo permaneciera en Praga a modo de protección.

Extraño, sí, pero también notaba cierto alivio al saber que, en caso de necesidad, contaba con alguien que salvaguardaba mis espaldas.

Estaban todos en sus asientos y sobre la pizarra un escrito.

«Hemos descubierto quién eres. Todos estamos contigo»

—Hanna —señaló a una de la clase—, te reconoció y todos buscamos las noticias y sabíamos que eras tú, pero algo nos decía que no podías ser tan ogro como te habían pintado.

—Os doy las gracias por todo. —Miré a los alumnos—. No son momentos fáciles para mí y os rogaría que sigáis guardando el secreto hasta saber qué hacer con mi vida.

—No llores más. —Volvió a abrazarme mientras todos me daban ánimos y decían que no me preocupase.

Sin duda me sentí completamente arropada por ellos, por todos ellos, en ese momento.

La clase se pasó rápida, y cuando se marcharon, uno a uno me dieron un abrazo mostrándome su apoyo.

Se lo conté a Amy después de terminar la segunda clase con su grupo, en el que no estaban al tanto de todo. Íbamos a comer juntas y luego ir a la cita con el ginecólogo.

—Tarde o temprano vas a ser descubierta, sabes que tus imágenes ruedan por las redes, esas del evento de Miami.

—Lo sé, pero bueno espero que sea más tarde que pronto. Sé que estarán deseando pillarme los medios para intentar sacarme las primeras palabras y no estoy preparada para eso, además, no tengo intención de hablar.

—He tenido una idea para tu perfil de Instagram —murmuró cuando nos sentamos.

—Surpréndeme.

—Podrías poner una foto del predictor que conservas, también de la eco, cositas que vayas comprando, no sé, podrías compartir un poco de este momento que enternece a la gente. Sería bonito y además nadie sabrá que eres

—¿Sabes que lo estuve pensando? El tema del predictor lo pensé, pero no sé, todo me da tanto pudor.

—Venga, ánimo, va a ser también una terapia para ti para ir digiriendo todo.

—Lo pensaré con más calma pero no lo descarto. Mira. —Le enseñé una foto que le tiré al predictor sujetándolo con mi mano y sobre un mueble blanco de fondo que le daba mucha calidad a la imagen.

—Esta es preciosa. ¡Súbela!

—No, ahora no —me reí nerviosa.

—¿Por qué dejarlo para después? Venga, hazlo, verás qué bonitos todos los comentarios que te caen.

—¿Y qué pongo?

—No sé, por ejemplo, puedes poner: «Viviendo la magia de cómo se forma una nueva vida en mi interior».

—Jo, qué bonito, pero me da cosa.

—Dale, no lo pienses, debes sanar esa relación con lo que te está pasando.

—Vale, pero me da mucho miedo.

—Nadie sabe quién eres, cariño.

—Ya...

Después de pensarlo unos minutos más, me decidí a hacerlo. No tardaron en aparecer las felicitaciones y comentarios, además de algunos Gifs de lo más graciosos y tiernos.

Nos dirigimos hacia la consulta del ginecólogo e iba con los nervios a flor de piel.

Me atendió de lo más amable, revisó los análisis que me hizo el médico para anotarlos en mi expediente, y acabó pidiéndome que me recostara en la camilla junto al ecógrafo.

No tardaron en escucharse los latidos del corazón que hicieron que me estremeciera y rompiera a llorar. En la eco solo se veía un puntito, pero ese puntito era mi bebé, el que latía con fuerza para mí.

El ginecólogo me dio algunas pautas, me dijo que si tenía náuseas muy fuertes no dudara en ir para que me recetara unas pastillas, y deseó que tuviera un feliz embarazo.

Salimos de allí de lo más emocionadas y con un golpe de realidad que me hacía falta. Un nuevo corazón latía dentro de mí y yo me sentía la mujer más afortunada del mundo. Sí, la más afortunada. Esos latidos fueron suficientes para demostrarme que esa cosita debía estar por encima de todo y todos.

Nos despedimos en la puerta de mi casa con un abrazo de esos que sanan un poco el corazón. Esa muñequita irlandesa no se podía imaginar lo importante que estaba siendo para mí en estos momentos.

Llamé a la puerta de Luca y cuando abrió, lo encontré usando pantalones cortos de deporte y una camiseta de tirantes, por no hablar del sudor que brillaba en su pecho.

—¿Te pilló en mal momento? —pregunté.

—No, no, pasa —sonrió haciéndose a un lado y cerró la puerta—. ¿Va todo bien?

—Sí, es solo que vengo del ginecólogo y... bueno, no sé, pensé que Susanna querría ver esto. —Saqué la ecografía y Luca sonrió al cogerla.

—Pues sí que le va a hacer ilusión, sí. Espera, que le hago una foto, y se la envío.

Asentí y le dejé hacerla mientras observaba esa casa tan igual a la mía. Cuando la hizo, sonreí y me marché.

Nada más entrar me fui directa a la ducha para ponerme cómoda y sentarme en el sofá. Además, quería ponerme un poco al tanto de los comentarios que me iban poniendo en el post y, la verdad, me llevé una gran sorpresa al ver la cantidad de reacciones y comentarios que ya tenía.

Me llegó un mensaje de Noemí con un comunicado que había dado Stefano a través de las redes de la firma.

Noemí: *Mira esto, es importante.*

Cogí aire, pinché en el enlace que adjuntaba, y me dispuse a leer lo que Stefano tenía que decirle al mundo.

«En respuesta a todo el revuelo formado en torno a mi persona y en el que me reconozco como único responsable de mis malos actos, quiero comunicar que, tanto mi equipo de asesores como yo, estamos trabajando en el futuro de la firma Stefano Conti, de la que soy único socio.

Tenemos en cuenta, como ya transmití con anterioridad, que se juega el empleo y la economía de muchas personas que dependen de esto, por lo cual no tomaremos decisiones precipitadas e intentaremos que de una manera u otra yo me desvincule de la firma y no haya daños colaterales en los empleados.

Cualquier decisión en firme será comunicada a través de este medio y confío en que entiendan que ellos no deben de pagar las consecuencias de mis malos actos.

Sin más, reitero mi culpabilidad y mi más profundo arrepentimiento. Stefano Conti»

Entendía que todo esto era porque estaba acorralado y no lo sentía de corazón, pero asesorado por su equipo debían buscar la estabilidad de la empresa y tocar de algún modo la sensibilidad de las personas a través de los empleados. Era obvio que tenía dinero para vivir varias vidas llenas de lujo, pero esa empresa lo era todo para él. No entendía nada y a la vez me daba una tristeza enorme cómo todo nos llevó a la ruina como personas, porque era lamentable el ruido mediático que habíamos formado a nivel mundial.

Las lágrimas comenzaron a inundarme de nuevo. Mi corazón no entendía de maldades por mucha que la hubieran tenido conmigo y ese señor era el padre de mi hijo me gustara o no, así que me dolía ver en la situación que había quedado. Sé que era tonta por pensar en eso cuando a mí me había destruido, pero ¿qué podía hacer cuando el corazón era el que mandaba por encima de todas las cosas?

Desolación, eso era lo que sentía, desolación y ganas de estar con los míos, esa era la realidad. Me hacían muchísima falta, más de lo que ellos se pudieran imaginar.

Llamé a Sara y respondió al primer toque.

—Intuyo que ya has visto el comunicado —dijo al descolgar.

—Sí, me lo ha mandado Noemí.

—¿Qué piensas?

—Que toda esa gente no tiene culpa de nada, solo espero que de verdad no los deje en la calle.

—Eso no lo dejaría en buen lugar, la verdad. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien, hoy fui al ginecólogo.

—¿Y?

—Qué chiquitito es —sonreí.

—¿Verdad? Parece mentira que un guisante así se convierta en una personita.

—Sara, he llorado al escuchar el corazón.

—Es normal, cariño, muy normal. Entonces, ya tienes una eco.

—Sí, iba a pasársela a todos, pero me llegó el mensaje de Noemí.

—Pues mándala ya, que querrán verla.

l

Nos despedimos, hice una foto a la eco y se la envié a los míos, esos que no tardaron en mandar un montón de corazones por mensaje.

Y haciendo caso de lo que había dicho Amy, hice otra foto que subí a mi Instagram con una frase.

«Hay corazones que llegan para darle sentido a nuestras vidas»

No tardó en darle el primer «me gusta» la propia Amy, además de poner un gif de un corazón enorme, ese al que siguieron otros muchos de los seguidores que tenía.

Por primera vez desde que supe que estaba embarazada, lo sentía realmente. Me llevé las manos al vientre, sonreí y cerré los ojos tratando de imaginar cómo sería.

¿Una niña o un niño a quien le gustara la cocina tanto como a mí? ¿Tal vez se decantaría por la moda o el diseño, como su padre?

No importaba mientras fuera una persona feliz el día de mañana.

Por primera vez desde que supe que estaba embarazada, lo sentía realmente. Me llevé las manos al vientre, sonreí y cerré los ojos tratando de imaginar cómo sería.

¿Una niña o un niño a quien le gustara la cocina tanto como a mí? ¿Tal vez se decantaría por la moda o el diseño, como su padre?

No importaba mientras fuera una persona feliz el día de mañana.

Capítulo 17



La semana había pasado con un revuelo en las redes a causa de ese comunicado, en el que causó tanta controversia. Mucha gente seguía pidiendo el boicot de la firma, pero, sin embargo, una gran mayoría entendió lo que Stefano quiso decir con que no debían pagar justos por pecadores. Él intentó no ser visto durante esos días en los que no salió de su casa para no tener que enfrentarse a esas preguntas incómodas.

Eran apenas las seis de la mañana del sábado y miraba embozada la eco de mi bebé, no se veía nada, pero podía escuchar esos latidos que sonaron por primera vez a mis oídos hacía cinco días y que se habían quedado grabados perfectamente en mí.

Chris se sinceró conmigo el miércoles y me dijo que, desde el primer minuto, tenía constancia por sus jefes de quién era yo y que además había seguido esos capítulos de mi suceso a través de los medios. No me había querido decir nada para no hacerme sentir incómoda, pero a estas alturas ya lo sabían los dos turnos de mis clases, eso sí, todos me transmitieron mucho respeto y cariño, me mostraron un absoluto apoyo.

Estaba claro que no tardaría en ser descubierta cuando alguien por la ciudad me reconociera y le diera por tirarme una foto o hacer un comentario en las redes, ya me estaba preparando para eso.

El tema del embarazo solo lo sabía aquí Amy, esa amiga que se estaba convirtiendo en una persona demasiado importante en mi vida y con la que me podía desahogar constantemente.

Mi familia, las gemelas y sus padres estaban todo el día encima de mí pidiéndome que regresara a España, que allí, aunque de otro modo, si no quería volver a la luz pública podía trabajar desde casa.

Y me lo estaba planteando, juro por mi vida que, si no fuera por Amy ya casi que hubiera hecho las maletas, pero sabía que estaba mal y que no me estaba contando realmente lo que le sucedía, pero en su cara podía ver el agotamiento de estar pasándolo mal. Y mi intuición no me engañaba...

A las nueve de la mañana abrí la puerta tras escuchar el timbre y me encontré a una Amy con dos maletas y un moratón en la cara. No me hizo falta saber nada más. La abracé con todas mis fuerzas y rompió a llorar sin consuelo.

—Amy —murmuré abrazándola mientras ella se desgarraba el alma en aquel llanto.

La llevé al salón y ahí la dejé mientras le preparaba una tila, me senté junto a ella en el sofá a esperar a que pudiera hablar. Estaba sin consuelo, con el corazón encogido.

—Me ha echado de casa después de cebarse conmigo. Me cogió por los pelos y me arrastró hasta la habitación

donde fue tirando mi ropa encima de la cama, estaba borracho. Me pegó muy fuerte. —Rompió a llorar de nuevo —. Me ha quitado la tarjeta y no tengo ni una corona.

—A ver, Amy, tienes este techo, no te va a faltar un plato de comida ni nada hasta que arranques con tu vida. Te puedo dejar dinero, no llores que todo eso es lo de menos. Ya has salido de aquella vida, ahora tienes que centrarte en ti, cariño mío. —La abrazaba bien fuerte. Sabía el sentimiento que tenía en ese momento de temor a comenzar de cero.

—Siento mucho tener que recurrir a ti, pero no tengo a nadie más.

—¿Eres tonta? Nos conocemos desde hace muy poquito, pero estamos la una para la otra en todo momento. Para mí eres una persona muy importante.

Soltó otro sollozo y se cubrió la cara con ambas manos. Estaba destrozada, eso era más que palpable.

Le hice hueco en el armario y como aún tenía cajones en la cómoda sin usar, se los dejé para ella. Iba a tener que dormir en el salón, pero el sofá era muy cómodo así que en ese sentido no me preocupaba. Le ofrecí dormir conmigo en la cama, pero decía que se movía mucho y le daba miedo darme un golpe en la barriga.

Estuve toda la mañana intentando hacerle ver la parte buena de todo, y que no se preocupara por nada. Ahora tenía por delante el divorcio, pero de la forma en que lo tenían estipulado, en poco menos de dos meses lo podía tener todo firmado.

Hablamos de irnos a España cuando se divorciara, allí se podía venir a mi casa hasta ubicarse, tener sus propios medios y alquilar ella una, pero con mi ayuda iba a contar, no la pensaba soltar de la mano, sabía que estaba muy sola y lo único que tenía en el mundo era a mí.

Eran las tres cuando volvieron a llamar a la puerta, abrí y me encontré a Luca con una sonrisa y una bolsa en la mano.

—Hola, vecina.

—Hola vecino.

—Te traigo algo que espero que te guste.

—Pasa, pasa.

—Vaya, no sabía que tenías visita —dijo al ver a Amy, a quien él ya conocía porque, de manera casi furtiva, había estado vigilándome durante esos días desde que hablé con la madre de Stefano, cosa de la que Amy no tenía constancia, así como el resto de mi familia a quienes aún no les había dicho nada.

—Luca, ella es Amy, una alumna de la academia y amiga mía.

—Hola, Amy. —La saludó con una sonrisa, hasta que vio el moratón y frunció el ceño—. Eso no es de una puerta ¿verdad?

—No —contesté yo—, pero tranquilo que estamos poniendo remedio al asunto.

—Si necesitáis algo...

^e—Te lo diré —sonreí y, por primera vez, me permití abrazarle.

—Menos mal que hay suficientes bollos de esos que te gustan de la pastelería.

—¿Me has traído bollos? —pregunté sorprendida cogiendo la bolsa que me ofrecía— Eres un encanto, Luca.

—Eso me lo dicen mucho, sí —sonrió—. Bueno, os dejo. Nos vemos, Amy.

—Adiós, Luca.

Le acompañé a la puerta y cuando regresé al salón, aún con la sonrisa en los labios, encontré a Amy cruzada de brazos y con la ceja arqueada.

—¿Tu vecino intenta ligar contigo? —preguntó.

^a

—No, ¿qué dices? Eso no se le pasaría por la cabeza —reí.

—Pues a mí mis vecinos no me traen bollos. Claro que, conociendo a mi marido como le conocían... Cualquiera me regalaba un dulce. —Volteó los ojos y me eché a reír.

Al menos se tomaba las cosas con humor, algo de admirar con todo lo que tenía y lo que se le venía encima.

Esa tarde aprovechó para hablar con una firma que estaba interesada en ella desde hacía mucho tiempo para hacer una sesión de fotos, de la que su marido nunca quiso saber y no aceptó. Al final cerraron un trato bastante bueno ya que le darían por una sesión lo que equivaldría al cambio a unos mil quinientos euros.

Es verdad que anteriormente le había ofrecido mucho más pero como no aceptó, ahora era para una campaña más pequeña, pero, para empezar, para ella era un mundo. Estaba feliz y deseosa de que le dijeran qué día se iba a realizar la sesión.

El marido la llamó a las nueve de la noche para advertirle que el lunes estaría interpuesta la demanda y como trabajaba de ello, iba a conseguir que en menos tiempo aún se disolviera el matrimonio. Ella tenía puesto el altavoz y pude escuchar con el desprecio y la chulería que la trataba, me recordó a Stefano y sentí piedad por ella, mucha piedad, pero Amy estuvo a la altura, sin alterarse ni perder las formas, y le respondió de lo más ^atranquilamente que estaba deseando firmarlo y que hasta entonces no se molestara en llamarla.

La abracé de nuevo por la entereza que había mostrado en esa conversación y la seguí animando para que no perdiera las fuerzas en ningún momento, que confiara en ella que podía ahora construir una vida muy bonita y un trabajo con sus redes que tanto se había currado. Se emocionó mucho por esas palabras en las que le dejaba ver cuánto valía.

^l,

—¿Te puedes creer que me siento aliviada de que al final todo acabe? —dijo de pronto, mientras estábamos en el sofá.

—Me lo imagino. Mucho aguantaste, la verdad.

—Era el amor de mi vida, o eso pensé yo. Cuando le conocí, era un hombre tan diferente a lo que acabé descubriendo.

—Mi madre lo llamaría lobo con piel de cordero.

—La mía descendiente de Satán. —Me miró toda seria y acabamos las dos muertas de risa.

Nos pusimos a preparar una *pizza* casera para la cena y estuvimos grabando todo el paso a paso para subirlo a mis redes.

Además, hicimos unos crepes que no dudamos en rellenar con Nutella y tomaríamos de postre con un poco de nata y chispas de chocolate por encima.

Nos quedaron unos reels y unas historias para mi perfil la mar de chulos, y ella lo compartió para que subiera en «me gusta».

Diana me hizo una videollamada desde casa de mi padre, ya que estaba con él, así que les presenté a Amy y ellos, al saber que se quedaba conmigo y que, en el caso de yo regresar a casa, se vendría a España, le dijeron que podía contar con ellos para lo que necesitase.

—Pues tu padre no parece muy mayor —dijo cuando nos despedimos.

—Me lleva veinte años. Pero creo que desde que está con mi mejor amiga, ha rejuvenecido una década —reí.

—Espera, ¿Diana es tu mejor amiga?

—Sí, mi padre la conoce desde que íbamos al colegio.

—Ostras, me acabas de dejar a cuadros.

—Pues imagina cómo me quedé yo cuando se me presentaron aquí a los cuatro días de mudarme, y me soltaron la bomba. Que, como le dije a ella, siempre supe que le ponía mi padre, pero no que acabarían siendo pareja.

—Ay, como diría mi madre, los caminos del señor son inescrutables.

—Eso parece, y acaba uniendo a quienes se necesitan y pueden ayudarse a sanar.

—Heme aquí, que me crucé en tu camino y me has abierto las puertas de tu casa.

—Oye, que tú sabes desde un principio quién soy, y no corriste a vender la exclusiva a la prensa.

—Porque mi futuro exmarido se habría quedado con el dinero, no creas que es por otra cosa.

—¡Serás! —Le di un cojinazo que casi la tiro del sofá, y acabamos las dos riendo a carcajadas al punto de que nos dolía la barriga.

—Necesitaba una sesión de risas, te lo juro —dijo cuando nos calmamos—. Mucho mejor que el vino, dónde va a parar. Aunque ahora me tomaba una copa y me quedaba tan a gusto. Pero como tú no puedes, me solidarizo contigo y me vuelvo abstemia.

—Anda, tonta, tú bebe que yo me hago un chocolate.

—Igualito es el vino que el chocolate, ya te vale. —Volteó los ojos.

Después de cenar y ver una peli, le di un abrazo y las buenas noches y la dejé en el sofá.

Me metí en la cama y sonreí a sabiendas de que, si finalmente volvía a casa, Amy vendría y empezaría de cero.

—¡Serás! —Le di un cojinazo que casi la tiro del sofá, y acabamos las dos riendo a carcajadas al punto de que nos dolía la barriga.

—Necesitaba una sesión de risas, te lo juro —dijo cuando nos calmamos—. Mucho mejor que el vino, dónde va a parar. Aunque ahora me tomaba una copa y me quedaba tan a gusto. Pero como tú no puedes, me solidarizo contigo y me vuelvo abstemia.

—Anda, tonta, tú bebe que yo me hago un chocolate.

—Igualito es el vino que el chocolate, ya te vale. —Volteó los ojos.

Después de cenar y ver una peli, le di un abrazo y las buenas noches y la dejé en el sofá.

Me metí en la cama y sonreí a sabiendas de que, si finalmente volvía a casa, Amy vendría y empezaría de cero.

Capítulo 18



Stefano

Sin duda, esta había sido la semana más dura de mi vida...

Llevaba una semana de estrés barajando los posibles escenarios para mi empresa, pero uno era el que más deseaba, solo que para eso iba a tener que trabajar mucho en cómo hacerlo.

No había salido de mi casa en toda la semana, pero había estado reunido con mi equipo cada día un par de horas por videollamada.

No solo eso, Romeo había conseguido irse de la ciudad sin ser visto ya que los medios realmente a quien querían pillar era a mí.

Fue el martes cuando se marchó después de conseguir una información de primera mano de que Mariana se encontraba en Praga. Fue hasta allí para seguir los pasos de por dónde merodeaba y comprobarlo de primera mano sin ser descubierto. Y vaya si lo consiguió. Me mandó un montón de fotos que le consiguió hacer con una chica de la que buscó información y era la mujer de un afamado abogado de esa ciudad.

Estaba trabajando en una escuela de idiomas por las mañanas y se la veía cabizbaja, triste y presentaba gestos de cansancio. Me maldecía por el dolor que le había causado y por haberla destruido de aquella manera. Reconozco que lloré con cada foto que me iba llegando.

Romeo estaba a punto de llegar a mi casa a desayunar, había regresado el día anterior y quedó en que vendría a primera hora.

Aunque me había mantenido al tanto de todo, estaba deseando verlo y que me contara más impresiones que había tenido.

Llegó un rato después quejándose de la de preguntas que le habían hecho los medios en la puerta de mi casa y que había hecho de tripas corazón para no mandarlos al carajo. Preparé el desayuno y nos sentamos en la cocina.

—Sinceramente me dio mucha pena Mariana, se la ve muy cabizbaja —dijo cogiendo su café—. Debe ser difícil haber dejado a su familia y una vida atrás con todo hecho para comenzar de cero y esconderse del mundo. Lo bueno es que se ve muy unida a Amy, la chica que está casada con ese abogado afamado. Se las ve muy cómplices.

—Menos mal, pero sí, sí que es injusto. Debo buscar la manera de sacarla de allí y que vuelva junto a su familia.

No sé cómo lo haré, pero esto lo tengo que solucionar como sea.

—No puedes aparecer y decir lo siento, perdón y de paso vete a tu casa.

—Ya, lo sé —sonreí con tristeza—. Le pediré perdón, lo tengo claro, iré a buscarla, pero a su debido momento. Antes sigo barajando todas las posibilidades para arreglar lo de la firma, pero ya sabes cual es mi intención.

—Sí, lo sé.

—El tema es cómo hacerlo, en eso estamos trabajando. Necesitamos de su firma.

—Yo no creo que acepte.

—Lo sé, pero tengo que mirar la forma para que sí lo haga. La mitad de todo tiene que ser para ella...

Esa era mi intención, darle la mitad del imperio de mi firma, cederle el cincuenta por ciento de todo sin mirar atrás. Eso sí, todo los beneficios hasta ahora serían míos, pero de aquí en adelante, pasaría a tener la mitad de todo lo que generara.

Lo hablaba cada día con mi equipo, lo que barajábamos eran los diferentes escenarios para hacerlo. No quería conseguir con eso que me volviera a mirar como antes, pero sí de alguna manera subsanar todo lo que perdió por mi culpa.

Estábamos desayunando aun cuando cogí el móvil para mirar algo que, hasta ese momento, no se me había pasado por la cabeza.

Busqué con mi perfil falso a Amy y la encontré.

—¿Y esa sonrisa? —preguntó Romeo.

—Acabo de encontrar el Instagram de Amy.

—No se te ocurrirá ponerte en contacto con ella en plan «Hola, soy Stefano, ¿puedes darle un mensaje a Mariana?» porque te mato.

—No, joder. Solo quería comprobar algo, ver si Mariana tiene un per... fil...

No podía ser, lo que tenía delante tenía que ser una broma.

Efectivamente Mariana sí tenía un perfil en Instagram, obviamente no era su nombre, pero esas manos eran suyas sin lugar a duda.

Lo que me acababa de dejar sin palabras eran dos fotos que había subido días atrás.

Un predictor y una ecografía.

—¿Tierra a Stefano? —Escuché que me decía Romeo, y al mirarle, frunció el ceño— ¿Se puede saber qué has visto, que te has quedado pálido como la pared?

—Mariana tiene Instagram.

—Imposible, cerró todas sus redes —dijo al tiempo que negaba con la cabeza.

—Pues estas manos —abrí uno de los reels que tenía subidos, y giré el teléfono para que lo viera—, son indiscutiblemente tuyas.

Romeo vio el vídeo con el ceño fruncido, me quitó el móvil y siguió viendo algunos más, lo supe por las diferentes músicas que iban sonando.

—¿Y esto? —preguntó, y deduje que había visto esos dos post.

—Si te refieres a un predictor y una ecografía, eso mismo es lo que me ha dejado tan descolocado. ¿No decías que solo la veías en la academia y con Amy?

—Joder, así ha sido.

—Pues debe ser que conoció a alguien a su llegada.

—¿En serio crees...?

—Está embarazada, Romeo, no creo que sean un par de fotos falsas para subir seguidores. Las veces que nos acostamos, siempre acabé fuera.

—Espera, macho, que me está dando un mareo. ¿Me estás diciendo que no usaste protección?

—Pues no, acababa fuera.

—Colega, que la marcha atrás es un fallo de principiante.

—No es mío, ese bebé no es mío.

Estaba seguro, ni una sola de las veces que lo hicimos, me corrí dentro, y no tenía tan mala memoria como para dudar de mí mismo.

Aquello nos dejó a los dos fuera de juego por completo.

Romeo se fue poco después para trabajar desde la oficina, y yo fui a meterme en mi despacho, no pensaba salir aún de casa.

Franco me llamó en ese momento para preguntar cómo estaba, con esto de quedarme encerrado en mi mundo apenas le necesitaba y no nos veíamos.

—¿Ha vuelto Romeo de Praga? —preguntó, puesto que estaba al tanto de lo que iba a hacer.

—Sí.

—¿Y?

—Ella está mal, como ya te dije. Pero además... Está embarazada.

—No me digas que vas a ser padre, como yo.

—No, Franco, tú vas a ser padre, el bebé de Mariana debe ser de otro.

—¿Y si es tuyo?

—No lo es. ¿Cómo está Vitto?

—A mí no me cambies de tema —protestó.

—Soy el jefe, alguna autoridad deberé tener.

—Eres mi jefe, pero además te considero un amigo —suspiró—. Vitto está bien, alguna molestia por el bebé, a veces no concilia bien el sueño, pero está bien.

—Me alegra escuchar eso, dale un abrazo de mi parte.

—¿Tú cómo estás?

—Buscando la mejor manera de hacer todo, Franco.

—Darás con ella.

—Eso espero.

Me despedí de mi chófer y amigo y encargué una cesta de fruta y dulces y un ramo de flores para Vitto junto con un peluche para el bebé.

Una hora después Franco me mandó un mensaje dándome las gracias por aquel detalle que a Vitto le había encantado.

Eran poco más de las once y media y recibí un mensaje de mi madre pidiéndome que, por favor, le abriera la puerta de casa en cinco minutos.

Fruncí el ceño y me asomé por una de las ventanas de modo que nadie me viera, seguía estando rodeado de todos esos periodistas deseosos de una noticia.

Cuando vi el coche con el chófer de mi padre, fui hacia la puerta y observé por la mirilla cómo mi madre bajaba

del coche y ellos le preguntaban sin que ella diera una sola respuesta.

En cuanto estaba a unos pocos pasos de la puerta abrí quedándome tras esta, y ella entró.

—Hola, mamá.

—Hola —dijo sin pararse, y fue directa a mi despacho, lugar en el que ella sabía más que de sobra que pasaba las horas encerrado de esta última semana.

—¿A qué debo tu visita? —pregunté cuando la vi sentarse frente al escritorio, y yo lo hice en mi sillón.

—No es una visita que esperaras, eso lo tengo claro.

—Mamá. no quiero discutir, de verdad que no. Sabes que te quiero...

—Y yo quiero a mi hijo, pero al que siempre conocimos, no al que se ha mostrado ante la prensa y ha destrozado la vida de una chica que solo quería hacer su trabajo.

—Joder, mamá, no empieces.

—Tranquilo, que no te voy a robar mucho tiempo. ¿Podrías por favor refrescarme la memoria con algunas de las cosas que dijiste en la entrevista donde dejaste a Mariana a la altura de un cubo de estiércol?

—Dije muchas cosas —suspiré mientras me frotaba la frente.

—Entre ellas que no había pasado nada entre vosotros, que no os acostasteis.

—Sí, así es.

—Ajá. —Escuché que abría el bolso y al mirarla, vi un sobre en su mano, ese que dejó en mi mesa y, con un solo dedo y muy despacio, lo fue acercando hasta mí.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo y lo verás.

Fruncí el ceño, cogí el sobre y saqué una ecografía.

—¿Qué haces tú con una ecografía?

—Mira el nombre de la paciente.

Eché un vistazo y vi que ponía Mariana, y la fecha de varios días atrás. La miré bien, y resultó ser la misma ecografía que ella había subido a ese perfil que se abrió en Instagram.

—Incluso en eso mentiste, hijo —dijo tras unos minutos de silencio.

—Esto no demuestra nada, mamá. Me acosté con Mariana, sí ¿y qué? Ella pudo encontrar a alguien allá donde esté —dije sin delatarnos a Romeo y a mí, puesto que sabíamos exactamente dónde estaba ella—, y haber rehecho su vida.

—No hijo, Mariana no ha rehecho su vida.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar tan segura? ¿Acaso es una especie de sexto sentido que todas las mujeres tienen?

—Lo sé porque tengo ojos puestos sobre ella prácticamente desde el principio de que llegara al lugar en el que vive. —Ella tampoco iba a darme pistas de dónde era ese lugar, al menos por el momento—. Solo sale de casa para ir al trabajo, para comprar y para pasear con una amiga. No se ha visto con ningún hombre.

—Puede haberlo llevado a su casa y tú, ni lo sabrías.

—Tampoco lo ha metido en casa, Stefano. Así que, si tú te acostaste con ella, y desde que decidió marcharse no ha salido con nadie más... Dos más dos, hijo, si es que sabes sumar.

Mi madre se puso en pie y, como si de una reina se tratase, salió de mi despacho para después abandonar mi casa. Tenía la televisión de fondo y en la pantalla vi las imágenes en directo de ella saliendo y siendo abordada de nuevo por la prensa.

—Señora Conti, ¿qué puede contarnos? —preguntó alguien.

—Como veo que mi silencio de antes no ha servido de nada, solo diré una cosa. ¿Es que una madre no puede ir a ver a su hijo a su casa? Buenos días.

Entró en el coche y cuando su chófer cerró la puerta, los periodistas seguían haciendo una pregunta tras otra.

Miré la ecografía que tenía delante, entré en Instagram y volví a mirar el perfil de Mariana, o sea, de Andrea Cech y amplíé la foto de la ecografía.

No había duda, ninguna duda, de que era la misma.

¿Cómo la habría conseguido mi madre? ¿Qué había querido decir con eso de que tenía ojos sobre ella desde casi el principio de su llegada a Praga?

No entendía nada, y necesitaba respuestas.

—¿Ya me echas de menos, amor mío? —preguntó Romeo cuando le llamé.

—Ha venido mi madre, me ha dejado la misma ecografía que subió Mariana. No me preguntes cómo porque no tengo ni la menor idea, pero tiene a alguien en Praga cerca de Mariana prácticamente desde el principio, según me ha dicho.

—¿Qué? Espera, ¿tu madre ha sabido desde antes que nosotros dónde estaba Mariana? ¿Tiene contactos con los Carabinieri, la CIA o la Interpol? No me jodas, me acabo de hacer fan de la *mamma*.

—Me ha asegurado que no, que Mariana no ha estado con nadie, pero...

—Quieres asegurarte. —Acabó por mí.

—Sí.

—Vale, no se hable más, jefe, me pongo a ello.

Colgó y supe, sin temor a equivocarme, que pronto tendría noticias para mí.

l,

?

—Me ha asegurado que no, que Mariana no ha estado con nadie, pero...

—Quieres asegurarte. —Acabó por mí.

—Sí.

—Vale, no se hable más, jefe, me pongo a ello.

Colgó y supe, sin temor a equivocarme, que pronto tendría noticias para mí.

Capítulo 19



Mariana

El tiempo volaba y ya eran dos semanas las que llevaba Amy conmigo viviendo...

Decir que ofrecerle mi casa fue la mejor decisión que tomé, era quedarme corta. Los días, y, sobre todo, los momentos, eran más llevaderos a su lado.

En España ya la conocían todos los de mi entorno, eran muchas las videollamadas que habíamos hecho con cada uno de ellos, incluso con los padres de las gemelas que le dijeron a Amy que, si se iba para España conmigo tal y como decía, en su empresa tenía una columna de *influencer* semanalmente, con fotografías y todo lo que necesitara.

Amy en estas dos semanas había hecho la primera sesión que cerró y luego dos colaboraciones para unas tiendas, que aparte de mandarle la ropa para que la publicitara en su perfil y se la quedara, le pagaron por cada una lo que viene a ser al cambio unos trescientos euros. La verdad es que se estaba dejando la piel y no solo eso, cada día preparaba la comida y me tenía la mesa puesta.

Por más que le decía que no era necesario, ella le quitaba importancia con la mano y me echaba a reír. La verdad es que tenerla a ella era como tener a Diana, parecían hermanas separadas al nacer.

Ella había dejado de asistir a clases porque eso se lo pagaba él y le había cortado el grifo. Amy no estaba dispuesta a dejarse un pulmón en las clases y menos aun cuando tenía a la profesora en casa. Así que cada día le enseñaba algo nuevo e iba cogiendo al vuelo las cosas.

El tema de Stefano estaba revuelto aún y los medios seguían cada día hablando del futuro de su firma, esperando una decisión por su parte.

Amy había ido el día anterior a firmar los papeles al juzgado, allí le dijeron que tendría la sentencia en menos de un mes. El día que le llegara decía que se iba a emborrachar.

Cada día estaba más contenta con su nueva vida, disfrutaba de editar imágenes, videos y demás para sus redes y hacía unos videos sobre maquillaje que eran una maravilla, tenía a sus seguidores más que enganchados.

Por no hablar de lo que me ayudaba a mí, que me grababa el paso a paso de las preparaciones de dulces, pasteles y la cena que tocaba esa noche.

Era una currante de lo más entregada y me alegraba que su vida fuera al fin tal como ella quería.

Era sábado por la mañana y teníamos previsto salir a desayunar a alguna cafetería e ir al mercado a hacer la compra. Nada nos hacía presagiar lo que estaba a punto de ocurrir. Tres reporteros de tres cadenas diferentes y unas cámaras que casi se me tiran encima.

—Mariana ¿desde cuando llevas residiendo en Praga?

—Mariana ¿has pensado afincar tu vida aquí de forma permanente?

—Mariana ¿estás al tanto de la expectación por saber qué hará Stefano con su firma?

—¡Me vais a borrar el nombre! —protesté agobiada a los tres— Entiendo que estáis haciendo vuestro trabajo, pero entended vosotros que, si me he venido aquí es para vivir un poco apartada de toda esa historia, por lo que no voy a ponerme a dar declaraciones ni mucho menos. Comprendo todo, pero vais a perder el tiempo. Se os olvida que me lapidasteis sin razón. ¿Me habéis pedido perdón alguno de vosotros? No soy quién para decir cómo hacer vuestro trabajo, pero vosotros no sois quién para venir ahora a querer que os conteste como si nada hubiera pasado. Dejadme en paz, por favor —murmuré y tiré de Amy para continuar andando.

—Qué bien hablas, hija. No sé cómo es que no escribes un libro.

—Joder, mucho habían tardado en encontrarme.

—Eso ha sido un chivatazo de alguien de la academia. Saber hasta dónde vives me resulta un tanto extraño.

—A mí no, que conozco los medios y he averiguado hasta dónde viven los amantes sin ser personajes públicos, pero bueno, no descarto que alguien se haya ido de la lengua. Por Dios, espero que no me hagan la vida imposible el tiempo que nos queda aquí. Quiero vivir relajada estos meses.

—Tranquila, cuando vean que no sacan nada de ti se aburrirán y se irán. Mira ya no nos siguen.

—Eso es lo que más me extraña, que se conformen solo con las primeras imágenes y palabras en el portal.
a

—Los has acojonado con esas verdades que les has dicho.

—Dudo yo que estos se acojonen. A la vuelta nos estarán esperando.

—Pues les podemos comprar unos chocolates calentitos.

—Un ramo de flores les vamos a comprar a cada uno —bromeé negando.

Nos sentamos a desayunar en el interior de una cafetería fuera del alcance de los ojos de nadie. En el rincón que nos habíamos puesto no nos podían ver desde la calle.

7/ Noemí y Sara no tardaron en hablarme ya que les había llegado la noticia de que se había desvelado mi paradero. Me felicitaron por mi contestación.

—Qué guapa das en cámara cuñada —dijo Sara.

—La madre que te parió, ¿eso me dices? —reí.

—Es que es verdad, si quieres te miento y te digo que estás más gorda, más fea, más ojerosa...

—Con amigas así prefiero a mi exmarido —soltó Amy y las cuatro nos echamos a reír, tenía puesto el altavoz.

—Ahora en serio, me he agobiado un poco.

—Pues no te agobies más, tú pasa de todo y haz como la Panto, dientes, dientes —dijo Noemí.

Acabamos de hablar con ellas y me llegó un mensaje de Luca.

Luca: *Susanna me ha llamado, dice que te ha visto en la televisión. ¿Todo bien, Mariana?*

Mariana: *Sí, y no. Estaban en la puerta del edificio. Los he capeado como he podido, pero sé que a la vuelta me va a tocar de nuevo.*

Luca: *¿Quieres que vaya a buscaros?*

Mariana: *No, tranquilo, aún no le he dicho a Amy la verdad, pero lo haré pronto.*

Luca: *Cualquier cosa, me llamas.*

Mariana: *Sí, papá.*

Sonreí al pensar en la cara que estaría poniendo, ya le conocía bastante bien y, las veces que le había llamado así teniéndole delante, volteaba los ojos con resoplido incluido.

En menos de una hora me llamaron todos, se habían quedado paralizados con esa noticia de buena mañana, como para no, hasta yo estaba aún en *shock*.

—Hermana, que me planto allí en el primer vuelo que encuentre y hago un barrido de tu puerta que ríete tú de la ratita presumida del cuento.

—Tú te quedas en casa quieto, Martín, que te conozco. Además, tienes que cuidar de tu chica y el bebé. Que mi sobri te necesita.

—Y mi hermana también, me has necesitado desde el primer momento en el que ese tío se cruzó en tu vida y...

—No, no vayas por ahí porque la tenemos. No te preocupes más, ¿sí? Está todo bajo control, ya has visto cómo he contestado, me sé defender.

—Desde luego, se nota que has estado en el medio mucho tiempo. Te quiero, hermana.

—Y yo a ti, hermano.

—Me encanta cómo te arropa tu familia aun en la distancia —dijo Amy cuando colgué—. Si hubiera tenido a mi madre...

—Ahora nos tienes a nosotros —le aseguré cogiéndole la mano—. Ya has visto que todos te tienen como a una más de la familia.

—Sí —sonrió—. Y es de agradecer.

Después del desayuno nos fuimos al mercado y compramos de todo para no movernos de casa en todo el fin de semana. Como sabíamos, al llegar a la puerta de nuevo encontramos allí a los tres reporteros.

—Mariana, hemos respetado tu salida y no te hemos seguido. ¿Podrías ser tan amable de contestarnos a alguna pregunta? —Lo ignoré por completo mientras abría la puerta.

—Mariana ¿se ha puesto el señor Stefano en contacto contigo para pedirte perdón directamente?

—Ahorraros el quedaros aquí porque no voy a salir en todo el fin de semana. —Cerré la puerta dejándolos con la palabra en la boca.

Subimos y nos pusimos a colocar la compra y a cocinar un poco a la vez que aprovechábamos para grabar videos tanto como para sus redes, como para las mías, que por cierto seguían subiendo como la espuma y hacía colaboraciones con ella.

Encendimos la tele y los titulares ya avanzaban diciendo que iba con la *influencer* irlandesa Amy. Esta se puso a aplaudir emocionada de que saliese su nombre a la luz porque decía que así ganaría más seguidores, y tanto que sí que comenzaron a subirle aún más y como la espuma, en cientos de miles en un solo rato. Aquello era una locura que le iba a venir muy bien para conseguir mejores contratos publicitarios, cosa que me alegraba por ella porque se merecía lo mejor.

Cuando llamaron a la puerta ella se quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—No se habrán atrevido a subir hasta aquí —dijo.

—No creo, sería para darles con la espumadera de cocina —contesté y se echó a reír—. Hola Luca —sonreí al verle.

—Desde luego, sois noticia —dijo entrando hasta el salón.

—Aquí la famosa es ella, que no veas la historia que tiene detrás —comentó Amy.

—Yo creo que ya se lo podemos decir, ¿no te parece, vecina?

—¿Decirme qué, Mariana?

—Lo que vas a escuchar, no tiene que salir de aquí, que mi familia aún no lo sabe.

—¡Lo sabía! —gritó poniéndose en pie— Estás saliendo con el vecino buenorro.

—¿Qué? ¡No! —reí.

—¿El vecino buenorro? —preguntó Luca sonriendo.

—A ver, es evidente que eres atractivo y mira qué cuerpo. Podrías ser modelo.

—Pues va a ser que no, porque es investigador privado.

—Espera, ¿es qué? —Abrió aún más los ojos.

—Investigador privado —dijo él.

Y le conté lo de la madre de Stefano, que le había contratado para que me buscara porque quería saber mi versión de los hechos acontecidos con su único hijo, y cuando supo del bebé le pidió que se quedara conmigo en plan guardaespaldas.

—Mariana, tienes una vida de lo más interesante. En serio, escribe un libro porque lo vas a vender como churros.

Hasta Luca se echó a reír con aquella ocurrencia.

Le invitamos a quedarse con nosotras a cenar y aprovechamos que estaba allí para que nos grabara a las dos, el pobre suspiraba, nos miraba y volteaba los ojos como diciendo que para lo que había quedado, pero la verdad era que sonreía porque en el fondo le gustaba estar allí con nosotras.

—¡Lo sabía! —gritó poniéndose en pie— Estás saliendo con el vecino buenorro.

—¿Qué? ¡No! —reí.

—¿El vecino buenorro? —preguntó Luca sonriendo.

—A ver, es evidente que eres atractivo y mira qué cuerpo. Podrías ser modelo.

—Pues va a ser que no, porque es investigador privado.

—Espera, ¿es qué? —Abrió aún más los ojos.

—Investigador privado —dijo él.

Y le conté lo de la madre de Stefano, que le había contratado para que me buscara porque quería saber mi versión de los hechos acontecidos con su único hijo, y cuando supo del bebé le pidió que se quedara conmigo en plan guardaespaldas.

—Mariana, tienes una vida de lo más interesante. En serio, escribe un libro porque lo vas a vender como churros.

Hasta Luca se echó a reír con aquella ocurrencia.

Le invitamos a quedarse con nosotras a cenar y aprovechamos que estaba allí para que nos grabara a las dos, el pobre suspiraba, nos miraba y volteaba los ojos como diciendo que para lo que había quedado, pero la verdad era que sonreía porque en el fondo le gustaba estar allí con nosotras.

Capítulo 20



Lunes por la mañana y yo solo tenía ganas de volverme invisible para el mundo y para esos medios que llevaban agolpados en la puerta desde el sábado.

Me despedí de Amy y me dispuse a salir para el trabajo. Esta vez no había tres reporteros, había por lo menos siete u ocho. Sentí la vergüenza más grande.

—No voy a contestar a nada, lo aviso de antemano —dije saliendo por la puerta sin mirar a nadie y a paso ligero.

—Mariana, dínos solo si has hablado en este tiempo con Stefano.

—No me sigáis, voy a mi trabajo, hacer el favor de dejarme en paz porque no voy a decir nada.

No valía de nada lo que dijera pues me siguieron hasta la mismísima academia donde al entrar rompí a llorar ante una Chris que intentaba consolarme.

—Vamos, cariño, tranquila —me dijo frotándome la espalda.

—Estoy agobiada, te juro que estoy agobiada. —Lloraba a lágrima viva.

—Vamos, vamos a por una tila.

Me llevó a la sala de descanso, puso a calentar una taza con agua y tras añadirle azúcar, puso un sobre de tila.

No tardé en empezar a beber, al menos consiguió calmarme un poco.

Cuando estuve más tranquila me acompañó a la clase y me dio otro abrazo.

—Ánimo cariño, que no puedan contigo —murmuró y asentí.

Erick estuvo toda la clase animándome, al igual que los demás que bromeaban con palabras en español para sacarme una sonrisa. La segunda clase fue más de lo mismo, todos estaban de algún modo intentando que no decayera ya que sabían lo sensible que estaba. Además, que al haberse hecho eco de que estaba en Praga, los medios de ahí comenzaron a cubrir la parrilla de sus programas con la historia de los dos.

Al terminar la clase y salir hacia el pasillo, Chris me señaló un ramo de flores grandísimo y precioso.

—Lo han dejado aquí para ti.

—¿Para mí? —sonreí con tristeza— Seguro que han sido los chicos. —Me referí a mis alumnos.

—No lo sé, el repartidor preguntó por ti y no dijo más nada —contestó mientras yo cogía la tarjeta que contenía el ramo.

«Que nadie te corte las alas. Sonríe y demuestra al mundo que después de la caída, una guerrera como tú puedes reconstruir todos los pedazos que quedaron esparcidos. Brilla y sueña. No dejes de sonreír».

Muy bonito mensaje, sí señor. Además, que consiguió sacarme una sonrisa de oreja a oreja. Lo malo era llegar hasta el apartamento con eso en las manos y los medios siguiéndome, iba a generar muchas especulaciones.

—Tengo una idea. En el cuartito trastero tengo el carrito de la compra para cuando de camino a casa voy al mercado. Hoy no tengo que ir. Puedes meterlo ahí y salir como si llevaras compra y mañana me lo traes —dijo Chris, salvando la situación.

—Sí, por favor, una gran idea, te lo agradezco.

Metí el ramo de flores y me dirigí hacia el apartamento con los medios pisándome los talones y haciéndome mil preguntas. Antes de subir paré en una tienda y compré un jarrón de cristal que también metí en el carrito.

Amy al verlo se llevó las manos a la boca y luego se puso a prepararlo en el jarrón y lo puso en un rincón muy bonito del salón para tirarle unas fotos. Ella también tenía claro que era o del grupo de la clase, o de algún alumno que me quería conquistar. Me reí mucho con sus deducciones.

—Lo de las redes se ha ido de las manos —murmuró cuando nos sentamos a comer.

—Qué pasada, la de millones de seguidores que han empezado a seguirte.

—Y a ti también te están subiendo un montón por las historias que estoy poniendo, mencionándote.

—Sí, otra locura, hace un rato había pasado el millón, por Dios me siento *influencer* en la sombra —nos reímos.

—A mí esta mañana me han hecho un montón de ofertas que estoy contestando poco a poco, pero vamos que las voy a coger todas, necesito seguir generando todos los ingresos posibles para cuando nos vayamos a España poder pagarme un alquiler.

—Sabes que tienes mi casa.

—Sí, pero no eternamente. Yo también quiero la mía. —Puso cara de tristeza.

—A este paso no solo podrás alquilar una, también podrás comprarte una mansión —me reí.

—Yo con tener un apartamento como este, ya me siento de lo más dichosa.

Después de comer subí el ramo de flores, pero con una foto hecha con mi mano y en el balcón, en un segundo

plano se veían los techos de la ciudad, quedó de lo más bonita y prolija.

«Son preciosas. Las flores hablan lo que nuestros corazones callan»

l Amy sonrió al ver la frase que había puesto y que comenzó a tener un montón de comentarios y «me gusta». Estaba feliz con ese perfil que había crecido como la espuma y que, de algún modo, me valía de distracción y contacto con el mundo.

Aproveché para mirar los titulares y, además de mis imágenes, seguían hablando de Stefano y lo que sería de su firma.

Esperaba que de verdad lo que hiciera fuera pensando en esos miles de personas que trabajaban para él, puesto que como él mismo dijo, no tenían ninguna culpa de los errores que él había cometido.

Le mandé un mensaje a Sara para preguntar por mi sobri, eso de tener a los míos lejos era un agobio.

Sara: *Tranquilito de momento. A ver si sigue así que parece que se ha calmado en eso de hacerme vomitar todo el día. ¿Y mi sobri?*

Mariana: *Yo no me estoy enterando de nada, no hay náuseas.*

Sara: *Pues que siga así, porque yo me pasé un par de días como la niña del exorcista, qué malita me puse.*

Seguimos charlando un rato mientras Amy revisaba esas ofertas que había estado recibiendo, y contestaba a algunas de ellas.

Menos mal que la tenía a ella conmigo en esos momentos en los que, más que nunca, necesitaba a mi familia. Amy se había convertido en una de esas piezas importantes de mi vida.

Al día siguiente la sorpresa fue más grande y no solo porque los medios siguieran insistiendo en la puerta de casa, sino porque me llegó una caja de bombones de una marca muy conocida que eran verdaderas exquisiteces.

Algo me podía hacer sospechar que en eso tenía que ver Erick por sus risitas y los comentarios que hizo ese día en la clase. Pero no soltaba prenda. Al llegarme los bombones a primera hora, los alumnos se habían dado cuenta, de ahí a que Erick hiciese un montón de comentarios y me dejase con la intriga y la mosca detrás de la oreja, como suele decirse. Pero claro, no iba a preguntarle directamente si había sido él.

Amy decía que sí, cuando le enseñé la caja nada más llegar a casa, ni se lo pensó lo puso en el ojo del huracán y lo señaló como el autor. Es que ese chico siempre salía antes de que ellos entraran a la segunda clase y hacía comentarios graciosos sobre mí, y Amy, que en esos momentos sí iba a la academia, siempre me dijo que ese hombre estaba coladito por mí.

Le tiré una foto de un primer plano a los bombones para subirla a la red.

«Quién te endulza los días, es capaz de sanar tu corazón»

Por los comentarios que hacían, deducía que los seguidores, al no ser conocedores de mi historia, daban por hecho

que esos regalos que había subido eran del padre del bebé que estaba esperando, agasajándome por los momentos tan bonitos y dulces que estábamos viviendo con el embarazo. Nada que ver con la realidad...

Si realmente supieran que el padre no tenía la menor idea de nada, y que si se enterase alguna vez sería porque saliera a la luz que estaba embarazada y él atara cabos, no dirían que qué bonito detalle.

Amy y yo atacamos esos bombones que estaban buenísimos, y me dijo que debía darle las gracias a Erick en cuanto le viera.

—Pero ¿qué dices? —reí— Qué vergüenza.

—Vergüenza ninguna. Tú llegas, le dices que muchas gracias por los bombones y que te los podría haber dado en mano, que no muerdes.

—Anda que, menudas ideas tienes.

Mi padre me llamó para ver cómo estaba, con todo eso de la prensa por el edificio él estaba igual de inquieto que mi hermano, se preocupaban mucho por mí.

—En casa sin salir, para que no me agobien —reí.

—Y todo por ese hombre.

—Papá, ese hombre es...

—Lo sé, lo sé, el padre de tu hijo. Me ha dado un regalo al hacerme abuelo por partida doble, pero que no espere que sea santo de mi devoción.

—Yo no voy a decirle nada.

—¿Y cuándo se te note, hija? Porque la barriga de embarazada no es de quita y pon, como si fueran las piezas de Míster Potato.

1

—Papá, por Dios —me reí de tal modo, que hasta él comenzó a soltar carcajadas.

—Lo verá en la prensa tarde o temprano, y si no es tonto sumará dos más dos.

2

—Bueno, pues ya cruzaré ese puente cuando llegue.

—Dime una cosa, pequeña, ¿aún le amas? —Me quedé en silencio y en *shock* ante aquella pregunta de mi padre, no la esperaba para nada por mucha confianza que tuviéramos—. Vale, tu silencio dice más que las palabras.

—Papá.

—Hija, contra lo que siente el corazón, nadie puede luchar, sería como nadar a contracorriente. Te quiero, pequeña, te quiero y te querré siempre, pase lo que pase, y me tendrás ahí para ti.

Me eché a llorar, le dije que yo también le quería y cuando colgué, Amy extendió los brazos para que me refugiar en ellos.

—Esas hormonas son unas lloronas —dijo mientras me frotaba la espalda.

—Me voy a quedar seca, como siga llorando así.

—A ver, como decís en España, cuanto más lloras menos meas, que, oye, estando embarazada eso debe ser un alivio, porque tener ahí al pequeñín apretando la vejiga...

Me tenía que reír con cada tontería que Amy decía.

Me eché a llorar, le dije que yo también le quería y cuando colgué, Amy extendió los brazos para que me refugiara en ellos.

—Esas hormonas son unas lloronas —dijo mientras me frotaba la espalda.

—Me voy a quedar seca, como siga llorando así.

—A ver, como decís en España, cuanto más lloras menos meas, que, oye, estando embarazada eso debe ser un alivio, porque tener ahí al pequeñín apretando la vejiga...

Me tenía que reír con cada tontería que Amy decía.

Capítulo 21



Stefano

Había subido el ramo de flores y los bombones.

Después de aquel choque de realidad en que mi madre me afirmaba que esperaba un hijo mío, todo mi mundo se había vuelto un tanto inquieto.

Por un lado, aunque no lo dijera, soñaba con que ese hijo que llevaba en su vientre fuera mío y por otro, me daba miedo de que ya estuviera con su vida rehecha y olvidándose de lo que un día sintió por mí.

Estaba subiendo a mi avión con destino a Praga, sabía que era muy arriesgado todo por los medios, pero esperaba que mi plan saliese bien. Tenía que hablar con ella personalmente y que me despejara muchas dudas, además de pedirle perdón encarecidamente. No sabía cómo iba a salir la cosa, pero no podía dejar todo en el aire sin hacer un intento de descubrir la verdad.

El vuelo lo pasé un tanto nervioso, conectado al wifi del avión y mirando la red de ella en todo momento.

Había algo que me hacía dudar, y es que, si ella subía regalos que no eran de la persona con la que podía estar, ¿este lo permitiría? Todo era chocante y a la vez lleno de misterios.

Romeo se había encargado de reservarme el hotel a nombre de Franco para que nadie supiera que yo estaría allí, lo que menos quería en ese momento era a los medios pululando a mi alrededor.

Bastante me costó salir de mi propia casa, que lo hice por la puerta trasera como si fuera un vulgar ladrón.

Aterricé en Praga y un coche me llevó directamente al hotel, ese que estaba reservado para dos noches. En principio no quería estar más tiempo porque no sabía qué iba a pasar y añadir alguna noche extra no sería inconveniente llegado el caso.

Iba vestido como un skater; gorro de lana, camisa de cuadros por encima de un vaquero que caía sobre unas Converse. Un chaquetón grande, bufanda que tapara mi mandíbula y unas gafas de sol amplias con las que ocultaba ese particular color de ojos que tenía. No podrían reconocerme de esa guisa y más cuando yo era de lo más elegante vistiendo.

Primera prueba en el hotel superada, yo era Franco y me dieron la llave sin reconocerme, así que podía estar tranquilo y satisfecho por la locura que se le ocurrió a Romeo para que me mezclara con la gente por Praga pasando desapercibido.

Salí a la calle dispuesto a ir al encuentro de ella, cosa que no se esperaba y más teniendo en cuenta que tenía a los medios encima, con lo cual me las ingenié para entrar en su portal cuando lo hizo un vecino y respiré aliviado al ver que había pasado desapercibido.

Ahora me tocaba esperar a que llegara, lo que iba a hacer mientras los nervios me carcomían, pero valdría la pena

La había visto en esas imágenes cuando los periodistas la abordaron al salir de su casa con Amy y al volver, estaba decaída, pero, aun así, sacó esas garras de leona con las que se enfrentó a mí en Miami.

Lo que me mató fue ver cómo la siguieron hasta el trabajo, ella no estaba acostumbrada a ser el centro del foco, ella era quien iba detrás de la noticia.

Eran las dos y diez cuando yo estaba al lado del ascensor y entró ella. En ese momento me había quitado el gorro, las gafas y la bufanda.

—¿Stefano? —preguntó temblorosa y bajo mi asombro, no lo hizo de manera enfadada ni con rabia.

—Sí, Mariana, no te asustes, por favor. Necesito hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar —murmuró con tristeza.

—Sí, necesito que vayas a esta dirección, es mi hotel —dije entregándole la tarjeta donde había anotado el número de mi habitación—. Sé que no puedes confiar en mí, pero te pido que lo hagas. Solo una vez, por favor.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a la vez que se le escapaba una lagrimilla y me maldije por cada una de las que había derramado por mi culpa.

—Necesito hablar contigo, por favor te pido que vayas a esta habitación del hotel. Te espero allí.

—No sé...

—Por favor, Mariana —dije poniéndome el gorro y las gafas.

—No te aseguro nada.

—Te espero allí a las cinco.

—Lo pensaré.

—No llores, por favor. —Me arriesgué a pasar la mano por su mejilla y, para mi asombro, no la quitó.

—Nos vemos luego —me respondió tras un suspiro confirmando que allí estaría.

Sonreí levemente y asentí antes de retirar la mano, tenía la mejilla fría por haber venido caminando, y si hubiera podido... Si hubiera podido la habría abrazado en ese momento.

Salí sin despertar la más mínima sospecha, además solo quedaban dos *paparazzis* que hablaban entre ellos. Imagino que cuando la vieron entrar dedujeron que ya no saldría por ahora.

Regresé al hotel donde pedí que me subieran una ensalada de queso de cabra con salmón, no tenía mucho apetito . así que solo ordené eso.

Estaba preciosa, no podía quitar su imagen de mi cabeza y lo que más me impactó es que seguía siendo esa niña dócil en la que se convirtió cuando se dio cuenta de los sentimientos que tenía hacia mí.

Romeo: *¿Cómo ha ido?*

Sonreí al ver el mensaje de mi mejor amigo, se había esforzado mucho para ayudarme a llegar hasta aquí y así poder obtener respuestas.

Stefano: *Va a venir para hablar.*

Romeo: *Arrástrate como con una jodida serpiente si es necesario, ¿me oyes? Te arrodillas, le besas los pies y le imploras perdón. Me da igual que seas un hombre de casi cuarenta años, pero no la dejes salir de esa habitación sin que escuche cómo le pides perdón.*

Stefano: *¿Algún consejo más, señor Romeo?*

o

Romeo: *Sí, no te comportes como el gilipollas que has estado siendo, y por Dios, no se te ocurra ofrecerle dinero.*

Sonreí dejando el móvil de nuevo sobre la mesa y solté el aire.

Los nervios que pasé en esa espera fue lo más grande que había aguantado en los últimos meses. Necesitaba hablar con ella y esclarecer muchas cosas.

A las cinco en punto tocaron a la puerta. Mis piernas eran como dos marionetas que se sujetaban a lo justo, estaba temblando.

—Pasa —le dije con una sonrisa no muy amplia y un tanto triste.

—Buenas tardes, Stefano.

—Buenas tardes, Mariana. ¿Un café?

—No, gracias, con un poco de agua voy bien.

Imaginé que había rechazado el café debido a su embarazo.

—Lo primero que quiero pedirte es perdón por todo el daño que te hice. Te juro por lo más sagrado que me arrepiento en el alma.

—Me has arruinado la vida, Stefano. Sé que yo no actué bien contigo, pero no me merecía perderlo todo y que se me tachara de cosas tan horribles.

—Fui el ser más deleznable de este planeta, me convertí en aquello que nunca imaginé, pero te confieso que perdí el control cuando me di cuenta de que tenía sentimientos hacia ti.

—Sentimientos feos... —murmuró mientras se apartaba, alejándose de mí, y eso me mataba.

Caminé quedándome a su espalda, quería tocarla, quería rodearla con mis brazos, pero me contenía.

—No, feos fueron mis actos, pero no esos sentimientos.

—Stefano ¿qué quieres de mí? —preguntó con tristeza girándose y volviendo a quedar frente a frente conmigo.

—Lo primero, que me perdones, y que sepas que estoy dispuesto a hacer lo que me pidas. Sin condiciones, sin peros.

—Quiero vivir en paz, si mi perdón te va a dejar tranquilo y todos podemos continuar nuestras vidas, lo tienes.

—Sé que estás esperando un hijo... —Su cara palideció al escucharme.

—Es mi vida, Stefano —contestó después de unos largos minutos en silencio.

—Mírame a los ojos y dime si yo no tengo nada que ver con eso.

—Quédate tranquilo.

—Mírame a los ojos, por favor.

Levantó su cara, me miró y se le saltaron las lágrimas. No fue capaz de negármelo.

—¿No vas a preguntarme cómo lo sé? —indagué, por saber si ella era consciente de que mi madre estaba al tanto.

—Puedo hacerme una idea, pero la verdad es que no pensé que fuera a decírtelo. Porque ha sido tu madre, ¿verdad? Ella te lo ha dicho.

—Sí. Me dijo que tenía ojos puestos sobre ti, pero no sé a qué se refería.

—A Luca, se hizo pasar por mi vecino, pero es investigador privado. Y cuando por error se me escapó lo del embarazo, ella le hizo quedarse aquí para ser algo así como un guardaespaldas.

—¿Luca? —Fruqué el ceño, porque yo conocía un Luca, un Luca que era investigador privado y, además...—
¿Cómo es ese tal Luca?

—Alto, rubio, con los ojos azules. Muy simpático.

—Tenía que haber imaginado que mi madre hablaría con él —suspiré.

—¿Le conoces?

—Ya lo creo que sí, es mi primo, sobrino de mi madre.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes —sonreí mientras negaba. Luca para mi madre siempre había sido como un hijo, le adoraba.

Mariana se quedó callada un momento y, tras ese silencio, me miró con dolor en sus ojos.

—Stefano, si intentas hacerme daño con el bebé, te juro que te mato —murmuró rompiendo a llorar.

—No te quiero hacer más daño, solo quiero saber si soy el padre.

—Lo eres —me confesó mirándome a los ojos—. Al mundo le negaste que te habías acostado conmigo.

—El mundo me da igual, solo quiero que no os falte de nada.

—Sé trabajar, no se me caen los anillos, lo estoy haciendo incluso teniendo el dinero que me diste en la cuenta y que no toco. Te perdono Stefano, pero no intentes joderme la vida con el bebé que entonces me conocerás de otra manera.

—Déjame que forme parte de su vida —le pedí, porque confirmar que ese bebé era mío, era lo mejor que podía pasarme.

—Si te soy sincera, ojalá así sea, espero que hagas el papel con ese amor que nunca conocí en ti. Él no es un juego como lo he sido yo.

—No lo será, por mi vida que no, Mariana —sujeté su mano y para mi asombro, no la quito—. ¿Qué planes tienes de futuro?

—Vuelvo a España en junio en cuanto acabe el curso, no los quiero dejar tirados cuando ya vienen de pasar por otra baja. Allí intentaré hacer mi vida y trabajar en algo desde casa.

—Cuando hice el comunicado de que estábamos barajando las diferentes opciones para el tema de la firma, todo estaba basado en cederte a ti la mitad.

—Ni loca, de verdad, Stefano, ni loca, no quiero nada. —Comenzó a negar moviendo la cabeza muy rápido.

—Ahora tengo un heredero...

—A él le puedes dejar lo que quieras, es tu hijo también, pero te repito que no sea un juego. —Me apartó la mano pero no con mal gesto.

—No tengas miedo, no soy el hombre cruel que te mostré, no soy ese hombre.

—No sé quién eres, pero no quiero problemas Stefano, solo quiero vivir en paz. —Se echó a llorar, derrumbándose por completo.

—No llores, Mariana. —La abracé sin pensarlo y para mi asombro se quedó en mi pecho, llorando inmóvil.

—No sabes el dolor que he tenido que soportar, el miedo a salir a la calle y que me dijeran de todo. La decisión de venirme aquí era la única forma de intentar evadirme de todo, pero lo descubrieron, era muy difícil esconderse cuando el mundo entero había visto mi cara en todos los titulares que me tachaban de chantajista, por no decir cosas peores. No te pido nada para mí, pero por el bebé, solo te ruego que seamos justos. No tiene la culpa de nada.

—No tengas ese miedo, Mariana, no lo tengas. —Se me saltaron las lágrimas y ella me miró incrédula—. Haré todo conforme a tus decisiones, me amoldaré a absolutamente todo y estaré ahí para apoyarte en cada paso de este camino.

—Solo te voy a pedir un favor.

—Lo que quieras.

—Por ahora, mantente alejado de mi vida, quiero llevar estos dos meses que me quedan aquí de la mejor manera posible. Todo esto me está superando y tener a los medios en la puerta de casa me hace mucho mal. No puedo salir libremente y estoy muy limitada.

—Te prometo que lo solucionaré, pero quiero estar al tanto de todo en estos dos meses y, cualquier visita al ginecólogo, que me mandes la imagen, ya que sé que no querrás que te acompañe.

, —Deja todo como está por ahora. Te mantendré al tanto. Debo irme, que Amy me espera.

—Dame un abrazo, por favor. Te prometo que me tendrás siempre a tu lado, nunca enfrente.

;

—Ojalá sea verdad, no quiero una guerra con el padre de mi hijo. No quiero ni puedo permitírmela.

Nos abrazamos y rompimos a llorar. Se despidió prometiéndome que estaríamos en contacto.

Iba a ser padre del hijo de la mujer a la que le había jodido la vida y a la que amaba. Iba a ser padre cuando no me merecía ni el aire que respiraba.

Y Mariana, tan buena, tan dulce, hablando desde el corazón y sin el más mínimo rencor ni odio. ¿Cómo le pude hacer eso a una persona tan buena como ella?

Y no, no fui capaz de confesarle que fui yo el que envió los bombones y también ese ramo de flores...

,

2

1

1

Capítulo 22



Mariana

Había pasado una semana desde que me encontré con Stefano, una semana en la que cada día me mandaba un mensaje preguntándome cómo estaba o si necesitaba algo.

Puse al tanto a toda mi familia de que Stefano me había encontrado y sabía lo del bebé.

Les tuve que decir también lo de su madre, que fue la primera en haberme localizado y que mantuvo aquello en secreto hasta que ya no pudo más y le dijo a su hijo lo que pasaba.

Todos alucinaron con lo que les conté, pero más aún cuando les dije que Stefano estaba dispuesto a ser el padre que mi bebé necesitaba, mi padre dijo que más le valía que fuese así, que al menos con su hijo tuviera dos dedos de frente.

Estaba saliendo de la consulta del ginecólogo con Amy y la eco en la mano. Me acababan de revelar que esperaba una niña y yo, yo había llorado de lo más emocionada.

—Una niña, voy a ser tita de una niña —me dijo Amy abrazándome y empezando a aplaudir—. La hago *influencer*, ya verás. Que se olvide su padre de que dirija la empresa en un futuro... O, bueno, sí, que la dirija y sea *influencer*, que va a ser más famosa de lo que fue su padre cuando estuvo en la cima.

—Aún ni ha nacido y ya la quieres hacer *influencer*, ya te vale.

Hice una foto a la eco y se la mandé a todos diciéndoles que en unos meses tendríamos una princesita en la familia.

Locos de contentos, así se pusieron todos.

Esos días no estaban los reporteros revoloteando a mi alrededor y es que Stefano dijo que en breve daría a los medios un comunicado si cesaban el constante acoso hacia mi persona. No sé por qué razón, pero le hicieron caso cosa que agradecí.

Cuando llegamos a casa le mandé un mensaje a Stefano, que sabía que había ido al ginecólogo, y además le adjunté la imagen de la eco.

Mariana: Buenas tardes, es una niña.

Stefano: *Buenas tardes, preciosa. Estoy sin palabras y de lo más emocionado. ¿Qué tal estás tú?*

Mariana: *Bueno, feliz, emocionada y deseando tenerla entre mis brazos.*

Stefano: *¿Has pensado en el nombre?*

Mariana: *No, la verdad es que no...*

Stefano: *Me gustaría verte en algún lugar fuera del alcance de todos. Había pensado en recogerte en el aeropuerto de Praga y que nos escapásemos un par de días a algún lugar para poder hablar del comunicado que quiero dar y que entre los dos acordemos los puntos.*

Mariana: *¿Y no lo podemos hablar por teléfono?*

Stefano: *En persona y desde la tranquilidad podemos intentar poner un poco de orden en todo este desorden que ocasioné en nuestras vidas. Te pido que confíes en mí, sé que no tengo derecho a pedirlo, pero mi corazón lo pide a gritos. Quiero demostrarte que no habré sido el mejor hombre del mundo ni de lejos, pero como padre lo seré y como persona, me intento superar cada día de mi vida.*

Mariana: *Tendría que ser un viernes por la tarde o sábado por la mañana.*

Stefano: *Mañana es viernes. ¿En el aeropuerto a las seis?*

No sabía si era la mejor decisión que podía tomar, pero mi corazón decía que no complicara las cosas y pusiera un poco de mi parte. Amaba a ese hombre con el que tenía claro que nunca iba a volver a tener nada por todo el dolor que me había causado, pero, era el padre de mi bebé y eso para mí tenía el suficiente peso para querer que todo fluyera de la manera más sana y cordial, por el bien de la niña.

Mariana: *De acuerdo, allí estaré.*

Stefano: *Dejo tus datos en el control de seguridad de la parte privada. Te mandaré la información por el lado que tienes que entrar y cómo llegar hasta la zona.*

Mariana: *Vale, gracias.*

Stefano: *Gracias a ti por todo, preciosa. Ten una bonita tarde.*

Si la tarde la pasé nerviosa, el viernes por la mañana me levanté hecha un flan.

—Cálmate, cariño. —Me abrazó Amy cuando nos despertamos.

—No sé, nadie se puede imaginar lo doloroso que es para mí ese encuentro. Me costó mucho estos días después de verlo aquí en Praga, no es fácil cuando mi corazón está más tocado que todas las cosas. No me sale ser fuerte como lo era antes de conocerlo. Estoy cansada de librar batallas desde que todo sucedió y ahora aparece él, quiere estar en la vida de nuestra hija, cosa que agradezco, pero tenerlo tan cerca me causa un sabor muy agri dulce.

—Te voy a decir algo, aunque no te guste. Te veo comenzando una relación con él.

—Yo también te voy a decir algo. Bajo ningún concepto, estoy enamorada y tocada, pero no soy tonta. No volvería a unos brazos que me causaron el mayor dolor de mi vida. No confío en él como hombre, ni lo haré en la vida. Pero sí como persona le quiero dar la oportunidad, por nuestra hija. Ojalá que su papel de padre sea al menos intachable.

—Hablas desde el dolor, pero en tus ojos se ve lo que siente tu corazón. Mariana, no te conocí antes, pero si te soy sincera, traspasas tus sentimientos que casi se pueden palpar y hablas con tanto amor y serenidad que se nota la bondad que habita en ti.

—Bueno, me voy a vestir que no quiero llegar tarde al trabajo y por mucho que diga no vas a entender lo que hay en mi cabeza.

—Mucho amor hay en tu cabeza y en todo ese precioso cuerpo. —Me sacó la lengua.

—Y muchos problemas que no solo se resuelven con medios, sino con el tiempo —resoplé mientras me iba quitando el pijama.

—Qué pasada cómo se está redondeando tu barriguita.

—Sí, hoy le noté algo de forma, menos mal que con la ropa de invierno no se nota nada.

—Vas a ser la embarazada más bonita del mundo.

—Me miras muy bonito —sonreí terminándome de vestir y cogiendo el vaso que me regaló Amy rosa con la leche calentita para el camino.

El día lucía con un cielo de lo más despejado y un sol brillante, consiguiendo que el frío no se sintiera tanto. Fui paseando y pensando en el encuentro con Stefano esta tarde en el que nos iríamos a un lugar que no tenía ni idea.

Erick me hizo reír lo más grande cuando apareció con un pequeño ramo de flores de Chupa Chups.

—Seño, que yo no te regalo flores de verdad para darte la responsabilidad de cuidarlas. Mejor esto que al menos te endulzo el fin de semana.

—Eres muy grande —me reí cogiéndolo.

—Disfrútalo y olvídate del mundo. Te mereces ser muy feliz. —Hacía referencia a lo que él y los demás sabían a través de los medios.

La mañana pasó increíblemente rápida ya que las risas siempre estaban aseguradas sobre todo en los momentos de pronunciación, del que salía cada palabra que era como mínimo para revolcarse de la risa. Me encantaban mis alumnos y estaba feliz del aprendizaje que, sin ellos saberlo, producían en mí.

Cuando llegué a casa, Amy me dio la noticia de que todos los medios se habían hecho eco de mi perfil de

Instagram y que se hablaba de todas las posibilidades en torno a mi embarazo.

No me caí de culo porque Dios no quiso, pero me dije que esto no iba a poder conmigo.

^s —La verdad es que mucho han tardado en descubrirte después de salir mi nombre, porque encima vivo contigo y te etiqueto y todo...

[/] —Sí, pero bueno, al menos veo que la gente dice que ojalá sea yo y que la vida me sonría. Ya por lo menos no me sueltan todos esos insultos que un día me dijeron de manera desmesurada.

Después de comer y comerme mucho el coco con ese tema, a pesar de que no quería, me metí en la habitación a hacer una bolsa de viaje pequeña para un par de días, imaginaba que al día siguiente me traería de vuelta, quiera como fuese, como muy tarde el domingo tenía que regresar.

Me despedí de Amy hecha un manojo de nervios.

—Mente fría, pero sin olvidar todo lo que ese hombre te hizo un día. No permitas nada que no debas, por favor.

—Tranquila, estoy muy concienciada en todo.

—Dame otro abrazo anda, y que te sea leve.

—Eso espero —reí nerviosa.

^e Me acompañó hasta el taxi que ya me esperaba en la puerta y en el que me subí precipitadamente por si aparecía algún medio por aquí, cosa que por ahora había estado todo muy tranquilo en ese término.

El camino hacia el aeropuerto lo hice mirando todos esos titulares que iban hablando de cada uno de mis post, no solo el del test o las ecos que había subido, sino también señalaban a Stefano como el responsable de esas flores y bombones. Todo eran especulaciones que, de algún modo para ellos, cobraban sentido, aunque no estaban al tanto de la realidad en sí.

Los nervios se apoderaron de mí cuando iba pasando los controles de seguridad y accediendo a la zona privada donde aterrizaban y despegaban los aviones privados.

Me paré ante un escaparate en el que vi un babero con un nombre, Aitana, me pareció súper bonito y acaricé mi barriga. Aunque aún no tenía claro cuál le pondría, ese había pasado a la lista de mis favoritos. No compré el babero porque ni era el momento ni estaba segura, pero con las ganas me quedé.

Instagram y que se hablaba de todas las posibilidades en torno a mi embarazo.

No me caí de culo porque Dios no quiso, pero me dije que esto no iba a poder conmigo.

—La verdad es que mucho han tardado en descubrirte después de salir mi nombre, porque encima vivo contigo y te etiqueto y todo...

—Sí, pero bueno, al menos veo que la gente dice que ojalá sea yo y que la vida me sonría. Ya por lo menos no me sueltan todos esos insultos que un día me dijeron de manera desmesurada.

Después de comer y comerme mucho el coco con ese tema, a pesar de que no quería, me metí en la habitación a hacer una bolsa de viaje pequeña para un par de días, imaginaba que al día siguiente me traería de vuelta, quiera como fuese, como muy tarde el domingo tenía que regresar.

Me despedí de Amy hecha un manojo de nervios.

—Mente fría, pero sin olvidar todo lo que ese hombre te hizo un día. No permitas nada que no debas, por favor.

—Tranquila, estoy muy concienciada en todo.

—Dame otro abrazo anda, y que te sea leve.

—Eso espero —reí nerviosa.

Me acompañó hasta el taxi que ya me esperaba en la puerta y en el que me subí precipitadamente por si aparecía algún medio por aquí, cosa que por ahora había estado todo muy tranquilo en ese término.

El camino hacia el aeropuerto lo hice mirando todos esos titulares que iban hablando de cada uno de mis post, no solo el del test o las ecos que había subido, sino también señalaban a Stefano como el responsable de esas flores y bombones. Todo eran especulaciones que, de algún modo para ellos, cobraban sentido, aunque no estaban al tanto de la realidad en sí.

Los nervios se apoderaron de mí cuando iba pasando los controles de seguridad y accediendo a la zona privada donde aterrizaban y despegaban los aviones privados.

Me paré ante un escaparate en el que vi un babero con un nombre, Aitana, me pareció súper bonito y acaricié mi barriga. Aunque aún no tenía claro cuál le pondría, ese había pasado a la lista de mis favoritos. No compré el babero porque ni era el momento ni estaba segura, pero con las ganas me quedé.

Capítulo 23



Stefano

Si el día que esperé a Mariana junto al ascensor de su edificio, el tiempo hasta que llegó a mi habitación de hotel se me hizo eterno y me comieron los nervios, este momento era mucho peor.

Me había atrevido a pedirle que pasara esos días conmigo, no solo para poder hablar desde la tranquilidad de lo que estaba por llegar, sino porque necesitaba estar con ella, asegurarme de que Mariana estaba bien, todo lo bien que se podía en una situación como la vivíamos desde hacía unos meses.

Cuando le dije a Romeo lo que había hecho, solo me dijo tres palabras, «no la cagues», y no pensaba hacerlo.

Este viaje con ella me serviría para poder aclarar todos esos puntos que debía exponer en el comunicado, además de poder disfrutar de la bebé que nos unía.

La vi de lejos y por mi vida juraba que el corazón me dio un vuelco. ¿Cómo había estado tan ciego cuando la tenía en mi casa de no querer creer que esa mujer despertaba sentimientos en mí que hasta ese momento no había sentido?

Y lo peor, cómo pude ser tan necio y comportarme de esa manera tan lamentable con ella, con la madre de mi hija pues esa pequeña ya formaba parte de nuestras vidas cuando concedí aquella entrevista, y ninguno lo sabíamos.

Una azafata la acompañaba hasta pie de pista para subir al avión en donde yo la esperaba abajo y, al igual que cuando llamó a mi puerta en el hotel, me acerqué a ella con las piernas temblorosas. Había que joderse, a mis años y nervioso como un adolescente esperando a su cita en el baile de graduación.

—Hola, preciosa. —Le di dos besos.

—Hola, Stefano —sonrió levemente.

—Adelante. —Estiré mi mano para que subiera cuando le cogí la bolsa de viaje que traía.

—Gracias —sonrió tímidamente.

Al pasar delante de mí para subir, el aire llevó hasta mí el aroma que tanto había disfrutado cuando la tenía en mi casa, ese que, no iba a mentirme, había recordado muchas veces y por ello me maldecía, por tener sentimientos hacia una persona que me llevó a una guerra.

¿Pero quién podría luchar contra el corazón cuando siente y late con fuerza por otra persona? Palabras de Franco, que en este momento hacía mías.

—Estás muy guapa —murmuré cuando tomó asiento en ventanilla y me senté al lado.

—Gracias. —Volvió a sonreír tímidamente.

—¿Te vas a pasar todo el tiempo dándome las gracias?

—No sé. —Se le escapó una risilla, se la veía de lo más nerviosa—. ¿Adónde vamos?

—Vamos para Suecia, a una casa en un lugar apartado y muy bonito. Me lo han preparado todo para que no tengamos que salir del entorno ni siquiera para ir comprar. Estaremos tranquilos y estoy seguro de que podremos llegar a buenos acuerdos para que tú estés tranquila en todo, siento necesidad de hacer todo lo que esté en mis manos, y más, por el bien de la niña y el tuyo.

—Todo lo que se haga por el bien de la estabilidad emocional y felicidad de la niña, me hará bien a mí.

—Quiero que estéis bien tú y ella, las dos para mí sois importantes. Ella porque es lo más grande que tendré en mi vida, y tú por ser su madre.

—Gracias.

—Y dale con las gracias. —Carraspeé y le saqué una preciosa sonrisa.

El avión despegó y Lorena, una de las azafatas que nos había tocado como parte de la tripulación de este vuelo, nos trajo unos zumos de naranja y unos frutos secos.

—¿Hay wifi? —me preguntó.

—Sí, ¿necesitas hablar con alguien? ¿Un novio...? —pregunté con cierto temor porque, en este tiempo, no habíamos hablado sobre ese tema.

—Para novios estoy yo. —Volteó los ojos—. Solo quiero decirle a Amy que hemos despegado, y dónde estaré.

—¿Temes que te haga daño y te den por desaparecida?

—No sería de extrañar, ya me tuviste encerrada.

—Y fue un error —suspiré—. Dame el móvil, te pondré la clave del wifi.

Me lo entregó desbloqueado, entré en ajustes y le puse la clave del wifi del avión y se lo entregué.

—Muy amable —dijo y me reí, una manera distinta de darme las gracias.

—En la casa te pondré la clave también, para que no estés incomunicada.

—Pues se agradece —contestó mientras tecleaba.

No tardó en llegarle un mensaje con el que sonrió. Iba a guardar el móvil en el bolso y le entró otro, este le cambió un poco la cara.

Estuvo tecleando y de vez en cuando vi que fruncía el ceño, algo no debía ir bien.

—¿Ocurre algo, preciosa? —pregunté, sin poder evitar llevar la mano a su rodilla, esa que había comenzado a mover nerviosamente.

—Solo Amy sabía que me iba contigo estos días, me acaba de escribir mi mejor amiga, Diana, quería hacer una videollamada esta tarde con todas las chicas, le he dicho que no estoy en la casa y...

—No se ha tomado bien que le digas que estás conmigo —asumí, y ella asintió—. Es normal, no debo ser su persona favorita, bueno, para nadie de tu familia, en realidad.

—Las gemelas han entrado por otro lado, Diana se lo ha contado.

i

—Diles que todo va a estar bien. —Le di un leve apretón en la rodilla—. Solo vamos a hablar por el bien de nuestra hija.

Asintió, siguió tecleando y en un momento dado, resopló.

—¿No se convencen?

—No mucho, Noemí dice, y cito textualmente, que como me hagas algo te arranca los ojos para que no vuelvas a fijarte en una mujer en tu vida, y te corta las pelotas y se las manda disecadas a Romeo para que las ponga de adorno en el despacho de tu casa.

—Se nota que es una de mis mayores fans. —Volteé los ojos y ella dejó escapar una sonrisilla.

Después de hablar con sus amigas y que se quedaran un poco más tranquilas, pero no mucho, cosa que no me podía extrañar lo más mínimo, empezamos a hablar de su estado por el embarazo.

Mariana se mostraba muy tranquila, noble y dispuesta a que no hubiera una guerra en la que yo no estaba dispuesto a participar, pero de algún modo me dolía que no me hiciera frente y me llenara de reproches que, sabía más que de sobra, que me merecía. No podía ser que después de todo lo que le había hecho, ella me tratara con tan buenas formas y estuviera de lo más conciliadora.

Fue un vuelo tranquilo y rápido, no duró más de dos horas y ya estábamos aterrizando en un aeropuerto cercano a la casa. Un coche nos esperaba a pie de pista y nos sacó del aeropuerto por un control privado. Debía mantenerla lejos de las miradas curiosas y del escarnio público, que bastante le había hecho pasar ya. Pero ahora, además, era mi deber como padre proteger a nuestra pequeña.

—Qué cosa más bonita, por favor —murmuró emocionada mirando hacia la casa de madera que estaba a pie de u

lago.

—Espero que te guste el interior.

5—¿Has estado alguna vez aquí? —me preguntó sin dejar de mirar alrededor y asombrarse por la belleza del entorno.

—Sí, claro, es una de mis propiedades. —Su cara fue de asombro total.

—¿Pero has vivido aquí?

—No precisamente, lo que sí he hecho es pasar algunas temporadas en las que quería estar alejado del mundo y desconectar de todo.

—Ya me la podrías haber dejado un tiempo atrás para venirme a esconderme del mundo —bromeó aguantando la risa y a mí me salió una carcajada a pesar de que me dolía que lo hubiese pasado mal.

—Mejor hubiera sido que no actuase así y evitar tantas cosas feas...

—Bueno, enséñame la casa. ¿Eso de arriba es una buhardilla? —preguntó mirándome de medio lado.

—No —sonreí—, es la segunda planta en donde están todas las habitaciones. —Carraspeé y me aparté para que entrase a la casa.

—La iluminación exterior es una pasada, a pesar de ser de noche le da una calidez a todos los árboles y naturaleza de alrededor que me han dejado loca.

—Cuando lo veas todo con la luz del día, créeme que te sorprenderá más.

—Gracias por traerme a un lugar así.

—Si me vuelves a decir una vez más gracias por algo, te pondré un esparadrapo en la boca. —Arquee la ceja y aguante la risa.

—Viniendo de ti, me espero hasta que seas capaz de ponérmela hasta en las manos y atarme a la pata de la cama —rio.

1—No, no haría nada así —contesté serio y con rotundidad mientras negaba con la cabeza—. ¿Te enseño la casa?

—Claro —sonrió.

En la planta baja había una cocina inmensa de madera en color verde limón y azulejos blancos, una preciosidad de estilo vintage pero muy minimalista que se me antojó al verlo en una revista.

Aquel era uno de mis rincones favoritos, esa mezcla de colores daba bastante amplitud al espacio con la luz del día entrando por las ventanas.

El salón era grandísimo; paredes blancas y muebles en color madera natural. Tenía una chimenea que, por cierto, estaba encendida y que era grandísima. Era mi debilidad, debía reconocerlo, me encantaba pasar horas y horas sentado en el sofá frente a ella en las tardes y en las noches que me encerraba aquí, literalmente aislado del mundo.

En el pasillo había un cuarto de baño completo de grandes dimensiones y un aseo pequeñito.

—Este baño es más grande que el de mi casa —dijo con una sonrisilla.

—¿De qué casa? ¿La de España o la de Praga?

—De las dos.

La llevé por las escaleras a la parte de arriba que contaba con tres dormitorios amplios, todos ellos amueblados en blanco, con paredes en color camel que daban esa amplitud que tanto me gustaba en los espacios.

Había un par de ventanales desde donde se podía ver a la perfección el entorno que rodeaba la casa, con todos esos árboles, que siempre me dio la sensación como si fuera la casita del bosque de Hansel y Gretel.

En el pasillo tenía el mismo aseo y baño que abajo, una réplica, y además contaba con el dormitorio principal que tenía su propio baño y unos grandes armarios empotrados que eran preciosos.

Esa estancia de la casa era como una suite de hotel de lujo. Al igual que el resto de las habitaciones, los muebles eran blancos y las paredes en color camel, pero contaba con varios ventanales más, puesto que me encantaba poder disfrutar de esas vistas en cada momento desde el rincón en el que estuviera.

—Te diría que te puedes instalar en esta conmigo, pero sé que...

—Stefano, me quedo la del fondo —sonrió señalando a esa parte del pasillo.

—Vale. —Estiré las manos para que dejara su bolsa allí.

Tenía tantas cosas que explicarle, contarle y sincerarme, que no sabía cómo iba a empezar...

La dejé en instalándose en su habitación, quedamos en ponernos el pijama y vernos en la cocina, mientras yo en la mía respiraba hondo y me calmaba.

Tenerla allí, tan cerca, era algo que sabía que no merecía.

No debería estar tan calmada y tranquila, por mucho que fuera por el bien de nuestra hija. Si me hubiera gritado nada más verme en su edificio, si me hubiera dado una bofetada como aquella que me dio en la buhardilla de mi casa, incluso si me hubiera querido arañar la cara y patearme las pelotas, como seguramente querría hacer su amiga Noemí en este momento, no habría puesto la menor resistencia.

Romeo: *¿Cómo va la cosa, jefe?*

Sonreí al ver el mensaje de mi mejor amigo, y sabía que, lo que pretendía con ese mensaje, no era curiosear qué tal iba todo en sí, sino asegurarse de que yo no metiera la pata en ningún momento.

Stefano: *Perfecto, le acabo de ofrecer tres millones de euros para que rehaga su vida donde quiera, por los daños y perjuicios causados, así como una mensualidad por la niña de seis mil euros al mes, van a estar cubierta de por vida. Acepta todo y quiere que el lunes le haga llegar el contrato para firmarlo.*

Romeo: *Dime que estás de puta broma, Stefano, por Dios. ¿Qué te dije antes de coger ese avión? ¿Qué cojones te dije? No la cagues. ¿Y qué haces? Precisamente eso, cagarla.*

Stefano: *Respira, anda, que tienes cuarenta años y eres carne de infarto. No soy tan gilipollas, ya no, al menos. No le he ofrecido, ni le voy a ofrecer, dinero. Quédate tranquilo, que llegaremos a buenos acuerdos para todos.*

Bajé a la cocina en la que comencé a preparar la cena, ya que había ordenado a una persona de confianza que me cuidaba la casa que me dejara la chimenea encendida y que además me hiciera una compra con todos los productos que le pedí.

En cuanto se unió a mí, sonreí al verla con aquel pijama en rosa pastel y estrellas blancas y rosas más oscuras por todos lados. Pero lo que más llamó mi atención fue el modo en el que su vientre, antes plano, ahora tenía una ligera redondez que me hacía sentir una emoción que no podía compararse con nada del mundo.

Comencé a preparar todo para hacer un puré de verduras mientras ella me iba ayudando a pelarlas y también poní un salmón a la plancha para acompañarlo.

Me hablaba de cómo le había ido en la consulta y que en un mes tendría que visitar de nuevo al ginecólogo, momento que aproveché para decirle que me encantaría acompañarla a la próxima visita.

—Claro, si todo va bien...

—¿A qué te refieres? —pregunté preocupado.

—No sé cómo estaremos en ese punto para enfrentarnos juntos a que nos hagan una foto y haya más especulaciones y todo eso —murmuró con tristeza.

—Por eso quería que vinieras, entre otras cosas. —Dejé lo que estaba haciendo y le cogí la barbilla para que me mirara—. Te prometo que lo vamos a solucionar todo y que haré cuanto esté en mis manos para que te señalen lo antes posible cuando se sepa la verdad. Quiero que confíes en mí. Tenemos que hablar todo eso.

—Vale —asintió conforme.

Seguía tan tranquila con todo, que me hizo pensar que aquel iba a ser un fin de semana de lo más calmado, que hablaríamos como personas adultas y que, estaba convencido, llegaríamos a esos entendimientos necesarios por el bien, que ambos queríamos, de nuestra pequeña princesa.

s

a

l

Capítulo 24



Mariana

La casa era ese lugar que cualquier persona del mundo debería de conocer, aunque fuera para pasar dos días como era mi caso, cosa que ya me había dicho Stefano que regresaríamos el domingo.

Nos sentamos a cenar frente a la chimenea que era lo más relajante que había visto en la vida. Parecía que las llamas hablasen y formasen dibujos que te provocaban quedarte mirándolos embobada.

—¿Sabes? —dijo de pronto— Esta casa la compré con intenciones de cuando crease una familia, venirme aquí a vivir relajadamente fuera de los focos que siempre me habían perseguido. Era el hogar que veía perfecto para ver crecer a mis hijos.

—Todavía eres joven y puedes crear una familia. También te podrás traer a tu hija cuando lo desees, quiero que disfrute de ti, pese a todo, vuestra relación no tiene nada que ver con lo que pasó entre nosotros.

—Ya he creado mi familia —sonrió mirándome—. No de la forma en la que me hubiera gustado, pero para mí siempre serás mi familia, Mariana, la madre de mi hija y, créeme que ahora veo todo de diferente manera. No quiero que mi hija se sienta en inferioridad con otros hijos que pueda yo tener, al no poder estar presente de la misma manera. Soy hijo único, con ella me doy por satisfecho y feliz. No entran ahora otros planes en mi mente.

—La vida es larga.

—Y la lección me la he aprendido de sobras —sonrió de nuevo. Realmente no dejaba de hacerlo—. Mis planes ahora son otros, de verdad te lo digo. Mi prioridad es solucionar todo el caos que he organizado en tu vida y en la mía. Tengo dinero para retirarme y vivir tranquilamente en cualquier parte del mundo y olvidarme de todo, lejos de la prensa, de los circos mediáticos, dejar de ser un personaje público. Como te dije, quería donarte la mitad de la empresa.

—Quita, quita, no quiero marrones, no quiero nada que no sea mío —le aseguré, porque era verdad, no quería nada que no me correspondiera.

—Ahora tengo a la niña y pensé que ella es la heredera y lo será de todo, haga lo que haga. Me han ofrecido comprarme la firma con todas las tiendas y quedándose con el personal los hermanos Durlins. —Esa era otra de las firmas galardonadas en el evento de Miami—. Estoy pensando en hacerlo y con la suma multimillonaria que me dan, donarle un buen importe a Franco y Romeo para que tengan sus vidas solucionadas, sé que a Franco le vendrá de maravilla porque está esperando su primer hijo.

—¿En serio? —pregunté sorprendida y él sonrió una vez más.

—Sí, hacía tiempo que él y su esposa lo buscaban. Además, de lo que me ofrecen —continuó— donaría un veinte por ciento que sería mucho dinero para una causa social importante y el resto pues nada, a la cuenta y seguiré haciendo cosas para contribuir un poco en la sociedad.

—Pero es tu firma.

—Mi nombre está manchado y por mucho que lo intente limpiar va a ser una lucha a la que no estoy dispuesto a enfrentarme y soportar, ya que tengo otras cosas más importantes en qué centrarme ahora mismo, como es en el nacimiento de nuestra hija. —Me miró la barriguita que ya empezaba a notarse y de manera instintiva, llevé mi mano sobre ella.

, —Haz lo que más feliz te haga.

—Voy a hacerlo y quiero luego hacer un comunicado explicando muchas cosas y aclarando otras. Cuando lo tenga preparado, te lo enseñaré.

—Me parece genial.

—Quiero que se sepa la verdad y que no haya especulaciones. Haré todo lo que esté en mis manos para protegerlos.

—Se va a armar mucho revuelo, sabes que, después de lo que pasó, que ahora vengamos anunciando un embarazo... —Ladeé la cabeza.

Y es que aquello iba a ser una locura, tendría a todos los medios de nuevo encima queriendo saber, y él también, puesto que en la entrevista que dio aseguraba que nunca pasó nada entre nosotros. Yo quedé ante el mundo como esa mujer que se paseaba prácticamente desnuda por la casa y se le insinuaba.

—Todos en la vida cometemos errores, unos más grandes que otros, obviamente, pero no pueden lapidar nuestras vidas ni podemos permitir que se interpongan en decisiones que solo nos incumben a los dos.

—Ya, pero bueno, me tranquiliza, dentro de todo, que al menos no te tendré a ti en los medios tachándome de nada. Imagino que ellos algún día se aburrirán de hablar de nosotros —dije con tristeza.

—Fui un gilipollas, un ogro en ese sentido. Jamás volvería a hacer nada más a alguien, sea quien sea, no sabes el peso de conciencia que tengo y todo lo que he perdido, porque la realidad, aunque no la creas, es que te amaba y te amo. —Aquello me pilló por sorpresa, de entre todas las cosas que Stefano Conti podría haber dicho, esa, sin lugar a duda, no estaba en mi cabeza—. No supe gestionar ese confrontamiento al que nos enfrentamos al conocernos, ni luego mucho menos esos sentimientos que quise negar y que nacían hacia ti.

—No sé qué decir... —Es que me había quedado en *shock*, de verdad que sí.

Todo en realidad me dejaba en ese estado, desde el cambio que veía en él, ese estado de permanente sonrisa en su labios y el modo en el que parecía estar hablando a corazón abierto, no como en aquella entrevista que tanto daño me había causado.

—No digas nada, solo comienza a creerme —me pidió cogiéndome la mano—, sé que jamás me querrás tener como la persona con la que compartas tu vida, pero debes creerme cuando te digo que os protegeré por encima de todas las cosas y que siempre, siempre, estaré ahí para ti y para nuestra hija. —Llevó la otra a mi barriguita, y sentí una calidez en ese instante que me hizo pensar en cómo habría sido todo si desde el principio hubiéramos estado bien.

Si esos sentimientos que decía que comenzó a tener por mí, los hubiera exteriorizado demostrándome que no era algo que solo me pasaba a mí, sino que él también creía estar enamorándose. Habría sido tan diferente todo ahora mismo, compartiendo la sorpresa del embarazo juntos, pasando por ese impacto por el que yo pasé hasta asimilarlo cuando escuché el latido de su corazón. Pero no había sido así, y estábamos en un punto complicado de nuestras vidas.

—Estoy muy sensible —dije secándome con la servilleta las lágrimas que comenzaron a caerme.

—Has sufrido mucho y ahora con tu estado es normal que estés así. No sabes cuánto me arrepiento de todo, daría todo lo que tengo por no haberte ocasionado ni el más mínimo daño. —Cogió mi mano de nuevo y la acarició.

—Gracias por estar en estos momentos, Stefano —le dije con un nudo en la garganta y nos abrazamos en aquel sofá en el que estábamos sentados cenando.

—Las gracias te las doy yo a ti. Mi hija no podría tener una madre mejor que tú. Le vas a dar todos los ejemplos más bonitos para guiarla en el camino de la vida.

—Bueno, tengo mis miedos —reconocí sonriendo—. Que yo no estaba preparada para esto y me costó un poco asumirlo.

—Lo imagino, debió de ser un *shock*.

—Sí, no me lo podía creer, pero bueno, para ser sincera, ahora no cambio nada de lo vivido si ello me llevó a tenerla aquí conmigo. —Me toqué la barriguita.

—Eres la mejor persona que he conocido. Me reitero al decir que no podría tener mejor mamá.

Stefano estaba tan desconocido que me asombraba con el cariño que me trataba y hablaba, era como si fuera otra persona. Creo que todo esto nos cambió a los dos ya que yo no me reconocía en muchos aspectos y a él mucho menos. Estaba lejos de ese tipo que iba de prepotente comiéndose el mundo y que no dejaba que le soplaran un ojo. No sé, estaba conociendo a otra persona a la que lo único que le preocupaba era el bienestar de todos.

Después de cenar recogimos todo y, mientras preparaba té para los dos, Stefano me abrazó desde atrás con ambas manos sobre la barriguita.

—No puedo creer que en serio hayamos creado una vida —murmuró y me salió una risilla.

—Ni yo, pero ahí está.

s

—Va a ser perfecta, estoy seguro de que se parecerá a ti. —No me soltaba, y eso me hacía sentir rara.

Me gustaba, porque en ese instante fue como el día que compartimos en la cocina en su casa de Florencia.

—No pude ser más tonto, de verdad que no —dijo con un suspiro, me besó en la cabeza y se apartó.

Serví el té y regresamos al sofá para tomárnoslo frente al fuego.

Aquello era una maravilla, el poder disfrutar del calor de la chimenea en las noches del frío invierno debía ser una pasada.

Charlamos un poco y al acabar el té nos fuimos para la habitación, en el pasillo se me quedó mirando, sonrió y se inclinó para besarme en la mejilla.

—Buenas noches, Mariana.

—Buenas noches, Stefano.

Y para mi sorpresa, dejándome con la lagrimilla a punto de salir, se arrodilló ante mí con ambas manos sobre mi barriguita.

—Buenas noches, pequeña. No le des mucha guerra a tu mamá que tiene que descansar.

Se me hizo un nudo en la garganta al ver esa ternura que mostraba.

¿De verdad el hombre que tenía delante, era el mismo que había soltado pestes sobre mí en televisión? Nadie lo creería, y yo menos si no lo estuviera viendo y si no le conociera como lo hacía.

Cuando se incorporó de nuevo sonrió, abrió la puerta de su habitación y me fui hacia la mía, pero antes de que pudiera entrar, me llamó.

—Mariana.

—Dime. —Me giré.

—Cualquier cosa que necesites, no dudes en llamar a mi puerta.

—Vale —asentí, entré en mi habitación y cerré soltando el aire.

Este era un Stefano realmente desconocido, pero, igualmente, me gustaba.

—No pude ser más tonto, de verdad que no —dijo con un suspiro, me besó en la cabeza y se apartó.

Serví el té y regresamos al sofá para tomárnoslo frente al fuego.

Aquello era una maravilla, el poder disfrutar del calor de la chimenea en las noches del frío invierno debía ser una pasada.

Charlamos un poco y al acabar el té nos fuimos para la habitación, en el pasillo se me quedó mirando, sonrió y se inclinó para besarme en la mejilla.

—Buenas noches, Mariana.

—Buenas noches, Stefano.

Y para mi sorpresa, dejándome con la lagrimilla a punto de salir, se arrodilló ante mí con ambas manos sobre mi barriguita.

—Buenas noches, pequeña. No le des mucha guerra a tu mamá que tiene que descansar.

Se me hizo un nudo en la garganta al ver esa ternura que mostraba.

¿De verdad el hombre que tenía delante, era el mismo que había soltado pestes sobre mí en televisión? Nadie lo creería, y yo menos si no lo estuviera viendo y si no le conociera como lo hacía.

Cuando se incorporó de nuevo sonrió, abrió la puerta de su habitación y me fui hacia la mía, pero antes de que pudiera entrar, me llamó.

—Mariana.

—Dime. —Me giré.

—Cualquier cosa que necesites, no dudes en llamar a mi puerta.

—Vale —asentí, entré en mi habitación y cerré soltando el aire.

Este era un Stefano realmente desconocido, pero, igualmente, me gustaba.

Capítulo 25



El tono de llamada de mi móvil hizo que me sobresaltara. Lo cogí de la mesita de noche y vi el nombre de Noemí en la pantalla.

—¿Noemí? ¿Qué pasa? ¿Sara está bien? —pregunté con la voz algo ronca y somnolienta.

—Sara está perfectamente, eres tú la que nos tiene preocupados. ¿Ha intentado algo?

—¿Quién?

—San Pedro que ha ido a llevarte a Suecia, no te jode. ¿Quién va a ser? El demonio vestido de Emidio Tucci.

—Por Dios, Noemí, ¿para esto me despiertas a las siete de la mañana?

—Te jodes, yo no he podido dormir pensando en a saber qué podría hacerte ese hombre.

—Estoy bien, tengo wifi y voy a estar comunicada todo el fin de semana.

—¿Habéis dormido juntos?

—Pareces mi padre —resoplé—. No, no hemos dormido juntos, cada uno se fue a su habitación anoche, ¿contenta?

—Solo un poco. Quería asegurarme de que estabas bien.

—Lo estoy, tú tranquila.

Y que se quedara tan callada me hizo sospechar que había algo más detrás de esa llamada, algo que no me estaba contando.

—Noemí, ¿qué pasa?

—Nada, solo que ahora que sé que estás bien, quiero decirte algo antes de que se me adelante Sara.

—¿El qué? No me digas que también estás embarazada de Julio, porque entonces hacemos un pleno —reí.

—No, básicamente porque Julio es historia.

—¿Qué dices? —Me senté y me apoyé en el respaldo de la cama.

—No te dije nada antes porque con todo este revuelo, bastante tenías ya. Pero sí, finalmente rompimos porque mis sospechas eran ciertas. Se había liado con otra y, bueno, dijo que le aportaba mucho más que yo en la cama. Por eso ya no me tocaba como antes.

—Qué cabrón.

—Al final la más afortunada de las tres ha sido mi hermana, ya que Martín está enamorado de ella hasta las trancas. Y lo del bebé, le tiene loquito perdido y con la baba todo el día colgando —rio.

—Debiste decírmelo antes.

—No quería ponerte en la cabeza más problemas, cariño.

—Eres tonta, de verdad que sí. Igual que Diana y Sara, que mira que callarse lo de mi padre y mi hermano tanto tiempo.

—Dios, lo de tu padre y Diana me dejó loca —rio—. Pero se les ve tan bien.

—Sí. Ahora solo me falta que mi madre también me diga que se ha echado novio.

—Pues cuando menos te lo esperes, como todo lo que ha pasado estos meses. Bueno, te dejo que sigas durmiendo un poco más, y, Mariana.

—Dime —sonreí a sabiendas de lo que estaba a punto de decirme.

—A la mínima que te haga, me hago unos pendientes con sus pelotas.

—¿Pero no las ibas a disecar para mandárselas a Romeo?

—Ya veré, ya veré.

Me despedí de ella y volví a acomodarme, era temprano y el cansancio del embarazo me hacía caer dormida enseguida y en cualquier parte.

Fue poco más de una hora y media después cuando volví a despertarme y salí de la cama. Me asomé a la ventana de la habitación y sonreí al ver la naturaleza tan bonita que tenía ante mí con los últimos copos de nieve que iban quedando sobre ella.

Era tan bonito el paisaje que me quedé atónita un buen rato mirando por la ventana y sin poder quitar la sonrisa de mi cara. Recordé lo que me confesó Stefano de que aquí le hubiera gustado estar con la familia que creara. Sin duda, era el lugar perfecto para vivir desde la tranquilidad que este lugar aportaba. Tenía magia.

—Señorita. —Se asomó por la puerta que había dejado abierta.

—Buenos días, Stefano —sonreí girándome.

—Buenos días, mami —murmuró y a mí se me amplió la sonrisa—. El desayuno está puesto frente a la chimenea

s

—Voy. —Me dirigí hacia la puerta.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó mientras bajábamos.

—Genial, la cama es una pasada de cómoda. Fue meterme en ella y quedarme dormida. No recuerdo mucho más hasta que me llamó Noemí.

—No me digas más, pensaba que ya te había encerrado o algo así —sonrió.

—Algo así, sí —reí.

—He preparado unas tostadas de queso fresco con mermelada de fresa.

—Estoy hambrienta.

—Pues a llenar ese estómago. —Estiró la mano para que pasase entre la mesa y el sofá y me sentase primero.

—Qué buena pinta tiene. —Cogí el vaso de leche entre mis manos mientras miraba las tostadas que tenían una pinta espectacular.

—Por cierto, ¿hay algo que te hayan prohibido de comida?

—Bueno, me han recomendado que no coma mucho pescado o marisco crudo, ni quesos blandos, las carnes deben de estar muy hechas, y poco más.

—Anotada toda la información. —Me hizo un guiño.

—¿Te importa si me fumo un cigarrillo? —Apreté los dientes.

—¿Sigues fumando? —preguntó arqueando la ceja.

—Solo uno por la mañana con lo que me tome.

—Ah, bueno, lo tienes controlado entonces. Claro, te acompaño y me fumo otro.

—Sí, pero prefiero fumarlo a tener ansiedad.

,

—Claro —asintió dándome a entender que a él también le pasaba—. Me gustan mucho los vídeos que subes a las redes y las imágenes, tienes un muro muy bonito y cuidado en Instagram, te lo veo desde mi perfil falso —me confesó apretando los dientes—. Esta mañana le di «me gusta» a todo y te comenté varias publicaciones. Es una pasada la de seguidores que tienes.

—Bueno nada comparado con los que tuviste tú. Mira que abrirte un perfil personal con lo receloso que eras —negué.

—Me comporté como un niño. Ahora soy feliz con mi perfil de mentira en el que me siguen cuatro gatos y dos perros que no sé de dónde salieron.

—Has tenido gracia —me reía a carcajadas.

—Menos mal que al menos te he sacado una risita.

—Por cierto, es evidente que ya me han descubierto y hasta en los post me llaman por mi nombre de verdad. He visto que me están apoyando mucho y he pensado en poner mi foto de perfil y nombre de verdad. No me quiero seguir escondiendo como si fuera una delincuente.

—Me encanta que pienses así. Todos los medios se hicieron eco del embarazo y solo falta una confirmación, que sería clara y evidente cambiando la foto y poniendo el nombre real. Así cuando yo emita el comunicado muchas cosas no cogerán por sorpresa, pues como se especula que eres tú la que estás detrás y vienen los rumores de quién podría ser el padre, todo quedaría más confirmado.

—Lo voy a hacer, solo tengo que elegir una buena foto de las que me hizo Amy.

—¿Te ayudo?

—Claro, tengo metidas todas en una carpetita. —La busqué en el móvil y se lo di para que las fuera pasando.

—Me encanta esta, no puede ser más dulce y bonita. Estás preciosa con ese gorro de lana rosa y el chocolate entre las manos.

1

—Es una de mis favoritas y que tenía en mente. Pondré esa.

—Y que me hagas caso me hace derretirme... —sonrió.

—No seas payaso —me reí nerviosa porque así me ponía, esa era la realidad.

Crucé los dedos antes de darle a subirla y acto seguido cambié el nombre y me puse el real.

Ni cinco minutos habían pasado cuando miles de reacciones y comentarios comenzaron a sucederse y para mi sorpresa, el noventa por ciento era de apoyo total y absoluto. Eso sí, había comentarios de lo más variopintos dado que seguían especulando sobre lo de mi embarazo, pero todos apuntaban a Stefano y eso no le gustaba a mucha gente que decía que no se lo merecía, pero sin embargo otras muchas decían que de ahí el cambio de él.

Y al igual que la noche anterior mientras preparábamos el té, cuando estábamos en la cocina recogiendo todo, me abrazó desde atrás con las manos en la barriguita.

—¿Te ha dado guerra esta noche?

—No, la verdad es que, hasta el momento, me respeta las noches y el sueño —sonreí.

—Nunca pensé que diría esto, pero, estoy deseando verle la carita a mi hija.

—Yo también.

—Aunque me da miedo el tener que cogerla, ya sabes, ella tan pequeñita y yo con estas manazas.

Me eché a reír con tanta fuerza, que sentí que se me iba a escapar el pis, así que salí corriendo para ir al cuarto de baño, y no tardé en escuchar a Stefano correr hacia allí.

—¿Mariana? ¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Llamo a un médico?

—Tranquilo, que estoy bien. Es que me reí tan fuerte que, entre eso y la niña apretando la vejiga, pues...

—Vaya por Dios, te has hecho pis encima.

—No, no —reí abriendo la puerta—. Llegué aquí a lo justo. —Se me quedó mirando tan fijamente que fruncí el ceño, preocupada—. ¿Pasa algo?

—Sí pasa, sí. —Se acercó y me acarició la mejilla—. Que eres tan bonita, tan dulce, y yo tan estúpido por perder esto. Lo que fuera, Mariana, daría lo que fuera por estar contigo.

No respondí porque no sabía ni qué ni cómo hacerlo, y es que ese hombre me dejaba sin palabras con cada cosa que me decía.

Regresamos a la cocina y decidimos preparar la comida, nos decantamos por hacer un pollo al limón con patatas, y de postre preparé un pastel de manzana que nos serviría también para el café.

No dejaba de abrazarme o tocarme la barriguita cada vez que tenía ocasión, por no hablar del modo en el que me miraba y de cuando decía esas cosas de que se arrepentía de haber perdido eso que podría haber tenido si no hubiera sido un completo idiota.

Fue a la hora de la comida cuando abrieron los informativos internacionales hablando sobre que se había filtrado el nombre de la persona que había detrás de un montón de obras sociales y que habían sido sonadas en Italia y en el mundo, se trataba de Stefano.

Ni más ni menos que del empresario italiano Stefano Conti, a quien yo tenía sentado al lado en ese momento.

—Stefano, ¿tú eres el que pagaste la reconstrucción de las viviendas del terremoto? —pregunté sorprendida.

—Sí —afirmó un poco tocado aún por la noticia—. No entiendo quién filtró todo esto, pero algo me dice que Romeo tiene que ver con la noticia, y mucho.

—¿Eres el que das el desayuno a todo el país y alimentas a tantas familias?

—Todo lo que están diciendo es la verdad...

—Ay Dios, que al final te va a coger Francisco y te va a beatificar —murmuré poniéndome la mano en la boca y escuchando cómo hablaban de todo aquello que había hecho de manera altruista y que nunca quiso que tuviera repercusión.

Yo miraba la pantalla con los ojos muy abiertos y escuchaba todo con atención, de verdad que me parecía increíble que él fuera el responsable de aquello que tantas veces se había hablado, sin que nadie supiera el nombre de esa persona anónima que estaba ayudando al país.

Noemí: *¿Estás viendo las noticias? Me acabo de quedar muerta, te lo juro. Verás que al final tenemos un angelito entre los mortales y le andamos tildando de demonio.*

Mariana: *Yo sigo sin creérmelo, te juro por mi vida que esto era lo que menos me esperaba de Stefano Conti.*

Noemí: *Ni tú, ni nadie. Está todo el mundo flipando con esta noticia. Te dejo, que me llaman. Te quiero.*

Como para no flipar, si de un hombre como él que había sacado un lado maquiavélico al mundo, esto sería lo que menos podría esperarse.

Stefano llamó a Romeo y este le confesó que sí, que había sido él quien filtró documentos a través de un conocido del medio. Aunque no le gustó mucho a Stefano eso, comprendía que lo había hecho por ayudarlo de alguna manera.

Tanto impacto causó, que las redes comenzaron a aplaudir esos gestos que había tenido, incluso los que se beneficiaron de aquellas ayudas se lo agradecían mediáticamente. Era como si de algún modo perdonaran una parte de eso que hizo conmigo y aplaudieran que no era tan mal hombre como parecía por esos gestos que había tenido con los más desfavorecidos.

Y yo seguía sin poder creérmelo, seguía impactada...

El resto de la tarde lo pasamos entre la cocina y el sofá mientras me hablaba sobre todos esos gestos que, de manera altruista, llevaba haciendo desde hacía tiempo.

Preparamos una tortilla de patatas con un poco de pan y queso fresco para la cena y, tras tomarnos un té, nos retiramos a nuestras habitaciones.

Y, de nuevo, ese momento padre-hija que me hacía sentir un pellizco en el corazón cuando Stefano se arrodilló ante mí.

—*Sogni d'oro, mia piccola principessa* —dijo mirando mi barriguita.

—¿Qué le has dicho? —Curioseé con una sonrisa, aunque algo de idea tenía.

—Dulces sueños, mi pequeña princesa —respondió ya de pie, mirándome con esos ojos ámbar que tantas noches me habían acompañado en sueños.

Tragué saliva cuando le vi acercarse, se inclinó y me besó en la frente.

—Que descanses, mami —murmuró sin apartar los labios de mi frente.

Cuando le vi marcharse y entrar en su habitación, fue cuando yo entré en la mía.

Solté el aire y me pasé la mano por la barriguita, hablándole a mi niña mientras me iba a la cama.

—Vamos a tener que aprender italiano las dos, hija mía, porque no quiero perderme ni una sola palabra de las que te dedique tu padre cuando nazcas.

—Que descanses, mami —murmuró sin apartar los labios de mi frente.

Cuando le vi marcharse y entrar en su habitación, fue cuando yo entré en la mía.

Solté el aire y me pasé la mano por la barriguita, hablándole a mi niña mientras me iba a la cama.

—Vamos a tener que aprender italiano las dos, hija mía, porque no quiero perderme ni una sola palabra de las que te dedique tu padre cuando nazcas.

Capítulo 26



Me desperté con la sensación de estar más rellenita de lo habitual. Pasé la mano por mi barriguita y estaba redondita, no muy grande, pero sí que se notaba que la forma estaba siendo evidente.

—Te voy a amar cada día de mi vida —dije acariciándomela.

Fui directa al aseo y a darme una ducha para vestirme. Me puse una camiseta blanca de manga larga con un pantalón de algodón negro y unas deportivas. Cómoda, necesitaba estar cómoda y más cuando teníamos que regresar en unas horas de vuelta a Praga.

Al bajar me llegó el calor de la chimenea y, ante ella, la inconfundible silueta de Stefano que se giró al escuchar mis pasos.

—Buenos días —sonrió al tiempo que se levantaba del sofá en el que estaba tomando un café.

—Buenos días, siéntate tranquilo, me caliento un vaso de leche y te acompaño.

—No, no, ya estaba acabando, vamos a preparar el desayuno.

—Vale —sonreí y me giré para ir hacia la cocina cuando sentí que me abrazaba por detrás y besaba mi mejilla.

Las otras veces que me había abrazado así, se limitaba a dejar las manos sobre el lugar en el que crecía nuestra hija, de ahí que el beso me pillase por sorpresa y que sintiera cómo se me estremecía todo el cuerpo.

—Ya tengo el comunicado preparado —dijo mientras me guiaba, sin soltarme, hasta la cocina—, ahora te lo enseñaré, lo estuve revisando esta mañana.

—Perfecto, de todas maneras, con la noticia de ayer de las obras que hiciste para el mundo, creo que te será más fácil todo.

—¿Conquistarte? —bromeó.

—Eso ya lo hiciste en su día —me reí nerviosa, aunteniéndolo desde atrás rodeándome y yo sintiendo que me iba a desvanecer—. Stefano —me giré medio sonriendo, pero con tristeza, momento que aprovechó para agarrar mis manos—, me da la impresión de que buscas algo más allá de que nos llevemos bien por la niña que esperamos.

»Quiero que sepas que te amo con todo mi corazón, pero que, en mi mente, por mucho que lo desee, no está esa posibilidad, más que nada porque yo no he sanado mis heridas y porque no soy la misma que cuando te conocí.

No tengo fuerzas para nada, aunque parezca que sí.

»Estoy demasiado tocada por todo lo que pasó y, pese a que me cueste reconocerlo, me siento muy vulnerable y desolada. Saco fuerzas de donde no las tengo y siento que perdí toda una vida que no voy a volver a recuperar.

»Aunque no lo sepas, a mí me da mucha vergüenza salir a la calle y que me reconozcan. —Comenzó a secarme las lágrimas con las yemas de sus dedos mientras me escuchaba con tristeza—. Si he dado la cara en las redes, que hice para tener algo de distracción, es porque no me quiero esconder más y se lo debo a mi familia y a la bebé que viene en camino.

»Es más, también con intención de que, si de ahí puedo ganar un dinero con promociones que me ofrezcan y eso, lo haré. Necesito generar ingresos para cuando vuelva a España. El dinero que tengo del tiempo que estuve en tu casa será para la pequeña. No quiero nada de aquello que tanto me dolió.

»Sueño con recuperar mi vida y volver a mi piso, del que nunca debí de salir, y allí vivir con nuestra hija. Te juro por mi vida que no te culpo por nada y no porque sea una sumisa como me dicen mis amigas, sino porque entiendo que yo contribuí a todo aquello y provoqué que todo se fuera de las manos.

»Obviamente tu entrevista fue desproporcionada, pero si te soy sincera, la he perdonado con el corazón, el problema soy yo, que no me perdono muchas cosas y que sé, que si antes con el genio y fuerza que tenía fui capaz de cambiar de esa manera, ahora con lo debilitada que estoy y lo conformista que me considero, sé que cualquier cosa me podría hacer demasiado daño y tengo una bebé que va a nacer y necesita de todos mis cuidados.

»No sé si me estoy explicando, pero quiero que hagas tu vida, que yo te apoyaré en todo y me tendrás para lo que necesites y confío y espero de todo corazón que nos llevemos tan bien que ella esté orgullosa de crecer entre unos padres para los que su prioridad, es y siempre será su felicidad.

»Te amo muchísimo, eso no te lo voy a negar jamás, y eres el hombre que más sentimientos me causó en la vida. Pero lo nuestro no puede ir por ahí, nos hicimos mucho daño y destruí mi vida. No quiero nada regalado de nadie, quiero luchar para ponerle dignamente un plato de comida en la mesa a mi hija y tener para cubrir sus necesidades sin tener que estar mendigando a nadie.

»Necesito trabajar, he perdido la ilusión por el periodismo, pero si me veo en necesidad tendré que recurrir a ello de nuevo, cosa que espero que no sea así. No sé si me entiendes.

—Dame un abrazo. —Me rodeó con sus brazos y sentí en mi cara cómo sus lágrimas mojaban nuestras mejillas— Siempre te voy a comprender y apoyar en todo lo que te haga sentir más feliz y desarrollada.

No fue capaz de decir más nada. Noté cómo se le hizo un nudo en la garganta mientras preparaba el desayuno y me trataba con mucho cariño.

Nos sentamos frente a la chimenea y le pregunté si podía ir leyendo el comunicado. No dudó en dármelo.

—Se cambiaron muchas cosas por la noticia que salió ayer de mis donaciones. Me sentí más fuerte para poder contar al mundo ciertas cosas que iba a obviar y lo que acaba de pasar en la cocina con lo que me has dicho, eso sabía que pasaría, tengo todas las esperanzas perdidas como leerás en el comunicado. Pero te esperaré cada minuto de mi vida... —Me lo pasó por mensaje y tras tragar saliva, lo leí en mi móvil.

«A todos los que habéis seguido mis pasos a través de los medios o de mi firma con todo lo acontecido en los últimos tiempos. Quiero comunicaros que:

Lo primero, reiterar una y mil veces en pedir públicamente, así como de forma privada, perdón a Mariana por todo lo malo que hice hacia ella.

Lo segundo, quiero comunicaros que por deseo del destino nos vemos envueltos en un camino que nos unirá para siempre dado que como ya se viene especulando, vamos a ser padres. Reconozco que me siento plenamente feliz por esta nueva vida que espero con todas mis ganas e inquietudes que conlleva enfrentarse a una noticia así.

No hay que decir que fue otra de mis mentiras el que no pasó nada entre nosotros. Las pruebas hablan por sí solas y ella tuvo que soportar las injurias y calumnias que vertí sobre ella, cosa que hoy lamento cada minuto de mi vida.

2

Reconozco que actuó un ego que no supe controlar. Querer demostrarle mi superioridad por el mal gesto que había tenido hacia mí, me llevó a obsesionarme con demostrarle que nadie jugaba conmigo, así de egocéntrico me volví, cosa de la que me avergüenzo. La realidad es que me había enamorado de ella y no solo no lo quise admitir, me las ingeníé para retenerla a mi lado, y más que mostrarle mi amor, le enseñé una cara de mí que no se merecía ni ella ni ninguna persona.

Gané en esos momentos, por desgracia gané, pero nada comparado con todo lo que perdí; perdí la posibilidad de estar al lado de la mujer más increíble que he conocido en mi vida. Perdí la posibilidad de construir un castillo en el que volvernó los personajes de nuestra propia historia. Perdí cualquier esperanza de poder reconquistar a alguien a la que había destruido personal y profesionalmente. Y ahora pierdo la posibilidad de formar junto a ella y nuestra hija una familia. Lo he perdido todo, pero reconozco, que me siento orgulloso de que nuestra bebé va a tener a la mejor mamá del mundo, una madre que hoy me mira con cariño y respeto después de todo lo acontecido, porque su amor como madre y como persona que es, está por encima de todo el mal que le hice un día.

Y debo de reconocer que he estado a punto hasta hace unas horas de deshacerme de mi firma, pero en un último momento he decidido que no la voy a vender; lo primero porque ya viene en camino una heredera, lo segundo porque tengo personas trabajando que confiaron en mí en muchos momentos y que están dejándose la piel, para ellos serían una faena ciertos cambios que no se merecen y, lo tercero y más importante, es porque seguiré apoyando a tantas obras sociales como hice hasta ahora y añadiré cada mes una parte proporcional de los beneficios para contribuir en más causas.

He cometido el mayor error de mi vida y lo asumo, pero no he matado a nadie. Voy a ayudar como buenamente pueda y esté en mis manos a que esa persona vuelva a ser feliz, para brindarle la mejor cara a nuestra hija, y, sobre todo, porque se merece el aplauso de toda mujer que apoye a una persona que en su día fue desprestigiada de una manera tan cruel.

Fui un ser despreciable y cruel, pero ella no se merece pagar los platos rotos de nadie y más cuando fue mi víctima. Paguen conmigo lo que quieran, asumo todo, pero pido por favor que, a ella y a nuestra hija, se las respete como yo no lo supe hacer.

Estoy aquí dispuesto a ser mejor persona cada día, a seguir luchando por demostrarle a mi hija que cometí el mayor error, pero que vea por ella el amor, cariño, respeto y apoyo que brindaré a su madre cada día de mi vida a pesar de que nuestros caminos no puedan seguir una vía en común.

Mariana ya pasó demasiado calvario y ahora se merece vivir un embarazo desde la tranquilidad y serenidad que toda mujer en su estado debería tener.

Sin más, reitero mi perdón a Mariana una y mil veces y a todos sus familiares, amigos y círculo más cercano a ella que sufrieron los daños colaterales.

Un abrazo. Stefano»

—Te vas a ganar al mundo —dije con mi mano agarrada a la suya mientras me la acariciaba—. Creo que eres una gran persona y que todos también lo deberían de ver.

—Soy el hombre más tonto del mundo.

—No —sonreí— eres un gran hombre, pero con unas ideas puntuales que es para colgarte de un pino.

—Tonto, Mariana —dijo mirándome con una mezcla de tristeza y arrepentimiento instalada en el ámbar de sus ojos—. Tonto por perderte.

Desvié la mirada y disfrutamos del desayuno frente a la chimenea, sin lugar a duda podría acostumbrarme a esto y a pasar el resto de mi vida tomándolo allí.

² En ese momento le llegó un mensaje y le escuché resoplar.

—¿Qué pasa?

—Mi madre.

—¿Susanna? —pregunté con los ojos muy abiertos.

—Pues hombre, a no ser que ahora me diga que soy adoptado... no tengo otra —sonrió.

—Imposible, tienes sus mismos ojos.

—Quiere saber cómo te estoy tratando. Deja que te diga que, para ser mi madre, te defendió a capa y espada desde el momento de la copa de vino en el evento de Miami.

—Me pareció una buena mujer.

—Y lo es, y lo le fallé al punto de que se preguntara en qué había fallado como madre.

—Contéstale, dile que no te he matado todavía.

—Eres mala.

—Si quieres hablo yo con ella, a fin de cuentas, puso un guardaespaldas al lado de mi casa.

Y por Dios que cuando me enteré de que Luca era el primo de Stefano, no me caí de culo al suelo por la impresión de pura casualidad.

En cuanto la madre de Stefano supo que su hijo había volado a Praga para hablar conmigo y que estábamos en buenos términos, liberó a Luca y le dijo que podía volver a Roma, donde vivía y trabajaba.

Lloré cuando se despidió de mí como una magdalena, pero me aseguró que seguiríamos en contacto puesto que éramos familia por los lazos de sangre que le unían a mi hija.

¹ Y así había sido, cada tres días me escribía para preguntar cómo estábamos la pequeña y yo. Sin olvidarme de la

advertencia que me hizo sobre su primo, a quien tenía en el punto de mira y, si me la jugaba de nuevo, se las vería con él y que me perdería para siempre, así como a la niña, pues, según dijo, ya se encargaría él de llevarnos tan lejos que nunca pudiera encontrarnos.

El cariño de Luca hacia mí y viceversa, era mutuo.

Y aún seguía molestándose cuando le llamaba papá en plan broma.

—Llámala —le dije—, imagino que querrá ver esto. —Pasé la mano por la barriguita.

—Tengo la sensación de que, en más de una ocasión, mi madre y tú conspiraréis contra mí. —Entrecerró los ojos mientras marcaba el número de su madre para hacer una videollamada.

—¿Por qué lo crees?

—Llámalo intuición —resopló y me eché a reír.

—Hola, hijo. —La voz de Susanna hizo que me girara a mirarla—. ¡Mariana! ¿Cómo estás, mi niña?

—¿Ves? Es tu mayor fan, y eso que yo soy su hijo —dijo Stefano.

—Hola, Susanna. Estoy bien, gracias, ¿y tú?

—Bien, muy bien. ¿Qué tal la bebé?

—Creciendo cada día más, yo creo —reí poniéndome en pie para enseñarle la barriguita.

—Ya se va notando, sí. ¿Ese hijo mío te está tratando bien?

—Mamá.

—Sí, Susanna, quédate tranquila.

—Más le vale, porque por mi nieta y su madre, mato.

—Doy fe de que a mí, me envenenaría el vino de la comida —comentó Stefano.

¹Charlamos con Susanna que, como ya sabía, era una mujer de lo más encantadora, y me dijo que estaba deseando poder conocerme en persona y darme un fuerte abrazo. Era mutuo, dado que ella, al igual que mi madre, transmitía ese aura de cariño y amor maternal que todas las madres desprendían.

Después de desayunar salimos a dar una vuelta por el lago en el que me tiró unas fotos preciosas que quería tener para un día subir a las redes. El entorno era una maravilla y escucharlo a él relatar con la ilusión que compró esta casa, hacía que el momento fuera de lo más mágico.

Tras el paseo preparamos la comida, esa que disfrutamos a sabiendas de que el tiempo en aquella casa llegaba a su fin.

Fue poco después de acabar de comer cuando nos recogieron para marcharnos hacia Praga.

Me daba tristeza dejar atrás tan rápido la estancia en este lugar, pues reconozco que conseguí calmar muchas sensaciones feas que en algunos momentos habitaban en mí, desde que pasó aquel episodio fatídico con Stefano.

Una vez a bordo de su avión privado, la azafata nos sirvió zumo de frutas y que agradecí enormemente, estaba dulce y en ese momento me vendría bien para aliviar de alguna manera el leve sabor amargo que se me quedaba por tener que despedirnos de lo que había sido un bonito fin de semana.

El vuelo lo pasó agarrando mi mano y acariciándola, estuvo de lo más atento conmigo y bromista. Me gustaba ese Stefano que me hacía sentir calmada pese a todos los nervios que acontecían en mi vida.

Al llegar se encargó de mi bolsa, bajó delante de mí las escaleras por si tenía un pequeño tropiezo amortiguar el golpe, palabras suyas que me hicieron soltar una carcajada.

Un coche me esperaba a pie de pista que él había ordenado y nos despedimos debajo de las escaleras con un abrazo lleno de cariño.

—Hablamos, preciosa —dijo acariciándome la mejilla, y sonreí al tiempo que asentía.

Avisé con un mensaje a las niñas de que acababa de aterrizar en Praga e iba de camino a casa, y Diana respondió que se alegraba de que siguiera de una pieza, o ella habría cortado a Stefano en cachitos muy pequeñitos.

Otra que, a bruta, no le ganaba nadie, bueno sí, competían la una con la otra.

Amy me abrazó al verme y comencé a contarle todo mientras comíamos los sándwiches que ella había preparado. Estaba feliz de saber que todo había ido bien y que de algún modo la guerra entre nosotros había acabado.

—¿Cómo te sientes tú, cariño? —preguntó.

—Bien, aliviada, como si me hubiera quitado un peso enorme de encima.

—Entonces, ¿no pasó nada entre vosotros?

—No, solo me abrazó con cariño, y tocaba la barriguita de modo respetuoso. La verdad es que ha sido muy correcto todo el tiempo.

—Ay, pero qué enamorada estás, Mariana. No hay más que verte los ojitos.

—Y no lo voy a negar, Amy, incluso a él se lo dije, pero un nosotros es imposible. Seremos cordiales y estaremos para el otro cuando lo necesite, pero solo por el bien de nuestra hija.

Ella asintió con una sonrisa y me dio un abrazo frotándome la espalda.

¹ A pesar de que no me conocía de toda la vida, era consciente de mis sentimientos hacia Stefano y de todo ese dolor que tenía en el alma por algo que pudimos tener y habría sido muy bonito, pero ese tiempo pasó.

Como se solía decir, hay trenes que pasan una vez en la vida y es difícil que vuelvan a pasar una segunda vez.

Justo a las diez de la noche me mandó un mensaje diciendo que ya estaba el comunicado en el aire. Me fui corriendo a ver las primeras impresiones y me alegraba saber que los titulares no eran atacantes sino todo lo contrario. Hablaban mucho de sus obras sociales y del error que marcó un rumbo diferente en su vida.

Me acosté no sin antes mandarle un mensaje a Stefano.

Mariana: *Gracias por estar a mi lado en estos momentos y sobre todo por aceptar con esa felicidad la futura llegada de nuestra hija. Gracias por el fin de semana que me ha dado un poquito de luz a toda la oscuridad en la que estaba metida. Gracias por todo, Stefano.*

Como se solía decir, hay trenes que pasan una vez en la vida y es difícil que vuelvan a pasar una segunda vez.

Justo a las diez de la noche me mandó un mensaje diciendo que ya estaba el comunicado en el aire. Me fui corriendo a ver las primeras impresiones y me alegraba saber que los titulares no eran atacantes sino todo lo contrario. Hablaban mucho de sus obras sociales y del error que marcó un rumbo diferente en su vida.

Me acosté no sin antes mandarle un mensaje a Stefano.

Mariana: *Gracias por estar a mi lado en estos momentos y sobre todo por aceptar con esa felicidad la futura llegada de nuestra hija. Gracias por el fin de semana que me ha dado un poquito de luz a toda la oscuridad en la que estaba metida. Gracias por todo, Stefano.*

Capítulo 27



Stefano

Había aterrizado la noche anterior en Praga y me fui directo para un hotel cerca de su casa. Me había ofrecido la posibilidad de alojarme en su apartamento, pero preferí alojarme solo y así no molestarlas. Sabía que tenía un pisc pequeño y que solo había una cama y un sofá.

Cuatro semanas habían pasado del viaje a la casa de Suecia y que, para mí sin verla, habían sido interminables. Estuvimos hablando cada día y a todas horas. Siempre le daba los buenos días, tardes y noches que ella me contestaba y terminábamos teniendo unos minutos de conversación.

Los medios se habían vuelto pro nosotros, así como los seguidores que incrementaron en su perfil hasta llegar a cincuenta millones. Era todo un revuelo mediático de personas apoyándola y deseosos de que subiera cualquier post.

Ella estaba de lo más feliz preparando su vuelta a España que sería en un mes y que era cuando acababa el curso en la academia.

De vez en cuando, tanto ella como yo, nos encontrábamos algún medio en las puertas de nuestras casas, pero era todo muy diferente, con mucho respeto y llenos de sonrisas, siempre preguntando por la bebé, si Mariana se encontraba bien, si ya habíamos hablado del nombre que queríamos poner, y nosotros, de modo muy cordial y amable, contestábamos lo más escuetos posibles sin entrar en detalles.

Estaba deseando verla y los nervios, esos que no habían dejado de acompañarme desde que puse un pie en Praga por primera vez hacía semanas, me comían por dentro y hacía que mi pierna no dejara de moverse constantemente.

Mariana apareció por la cafetería en la que la estaba esperando para desayunar antes de que se fuera a las clases. Luego por la tarde íbamos a la consulta para que le hicieran otro seguimiento. Estaba que no me lo creía, el poder asistir a ese momento para mí era muy importante.

—Estás preciosa —dije mientras la abrazaba al verla.

—Y más gordita. —Se tocó la barriga y yo llevé mi mano hasta esta.

—Sí, esa niña está creciendo a pasos agigantados. —Volví a abrazarla antes de sentarnos.

Estaba feliz y deseando como yo, volver a escuchar y ver a nuestro bebé a través de la pantalla. Decía que la

mañana se le iba a hacer larga, pero nada comparada conmigo que iba a dedicarlo a pasear por la ciudad con tal de matar el tiempo.

—¿Cómo está tu madre? —se interesó.

—Deseando que le mandemos una foto de la eco —reí—. Eso por no hablar de que le ha hecho prometer a mi padre que van a acondicionar y preparar una de las habitaciones de su casa para ti y la niña, y que así podáis instalaros en ella cuando vayáis de visita. Mira que le dije que podíais quedaros en mi casa, que para eso soy el padre de la niña, pero nada, ella no escucha. —Volteé los ojos.

—Como buena abuela que es —rio—. Mi madre también quiere comprar una cunita para ponerla en la habitación que tiene libre y así quedarse a la niña algún fin de semana mientras yo descanso. Me la va a malcriar, lo estoy viendo.

, —Las dos —reí—, las dos abuelas la van a malcriar.

Tras el desayuno, la acompañé hasta la puerta de su trabajo en donde más de un alumno me miró asombrado y sonriendo, hasta me saludaron por mi nombre ante la risita de Mariana.

Le di un beso en la mejilla y quedé en recogerla a las dos para ir a comer y luego al ginecólogo.

Me dirigí hacia la parte vieja y me detuve ante un escaparate de baberos en el que uno llamó mi atención, ponía el nombre Aitana, cosa que lo vi muy español y llamativo. Sin creermelo con derecho a decidir sobre su nombre, algo me decía que lo comprase y no pude resistirme a hacerlo.

Me lo envolvieron en una caja de lo más bonita y salí de allí con una sonrisa de oreja a oreja. Eso de ser padre me había cambiado mucho más, debía reconocerlo.

No le iba a pedir que le pusiera ese nombre, estaba claro que la decisión la tenía ella, pero sí hacerle saber que me llamó la atención y que quería que lo tuviera.

Me senté a tomarme un café en una terraza en la que el camarero me reconoció y me dio los buenos días seguido de mi nombre. Se veía simpático.

Sabía que en esa terraza se había sentado ella por una de las fotos que subió en que no se le veía la cara, pero sí las mesas que tenían el mismo escenario y no tardó en decirme el camarero que la futura mamá de mi hija había estado aquí en varias ocasiones. Se notaba que estaba al tanto de todo lo sucedido a nuestro alrededor.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era un mensaje de Franco, esa mañana también habían tenido una revisión y me informaba de que su pequeña, pues se habían enterado hacía un par de meses de que también esperaban una niña, estaba perfecta y creciendo de lo más sana.

Stefano: *Me alegro por ambos, Franco. Dale un abrazo y un beso a Vitto.*

Franco: *Gracias, Stefano. Y como te dije, prepárate para el momento más increíble de toda tu vida. Una vez que escuchas el latido del corazón de tu hija, no lo olvidas nunca y sentirás que estarás unido a ella el resto de tu vida.*

¿Era consciente de ello, al igual que lo era del hecho de que nunca, en toda mi vida, permitiría que nada ni nadie me separase de mi hija.

Iba a cuidar de ella incluso desde la distancia que nos separaba, esa que, con un simple vuelo rápido en mi avión privado, quedaba solucionado.

Tras un rato allí viendo el ir y venir de cientos de turistas que paseaban a sus anchas disfrutando de la ciudad, me fui a dar un paseo. En esta ocasión me llamó la atención en un escaparate una pulsera de ámbar que era de lo más fina, en plata. Entré a comprarla para que la tuviera de recuerdo en este día en el que por primera vez escucharíamos juntos el latido del corazón de nuestra bebé.

La mañana se me hizo eterna y anduve por todos lados hasta que llegué a la puerta de su trabajo cinco minutos antes y la esperé fumándome un cigarrillo.

—Hola. —Me saludó con su habitual sonrisa.

—Hola, preciosa. —La besé en la mejilla ya sin poder evitarlo.

Nos fuimos a comer a un restaurante de comida tradicional de la ciudad en donde pasamos una comida de lo más risueña. Me contaba sobre un tal Erick que era el que llevaba la voz cantante en la clase y que siempre la andaba liando.

¿

Le conté que había tenido un amor a primera vista con algo y cuando le di la caja y vio el babero, se puso las manos en la boca y se le saltaron las lágrimas, me confesó que a ella también le llamó la atención y me explicó dónde estaba colocado y todo para que viese que era el mismo. En ese momento me dijo que ya no podía ser de otra manera y que se iba a llamar Aitana.

—Tengo algo más —dije y me miró abriendo los ojos.

—¿Más? No quiero comprar mucho para la niña porque me voy en un mes —rio.

—Tranquila, esto es para ti —sonreí sacando la caja del interior de mi abrigo.

Al ver el nombre de la joyería me miró con curiosidad, la abrió y en cuanto vio la pulsera, le brillaron los ojos. Le había gustado, cosa que a mí me alegraba mucho saber.

—Stefano, es preciosa —dijo con un hilo de voz.

¿—Es para que tengas un recuerdo de este día.

—Gracias, de verdad, muchas gracias. ¿Puedes ponérmela? —preguntó entregándomela.

—Por supuesto.

Me ofreció la muñeca y le puse la pulsera. Le quedaba perfecta, fina y elegante. No pude evitar entrelazar nuestras manos y acercar su muñeca a mis labios para besarla, justo en el punto donde podía sentir su pulso, ese cuyo latido del corazón marcaba a un ritmo bastante acelerado.

Salimos directos hacia la consulta en la que nos pasaron directamente con el doctor. Se veía de lo más amable y entregado.

Me puse muy nervioso al ver la barriguita de Mariana al descubierto y mientras el doctor preparaba todo para hacer la eco, tuve el impulso de acercarme hasta esta y besarla. Cosa que a Mariana le provocó una preciosa sonrisa en su cara.

Esos latidos del corazón me hicieron emocionarme tanto que me tuve que girar a llorar. Era lo más bonito que había escuchado en mi vida. Era mi hija latiendo a través de ese aparato. Franco tenía razón, no había nada más increíble en el mundo que eso.

Cuando salimos de allí a tomar un café y con la eco en la mano, le comenté algo que tenía en mente.

—Necesito que vengas conmigo a la casa de Suecia el fin de semana.

—¿Mañana?

—Sí, me quedaré aquí hasta entonces.

—No sé.

—Por favor, confía en mí, es importante.

—Me estás preocupando.

—Todo lo contrario, sé que te hará muy bien la sorpresa que quiero darte.

—Vale, claro.

—Gracias, preciosa.

La acompañé hasta el apartamento donde me pidió que subiera y me presentó a Amy que, muy bromista y señalándome con el dedo, me advirtió que si me pasaba un pelo con su amiga me las vería con ella. Era de lo más graciosa.

—Hora de hacer una foto bonita de la ecografía —dijo Mariana—. Y con el babero —sonrió mientras me miraba y a mí, en ese momento, me dio un vuelco el corazón.

Puso ambas cosas dentro de la caja donde iba el babero, así como unos patucos que Amy le había comprado esa mañana a modo de regalo y eran una monería, y tiró la foto que mandó a su familia y también a mí para que se la hiciera llegar a mi madre con el mismo texto.

«La pequeña Aitana cada día crece más»

s

⁰No tardaron en llegarle mensajes a ella diciéndole que les encantaba el nombre, y mi madre me mandó uno diciendo que iba a mandar hacer ese nombre en madera para colocarlo en todas las cunas que tuviera su nieta en

Italia y en España.

Me quedé con ellas charlando y pedimos unas *pizzas* para cenar. La verdad es que agradecía que ambas se hubieran conocido y congeniado tan bien, al menos no habían estado solas.

Quedamos en vernos al día siguiente cuando saliera del trabajo, yo pasaría antes por su casa para coger su bolsa de viaje y luego la recogería a ella en la academia para irnos directamente al aeropuerto y volar hasta Suecia.

Italia y en España.

Me quedé con ellas charlando y pedimos unas *pizzas* para cenar. La verdad es que agradecía que ambas se hubieran conocido y congeniado tan bien, al menos no habían estado solas.

Quedamos en vernos al día siguiente cuando saliera del trabajo, yo pasaría antes por su casa para coger su bolsa de viaje y luego la recogería a ella en la academia para irnos directamente al aeropuerto y volar hasta Suecia.

Capítulo 28



Mariana

Desayuné con Amy en casa y le dejé la bolsa preparada para cuando pasara Stefano a recogerla. Sinceramente me maravillaba la idea de regresar a Suecia, a esa casa que tanta paz dio a mi vida durante esos dos días.

—Y a mí que me da en la nariz que te lleva para hacer manitas —dijo mientras recogíamos la mesa.

—¿Manitas? —Me eché a reír.

—Sí, hija, sí. Manitas, piecitos, darte besos, abrazos y un buen meneíto para el cuerpo —sonrió al tiempo que me hacía un guiño—. Tú ya me entiendes.

—Dios mío, estás fatal.

—Tú es que no te diste cuenta ayer de cómo te miraba, ¿verdad? A ese hombre le sobraba yo en la casa, te lo digo en serio.

—Amy, en serio, no va a pasar nada —dije al tiempo que me ponía el abrigo para coger las cosas y salir para el trabajo.

—Estoy por apostarme mil euros contigo —soltó muerta de risa—. Lo que viene siendo un par de meses de alquiler.

—¿Qué le has puesto a tu café hoy?

—Nada, lo de siempre. Café, leche, azúcar, un poquito de whisky... —Me hizo burla sacándome la lengua.

—Lo que yo digo, fatal de la azotea.

—Ah, ¿no tenemos buhardilla en España? Vaya por Dios.

Salí de casa riendo porque adoraba a esa mujer, era como estar con Diana por ese humor tan peculiar que tenía.

Al llegar a la academia vi a Stefano esperándome en la esquina y sonreí mirándolo.

—¿Qué haces aquí?

—Buenos días, preciosa. —Se inclinó para besarme en la mejilla, algo a lo que parecía estar cogiéndole bastante gusto—. Traerte este chocolate para que lo tomes mientras das las clases.

—Me vas a subir el azúcar —reí cogiéndolo—. Es precioso el vaso —era en color rosita y blanco—, me encanta este lugar donde lo preparan.

—Sí, lo vi ayer paseando por la mañana y hoy al levantarme me dije que tenía que traerte un caprichito.

—Gracias por todos los detalles que tienes hacia mí. —Lo abracé.

—Luego te veo, voy a pasar por tu casa para recoger tu bolsa.

—Vale. Tómate un café con Amy.

—Si me invita...

—Claro, le has caído muy bien.

—Cuídate, preciosa. —Apretó mi mejilla y luego me dio otro beso.

—Hasta luego, Stefano.

Entré feliz con ese vaso entre las manos que para mí había sido el mejor regalo del día. Hay gestos que cambian el mundo y este a mí me había cambiado esta mañana en la que ya se me haría un pelín más corta por haberlo visto. Esa era la verdad, pese a todo, podía asegurar que Stefano era la cura a todos mis males.

—Profe, tenemos un regalo para ti —dijo Erick asomándose desde la puerta solo con la cabecita.

—Anda pasa, eres el único que falta.

Cuando entró con una cajita en color amarillo pastel y una moña blanca, intuí que era algo del bebé.

—Ay, que me da, no me hagáis estas cosas —murmuré cuando la puso en mis manos.

—Es de todos, para tu bebé.

—Es una niña —sonreí y todos aplaudieron emocionados.

Abrí la caja y me encontré con una mantita preciosa de bebé en color beige, era de una firma muy conocida. Era una auténtica preciosidad y, además, había en el interior un sobre que contenía una tarjeta regalo de esa tienda con un valor que traducido a euros eran quinientos. Y una nota que decía que era para que le comprase lo que considerara oportuno.

No podía estar más agradecida y feliz.

—A ver si lo pones en tus redes —soltó Erick causándome una carcajada.

—No lo dudes, este mismo fin de semana. —Tiraría la foto desde la chimenea de Stefano poniendo delante la cajita con la mantita y el sobre. Iba a quedar monísima.

A la salida me esperaba Stefano con un coche que nos llevaría al aeropuerto. Se sentó atrás conmigo y le enseñé los regalitos. En su sonrisa se pudo ver la emoción.

De camino al aeropuerto me llegó un mensaje de mi hermano Martín, uno que me hizo sonreír de oreja a oreja por el contenido, y una carcajada por la ocurrencia.

Martín: *Hermana, Sara y yo queríamos que fueras la primera en saber que vas a ser tía de un niño que nos ha salido de lo más tímido porque madre mía hasta que ha dejado a la ginecóloga que le viera las joyas de la familia. Te hago saber que le llamaremos Segismundo, Segis para los amigos y allegados. Es broma, hermanita, que no se va a llamar Segismundo, sino Sergio. Espero que el saber que tu hija va a tener un primo, te haga feliz. Te quiero, hermanita.*

—¿Buenas noticias? —preguntó Stefano al ver mi sonrisa.

—Martín, mi hermano. —Le miré y asintió—. Me acaba de decir que él y Sara están esperando un niño, y le van a llamar Sergio. He sido la primera en saberlo.

—Pues felicidades, tita Mariana.

l —Gracias.

Llegamos al aeropuerto y abordamos el avión donde la azafata nos recibió con una sonrisa, todo el personal de tripulación que Stefano contrataba era de lo más amable y simpático.

El vuelo fue de lo más rápido ya que comimos durante el trayecto y entre charlas se nos pasó volando, nunca mejor dicho.

Nos llevaron a la cabaña y antes siquiera de bajar del coche, me fijé en que la puerta estaba abierta.

—Stefano, hay gente.

—Estarán preparando algo de comida —murmuró arqueando la ceja y sentí eso extraño cuando de repente apareció Romeo, su amigo, sonriente.

—Joder, ¿qué es esto? —pregunté riendo y acercándome a darle dos besos.

1 —Yo también tengo derecho a ganarme tu cariño. —Me abrazó—. Felicidades, futura mamá de mi sobrina.

—Tíos no le van a faltar, desde luego. —Escuché una voz conocida a un lado de la puerta. Y al girarme...

—¡¿Qué haces aquí, Noemí?! —Me abalancé sobre ella.

—¡¡¡Darte una sorpresa!!! Bueno, dos, la otra a ver cómo te cae —se reía sin dejar de abrazarme.

—Esto es cosa tuya. —Miré a Stefano.

—Sí y no. —Señaló a que entrásemos porque aquí, aunque fuera mayo, hacía un frío que traspasaba la piel.

—Aclararme todo —pedí pegándome a la chimenea y quitándome el abrigo.

^c —Empiezo yo que estos dos veo que no son capaces de arrancar.

—Mejor —contesté a Stefano.

—Sabía que tenías muchas ganas de ver a tus amigas, a Sara no la podía traer porque tu hermano estaba de guardia y salía mañana de esta, y Noemí que no solo tenía ganas de estar contigo —movió su cabeza hacia Romeo y yo me llevé las manos a la boca—, no tardó en decir que sí.

»Todo esto viene de aquella noticia mía que Romeo filtró a un conocido para que el mundo viera mi otra cara de la realidad y que resulta que se la filtró a Noemí que, por cierto, también estaba dispuesta a echar un cable por hacerte a ti más feliz y que no estuviéramos en los medios por cuestiones solo feas, sobre todo yo, que voy a ser el padre de tu hija, ya que el mundo sabía que tú eras la víctima.

^a »Y una cosa les trajo a otra y parece ser que nos han escondido que Romeo estuvo en España pasando un fin de semana con ella y que están juntos. Así que han venido a matar dos pájaros de un tiro; pasarlo con nosotros y contarte esto.

—Estas cosas no pasan ni en un *reality show* —murmuré incrédula—. Os felicito, si habéis congeniado y estáis bien juntos, para mí es motivo de celebración porque la familia sigue aumentando —reí y me abracé a ella de nuevo.

Estaba flipando con todo, y más por tenerlos allí con nosotros para pasar el fin de semana.

Miraba a Noemí y no me podía creer que estuviera con Romeo, me reía de solo pensarlo y es que cada vez, me cogían más las cosas de improvisito.

—Bueno, bueno, ¿te has enterado ya de que vamos a ser titas de un niño? —me preguntó Noemí pasándome el brazo por los hombros.

—Sí, de camino al aeropuerto me mandó Martín un mensaje.

—Y se va a llamar Sergio, qué ilusión me hace. Voy a ser la tía de Sergio y Aitana.

Pasamos la tarde preparando comida mexicana para cenar. Ellos bebían cerveza y yo agua, el embarazo no me permitía brindar con otra cosa ni yo me atrevería por nada del mundo. Demasiado que aún seguía fumando un cigarrillo al día.

Estaba alucinando por completo y no podía salir de mi estupor cuando veía a una de mis gemelas y al mejor amigo de Stefano mirándose cómplices, y el modo en el que se hablaban con los ojos. Romeo y Noemí, lo último que hubiera podido imaginar en la vida. Y lo bien que se lo habían tenido callado durante todo este mes. Asombrada era poco...

Desde luego, debía reconocer que eso de que la vida daba muchas vueltas, era una verdad como un templo.

o

e

l

o

Desde luego, debía reconocer que eso de que la vida daba muchas vueltas, era una verdad como un templo.

Capítulo 29



Me había quedado dormida en uno de los sofás la noche anterior. Recuerdo que me estaba quedando dormida y Stefano lo abrió para que me acostara cómoda mientras ellos charlaban. Me debí quedar dormida de seguido.

Cuando desperté vi que a mi lado estaba durmiendo Stefano y yo intentaba aguantar esa sonrisilla tonta que me salía. Me daban ganas de tirarme encima de él y abrazarlo hasta traspasar su piel.

Abrió los ojos y me pilló mirándolo y sonriendo.

—¿Has dormido conmigo? —preguntó haciéndose el loco.

—No, tú conmigo —me reí.

Me abrazó riendo y comenzó a besarme la mejilla insistentemente.

—Reconozco que odio dormir en los sofás, pero pasaría así cada noche de mi vida si eso conllevara a hacerlo contigo.

—¿Hacer el qué? —pregunté aguantando la risa y bromeando, dado que lo había entendido.

—Dejémoslo en dormir —sonreía.

Nos levantamos a preparar el desayuno y no tardaron en aparecer Noemí y Romeo.

—No veas lo bien que se duerme en esa cama —dijo Noemí viniendo a abrazarme.

—Yo he dormido en el sofá.

—¿No me digas? —preguntó con ironía— Te dijimos cuatro veces que subieses a tu habitación, pero hacías oídos sordos.

—Estaba durmiendo. —Volteé los ojos.

Nos pusimos en los sofás a desayunar alrededor de la mesa y mirando a la chimenea. Echaba en falta a mucha gente que me hubiera gustado tener aquí conmigo, pero debo reconocer que con Noemí ya me daba más que por satisfecha y me sentí muy feliz. Había sido todo un detalle por parte de Stefano, como tantos otros que tenía hasta desde la distancia.

Nos reímos mucho con Romeo que decía que se iba a tirar un verano sabático en España.

—¿Tú me dejarías pasar el verano contigo hasta que des a luz a nuestra hija?

—Claro, pero no sé si tú ibas a aguantar metido en un pisito —me reí.

—Y debajo de una tienda de campaña siempre que sea a tu lado —murmuró en mi oído y me entró un escalofrío por el cuerpo.

Le miré de reojo y de manera inconsciente, al ver esos ojos ámbar que me afectaban tanto, me mordí el labio.

Stefano sonrió, me pasó el pulgar por el labio y me hizo un guiño.

Mis nervios se intensificaron y ese escalofrío pasó a ser casi una descarga eléctrica.

Después del desayuno nos vestimos todos y nos fuimos a pasear por el lago y los alrededores. Noemí y yo íbamos detrás de ellos mientras charlábamos animadamente. Me iba poniendo al tanto de todo mucho más detallado, aunque siempre me tenían informada a través de mensajes o videollamadas.

—En serio, lo que menos me hubiera imaginado es que acabarías saliendo con Romeo —dije.

—Y yo menos, pero no sé, desde que le vi en Miami como que me pareció mono. Aparte de gilipollas, sí —rió.

—Ah, bueno, entonces te pareció un gilipollas bastante mono —reí con ella.

—Eso mismo. De todos modos, lo mío se queda en pañales al lado de nuestros hermanos, y tu padre con Diana.

—Desde luego, eso sí que ni en sueños habría pensado que fuera posible. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—No es como Stefano, si es eso lo que quieres saber. O sea, a ver, que le gusta usar juguetes y eso... pero no me tiene amordazada a la cama o suspendida en un columpio.

—No le des ideas. —Volví a reír.

—Pues igual sería divertido, que debe tener su punto. —Me hizo un guiño y estallamos las dos en carcajadas.

—Te veo bien.

—Lo estoy —sonrió—. Lo de Julio me dejó mal, en serio. Me hizo sentir que como mujer no valía para complacer a un hombre, pero con Romeo...

—Romeo es un hombre —la corté—. Julio era mayor que tú, sí, pero al lado de Romeo, es un niño.

—Lo sé. —Y miró a Romeo, que la observaba por encima del hombro y le hizo un guiño de esos que a mi amiga le sacó los colores.

Llegamos hasta un restaurante que había a pie de lago un poco apartado de la casa. Nos sentamos allí a comer relajadamente mientras charlábamos y disfrutábamos de ese entorno tan maravilloso.

Miré los mensajes de Instagram y leí un mensaje que me causó una carcajada de lo más grande.

—Yo te mato —le dije a Stefano—, esto es cosa tuya.

—No, no, es cosa mía —dijo Romeo—. A mí que no me quiten los méritos, eso sí, quiero mi porcentaje por haber negociado tu contrato con los responsables de *marketing* de la empresa Stefano Conti.

—¿Qué? —preguntó Stefano que, al parecer y por su gesto, no estaba al corriente.

—Nada, que le han ofrecido promocionar una línea de productos de bebé de primera en su perfil de Instagram, y le van a pagar un dinerillo.

—¿Por qué no me lo has comentado? —le preguntó entre risas y protesta.

—Por lo mismo que no te comenté la filtración de tus obras sociales, porque me veo capacitado para tomar decisiones justas y que, además, darán una imagen mucho más cálida de la empresa que ha salido muy damnificada.

—Tú sí que eres un damnificado —le contestó y luego me miró—. ¿Me dejas leerlo?

—Claro. —Le di el móvil—. Desde ya te digo que no voy a aceptar ni un solo euro de nada que venga de un contrato que tenga que ver contigo —me reí—, eso sí, me agradaría hacer esa colaboración a cambio de poner esa cesta de primera en mi muro y quedármela. Me he enamorado de ella. —Junto al mensaje venía la foto y era lo más bonito que había visto yo en cestas así.

—Es tuya y no la tienes que publicitar, preciosa.

—A la mierda mi comisión de agente intermediario. —Romeo hizo un puchero causándonos unas risas.

—Pues yo quiero la cesta —murmuré mirando a Noemí que estaba rota de la risa.

Stefano miraba a Romeo negando y queriéndolo coger por el cuello por las ocurrencias que tenía. A mí me parecía que tenía un arte que no podía con él, me estaba cayendo genial, sinceramente se le veía buen chico.

Noemí y yo nos tiramos una foto y se la mandamos a Sara, que no tardó en contestar diciendo lo guapas que nos veíamos.

Me llegó un mensaje de Diana para preguntar qué tal estaba y le dije dónde me encontraba.

Sin duda respondió que estaba al tanto puesto que Sara y Martín se lo habían comentado a mi padre.

Me pidió que disfrutara en compañía de Noemí puesto que sabía que esa visita me haría mucho bien, le dije que le quería y lo mucho que estaba deseando poder verla, y ella respondió que tenía tantas o más ganas que yo de que eso pasara.

Regresamos a la casa y Noemí y yo nos metimos en la cocina para dejar hecha la cena. Lo hicimos mientras los chicos veían un partido de fútbol en la tele. Así que estuvimos una hora en plan marujas preparando una lasaña a la española, como decía ella.

Me encantaba hablar con ella sobre el bebé que nos haría tías a partes iguales. La verdad es que todo era un disparate dado que ninguno de los dos embarazos había sido esperado.

r

—Yo de ti me andaba con ojo —le dije con una sonrisa.

—¿Por qué? —Frunció el ceño.

—Porque ya se sabe que no hay dos sin tres —reí.

—¿Yo, embarazada? Anda, anda, no me seas cenizo que por el momento con ser tita Noemí me vale.

—Yo solo te daba un consejo. —Levanté ambas manos encogiéndome de hombros.

Me daba lástima saber que al día siguiente nos iríamos de aquí, sentía tal paz que notaba que era el lugar en el que más feliz me encontraba del planeta. A pesar de tener a todos los míos en España.

Romeo se veía que miraba a Noemí con los mismos ojos que ella a él, estaban súper enganchados el uno al otro y eso se podía sentir a su alrededor.

Stefano también me miraba así e incluso más, al menos según mi percepción, pero había una barrera muy grande entre nosotros, sobre todo la que yo tenía levantada y es que me daba terror jugármela al amor y más con la persona con la que, por nada del mundo, quisiera de nuevo terminar mal, y no por mí, sino por la hija que venía de camino y que solo por esa razón, no podíamos permitirnos que no funcionara e influyera hacia ella.

Sinceramente también tenía mucho miedo, y aunque había comenzado a confiar en él como persona y padre, no lo había hecho en el otro sentido. Dejó demasiado tocado mi corazón y ese aún estaba intentando reconstruirse de todos los pedazos en los que había quedado.

Porque ya se sabe que cuando alguien te rompe el corazón, cuesta mucho recomponerlo y que vuelva a ser el mismo.

a

Sigue latiendo, sí, bombea y te recuerda que estás vivo a cada día que pasa, pero el dolor que arrastra, ese no se va tan fácilmente, se queda un tiempo.

Regresamos a la casa y Noemí y yo nos metimos en la cocina para dejar hecha la cena. Lo hicimos mientras los chicos veían un partido de fútbol en la tele. Así que estuvimos una hora en plan marujas preparando una lasaña a la española, como decía ella.

Me encantaba hablar con ella sobre el bebé que nos haría tías a partes iguales. La verdad es que todo era un disparate dado que ninguno de los dos embarazos había sido esperado.

—Yo de ti me andaba con ojo —le dije con una sonrisa.

—¿Por qué? —Frunció el ceño.

—Porque ya se sabe que no hay dos sin tres —reí.

—¿Yo, embarazada? Anda, anda, no me seas cenizo que por el momento con ser tita Noemí me vale.

—Yo solo te daba un consejo. —Levanté ambas manos encogiéndome de hombros.

Me daba lástima saber que al día siguiente nos iríamos de aquí, sentía tal paz que notaba que era el lugar en el que más feliz me encontraba del planeta. A pesar de tener a todos los míos en España.

Romeo se veía que miraba a Noemí con los mismos ojos que ella a él, estaban súper enganchados el uno al otro y eso se podía sentir a su alrededor.

Stefano también me miraba así e incluso más, al menos según mi percepción, pero había una barrera muy grande entre nosotros, sobre todo la que yo tenía levantada y es que me daba terror jugármela al amor y más con la persona con la que, por nada del mundo, quisiera de nuevo terminar mal, y no por mí, sino por la hija que venía de camino y que solo por esa razón, no podíamos permitirnos que no funcionara e influyera hacia ella.

Sinceramente también tenía mucho miedo, y aunque había comenzado a confiar en él como persona y padre, no lo había hecho en el otro sentido. Dejó demasiado tocado mi corazón y ese aún estaba intentando reconstruirse de todos los pedazos en los que había quedado.

Porque ya se sabe que cuando alguien te rompe el corazón, cuesta mucho recomponerlo y que vuelva a ser el mismo.

Sigue latiendo, sí, bombea y te recuerda que estás vivo a cada día que pasa, pero el dolor que arrastra, ese no se va tan fácilmente, se queda un tiempo.

Capítulo 30



El fin de semana llegó a su fin, y con él, ese choque de realidad para mí donde volvería a la vida sin la compañía de Stefano, ese hombre que cada día me miraba con un amor que me hacía sentir la mar de emocionada.

—Stefano, una preguntita —dijo Noemí mientras desayunábamos los cuatro juntos—. ¿Tú le dejarías esta casa de cuento a Romeo para que me traiga alguna vez? Es que la paz que se respira aquí...

—Claro que sí, pero solo hasta que nosotros nos instalemos a vivir en ella —contestó.

—¿Nosotros? —Romeo arqueó la ceja.

—Mi familia y yo —Stefano sonrió de medio lado sin decir más.

Pero era más que obvio para todos que se refería a él, a mí y nuestra hija, algo para lo que yo me hice la que no entendía mientras miraba la taza de mi café casi vacía.

Noemí me dio un codazo en el costado y sonreí disimuladamente mientras acercaba esa taza para dar un sorbo y que no me vieran.

Stefano siempre estaba diciendo aquello, era como si pudiera ver el futuro y nos viera siendo esa familia que una vez imaginó viviendo en este hermoso lugar.

No iba a mentir diciendo que esa idea no me gustaba, pero si venía alguna vez a esta casa, sería en calidad de invitada y madre de su hija.

—Amor, que si quieres una casita de campo como esta, yo compro una para los dos y sin problema —dijo Romeo

—No me tientes con eso, a ver si me voy a querer casar contigo si me regalas una casita de estas —contestó ella, y Stefano y yo nos echamos a reír al ver la cara del italiano.

Abandonamos la casa después del desayuno. Juntos abordamos el avión en el que primero me dejarían a mí en Praga, luego en España a Noemí, y ellos regresarían a Italia.

Nada más despegar, Stefano comenzó a acariciarme el interior de la muñeca, le miré y vi que estaba bien acomodado en el asiento, con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados.

Sonreí porque siempre que tenía ocasión, me tocaba de algún modo, como si necesitase de mi contacto

constantemente.

Pasé el vuelo pensando en todo lo que había ocurrido desde que Stefano apareció en Praga vestido con aquellas pintas de skater para pasar desapercibido y poder hablar conmigo.

Le había costado reconocermelo, días atrás y por teléfono, que Romeo había conseguido dar conmigo y fue hasta Praga para verme y que él, en algún momento, pudiera hacer eso que habían pensado los dos.

Y yo que siempre tuve la sensación de que había sido su madre quien le dijo dónde encontrarme...

Aún quedaba un mes para que me fuera a España definitivamente. Amy también se venía y ya Diana le estaba buscando piso cerca del mío, ya que estaba ganando suficiente dinero y era normal que quisiera vivir independiente, pero en España y cerca de todos nosotros, que ya éramos para ella como su familia.

—Preciosa. —La voz de Stefano vino acompañada de una caricia en la mejilla.

—¿Qué pasa?

—Te has quedado dormida —sonrió cuando nos miramos—. Hemos llegado a Praga.

—¿Ya? —Me dio una pena en ese momento, que miré hacia Noemí y la encontré secándose las lágrimas disimuladamente.

Bajamos del avión y me fundí en un abrazo con mi amiga, esa que me decía que iba a contar los días para verme de vuelta en mi casa, y que no iba a dejar que me fuera nunca más.

—No se me ocurriría, tranquila —dije mientras ambas nos secábamos las lágrimas.

—Venga, que un mes no es nada, chicas. —Romeo me dio un abrazo y frotó mi espalda—. Te veo viviendo en Suecia —murmuró en mi oído causándome una risita.

—Ni que fueras adivino.

—Casi, casi. —Me hizo un guiño.

^ Miré a Stefano y me sonrió acercándose para la despedida. Posó una mano sobre mi barriguita y la miró.

^ —Pórtate bien con mamá, princesa, que pronto volveré a verte —sonreí al escucharle porque me encantaba verle hablando con nuestra hija—. No te vas a librar de mí, preciosa —dijo mientras se inclinaba para besarme en la mejilla.

Separarme de Noemí me dolió, pero no tanto como cuando abracé a un Stefano que me decía que pronto nos veríamos y que no sabía vivir sin mí.

Subí al coche que Stefano tenía esperando para llevarme a casa, y sentí las lágrimas cayendo por mis mejillas.

Me partía el alma cada vez que él se iba y yo me quedaba aquí.

No es que tuviéramos nada, porque no había nada serio entre nosotros, pero el simple hecho de que estuviera conmigo, disfrutando de nuestra pequeña, lo era todo para mí.

Cuando llegué a casa y entré, me recibió el delicioso aroma de galletas recién horneadas, cerré la puerta y no tardé en asomarse mi amiga y compañera de piso.

—¡Bienvenida a casa! —gritó al verme, pero enseguida se le borró la sonrisa y corrió hacia mí— Ay, cariño.

Me abracé a Amy y me derrumbé a llorar. Cada vez me costaba más separarme de ese hombre que solo era el padre de mi hija, pero para mi corazón lo era todo.

—Me parte, Amy —dije llorando—. Me parte cuando se va y me quedo con este vacío en el alma.

—Es normal, cariño. Estás enamorada no, lo siguiente.

—Mucho —lloré sin consuelo—, lo amo mucho, y ojalá pudiera haber un nosotros, pero tengo miedo de que todo salga mal y que mi niña pague las consecuencias.

—Eres consciente de que no sabrás cómo sale todo, si no lo intentas, ¿verdad?

—Me da miedo intentarlo, me da miedo que Aitana pierda a su padre, o que nos vea peleados.

—Vamos, vamos a tomarnos un chocolate calentito y unas galletas que he preparado para la mamá más guapa del mundo mundial con chispas de chocolate.

Nos sentamos en el sofá a disfrutar de aquellas galletas y pasamos un par de horas hablando sobre el futuro que nos esperaba en España.

Ella estaba deseando empezar esa nueva vida allí donde, decía, tenía la certeza de que sería inmensamente feliz por fin.

Ya era una mujer oficialmente divorciada y económicamente independiente, así que vivía la vida de un modo distinto a lo que había conocido hasta que su marido la puso de patitas en la calle.

Fue un mes duro el que me quedó por delante dado a que, aunque Stefano venía continuamente y se pasaba dos o tres días en la ciudad y conmigo, yo necesitaba ya comenzar una vida en la que dejara atrás el vivir a medias como lo llevaba haciendo.

La despedida con todos los alumnos de mi curso fue de lo más emotiva. Me trajeron infinidad de regalos no solo para Aitana, sino para mí también. Los tenía añadidos a todos en Instagram y no nos íbamos a perder de vista.

—Queríamos darte las gracias —dijo Erick tras entregarme todos esos regalos que tenía en la mesa—. Porque has sido la mejor profesora de español que podíamos tener, y por demostrarnos a todos que, sea cual sea el problema que nos rodea, nunca, jamás, debemos perder la sonrisa ante los demás. Porque como decís en España, la procesión va por dentro. Eres grande, profe, una mujer que cualquier hombre querría tener a su lado.

—Sí, sí, sobre todo tú —murmuró alguien y vi que Erick se sonrojaba.

—Ni caso, que se ha equivocado y en vez de café llenó la taza con whisky. —Erick le quitó importancia al comentario con un movimiento rápido de la mano—. Tienes que prometernos a todos que nunca permitirás que nadie vuelva a quitarte esa bonita sonrisa que tienes en tus labios. ¿Lo harás?

—Dios mío, me has hecho llorar —dije secándome las mejillas—. Pero sí, os lo prometo. Os prometo que, pase lo que pase, siempre sonreiré porque tengo un motivo muy importante para hacerlo. —Me toqué la barriguita y todos sonrieron.

Erick me abrazó fuerte y lloré sobre su hombro, me susurró que Stefano había sido un gilipollas por hacerme tanto daño y perderme, pero que ahora le veía de otra manera, enamorado hasta la médula y queriendo expiar sus pecados.

—Es afortunado porque, estoy convencido, que algún día os veré juntos en la prensa como pareja —dijo besándome la mejilla—. Pero más le vale cuidarte, profe, o se las verás conmigo. —Arqueó la ceja y me reí entre lágrimas.

—Erick, eres un buen hombre, ojalá algún día encuentres una mujer que lo vea. —Le acaricié la mejilla y sonrió.

Tanto Amy como yo recogimos la casa y la cerramos cuando Stefano, con un chófer, vino a recogerlos para llevarnos en su avión para España, en la que por cierto se quedaría conmigo hasta que diese a luz. En el fondo sabía que era una excusa para estar a mi lado y a la vez, yo me quería aferrar.

Algo de lo que estaba al tanto Stefano es que yo no quería volver a pisar su casa de Florencia, esa que me traía el peor de los recuerdos y solo de pensarlo me enfermaba.

Stefano estaba haciendo cosas muy bonitas con su propia ONG, una que había creado con su propio nombre y que había tenido mucha aceptación y generaba infinidad de colaboraciones del mundo televisivo y de las personas de pie.

Amy ya tenía piso justo detrás de mi calle, fue donde primero paramos una vez que llegamos a España y mi padre acompañado de Diana, nos recogió. Ambos recibieron igual de contentos a mi amiga y a Stefano.

—Bienvenida a tu nueva vida, cielo —le dijo Diana a una Amy llorosa que se dejó abrazar.

—Jo, muchas gracias. Si me viera mi madre ahora, empezando en España, nada menos.

—Y lo bien que hablas ya, se nota que has tenido buena profesora —comentó mi padre, que le dio otro abrazo de lo más paternal.

—La mejor, Feliciano, tu hija es la mejor profesora y amiga que he tenido nunca. ¿Me adoptas como hija? Es que a ella la quiero como a una hermana.

—Claro que sí, será por hijos adoptados —contestó él volteando los ojos haciendo que los cuatro nos riéramos.

Nos despedimos de ella después de entrar a su piso y ver que tenía todo controlado. Además, tenía un supermercado debajo al que iba a ir a hacer una compra.

En mi caso tuve la suerte de que mi padre se encargó de llenar mi nevera y cocina antes de que llegásemos. Estuvieron un rato con nosotros antes de irse tan contentos y felices como se les veía. Vivían juntos entre la casa de Diana y la de él.

—Hay que quedar para comer todas juntas algún día —propuso Diana antes de irse.

)

5 —Pues cuando lo organices, nos avisas a Amy y a mí. —La abracé y cerré la puerta cuando se fueron.

Lo más gracioso fue cuando Stefano soltó sus tres maletas en mi habitación, dejando claro que, a la otra, solo, no se iba.

—¿Te me vas a meter de okupa en la habitación? —Aguanté la risa.

—Y en tu corazón también, si me dejas. —Hizo un guiño y me sonrojé de pies a cabeza.

A veces tenía la sensación de que estábamos juntos sin ser capaces de decir esa palabra que unía a dos personas, y sin tener sexo, obviamente. Besos, menos en la boca, nos los dábamos constantemente entre abrazos cuando nos veíamos.

Me sentía plenamente feliz al tenerlo en mi casa por una temporada, esa era la verdad y, además, contábamos con la tranquilidad de que, aunque los medios persistían hablando de nosotros, no lo hacían desde el ataque ni para menospreciarnos en ningún momento. Eso sí, todo el mundo ahora en las redes decía que deberíamos de darnos una oportunidad.

Todo había cambiado cuando parecía imposible que eso sucediera. Él seguía con su perfil anónimo con el que siempre me daba «me gusta» o dejaba comentarios bonitos, pero volvía a ser ese hombre receloso de su vida, eso sí, ahora tenía más detalles con los medios y aunque contestaba bromista o esquivando, siempre daba la cara y tenía un momento para ellos.

A mí me trataban con mucho cariño y varios medios no dudaron en enviarme un regalo para la bebé que iba a nacer, aunque aún quedaba la recta final para eso.

La noche estaba perfecta y decidimos después de descansar un rato salir a cenar por la playa en uno de los tantos chiringuitos que había.

Ahora todo el mundo nos miraba y saludaba sonriente por la ciudad y hasta incluso nos pidieron alguna que otra foto. Era España y aquí la gente en ese sentido era más atrevida. En Praga a nadie se le ocurría pararte para pedirte una, pero bueno, así se veía lo cercana y espontánea que era la gente de mi país. No me lo tomaba a mal para nada, aunque a Stefano, que ponía su mejor cara, eso le daba un poco de grima.

Después de una cena frente al mar, nos fuimos a pasear de la mano, sí de la mano, como si de una pareja se tratase, pero es que él me llevaba siempre así o me echaba la mano por el hombro. Me sentía de lo más mimada y protegida.

—¿Qué se siente al estar de vuelta en tu tierra? —preguntó mientras íbamos de vuelta a casa.

—Increíble —sonreí—. Se siente realmente increíble. Lo necesitaba, en serio. Necesitaba estar con los míos,

poderlos ver cuando me apetezca y que me abracen. No voy a negar que estar en Praga ha sido una experiencia y me acabé amoldando bien a todo, pero no hay nada como el hogar de uno donde sentirse bien.

—Te entiendo, pero el hogar es ese lugar donde nos sentimos felices y en paz. Y en Suecia te vi así. —Carraspeó.

—Qué bonita está la luna esta noche. —Me hice la sueca, nunca mejor dicho—. Hazme una foto con ella de fondo para subirla a mi perfil.

Le di el móvil, Stefano sonrió al cogerlo mientras negaba, y posé para la foto.

Cuando la vi me encantó, y no tardé en subirla con un texto a mi Instagram.

«Nuevos comienzos en lugares viejos. Nueva vida con los de siempre y gente que llegó, sin lugar a duda, para quedarse»

Esa noche cuando nos fuimos a la cama, él me propuso que como el verano era largo, nos podríamos ir unas semanas a la casa de Suecia a mitad de julio. No lo dudé y contesté que sí. Así que nos quedaríamos aquí unas semanas y luego nos iríamos a ese lugar que tan feliz me hacía.

Me dormí con la cabeza en su hombro mientras él me abrazaba, y me daba cuenta de que ese era el lugar en el que mi corazón quería pasar el resto de su vida...

poderlos ver cuando me apetezca y que me abracen. No voy a negar que estar en Praga ha sido una experiencia y me acabé amoldando bien a todo, pero no hay nada como el hogar de uno donde sentirse bien.

—Te entiendo, pero el hogar es ese lugar donde nos sentimos felices y en paz. Y en Suecia te vi así. —Carraspeó.

—Qué bonita está la luna esta noche. —Me hice la sueca, nunca mejor dicho—. Hazme una foto con ella de fondo para subirla a mi perfil.

Le di el móvil, Stefano sonrió al cogerlo mientras negaba, y posé para la foto.

Cuando la vi me encantó, y no tardé en subirla con un texto a mi Instagram.

«Nuevos comienzos en lugares viejos. Nueva vida con los de siempre y gente que llegó, sin lugar a duda, para quedarse»

Esa noche cuando nos fuimos a la cama, él me propuso que como el verano era largo, nos podríamos ir unas semanas a la casa de Suecia a mitad de julio. No lo dudé y contesté que sí. Así que nos quedaríamos aquí unas semanas y luego nos iríamos a ese lugar que tan feliz me hacía.

Me dormí con la cabeza en su hombro mientras él me abrazaba, y me daba cuenta de que ese era el lugar en el que mi corazón quería pasar el resto de su vida...

Capítulo 31



Stefano

No se trataba de querer las cosas al momento como en muchas ocasiones de mi vida he querido. Se trataba de que esta vez, había algo que el dinero no compraba y era la felicidad de la mujer que se iba a convertir en la madre de mi hija, y no solo eso, la persona que más amaba del mundo junto a mis padres.

Habían pasado tres semanas desde que me vine con ella a instalarme en su piso durante una temporada. Para su sorpresa me adapté por completo y no necesitaba una gran casa ni lujos para ser feliz, lo era cada día con todos esos momentos en los que también aprovechábamos para preparar la habitación para la niña y en la que me dejaba ser partícipe por completo contando con mi opinión y ayuda en todo momento para contribuir a eso que no solo a ella le hacía tan feliz, también a mí, a pesar de no ser mi casa, pero era para nuestra hija. Y aunque fuese para ella, yo iba a estar ahí cada día de mi vida, eso lo tenía claro.

Los medios nos habían hecho varias fotos juntos y daban por sentado, como el resto del mundo, que estábamos juntos, que lo estábamos, pero no de la forma en que decían porque como ya dije, estaba luchando cada día por demostrarle que era capaz de hacerla tan feliz como ni ella misma se podía imaginar.

Y lo fue siendo. No había día que no me abrazara infinidad de veces, al igual que yo a ella, pero en su caso le costó más dejarse llevar por esas ganas y no retraerse, hasta que lo consiguió y sin que yo le pidiera nada.

Habíamos tenido otra visita al ginecólogo que le recomendó Sara y donde de nuevo nos emocionamos al ver cómo crecía la pequeña no solo en la barriga que ya era un balón de fútbol, sino en esas imágenes de eco que se veían tan reales que hasta impresionaba.

Todos me respetaban y me habían cogido mucho cariño, tanto así que su padre me llegó a confesar, tomando una copa, que se sentía orgulloso de que yo fuese el padre de su nieta. Le di un abrazo emocionado en el que los dos lagrimeamos con ese momento, también había que decir que llevábamos tres copas encima, pero siempre se dijo que los niños y los borrachos son los que son más sinceros.

Romeo acabó por instalarse también en España, alquiló un piso no muy lejos del de Mariana y, para sorpresa de todos, Noemí se mudó con él sin pensarlo ni aceptar consejos de su padre.

Decía que después de llevar seis meses con Julio, quien fuera su novio y la acabara engañando con otra, aunque llevase menos tiempo con Romeo, podía decir sin lugar a equivocarse que no quería tanto al ilustrador como al italiano, y que, si se equivocaba, pues ya volvería a casa llorando y aceptando un «te lo dije», pero que, hasta ese momento, iba a probar a ver hacia dónde les llevaba eso que habían comenzado a tener.

Una de esas tardes Mariana recibió la llamada de Mónica, su madre, y según me dijo la había notado algo rara y

nerviosa.

Mi chica tenía miedo de que fuera a darle una mala noticia, tanto fue así que se echó a llorar y no supe ni el motivo.

—Vamos, preciosa, no llores, ¿qué te preocupa? —La abracé y besé su cabeza.

—¿Y si es que se está muriendo? —Lloraba desconsolada—. Que no puedo, Stefano, que, si mi madre me dice eso, la que se muere soy yo.

—No hagas suposiciones si no sabes lo que te va a decir. Igual es que le ha tocado la lotería, no seas pesimista.

—Nos habría llamado a todos, no solo a mí.

En ese momento llamaron al telefonillo y fui yo a abrir, ella se quedó en la cocina bebiendo agua y esperando a tranquilizarse.

—Hola, Mónica —sonreí al verla en la puerta.

—Hola, Stefano.

—Pasa, tu hija está en la cocina temiendo que le digas que te mueres.

—¿Y a santo de qué iba a decirle yo eso?

—A saber —reí—. Le dio por pensar eso de lo rara que te escuchó al hablar.

—Mariana, sal aquí ahora mismo —le dijo con esa voz de madre exigente, y mi chica, con los ojos vidriosos y agarrándose la barriga, salió de la cocina—. ¿Tengo cara de estar muriéndome?

—Y yo qué sé mamá, si estabas rara por teléfono.

—Porque me daba vergüenza contarte que tengo novio.

—¿¡Qué!? —gritó Mariana y se llevó las manos a la boca.

Llegados a ese punto yo me eché a reír a carcajadas, cosa que hizo que su madre me mirara con los ojos entrecerrados.

—Perdón, perdón. —Levanté ambas manos.

—Mamá, pero qué me estás contando.

—Pues eso, hija, que tengo novio. Se llama Miguel, es abogado y viudo, y tiene dos hijos, Iván y Darío, que son un amor de niños. Perdieron a su mamá hace cinco años, y desde que me conocieron hace un mes, me llaman mamita —sonrió.

—Ay, por favor, y yo pensando que te morías y me moría yo. Pero esto, esto es mucho mejor, mamá. —La abrazó y ambas lloraron.

Mónica dijo que Miguel estaba en la calle esperando por si quería conocerle, Mariana aceptó encantada y en cuanto el abogado subió, supe que ese hombre iba a amar a la madre de mi chica hasta su último aliento.

Ambos se miraban con ese amor que sentían y que era más que palpable.

Tomamos café, quedamos en comer con ellos y conocer a los hijos de Miguel, y cuando se despidieron, salieron de casa de mi chica cogidos de la mano.

—De amor —dije cuando nos quedamos solos y la rodeé desde atrás besándole el cuello—. Tu madre se muere, pero de amor.

—Ya, ya lo he visto —sonrió.



Habían pasado unos días y hora estábamos dirigiéndonos hacia el aeropuerto para viajar hacia la casa de Suecia a pasar lo que quedaba de julio y una parte de agosto. No solo íbamos nosotros, también se venían su padre y Diana que pasarían allí una semana y luego regresarían. Invitamos también a Amy para que conociera aquel entorno y disfrutara de lo que iban a ser sus primeras vacaciones de verdad, según dijo. Y, cómo no, también mi amigo Romeo con Noemí, que estos, amenazaban con quedarse hasta el final. También viajarían Sara y Martín una semana, pero más tarde.

Fue justo cuando vi la tripulación que nos había tocado que en ese momento rompí a llorar de la risa justo a pie de las escaleras al ver a Rosana y Clara que también esbozaban una risa viendo a un Romeo de la mano con Noemí.

—¡¡¡Houston, tengo un problema!!! —gritó Romeo a todo pulmón.

—Subid sin miedo —gritó Clara desde arriba y moviendo la mano.

—A mí me da que aquí hay alguna historia —dijo Noemí entrecerrando los ojos.

—La hay, la hay —yo seguía riendo—. ¿No se lo cuentas, Romeo?

—Joder, menos mal que eres mi amigo —resopló.

Y escuché cómo Romeo le contaba rápidamente a todos que tuvo a las dos en el bote en el vuelo hacia Miami. Se morían de la risa con él ya que conocían su humor, y sobre todo Noemí, aunque la colleja se la dio cuando iban subiendo las escaleras.

—Pide perdón a estas dos chicas por las malas horas de vuelo que les has causado —dijo Noemí frenándolo en seco cuando iban a pasar por delante de ellas.

—Y de rodillas si puede ser —contestó Rosana sin poder parar de reír.

¡—Creo que nos espera un vuelo movidito —murmuró Clara apretando los dientes.

—Que no, que esta mujer me tiene dominado, ni levantaré la vista para no sufrir las consecuencias.

—Pídeles perdón, señor víctima. —Le volvió a exigir Noemí.

—Pelearos todo lo que queráis, pero dejad paso, jodidos —gritó Diana.

—Perdón, mis adorables fans —dijo este juntando las manos y el que le dio la colleja fui yo, esta vez para que siguiera circulando.

Tomamos todos asiento menos Romeo, que salió del baño y cogió el teléfono de las azafatas para dar instrucciones y soltó una de las suyas.

—Señoras, señores, señoritas, divorciados, abandonados por gilipollas, que también llevamos uno a bordo. —Se refirió a mí—. La tripulación, incluida los comandantes y yo, les damos la bienvenida a un vuelo que los llevará a pie de un lago, en una casa de madera en la que nos sentiremos Heidi y Pedro apartados del mundo. Eso sí, comeremos buenas carnes hechas a la barbacoa y disfrutaremos de la compañía de los unos y los otros. Pasen un agradable vuelo y pedir todo lo que queráis a mis amigas Clara y Rosana, ellas concederán cada uno de vuestros deseos. —Vi volar una sandalia que le había tirado Noemí a la cara—. ¡Amor! Que mi sueño era hacer esto —protestó este agachándose para coger la sandalia y sentarse a su lado. Lo que nos reímos fue poco.

—Le vas a tener que dar un plus a las chicas por todo lo que tienen que aguantar —me dijo Mariana con la risilla aún suelta de los dos momentos que nos habían dado.

! Una minivan nos esperaba en el aeropuerto para llevarnos hacia la casa, pero le pedimos que parase antes un momento en un supermercado.

No había nada en el mundo peor que una embarazada que tenía antojo de todo lo que iba viendo, a todo eso había que decir que Noemí, Diana y Amy la iban animando y rellenando a su vez el carro. Me veía desayunando, almorzando y cenando chuches y dulces. Menos mal que su padre y yo pusimos un poco de orden y equilibrando, cogiendo buenas carnes y pescados, además de un montón de productos para cocinar, beber, desayunar y todo lo que nos apeteciera. Salimos con tres carros llenos de bolsas, tal cual...

Al llegar a la casa todos nos fuimos a dejar las cosas a sus correspondientes habitaciones, menos las chicas que se quedaron en la cocina organizando la compra.

Algo me decía que iban a ser las vacaciones más divertidas de mi vida...

Y no me equivoqué ni lo más mínimo.

Durante la estancia de Feliciano y Diana, los siete estuvimos disfrutando de paseos por el lago, comidas en el restaurante y barbacoas para la cena en casa, donde las copas no faltaron y en una de esas noches a Diana se le soltó la lengua diciendo que quería ir de boda, que le apetecía comprarse una pamelita.

Muertas de risa estuvieron las otras tres mientras ella describía el vestido y la pamelita, todo muy rollo boda real, que yo la imaginaba como una de las asistentes a esos eventos.

Feliciano llegó un momento en el que le preguntó si no prefería ser la novia, cosa que hizo que a Diana se le abrieron los ojos como platos, y Mariana sonriera emocionada.

No sabía por qué, pero me daba que, en algún momento, el padre de Mariana le propondría matrimonio a esa mujer que le había robado el corazón por completo.

Y cuando ellos se fueron, la despedida fue digna de formar parte de la película Sonrisas y lágrimas.

Las chicas se abrazan en la puerta de la cabaña llorando y riendo a partes iguales, como si no fueran a volver a verse en la vida, vamos.

Amy se quedó con nosotros unos días más, después se marcharía porque decía que no quería molestar en las vacaciones familiares, a lo que tanto Noemí como Mariana respondieron dándole semejante cojinazo cada una por un lado de la cabeza, que Romeo y yo creímos que la habían dejado sorda por el mareo que le dio a la pobre.

—Vuelves a decir semejante gilipollez, y te mando de vuelta para Praga y con tu exmarido —dijo Noemí.

—Ostras, qué mal me quieres.

—No, te quiero mucho y como si fueras de la familia, tontorrón. ¿Qué es eso de que no quieres molestar? Vamos, hombre, para darte una así a mano abierta.

—No, no, que ya me habéis dado dos cojinzos buenos. Si es que no quiero molestar, que cuando lleguen Martín y Sara, vais a ser tres parejitas otra vez y yo aquí, sujetando la vela.

—¿Qué dices de tres parejas? Si solo va a haber dos, como hasta ayer que se fueron Diana y mi padre —contestó Mariana—. Que Stefano y yo no...

—No, ni ná —respondieron Noemí y Amy al unísono, momento en el que Mariana se sonrojó de ese modo que a mí tanto me gustaba, y me hizo sonreír como un bobalicón.

Esas mujeres estaban todas de mi parte, así como el resto de la familia de Mariana, quienes me habían dejado claro que, si ella algún día me aceptaba, estarían encantados de que fuera su pareja.

Feliciano llegó un momento en el que le preguntó si no prefería ser la novia, cosa que hizo que a Diana se le abrieron los ojos como platos, y Mariana sonriera emocionada.

No sabía por qué, pero me daba que, en algún momento, el padre de Mariana le propondría matrimonio a esa mujer que le había robado el corazón por completo.

Y cuando ellos se fueron, la despedida fue digna de formar parte de la película Sonrisas y lágrimas.

Las chicas se abrazan en la puerta de la cabaña llorando y riendo a partes iguales, como si no fueran a volver a verse en la vida, vamos.

Amy se quedó con nosotros unos días más, después se marcharía porque decía que no quería molestar en las vacaciones familiares, a lo que tanto Noemí como Mariana respondieron dándole semejante cojinazo cada una por un lado de la cabeza, que Romeo y yo creímos que la habían dejado sorda por el mareo que le dio a la pobre.

—Vuelves a decir semejante gilipollez, y te mando de vuelta para Praga y con tu exmarido —dijo Noemí.

—Ostras, qué mal me quieres.

—No, te quiero mucho y como si fueras de la familia, tontorrón. ¿Qué es eso de que no quieres molestar? Vamos, hombre, para darte una así a mano abierta.

—No, no, que ya me habéis dado dos cojinzos buenos. Si es que no quiero molestar, que cuando lleguen Martín y Sara, vais a ser tres parejitas otra vez y yo aquí, sujetando la vela.

—¿Qué dices de tres parejas? Si solo va a haber dos, como hasta ayer que se fueron Diana y mi padre —contestó Mariana—. Que Stefano y yo no...

—No, ni ná —respondieron Noemí y Amy al unísono, momento en el que Mariana se sonrojó de ese modo que a mí tanto me gustaba, y me hizo sonreír como un bobalicón.

Esas mujeres estaban todas de mi parte, así como el resto de la familia de Mariana, quienes me habían dejado claro que, si ella algún día me aceptaba, estarían encantados de que fuera su pareja.

Capítulo 32



Ya llevábamos en la casa dos semanas y la noche anterior acababan de llegar Martín y Sara, que, por cierto, ya les quedaba un mes y poco para que fueran padres.

Me tenía encantado, mi Mariana me tenía flotando en una nube de esas que te sientes en un estado tan perfecto que no quieres salir de él.

Que esquivaba todas las indirectas que yo le echaba, era más que evidente, pero que ella hacía planes de futuro en los que me incluía siempre a mí, era lo mejor que podía escuchar de su boca.

Yo tenía claro que la iba a recuperar. Lo había dudado hasta que me instalé en su apartamento y se notaba la complicidad que por días íbamos cogiendo.

Nos abrazábamos continuamente y ella se acostaba en el sofá en muchos momentos y no dudaba en apoyar su cabeza en mis piernas. Al igual que no se cortaba ni un pelo en dormir por las noches sobre mi hombro y ladeada para que yo la abrazara. Me encantaba sentir su barriguita sobre mí. Muchos fueron los momentos en los que noté cómo se movía nuestra hija. Era como si supiera que sus padres estaban juntos en ese instante, y quería hacerse notar, decir que ahí estaba ella para que no se nos olvidase que éramos una familia.

Desayunamos esa primera mañana en que las dos embarazadas estaban de lo más emocionadas juntas a punto de ser mamás, por no hablar de Noemí que lo vivía por las dos partes como si de ella misma se tratara. Y Amy, quier sin duda y por mucho que hubiera dicho días atrás, era una más de la familia.

—Desde luego, esto de día es una pasada de bonito —dijo Sara cuando salimos a pasear.

—¿Ahora entiendes que tu hermana y yo estemos enamoradas de este sitio? —rio Mariana.

—Sí, sí, desde luego. Romeo, si compras una casita para los fines de semana y las vacaciones, piensa en tu cuñada favorita. —Sara comenzó a batir las pestañas mientras sonreía mirando a mi amigo.

—Si no tengo otra, y encima me hizo tito antes de que me uniera a la familia, igual que mi jefe. Tú tranquila, cuñada, que me encargaré de acondicionar una habitación para vosotros y otra para Sergio. Así es Romeo, el hombre que cumplirá todos vuestros deseos.

—Pues yo quiero un Ferrari, y mi cumpleaños está a la vuelta de la esquina —comentó Amy.

—Cuidado con la irlandesa, anda que me pide un Cinquecento —resopló.

—Amor, y una cosita —dijo Noemí agarrándose a su brazo—. ¿Hay que frotar la lámpara para que cumplas los deseos? Lo digo porque por mucho que quiera a mi hermana y a Amy, les corto las manos a las dos como te froter la lámpara.

—No, no, a mí solo me frotas la lámpara tú, amor.

—Eso pensaba. —Solté una carcajada al verla entrecerrar los ojos y a él con esa sonrisa de cachorrito.

—Si te viera Franco en este momento, colega —le dije dándole una palmada cuando las chicas nos dejaron a los tres solos detrás, mientras ellas caminaban hablando de los bebés.

¡ —¿Qué pasaría?

—Que tendrías que darle la razón, Romeo. Te lo dijo en Miami, cuando encontraras a la mujer que moviera tu mundo, te ibas a enamorar hasta la médula. Y así estás.

—Es que esa mujer es...

—Cuidado con lo que dices de mi cuñada —le advirtió Martín queriendo parecer serio pero la sonrisilla le delataba—. Yo no era santo de su devoción, pero es mi familia, así que, a ver qué dices.

—Pues qué voy a decir, cuñado, que es la que me roba el aliento cada puto día. Y creí que solo me había atraído para un revolcón cuando la conocí en Miami, pero no. Que la veo como la madre de mis hijos.

—¡Te dije que caerías, Romeo! —Mi amigo se giró al escuchar la voz de Franco, ese que estaba en videollamada en mi teléfono.

—Me cago en la leche, ¿tú es que tienes que estar en todas partes, como Dios? —protestó Romeo.

¡ —Más o menos. —Se encogió de hombros—. Pero no llamé por eso, sino... —No tardó en girar el móvil y vimos a Vittoria, su esposa, con una preciosa bebé en brazos en la cama del hospital—. Ella es Giuliana, nuestra hija.

—¡¡Soy tito!! —gritó Romeo, y las chicas se giraron sin entender.

Hice un gesto llamando a Mariana y se acercaron las cuatro. En el momento en el que vieron a la bebé, todo fueron frase del tipo «qué preciosa es», «me la como», «es igual que su mamá», y lo mejor, escuchar a Noemí verbalizar algo que, desde que teníamos más confianza, siempre negó.

—Yo quiero una.— Todos nos la quedamos mirando, y cuando se dio cuenta, se encogió de hombros—. ¿Qué? ¿No es eso lo que se suele decir en estos casos?

—Sí, sí, pero es que tú no querías ser madre —rio Sara.

—Amor, que, si tú quieres, yo empiezo a hacerte una ahora mismo. Igual no, porque ni clonándola, pero que yo te hago una bebé si tú...

—Deja, deja, nada de bebés, yo voy a ser la tía guay que malcriará a todos los que tenga esta gente.

¹—A ver si crees que vamos a estar pariendo como conejas —protestó Sara riendo.

—No lo descarto, la verdad.

Nos despedimos de Franco y me quedé mirando a Mariana, que sonreía de ese modo que parecía tener solo para mí. Su hermano, que me vio embelesado, no tuvo otra ocurrencia que pasarme la mano por la barbilla.

—Esa baba, colega —dijo y me eché a reír.

Martín, al igual que su padre, hacía buenas migas conmigo y me trataba como de la familia, me animaba mucho con el tema de Mariana y siempre me decía que no podría estar con nadie que no fuese yo.

Me daba cuenta de que la casa del lago era algo que la hacía tan feliz que vivía en paz consigo misma.

Y yo seguía soñando en construir aquí mi vida con mi familia, las quería aquí conmigo y no desistiría de esa posibilidad por nada del mundo. Y se lo dejé caer muchas veces mientras ella sonreía y me miraba sin decir nada, pero yo podía leer en sus ojos que ella también lo deseaba.

Los días iban pasando y con ellos el momento de que tuviéramos que volver a España, pero ahora lo hacía sabiendo que no tenía que dejarla allí para irme a Italia, no hasta que naciera nuestra hija. Y quién sabía, quizás incluso le dijera que me quedaba con ellas allí en esos primeros meses donde necesitaría ayuda con la pequeña.

Esa noche estábamos preparando todo para hacer una barbacoa, las chicas estaban sentadas en los bancos de una mesa de picnic alargada que había comprado el segundo día que llegamos y que era lo más cómodo del mundo. Encima cabían cinco personas en cada lado.

Mariana se veía feliz y de lo más sonriente, sin duda, el tener a sus amigas allí con ella era eso que tanto le gustaba.

⁵ Y a mí me encantaba verla así, y no como en las fotos que Romeo me mostró de ella en Praga donde la veía decaída y casi sin vida.

Mi madre me mandó un mensaje preguntándome qué tal nuestras vacaciones, y como repuesta, le mandé una foto que nos había hecho Romeo poco antes a Mariana y a mí sin que nos diéramos cuenta.

La tenía abrazada desde atrás con la mano sobre la barriguita, ella tenía los ojos cerrados y sonreía con la cabeza apoyada en mi pecho mientras yo le besaba la cabeza.

Según Romeo, si esa no era la imagen del amor infinito y puro, no sabía qué podía serlo, y al parecer mi madre opinaba igual.

Mamá: *Os veo enamorados y felices. ¿Es así, hijo?*

⁶ **Stefano:** *Lo estamos, pero no damos el paso a algo más allá. Me esfuerzo para que vea que soy mejor hombre, que seré el padre que nuestra hija necesita, y que la amo más que a nada. Pero será ella quien tenga la última palabra.*

Mamá: *Te deseo suerte, cariño. Y como consejo de tu padre y mío, acepta estas palabras. No te rindas, Stefano, no te rindas hasta conseguir que esa mujer quiera ser parte de tu vida, el resto de la suya. Os amáis y merecéis una final feliz.*

Estaba completamente de acuerdo con mi madre, y no iba a cesar en mi empeño de tenerla en mi vida.

Llegó el momento de irnos y Mariana y yo fuimos los últimos en salir de la casa, ella por comprobar que estuviera todo recorrido y cerrado, y yo para cerrar la puerta.

Sonrió al pasar a mi lado, pero lo hizo con una ligera tristeza.

—En nada estamos otra vez de vuelta por aquí, preciosa —dije pasándole el brazo por los hombros—. Por no hablar de que estoy absolutamente convencido de que algún día esta casa será nuestro hogar, de los tres.

No me contestó, nunca lo hacía cuando se lo decía, se limitó a sonreír y subir al coche.

Eché un vistazo a la casa antes de subir yo y sonreí ante la firme convicción de que esa casa no solo sería el hogar de nosotros tres, sino de los otros hijos que esperaba tener con ella, la mujer que amaba.

Mamá: *Te deseo suerte, cariño. Y como consejo de tu padre y mío, acepta estas palabras. No te rindas, Stefano, no te rindas hasta conseguir que esa mujer quiera ser parte de tu vida, el resto de la suya. Os amáis y merecéis un final feliz.*

Estaba completamente de acuerdo con mi madre, y no iba a cesar en mi empeño de tenerla en mi vida.

Llegó el momento de irnos y Mariana y yo fuimos los últimos en salir de la casa, ella por comprobar que estuviera todo recorrido y cerrado, y yo para cerrar la puerta.

Sonrió al pasar a mi lado, pero lo hizo con una ligera tristeza.

—En nada estamos otra vez de vuelta por aquí, preciosa —dije pasándole el brazo por los hombros—. Por no hablar de que estoy absolutamente convencido de que algún día esta casa será nuestro hogar, de los tres.

No me contestó, nunca lo hacía cuando se lo decía, se limitó a sonreír y subir al coche.

Eché un vistazo a la casa antes de subir yo y sonreí ante la firme convicción de que esa casa no solo sería el hogar de nosotros tres, sino de los otros hijos que esperaba tener con ella, la mujer que amaba.

Capítulo 33



Mariana

Me levanté encontrándome regular y Stefano me lo notó rápidamente al mirarme.

Era diez de octubre, ya habían pasado casi dos meses desde que regresamos de la cabaña, esa que tanto echaba de menos.

No me dio tiempo ni a llegar a la cocina cuando rompí aguas ante un nervioso Stefano que intentaba mantener la calma, pero a la vez queriendo llevarme en volandas al hospital.

—Tú respira, preciosa, yo me encargo de todo —dijo nervioso mientras regresábamos a la habitación.

Yo respiraba, sí, pero notando a mi niña queriendo salir ya.

Me vestí rápidamente y cogimos las bolsas que ya teníamos preparadas desde hacía dos semanas.

Puse un mensaje al grupo en el que estábamos todos y les dije que ya iba de camino hacia el hospital. Bueno, iba volando porque Stefano casi se salta un semáforo.

—¡Me vas a matar! —grité riendo y negando.

—Perdón, cariño, perdón. —Ese modo en el que me llamó, era nuevo para mis oídos, y diría que también para los suyos.

Era cariñoso conmigo, me cuidaba y mimaba como el que más, me abrazaba y besaba la cabeza, y nunca pasábamos de esos besos de cariño por mucho que a él le viera las ganas de besarme, y yo misma las tuviera. Me llamaba preciosa o princesa según el momento, pero ahora, ahora ese modo de llamarme me había llegado al alma.

—Estoy bien, no siento que vaya a salir inminentemente, eso sí, estoy comenzando a tener unos dolores cortos que me da a mí que va a ser por las contracciones.

—Ya estamos llegando.

—Tranquilo —reí de verlo tan nervioso.

Pero no se tranquilizaba, y en el fondo lo entendía. Quería que todo saliera bien y que no nos pasara nada ni a la

niña, ni a mí.

Aparcamos con suerte al lado de la zona de urgencias, en donde entramos y al registrarnos en ventanilla nos pasaron directamente para que me viera el ginecólogo, en cuanto me hizo una exploración mandó a preparar todo para el parto, decía que ya estaba ahí.

Los dolores se fueron intensificando y pedí a gritos que me pusieran la epidural pero ya no había tiempo para eso y quise morirme de pensar que la tenía que traer al mundo a empujones y con todo el dolor que eso supondría.

—Que no, que no puedo, que esto duele mucho —grité mirando a la enfermera que me estaba ayudando.

—Cielo, vas a tener que pasar por el dolor porque esa niña viene con muchas ganas de conocer a sus papás —sonrió ella.

—Ay Dios mío, que a mí no me dijeron cuando me dieron la noticia que esto iba a dolerme tanto. ¡¡¡Aaahhh!!! —grité al sentir una contracción más fuerte que la anterior.

—Vamos, preciosa, que tú puedes con esto.

—Cómo se nota que no eres tú el que está aquí, abierto de piernas con todo el asunto al aire mientras la cabeza de tu hija se abre paso por un sitio tan estrecho.

—Si pudiera me cambiaba por ti, cariño, te lo aseguro. Me mata ver esa cara de dolor que tienes.

—Menos mal que no voy a tener más hijos —resoplé y me retorcí por una nueva contracción.

Stefano no me soltaba la mano, esa que estaba a punto de partirle de tanto aguantar hasta que en cuatro empujones que me desgarraban por completo nació Aitana llorando a más no poder.

Me la pusieron en el pecho y me emocioné, como jamás creí, en ese primer contacto con ella. Stefano se agachó poniendo su cara al lado de la nuestra.

—Hija, ya estás aquí para completar la familia. Mamá y papá estamos tan contentos de que tenerte, que estoy seguro de que vamos a salir de aquí prometidos. ¿Me ayudas a darle esta sortija de pedida? —Sacó un anillo finísimo de oro blanco con un brillantito.

—Ay, por favor, que es lo más bonito que he visto en mi vida —murmuró una enfermera causándome una risa.

—Stefano...

—Vamos a tirarnos a la piscina, cariño. —Volvió a llamarme de nuevo así y me derretí al escucharle—. Ya te he demostrado que la fui llenando.

Se me estaban empezando a saltar las lágrimas y tenía un nudo en la garganta, por no hablar de ese pellizco en el corazón que me pedía a gritos lanzarme a esa piscina con él.

Hubo una vez en la que me sentí desplazada porque vi en él una mirada hacia otra mujer que no había tenido para

mí, pero ahora, meses después de que cruzara el cielo en avión para ir a buscarme al rincón que más alejado pudieron encontrar para mí, veía en él una mirada mucho más intensa, bonita y real que en aquellas fotos y vídeos

Stefano me amaba con todo su corazón y me lo había ido demostrando cada día desde que me reuní con él en aquella habitación de hotel en Praga y le confesé que era el padre de mi bebé.

Me había cuidado, me había acompañado durante el resto del embarazo y siempre dejaba ver que sus intenciones eran las de quedarse en mi vida sin darse la oportunidad de encontrar a otra persona con quien formar una familia, puesto que yo era esa familia, junto con nuestra hija.

Había respetado en todo momento mi distanciamiento, él mismo se mantenía alejado del deseo que, según nos decían todos, era más que evidente.

Ni una sola vez me tocó de un modo sexual, ni tampoco intentó que nos acostáramos.

No sabía si se acostó con alguien en ese tiempo desde que me fui de su casa y nos encontramos en Praga, y tampoco pregunté porque no quería saberlo sabiendo que eso me destrozaría. Pero conmigo se había mantenido célibe y sabía por Noemí, a quien se lo comentaba Romeo, que no había deseo por otra mujer ni en la mirada ni el cuerpo de su amigo.

Que me esperaba a mí, que siempre me esperaría a mí.

—Quiero ser tu prometida —contesté finalmente lanzándome a esa piscina que me ofrecía— y quiero construir esa familia junto a ti en Suecia. Te amo Stefano, y eres el mejor hombre que he conocido en el mundo. Pasaría por todo mil veces con tal de estar a vuestro lado.

—Te amo, mi vida, os amo a las dos y prometo cuidaros siempre.

Lloramos emocionados mientras ponía el anillo en mi mano y luego cogía a su hija, a la que besó en la frente con un amor que hasta pude sentirlo yo.

Me trasladaron a la habitación, tuve la suerte de que no necesité ni un solo punto y, si todo iba bien, al día siguiente nos darían el alta.

Stefano se quedaba mirando embobado a la niña que dormía en su cunita, no dejaba de decir la cara tan fina y bonita que tenía. Decía que se parecía a mí, pero yo creo que era por el amor con el que nos miraba, ya que yo no le veía aún parecido a ninguno de los dos.

—Te aviso desde ya, cariño, que voy a querer más hijos —me dijo mientras mecía a la niña.

—Que estoy recién parida y con eso en carne viva, no me digas esas cosas —resoplé y él se echó a reír.

No tardó en abrirse la puerta y fueron entrando todos, pero todos los míos sin excepción, cargados con bombones, flores, globos y peluches para las dos.

Mi padre con una emocionada Diana de la mano; mi madre junto a Miguel y sus hijos, Iván y Darío, quienes para Martín y para mí se habían convertido en nuestros hermanos pequeños.

Mi hermano, Sara y mi sobrino Sergio; Romeo y Noemí, los padres de las gemelas y Amy.

Mi niña pasó de mano en mano entre besos, arrumacos, achuchones y piropos, y todos aprovecharon para hacerse fotos con ella.

La madre de Stefano le mandó un mensaje para ver cómo había ido todo, y cogió a la niña en brazos para hacer una videollamada con ella y su padre, quienes por cierto vinieron a visitarnos el mes anterior por sorpresa y me sentí muy acogida por ellos como si fuera su hija.

Ni qué decir que fue en ese momento hablando con sus padres cuando me cogió la mano para que ellos vieran el anillo, y ya de paso, todos los demás se dieron cuenta de lo que eso significaba.

Después llamó a Franco para presentarle la mar de orgulloso a su nuestra hija Aitana.

—¿Y a ti qué te pasa? —le preguntó Amy a Diana.

Cuando miré a mi amiga, estaba apoyada en la pared, con mi padre a su lado, con la cara algo paliducha.

—Diana, coge un bombón que yo creo que te ha dado una bajada de azúcar —le dije.

—No, no, si no es eso —sonrió.

—Anda, díselo ya, preciosa. —Escuché que le decía mi padre.

—¿Diana? —fruncí el ceño.

—Pues que estoy embarazada —dijo, y aquello nos dejó a todos en *shock* y mirando a mi madre, quien, a pesar de haberse tomando bien el hecho de que su exmarido estuviera saliendo con la mejor amiga de su hija, esto no sabíamos cómo lo iba a tomar.

—Siéntate, chiquilla —le dijo mi madre acercándose para cogerla, sonrió mirando a mi padre y la llevó al sofá—. Y como ha dicho Mariana, cómete un bombón que estás pálida. ¿De cuánto estás?

—Nos enteramos hace un par de días, así que ya son seis semanas.

—Pues toca cuidarse. —Tal como siempre había sido mi madre con ella, le acarició el pelo y le besó la frente—. Y me tienes para lo que necesites, ¿sí? Que sé que una madre en estos casos hace falta, y tú no la tienes.

—Gracias, Mónica. —Diana se echó a llorar y mi madre la abrazó.

—Anda, tonta, no llores. Que sabes que siempre has sido como una hija para mí.

—Somos una familia de lo más variopinta —comentó Amy, haciendo que todos acabáramos riendo.

Al día siguiente, cuando nos dieron el alta y llegué a la casa, me encontré un precioso ramo de rosas rojas con una nota.

«No solo eres la mamá de mi hija, eres el órgano que me hace falta para vivir. ¡Cásate conmigo!»

—Ayer me pediste compromiso y hoy me pides que me case contigo. ¿Qué me vas a pedir mañana?

—Que nos vayamos a Suecia a vivir después de Navidad.

—Sí, claro que sí, no lo dudes. —Lo abracé y lo besé con todo el amor que tenía guardado para él.

Dicen que a veces la vida puede cambiar en cuestión de un segundo, y yo podía dar fe de ello.

Un segundo, tan solo un segundo fue lo que necesitamos Stefano Conti y yo para que nuestros mundos chocaran y eso nos llevara a recorrer un camino largo, lleno de altos y bajos, de rabia y rencor, de dolor y sufrimiento, pero también de risas, de momentos únicos e inolvidables y, sobre todo, de amor.

Ese amor infinito que nació sin que apenas nos diéramos cuenta meses atrás, y que no queríamos que muriera.

«No solo eres la mamá de mi hija, eres el órgano que me hace falta para vivir. ¡Cásate conmigo!»

—Ayer me pediste compromiso y hoy me pides que me case contigo. ¿Qué me vas a pedir mañana?

—Que nos vayamos a Suecia a vivir después de Navidad.

—Sí, claro que sí, no lo dudes. —Lo abracé y lo besé con todo el amor que tenía guardado para él.

Dicen que a veces la vida puede cambiar en cuestión de un segundo, y yo podía dar fe de ello.

Un segundo, tan solo un segundo fue lo que necesitamos Stefano Conti y yo para que nuestros mundos chocaran y eso nos llevara a recorrer un camino largo, lleno de altos y bajos, de rabia y rencor, de dolor y sufrimiento, pero también de risas, de momentos únicos e inolvidables y, sobre todo, de amor.

Ese amor infinito que nació sin que apenas nos diéramos cuenta meses atrás, y que no queríamos que muriera.

Capítulo 34



Era veinticuatro de diciembre, ese día en el que todos se preparaban para la Nochebuena y, sin embargo, nosotros nos preparábamos no solo para eso, sino para comenzar el día en el que se celebraba nuestro enlace...

Sí, nos había parecido el mejor momento y Stefano puso todo cuanto estuvo en sus manos para hacerlo de manera que pudieran estar todos y se hiciera en el lugar en que todo comenzó.

No solo en Miami, sino en el mismo sitio donde se hizo el evento en el que la liamos parda y que hoy lucía preparado para nosotros donde estábamos alojados con todos los invitados.

¿Quién dijo miedo? Siempre era bonito regresar al mismo lugar en el que un día truncaste tu vida para cambiar el concepto de ese sitio y demostrar al mundo ese antes y después de aquellos hechos.

Invitamos a algunos medios para agradecer el trato que hasta ahora nos habían estado dando y es que fueron tanta las cosas bonitas que hizo Stefano que todos, como yo, quisieron darle una oportunidad.

Los diseñadores de la firma de Stefano habían trabajado a contrarreloj para diseñarme un modelo que no solo me quedara como anillo al dedo, sino que fuera de lo más elegante e impresionante dada la importancia para ellos por ser la futura mujer de Stefano y obvio, la boda de su jefe. Y, además, el enlace se iba a comentar en el mundo entero, todos los medios esperaban impacientes las primeras imágenes de la boda.

El vestido era de corte tipo sirena con una bonita cola que tenía un acabado increíble. Tirantes finos con escote de pico y tejido en crepé. Estaba de lo más feliz con el resultado.

Emocionadísima, viéndome ante un espejo en el que las maquilladoras y las peluqueras no dejaban de darme los últimos retoques.

—Es la primera vez que veo que alguien se casa en un día como hoy. Desde luego que vosotros para dar la nota sois los números uno —me dijo bromeando la chica cubana que era una de las mejores maquilladoras de la ciudad.

—Lo que hay que prohibir es que cojan ningún vaso que ya sabemos cómo se la gastan estos dos —continuó Melani, la otra maquilladora que era puertorriqueña.

—¿Te imaginas el día de nuestra boda lanzándonos los líquidos de los vasos? —pregunté negando y riendo con solo pensarlo.

—No, no me lo quiero imaginar —decían casi al unísono.

Mi padre llamó a la puerta y una de las chicas fue a abrirle. Este al entrar y verme se llevó las manos a la boca de lo más emocionado quedándose unos segundos paralizado antes de acercarse a abrazarme.

—Estás preciosa, radiante, eres la novia más bonita que he visto en mi vida.

—Papá, me tiembla todo.

—¿Un vinito?

—Sí, por favor —me reí.

Levantó el teléfono de la habitación y pidió una botella de vino blanco con unas copas. Aún íbamos bien de tiempo y desde mi habitación se podían ver los jardines preparados y algunos invitados por allí tomando algo mientras esperaban.

Mi padre no dejaba de tirarme fotos con el móvil y de dárselo a las chicas para que nos tiraran algunas juntos. Como si ahora al bajar y durante todo el día no tuviéramos fotografías y algunos medios invitados que nos harían millones, pero como él decía, de este momento nadie las podía hacer y él no quería perder la oportunidad.

La gracia fue que no solo llegó el vino, también llegó el fotógrafo que antes me había hecho fotos vistiéndome, y mientras me maquillaban y peinaban.

^S Aprovechó para echarnos juntos a los dos brindando, mirándonos, abrazándonos y de mil formas antes de irse de nuevo para seguir plasmando momentos con los invitados que iban saliendo de sus habitaciones y ya estaban por el jardín.

—Papá, te veo más nervioso de lo que lo estoy yo.

—Normal, hija, no todos los días un padre lleva al altar a su hija para entregarla al hombre que la hundió por completo —dijo causándonos una risa a todos—. Menos mal que me he asegurado de verificar que te quiere y hasta le he cogido cariño. Se va a librar de un boicot a esta boda —bromeaba cuando lo cierto es que adoraba y quería mucho a Stefano con el que se llevaba a las mil maravillas.

—Ya lo que me faltaba. —Volteé los ojos.

Y llegó el momento en el que nos avisaron de que Stefano ya estaba en el altar y todos los invitados en su sitio. Solté el aire lentamente y miré a mi padre que sacó su codo para que me agarrara a él.

Mientras iba recorriendo los pasillos hasta salir al jardín, se me habían agolpado un montón de recuerdos de aquellos tiempos en que me veía en un túnel sin salida. Momentos que fueron muy jodidos y en los que pensé que mi mundo se había quedado ahí, y que no sería jamás feliz.

¿Quién me iba a decir a mí que en tan poco tiempo la vida me pondría por delante la mayor de las felicidades? Todo en menos de un año, en once meses en los que nos conocimos, terminamos de la peor manera posible, me quedé embarazada, luchó hasta la saciedad por recuperarme, tuvimos a nuestra hija y ahora estábamos aquí, a punto de formar esa familia que él siempre soñó y de irnos a vivir a Suecia, donde nos iríamos tras estos días.

La vida era una noria que giraba sin cesar, pero que había parado en el punto exacto para bajarnos, agarrarnos las manos y no mirar hacia atrás ni reprocharnos lo sucedido.

Salí al jardín y vi toda esa carpa en la que estaban todos y en la que en el altar estaba un emocionadísimo Stefano con su madre al lado que me tiraba besitos al aire y me gritaba *bella* en italiano.

Justo cuando iba a comenzar a andar por el pasillo de la carpa, entre los invitados que estaban a ambos lados, comenzó a sonar la melodía de una canción de Eros Ramazzotti, *Amarte es total*, que hizo que se me pusiese la piel de gallina, no tanto como cuando lo vi a él, micro en mano, y comenzó a cantarla.

No dudé en cantar la parte de ella con el micro que me trajo un chico rápidamente y es que esa canción la cantábamos mucho en la cama por la noche desde que nos prometimos.

Nos agarramos la mano para seguir cantando entre lágrimas cuando llegué hasta él. Los invitados estaban de lo más emocionados y grabando el momento, al igual que todos los medios que tuvieron acceso.

Su madre no dejaba de guiñarme el ojo, me encantaba lo emocionada que estaba con que fuera su nuera y lo que quería a nuestra hija por la que sentía mucho más que adoración.

La boda fue civil y corta, así que justo antes de darnos el «sí, quiero», Stefano interrumpió al oficiante, cogió mis manos y supe que iba a decirme algo que me iba a emocionar más de lo que ya lo estaba.

—Mariana —sonrió— aún no he comenzado a hablar y ya estás roja como un tomate.

—Aunque la gente no se lo crea, yo aún te temo —reí y escuché las risas de todos.

—No tienes nada que temer, preciosa, conmigo no, no soy ese ogro egocéntrico que un día quiso quedar por encima de ti, y de paso del mundo, sin hacer caso a mi corazón y siendo el tío más estúpido del planeta. No, no soy ese que una vez vio y sintió el desgarrar de saber que había perdido lo que más amaba. No soy ni quiero ser nunca más ese hombre. Lo sois todo para mí junto a mis padres y vuestra familia, esa que ya es mía.

—¡Espero que para mí tengas unas palabras! —chilló Romeo consiguiendo que nos entrara el mayor ataque de risa del día.

—Bueno, si el celoso de mi amigo me deja continuar —sonrió negando— quiero darte una vez más las gracias en este momento por todo lo que has sacado de mí, la versión con la que me siento más cómodo y en paz conmigo mismo. Gracias por haberme permitido quedarme a tu lado cuando no me merecía ni que me miraras, pero aun así y sin que en esos momentos no hubiera nada entre los dos, agarraste mi mano para dejarme disfrutar de la magia de ver cómo nuestra bebé crecía en tu barriga. Gracias por devolverme a la vida, dándome la oportunidad de poder emprender una vida junto a vosotras. Os voy a cuidar hasta la saciedad. —Rompimos a llorar y nos abrazamos mientras nos dábamos un fuerte beso.

—Ahora me toca hablar a mí... —murmuré y el acarició mis mejillas con sus dedos y mirándome de lo más emocionado— Las gracias te las doy yo por enseñarme una lección tan grande como que a una persona no se le puede condenar de por vida por un mal acto cuando hizo miles de ellos buenos para el mundo. Que una conducta equivocada no puede representar a una persona, que siempre hay que dar una segunda oportunidad, pues podemos descubrir la grandeza de lo que yacía oculto. No me arrepiento de nada, si tuviera que pasar por todo para estar aquí, lo haría, te lo he dicho en este tiempo muchas veces. Gracias por ser el padre de mi hija y gracias por tomar mi mano y calmar todas esas heridas que, de algún modo, yo también provoqué. Gracias por hacerme la mujer

más feliz del mundo. Te amé y te amo con todo mi corazón, ese que solo es para ti, la única persona que puede acariciarlo con solo mirarme. Te amo.

Después de la emoción que habíamos causado con el momento y encima se estaba retransmitiendo en directo porque ese era el regalo que le queríamos hacer a todos los que nos habían apoyado, nos dimos el sí quiero con ese intercambio de anillos que no fue menos emocionante.

Me agarré de su brazo y su madre al de mi padre para comenzar a andar hasta donde nos esperaban los camareros a pie de carpa para brindar.

Después de ese brindis cogimos a nuestra hija, que estaba preciosa vestida, y nos tiramos unas fotos con ella y luego también añadimos a nuestro sobrino Sergio para plasmar el momento con los dos bebés.

Con mi madre, su pareja y los hijos de este también nos tiramos un montón de fotos. Me alegraba mucho verla tan feliz.

Fue una boda llena de magia, de amor, de risas, de fiesta y en la que nos juntamos con la noche en la que todos íbamos a dar paso a la Nochebuena en la que iba a ser la más inolvidable del mundo. Ahí lucí otro modelo que diseñaron para mí con una caída espectacular y ceñido, de tirantes finos que se cruzaban en mi espalda y el cuello redondo bien escotado. Como no podía ser de otra manera también fue en blanco.

Llevábamos desde que había empezado el enlace a las doce de la mañana hasta ahora, que eran las cuatro de la madrugada, sin parar ni un momento, de bailar, beber y reír, aunque algunos de los invitados, cansados, ya se habían retirado a dormir.

Lo gracioso fue cuando estábamos con todos sus amigos y los míos, y Amy le lanzó el líquido de su vaso a Fabricio, uno de los asesores de Stefano dejándonos a todos a cuadros.

—¿Qué haces? —le preguntó este, pero no enfadado ya que habían estado coqueteando.

—Probar suerte. Mi amiga se lo tiró a este en su día —señaló a Stefano— en este lugar, y mira dónde han llegado...

[

r

;

más feliz del mundo. Te amé y te amo con todo mi corazón, ese que solo es para ti, la única persona que puede acariciarlo con solo mirarme. Te amo.

Después de la emoción que habíamos causado con el momento y encima se estaba retransmitiendo en directo porque ese era el regalo que le queríamos hacer a todos los que nos habían apoyado, nos dimos el sí quiero con ese intercambio de anillos que no fue menos emocionante.

Me agarré de su brazo y su madre al de mi padre para comenzar a andar hasta donde nos esperaban los camareros a pie de carpa para brindar.

Después de ese brindis cogimos a nuestra hija, que estaba preciosa vestida, y nos tiramos unas fotos con ella y luego también añadimos a nuestro sobrino Sergio para plasmar el momento con los dos bebés.

Con mi madre, su pareja y los hijos de este también nos tiramos un montón de fotos. Me alegraba mucho verla tan feliz.

Fue una boda llena de magia, de amor, de risas, de fiesta y en la que nos juntamos con la noche en la que todos íbamos a dar paso a la Nochebuena en la que iba a ser la más inolvidable del mundo. Ahí lucí otro modelo que diseñaron para mí con una caída espectacular y ceñido, de tirantes finos que se cruzaban en mi espalda y el cuello redondo bien escotado. Como no podía ser de otra manera también fue en blanco.

Llevábamos desde que había empezado el enlace a las doce de la mañana hasta ahora, que eran las cuatro de la madrugada, sin parar ni un momento, de bailar, beber y reír, aunque algunos de los invitados, cansados, ya se habían retirado a dormir.

Lo gracioso fue cuando estábamos con todos sus amigos y los míos, y Amy le lanzó el líquido de su vaso a Fabricio, uno de los asesores de Stefano dejándonos a todos a cuadros.

—¿Qué haces? —le preguntó este, pero no enfadado ya que habían estado coqueteando.

—Probar suerte. Mi amiga se lo tiró a este en su día —señaló a Stefano—en este lugar, y mira dónde han llegado...

Epílogo



Stefano

Diez años después...

Que la vida está para vivirla, es un hecho, pero que a veces nos sorprende y nos golpea con la fuerza de un huracán, arrasando con todo a su paso, también.

Stefano Conti no era solo mi nombre, sino mi marca, mi firma de joyas y ropa, de artículos para bebé y ese legado que dejaría, algún día, en manos de mis cuatro hijos.

Sí, cuatro, porque en cuanto nació Aitana, la primera, que apareció por sorpresa en las vidas de su madre y mía, supe al verle la cara que quería ser padre de nuevo, tantas veces como la vida quisiera sorprendernos.

Mi pequeña *principessa* estaba a punto de cumplir diez años, y no había un solo día que no la amara más que el anterior.

Porque con ella había descubierto que se podía amar a más de una persona a la vez, amaba a Mariana y la amaba a ella, y ese amor que tantas veces creí que tardaría en tener con mi propia familia, lo repartía con ellas y mis otros tres hijos.

Aitana era la viva imagen de su madre, pero con el color de ojos que yo heredé de mi madre. Mi padre dijo al verla que, en el momento en el que se convirtiera en mujer, tendría a los hombres haciendo cola para conquistarla.

Romeo, Franco y yo nos miramos, y supe que pensaban lo mismo que yo. No llegaría la sangre al río, pero nos encargaríamos de que mi hija no encontrara un mal hombre en el camino, algo como en eso que yo me convertí años atrás y que aún pesaba sobre mis hombros por ser consciente de que había estado a punto de perder a la mujer que amaba.

Luca era el segundo, tenía siete años y fue Mariana quien decidió el nombre, ese que, cuando mi madre y mi primo Luca lo supieron, hizo que ambos se emocionaran.

No podía más que agradecerle a mi primo que durante aquel tiempo que ella estuvo en Praga hasta que fui en su busca, la cuidó como parte de la familia que era, sin ella saberlo.

Francesca fue la tercera en llegar a nuestras vidas hacía cuatro años, y dado el cariño que mi mujer acabó poniéndole a Franco, el hombre más serio del mundo pero que con ella mostraba una calidez y una dulzura que me costaba creer, ella quiso que así se llamara nuestra niña.

Y, por último, el que sin duda iba a ser el temor de las mujeres, el pequeño Romeo Conti.

Tenía solo tres años, y su padrino, mi mejor amigo y mano derecha, se estaba encargando de enseñarle las peores trastadas del mundo, hecho este que me atemorizaba porque, estaba convencido, cuando fuera un adolescente aprendería esos trucos que le enseñaría para encontrar a la mujer de su vida, en palabras de mi amigo, no en las mías.

Tras las navidades en las que Mariana y yo nos dimos el tan ansiado «sí, quiero» por todos, nos instalamos en Suecia, ese lugar donde yo siempre quise formar mi familia, y que tanta paz le daba a mi esposa.

Y era desde esa cabaña que convertimos en nuestro hogar, desde donde yo seguía llevando la empresa en la distancia, y Mariana continuó subiendo esos reels de cocina en el perfil de Instagram que puso en marcha en Praga.

Sus seguidores seguían subiendo a diario, y yo, aunque con ese perfil falso del que no me desprendía, era su fan número uno.

Me dejó claro que a mi casa de Florencia no quería volver, así que aún la mantenía como una de mis propiedades, la teníamos alquilada y el dinero que generaba lo guardaba en una cuenta que habíamos abierto a nombre de nuestros cuatro hijos. El día que fueran más mayores podrían decidir si la vendían y ese dinero sería para ellos.

Tenía una familia a la que amaba por encima de todo, y mis padres, después de todo lo que había hecho mal en el tiempo desde que conocí a Mariana hasta que se reveló que mentí despiadadamente, habían vuelto a sentirse orgullosos de ese hijo al que reconocían y habían recuperado.

La familia creció a pasos agigantados y entre todos los que habíamos ido siendo padres, podríamos formar tres equipos de fútbol.

Empezando por mis cuñados, Martín y Sara, quienes se casaron tras el nacimiento de Sergio, su primer hijo y que además de este, quien ya tenía diez años, al igual que Aitana, fueron padres por segunda vez de una niña a la que llamaron Alejandra y tenía cinco años. Mientras que Sergio era igual que Martín, Alejandra era una gota de agua con su madre y su tía Noemí.

Noemí, esa mujer que llegó a la vida de Romeo por sorpresa y sin que la esperase, dándole así la razón a Franco en aquello de que, cuando el amor llamara a su puerta, se iba a enamorar de los pies a la cabeza.

Ella y Romeo, casados desde hacía siete años, tenían un par de gemelas igualitas que su padre, al menos físicamente porque habían salido finas, elegantes y delicadas como su madre. Elena y Mireia, que así se llamaban, tenían cinco años.

Franco y Vittoria fueron los felices padres de Giuliana, nombre que llevó la madre de Vitto, y ya tenía poco más de diez años, y de Franco, de seis.

Por su parte, el padre de Mariana, Feliciano, y Diana, tuvieron dos hijos, una niña a quien llamaron Miriam, que a sus nueve años era la niña de los ojos de mi suegro, y un niño, David, de siete años.

Mónica, la madre de Mariana, también rehízo su vida con Miguel, aquel abogado del que una tarde le habló a mi

mujer, un hombre viudo que le llevaba cinco años y que tenía dos hijos, por aquel entonces de quince y diez años, Iván y Darío, que, a sus veinticinco y veinte años, eran un par de futuros abogados de mucho cuidado.

Manuel y Rocío, los padres de las gemelas, seguían dirigiendo la revista que cada día tenía una exclusiva nueva.

Las redacciones no paraban de trabajar, ni ellos tampoco, solo descansaban cuando visitaban a sus hijas y disfrutaban del amor incondicional de cada uno de sus nietos.

Y por último teníamos a Amy, esa irlandesa que dejó Praga para instalarse en España acompañando a mi esposa en esa nueva vida.

El día que nos casamos conoció a Fabricio, uno de los asesores de mi empresa, y desde el momento en el que él puso los ojos en ella, supe que había caído rendido a sus pies, igual que caímos Romeo y yo a los de nuestras esposas.

Se casaron dos años después que nosotros y completaron la familia con dos hijos, Mariana y Stefano, en honor, según dijo ella, a las dos personas que hicieron posible que volviera a creer en el amor, ese bonito y de verdad que mueve montañas.

—¿Stefano? —Levanté la vista del portátil para encontrar a mi bella y sensual esposa en el borde de la escalera.

Llevaba ese camisón negro que solía usar para dormir a veces, con la bata por encima, iba descalza y, por su cara, se había despertado.

—¿Qué haces aquí todavía? —preguntó acercándose.

—¿Tan tarde es? —Fruncí el ceño y miré mi reloj—. Se me ha pasado el tiempo, lo siento.

—Tienes que descansar, o te acabará dando algo con tanto estrés —dijo mientras se sentaba a horcajadas sobre mis piernas.

—Estoy con la nueva colección, es una campaña importante.

—Sí, sí, ya sé, la ropa para niños y niñas de todas las edades. No me lo recuerdes, que tengo a las niñas tirándose de los pelos porque sus hijos e hijas van a ser modelos por un día.

—¿Quién mejor que los pequeños de nuestra gran familia para lucir las prendas de la firma Stefano Conti? —Arqueé la ceja.

—Nadie, nadie —rio mientras enredaba los dedos en mi cabello.

No tardó en inclinarse y darme un beso en el cuello, algo que solía hacer mientras me masajeaba la cabeza.

La sostuve por las caderas y cuando sus labios comenzaron a subir despacio hasta encontrarse con los míos, llevé mis manos bajo la tela del camisón.

—¿No llevas nada debajo? —pregunté en un susurro, y ella negó mientras se mordía el labio.

—Creí que subirías antes a la cama, y me quedé dormida esperando.

—Señora Conti, en futuras ocasiones que quiera que su marido la atienda como es debido y cumpla con sus deberes de esposo en la cama, lléveme de los pelos si hace falta alejándome del ordenador.

—Lo tendré en cuenta, señor Conti —sonrió y esa fue mi perdición.

Cubrí sus labios con los míos en un beso fiero y profundo, y no tardé en darle esas atenciones que, aun después de tantos años, le daba casi cada noche demostrándole que para mí siempre sería la mujer más sexy, sensual y adictiva del mundo.

Todo empezó con un juego, uno que me llevó a perderla y a hacerme ver el gran necio que había sido tratándola como lo hice.

Pero cuando ese juego acabó, cuando ambos comprendimos que nuestros sentimientos nunca se irían por mucho que así pudiéramos quererlo, me entregué a ella en cuerpo y alma y le juré amarla, cuidarla y respetarla todos y cada uno de los días de mi vida.

El amor puede hacernos caer de tantas formas, y levantarnos de tantas otras, que solo quien ha sentido alguna vez su corazón latir por y para otra persona, lo entendería.

Yo lo sentí, quise negarlo y acabé con lo único bueno que había llegado a mi vida. Me costó recuperar a Mariana, y en cuanto lo hice, me juré a mí mismo que nunca más, ni una sola vez, volvería a fallarle, ni a ella, ni tampoco a nuestros hijos.

—*Ti amo, Stefano* —dijo mientras le hacía el amor allí, sentados en el sofá de nuestro salón delante de la chimenea, con ese acento italiano tan sensual que tenía.

—*E io ti amo, mia principessa.* —Volví a besarla para demostrárselo.

—Creí que subirías antes a la cama, y me quedé dormida esperando.

—Señora Conti, en futuras ocasiones que quiera que su marido la atienda como es debido y cumpla con sus deberes de esposo en la cama, lléveme de los pelos si hace falta alejándome del ordenador.

—Lo tendré en cuenta, señor Conti —sonrió y esa fue mi perdición.

Cubrí sus labios con los míos en un beso fiero y profundo, y no tardé en darle esas atenciones que, aun después de tantos años, le daba casi cada noche demostrándole que para mí siempre sería la mujer más sexy, sensual y adictiva del mundo.

Todo empezó con un juego, uno que me llevó a perderla y a hacerme ver el gran necio que había sido tratándola como lo hice.

Pero cuando ese juego acabó, cuando ambos comprendimos que nuestros sentimientos nunca se irían por mucho que así pudiéramos quererlo, me entregué a ella en cuerpo y alma y le juré amarla, cuidarla y respetarla todos y cada uno de los días de mi vida.

El amor puede hacernos caer de tantas formas, y levantarnos de tantas otras, que solo quien ha sentido alguna vez su corazón latir por y para otra persona, lo entendería.

Yo lo sentí, quise negarlo y acabé con lo único bueno que había llegado a mi vida. Me costó recuperar a Mariana, y en cuanto lo hice, me juré a mí mismo que nunca más, ni una sola vez, volvería a fallarle, ni a ella, ni tampoco a nuestros hijos.

—*Ti amo, Stefano* —dijo mientras le hacía el amor allí, sentados en el sofá de nuestro salón delante de la chimenea, con ese acento italiano tan sensual que tenía.

—*E io ti amo, mia principessa.* —Volví a besarla para demostrárselo.

RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker

Twitter: @ChicasTribu

RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker

Twitter: @ChicasTribu